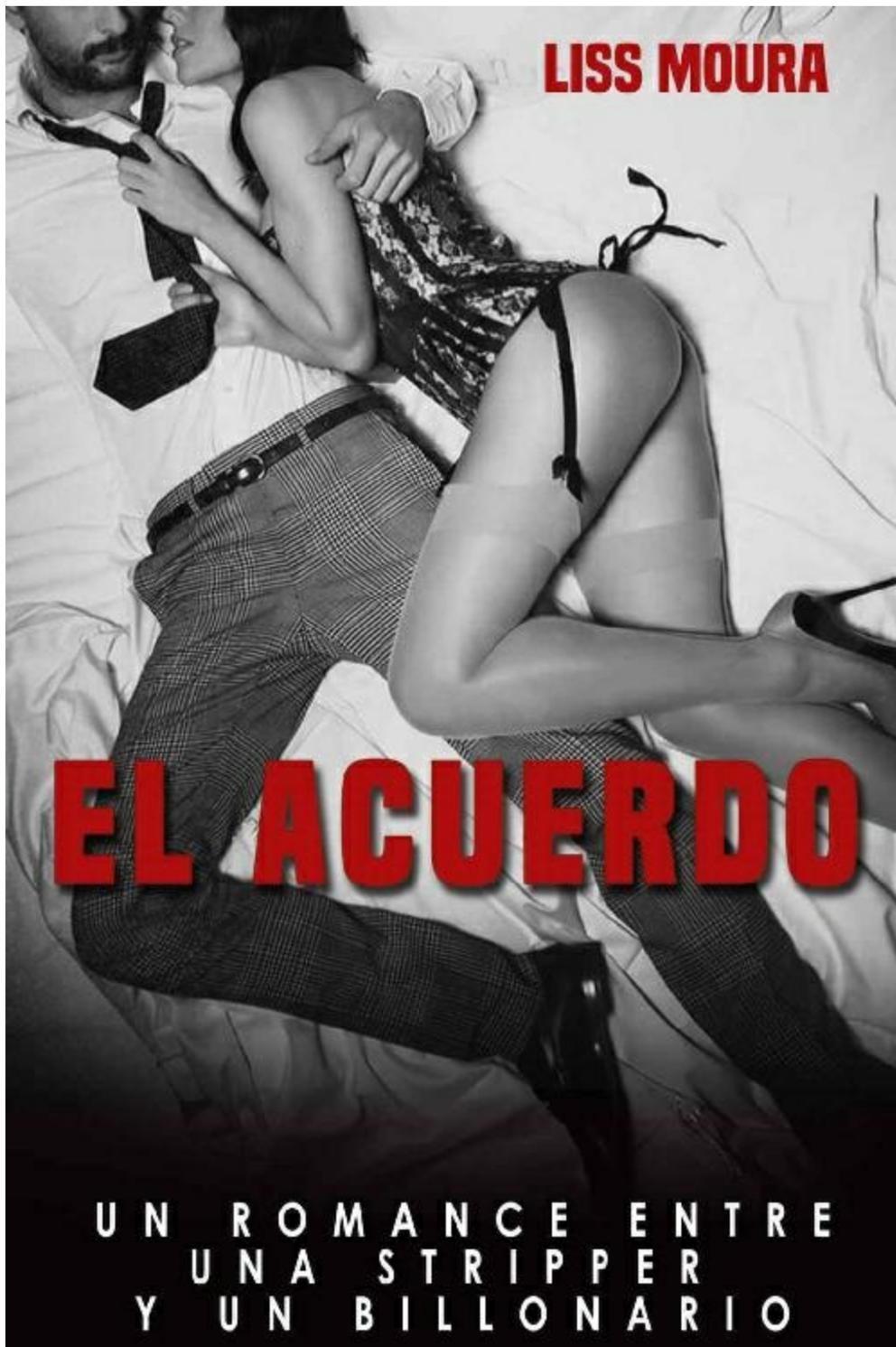




LISS MOURA

el
Acuervo

UN ROMANCE ENTRE
UNA STRIPPER
Y UN BILLONARIO



El Acuerdo

Un romance entre una stripper y un billonario

LISS MOURA

Copyright © 2018 Liss Moura

Todos los derechos reservados

Al finalizar este libro, encontraras dos de mis títulos en su versión completa, que te regalo como muestra de agradecimiento por tu lectura:

[“ROMPIENDO REGLAS: UN ROMANCE](#)

[PROHIBIDO ENTRE UN PROFESOR Y SU](#)

[ALUMNA”](#)

[“SECRETO: UN ROMANCE CON EL PADRE DE](#)

[MI MEJOR AMIGA”](#)

Capítulo 1

Renata

Cometí un error. Le di a un tipo mi auténtico número de teléfono por accidente. Ni siquiera se veía bien, y ahora mi teléfono no paraba de sonar. Dios mío, qué estúpida había sido.

Acababa de salir de la ducha, sintiéndome limpia y sexy. El vapor alrededor de mí me calentaba mientras me secaba. Intenté esperar a que el molesto ruido

del teléfono parara. Pero no se iba a dar por vencido.

¿Los hombres no pillaban la idea después de la quinta maldita llamada?

Cuando por fin ya estaba seca, entré a mi dormitorio y agarré el teléfono. Apreté el botón rojo del móvil para rechazar su llamada, lo dejé caer de nuevo en la cama y fui a mi vestidor.

Estar desnuda está muy bien, pero sólo para un rato. Mis pechos se estaban enfriando, y sin ningún hombre aquí para chuparme los pezones, solo serviría para ponerme nerviosa. Ya que para eso servían los hombres: dar placer.

Sí, había muchas parejas felices y todo eso. Pero eso era como jugar a la ruleta rusa con tu corazón, y yo no estaba dispuesta a que me apuñalaran una docena de veces antes de encontrar a mi príncipe azul. De ninguna maldita manera. Escogí un vestido negro ceñido que hiciera juego con mi pelo rojo, que

hace poco me había cortado en una melena bob.

Hacía lucir bien mi rostro. Y me hacía ver innegablemente más sexy que nunca.

Toc, toc, toc.

Me acerqué a la puerta suavemente sin decir una palabra. Una vez estuve enfrente de la mirilla, tenía que averiguar de quién se trataba. Puse los ojos en blanco. El cristal de mi mirilla era una mierda, ¿por qué estaba siquiera ahí?

– ¿Quién es? – pregunté, mientras veía una figura femenina balancearse. Hmm,

ese movimiento era familiar.

– Soy yo, Rita, espero que no te hayas olvidado de esta cara tan pronto – soltó una risilla, saludando a la puerta.

Abrí la puerta y puse mis brazos en alto para abrazarla. Dios, Rita era la stripper más adorable del bar Seven. No se quedó mucho tiempo, ya que

conoció

a su marido, Carlos.

– ¡Dios mío, Rita! – Me abrazó, su pequeña y embarazada figura hizo acopio de suficiente energía para darme un buen apretón.

– Hey, ¿cómo te ha ido últimamente?

– Ya sabes, lo mismo de siempre. Entra y siéntete como en casa.

La pasé dentro y miró alrededor, hacía ya tiempo que no venía. Ella pronto sería madre y ahora llevaba la vida de una ama de casa. La de una rica. ¿Cómo

lo hacía?

– Hmm, ¿ningún novio todavía? – suspiró, apoyando la mano en la barbilla con curiosidad. Estaba deseando oír buenas noticias. ¿Por qué todo el mundo pensaba que una mujer siempre tenía que tener un hombre?

Me dejé caer en el sofá negro que tenía en el salón y sacudí mi cabeza.

– Rita, ya sabes que no soy de las que se asientan. Soy un espíritu libre, sin ningún hombre que me ate. – Tenía que admitir, que mi pecho se elevó un poco

cuando dije eso, no con altanería, más bien con orgullo. Segura de mí misma y

orgullosa de poder vivir la vida sin un hombre como apéndice. Demasiado drama. Preferiría vivir sin ello.

Vi lo que le hizo a mamá. Vi las peleas que le provocaba a mi hermana Carolina. Y al demonio yo no iba a poner mi nombre en la lista de los

dramas.

Rita se sentó a mi lado e inclinó la cabeza con una media sonrisa.

– Oh, ¿así que crees que yo estoy atrapada? – se cruzó de brazos y entrecerró los ojos, de forma traviesa. Ella sabía lo que yo quería decir.

– ¡Tú no! Simplemente...tener citas y todo eso no es mi estilo, ¿sabes?

– Ya veo. Bueno, aquí tienes. – dijo, rebuscando en su bolso para sacar algo.

Puso entre mis manos una pequeña tarjeta con letras doradas grabadas en relieve.

Muy sofisticado.

– ¿Qué es esto? – Abrí la pequeña tarjeta y vi las palabras, “Estás invitada a...” Y entonces supe exactamente lo que estaba sucediendo.

– Me voy a casar. Sé que fuiste la oficiante en la boda de Sandra y ¡quiero que seas la dama de honor en la mía! – trinó, saltando en mi sofá como un niño

feliz. La felicidad brillaba y bailaba en sus ojos. Estaba enamorada.

Me pregunté, ¿por qué desengaño tuvo que pasar para encontrarlo? ¿Cuáles fueron los riesgos, y cuánto dolió?

Al final, sabía que ella diría que merecía la pena. Pero encontrar a ese alguien especial no estaba garantizado. No le pasaba a todo el mundo. Sandra y

Rita tenían suerte. ¿Yo? Iba a ser realista e iba a seguir siendo la soltera y feliz golfa que era.

– ¿En serio? Vaya, tanta gente de mi alrededor se está casando ahora.

Rita puso las manos en su regazo y se reclinó.

– Es una pena que no tengas un nuevo y reluciente novio que traer contigo.

– Por favor...eso no va a pasar. Estoy bien yo sola. – Mi teléfono sonó de nuevo. Juré a todos los santos que eran buenos y profanos que nunca más daría

mi número de teléfono auténtico a ningún tipo extraño de nuevo.

– Ugh, maldito teléfono. – Me arrastré fuera del sofá y corrí a la habitación.

Rita venía detrás.

– ¿Es un hombre? – preguntó, juntando las manos.

– No, es solo mi hermana molestándome. Mocosita malcriada.

– Entonces, ¿vas a venir?

Volvimos a mi modesto salón

– Claro, no me lo perdería por nada en el mundo. Tú y Carlos merecéis ser felices. Me encantaría verlos unirse oficialmente.

Rita empezó a toser ya que el salón estaba lleno con restos de humo de tabaco.

– Lo mismo te digo...

– No te preocupes. Estoy bien, Rita. Apuesto a que estás muy ocupada hoy,

¿verdad? ¿Ya tienes tu vestido de boda? – Tenía que terminar esta conversación

sobre mí liándome con cualquier tipo. No iba a pasar. Me gustaba el sexo sin ataduras. Duro, rápido, terminar y hasta luego.

- Voy a ir a comprarlo pronto. A lo mejor mañana; tienes que venir.
- Claro, tendré que asegurarme de no estar ocupada. El club está reservando bailes privados ahora.
- Ah, ¿en serio? Genial.
- Bah, paga las facturas. – dije, buscando el paquete de tabaco en la mesa.
- Bueno, tengo que irme. Todavía tengo un montón de invitaciones que repartir y llamar al servicio de catering, y tengo que hacer un millón de cosas de último minuto para la boda. Te veo luego, y ve y encuentra un novio.
- No vas a dejarlo pasar, ¿verdad? – Suspiré.
- No. Piénsatelo. Todo el mundo va a traer a sus novios o sus maridos. ¿De verdad quieres ser la excepción? En fin, déjame coger la puerta. Voy a llegar tarde para ver a los del catering.
- Cuídate, Rita.

Se escurrió fuera de la puerta ligera como una pluma, para volver a casa con Carlos. Encajaba con ella. Toda la situación era simplemente...para ella. ¿Y yo?

Yo era una stripper, no tenía el aspecto de una muñequita. Yo era sexy de una manera dura y a la vez femenina.

- La única soltera ahí, ¿eh? Apuesto a que todo el mundo está esperando a que aparezca sola, ¿no? – Me dije a mí misma, mientras miraba alrededor buscando un encendedor.

Aun así, no podía hacer que las palabras de Rita dejaran de rondarme la cabeza. Aún tenía amor propio.

Todo el mundo en esa boda iba a ir con alguien. Y eso quería decir que, si iba sola, yo sería el tema de conversaciones estúpidas. Miradas de reojo y susurros.

Ahora que lo pensaba, aparecer sin un hombre a mi lado haría que pareciera como si – como si no pudiera conseguir un hombre.

– Ah, carajo. Esto es como un reto ahora.

Sandra y Rita sabían que yo no era del tipo solitario. Pero las mujeres más mayores estarían cotilleando y... bueno, para ser sincero, era probablemente de mala educación aparecer en un evento como una boda toda solitaria.

Rita probablemente se sentiría incómoda también. Todo el mundo casado y con niños alrededor de mí...

Ese era su día especial y yo estaba decidida a no arruinarlo. Además, yo podría tener un buen día de sexo por la boda con cualquier tipo.

Pero no solamente con cualquier tipo. Carlos y Bastian eran peces gordos.

Hombres ricos. Hombres poderosos. Yo necesitaría un hombre del mismo nivel

que traer conmigo.

Y sabía quién podía hacer eso por mí.

Ella me debía un favor.

Isabella Silva. La mujer a la que todo hombre billonario acudiría si estaban buscando el amor...o un rollo de una noche de fiar.

Estaba ocupada organizando otra fiesta para una pequeña flota de hombres ricos y jóvenes veinteañeras deseosas y necesitadas de tener su tela rasgada

por

alguien más sabio y más rico.

No había daño en eso. Yo solo esperaba que ella tuviera alguien adecuado para mí. Yo no necesitaba a un loco sadomasoquista ni nada parecido. Despidió a

su asistente cuando me vio contoneándome escaleras abajo hacia el pasillo principal de su salón de fiestas.

Estaba oscuro, excepto por las luces que parpadeaban por todas partes y el borrón de celulares mientras la gente se movía de un lado para otro para prepararse para la función que ella estaba organizando.

– Bueno, mira a quién tenemos aquí. ¿Buscando el amor? – bromeó,

sabiendo perfectamente que estaba rotundamente en contra de estar en una relación.

– Más o menos, necesito una cita. Una rica y poderosa. – Flexioné mi brazo y agitando las cejas. Se rio, poniendo una mano sobre su estómago.

– Oh, ¿qué es lo que te trae tan interesada, a ti de todas las personas, tan de repente?

Caminamos hacia una de las mesas engalanadas con rosas, pétalos de rosa, y bandejas doradas con copas de champán. Isabella tenía un refinado, buen gusto.

– Una boda. La boda de mi amiga. Ella y su otra dama de honor tienen maridos que son ricos. No me gusta ser la “solterona” o lo que sea. – Jugueteeé

con los pétalos de la mesa y traté de no imaginarme a mí misma como ama de

casa, feliz con unos cuantos de chiquillos corriendo alrededor. Estaba condenada

a recibir una bofetada de la realidad si me permitía hacer eso. Isabella frunció el ceño, estudiando mi rostro. Ella pensó que yo sería una buena esposa. Yo no lo

creía.

Todo el mundo a mi alrededor pensaba que yo sería una buena esposa.

Todo el mundo a mi alrededor estaba equivocado. Totalmente equivocado.

Ridículamente equivocado.

– Veamos. Creo que tengo a alguien que podría ser adecuado para ti –

Investigó en su teléfono, toqueteando la pantalla. Entonces lo sostuvo en alto, para que yo no pudiera ver la pantalla.

Como trabajaba con tantos hombres ricos, no se podía uno imaginar cuántos secretos ella sabía.

Dios, esa mujer podría probablemente chantajear a cualquier tipo por un par de millones en menos de un minuto. Afortunados ellos, Isabella tenía un corazón

de oro. Raro esos días. Lo que era más raro era que todos mis amigos tenían también un corazón como el de ella.

Excepto yo. Lo cual estaba bien. Me consideraba a mí misma dentro de la media. Ni siquiera era virgen.

– Consigue uno bueno, me debes un favor por esa sesión de lap dance que le di a unos cuantos de tus clientes.

– Lo sé, lo sé. No te preocupes. Yo solo trato con lo mejor. Vuelve aquí hacia las ocho para conocerlo.

– ¿Conocerlo? ¿Para qué? ¿No puedes simplemente mandármelo? – Me repantigué en mi silla, sin cruzar las piernas. Me senté como un marimacho en

un día caluroso.

– Él no es un paquete, amor.

– Muy gracioso, apuesto que tiene paquete si es un hombre.

– Eres tan sucia – susurró con un chiflido de risa.

– Por eso la gente me ama. – Me encogí de hombros y me levanté, tirando de mi vestido para cubrir la zona alta de mis muslos, donde mis nalgas casi estaban

asomando. Isabella se puso en pie también y puso las manos sobre sus caderas.

En ese momento me di cuenta de que estaba vestida entera de negro. Un top negro ceñido de cuello vuelto, y una falda de tubo que mostraba su figura. Hmm,

eso me hacía querer una también.

– Ya me oíste, a las ocho en punto y tendré tu pareja perfecta para entonces.

Acabo de utilizar mi libro de solteros elegibles. – Lanzó las manos al aire. Feliz de que su negocio parecía que nunca iba cuesta abajo. Siempre tenía clientes recurrentes, incluso algunos que estaban felizmente casados. Muy gracioso.

Aunque no sabía si estaban divorciados. Se suponía que el matrimonio es

algo importante. Pero mucha gente tiraba el significado a la basura.

– Vale, volveré entonces. Gracias, Isabella. – Me despedí con la mano.

– ¡De nada! – me respondió, mientras subía las escaleras para salir del lugar.

Después de una última mirada, salí por la puerta y chequé mi teléfono.

Bien, sin llamadas perdidas.

Pero, ¿qué pasaría después de la boda?

No, ese no era mi problema. Lo único de lo que debía preocuparme ahora mismo eran los regalos de boda y lo que iba a llevar esta noche.

Mi teléfono sonó de nuevo y me latió la vena de la frente. Gracias a dios, era mi malcriada otra mitad, mi hermana Carolina.

– ¿Qué pasa? – le dije al teléfono, abriendo la puerta que llevaba a la acera.

Decidí que una o dos horas de manicura y pedicura con un masaje sería una buena manera de relajarme para esa noche.

– Hey, qué te pasa. ¿Qué tal un “hola”? – se quejó Carolina.

– ¿Qué tal un “ve al grano”? Sé que andas detrás de algo.

– Me preguntaba si podrías cuidar de mi perro esta noche? Tengo una cita...

– Me parece que no, chiquita. Encuentra a un dog-sitter de verdad.

Los hombres de la calle se estaban comportando como tales. Se quedaban mirando y revisaban mi cuerpo de pies a cabeza. Yo seguí caminando sin inmutarme.

– Pero Rena... – gimoteó, con su voz de malcriada.

– Mira, yo también tengo una especie de cita – gruñí.

– ¿Te refieres a un lío de una noche? ¡Esos no son tan importantes como yo!

– Me tengo que ir Carolina, estoy muy ocupada. – Le dije, preparándome para pulsar el botón rojo.

– Muy bien, ugh.

– Además, tienes ese novio rico, Marcial, ¿no puede pagarte eso?

– Sí, hablamos luego. Tengo que irme de compras.

– Nos vemos, cuídate.

Colgué y me di cuenta de que estaba en la esquina de la calle. Vaya, ¿una invitación a una boda me había afectado de esta manera?

Hhm, pronto acabaría todo. La fecha de la tarjeta decía que sería en una semana y eso me indicaba que quedaban algunos detalles por hacer.

Entonces me acordé, ponía una dirección.

Tenía la tarjeta conmigo, así que la saqué para leer la dirección.

Maldita sea. Por supuesto, Rita no iba a ser una de las tradicionales...

– Paris... ¡¿Qué?!

Capítulo 2

Fernando

Ver mi oficina me trajo algo de paz después de una mañana frenética.

Reuniones y más reuniones toda la mañana, y un sentimiento de fatalidad inminente pendía sobre mis mejores empleados y el comité de dirección.

Todos

me miraban, revisando mi rostro, preguntándose si lo iba a perder todo.

“Por fin paz y tranquilidad solo para mí. Quizá estoy acostumbrado a estar solo...” Me dije a mí mismo mientras recorría el camino hacia mi escritorio.

Me las arreglé para no decir nada a nadie acerca de la situación y solo eso ayudó con mis niveles de estrés. Me recliné en mi sillón de cuero hecho a medida, y me alcancé la botella para servirme un sorbo de Whisky. No había más reuniones por hoy y estaba jodidamente agradecido.

Tragué de golpe la tintura marrón y especiada y disfruté el ardor en mi garganta mientras la bebida se deslizaba por ella. Estaba en calma en miedo de una tormenta. Tenía que estarlo. Era dueño de este maldito lugar y sudé sangre

para que funcionara. Incluso la cantidad de vaginas que rechacé por el beneficio

de la compañía era cósmica.

Mi puerta se abrió de repente y Pedro, mi amigo desde hacía veinte años, se apresuró a entrar. Estaba frunciendo el ceño y se paró al borde de mi escritorio

para mirarme a la cara.

– ¡Hey, Fernando! ¿No estás ocupado buscando una esposa? – preguntó,

inclinándose incluso más como para regañarme por mi postura relajada. ¿Qué iba a hacer? ¿Correr por ahí como si fuera una gallina con la cabeza cortada?

– Pedro... ¿te gustaría explicar por qué no llamaste a la puerta? – pregunté,

para evitar su pregunta. Le di una media sonrisa y me volví a reclinar en mi sillón. El reconfortante olor del Whisky todavía flotaba en el aire Y el agradable hormigueo todavía estaba ahí.

– Llamar es para cuando no hay una emergencia. ¿Has chequeado tu calendario o qué?

– ¿De qué estás hablando? – Me serví otro trago y lo sorbí de golpe. Pedro dio un paso atrás y resopló, incrédulo. Incluso sus ropas lucían desaliñadas.

– ¡Necesitas una esposa! ¿Te has olvidado? Necesitas casarte pronto o todo por lo que has trabajado se convertirá en humo. Esto será un asesinato furtivo de todo tu duro trabajo – Pedro gritó, abriendo los brazos. Se hundió en uno de los

asientos delante de mi escritorio y apoyó un codo en el borde de mi escritorio de madera de cerezo.

– Pedro, estás más preocupado por esto de lo que yo lo estoy – señalé.

– Porque soy tu amigo. Alguien tiene que cuidarte hasta que alguien te enganche. – Se reclinó y cruzó las piernas. Iba a sacarme de mi oficina y lanzarme a la calle para que pudiera pillar a la primera mujer que viera y casarme con ella.

– Lo aprecio, pero estoy bien. Lo que tenga que pasar pasará. – dije, dándole vueltas al poco Whisky que quedaba en mi vaso. Los colores dorados se veían hermosos al ser tocados por los sutiles rayos de sol que entraban por la ventana.

– ¿Y eso qué significa? – El tono de voz de Pedro descendió hasta convertirse en el sonido de la esperanza perdida. Yo no había abandonado. Solo

tenía que mantener la calma. Pero, aun así, todo eso era la verdad.

– Uno no puede meterle prisa al amor, Pedro. Es una fase natural que...

Pedro se rio.

– Una mierda lo natural. Uno puede fabricar una esposa. Entonces, mientras

mantengas el final del contrato, puedes salir y encontrar tu verdadero amor.
¿Lo

ves? Problema resuelto. – Se cruzó de brazos y sonrió como si hubiera
arreglado

todo.

– No, el problema no ha sido resuelto. No voy a molestarme en casarme,
divorciarme y luego casarme otra vez. Eso es solamente un lío y un caos
esperando a pasar. – Giré mi silla para mirar al horizonte de la ciudad. Estaba
en el piso veinte y mis ventanas iban desde el suelo al techo, dándome una
visión

impecable de todo.

Sería maravilloso tener una mujer a mi lado para disfrutar de esto.

– Fernando, si no te casas...

Agité la mano y sacudí la cabeza.

–Deja de preocuparte, estaré bien.

– A veces me pregunto si siquiera quieres todo esto. Esta compañía, este
estilo de vida.

– Claro que sí, Pedro, cálmate. – Pedro dejó caer los hombros y bajó la
mirada.

– Maldita sea, hombre. Realmente me preocupas a veces –dijo, pellizcándose
las cejas y frunciendo el ceño.

– Ya lo veo. ¿Te apetece un trago? – Agarré otro vaso y se lo alcancé. Lo
miró y suspiró.

– Nah, estoy bien. Le prometí a mi esposa que la llevaría a ese bar que acaban
de abrir en el lado este. Dudo que lo que sirvan allí sea tan bueno como

el licor de tu alijo. – Se arrastró fuera de la silla y se puso en pie. Su teléfono vibró en el bolsillo de su pantalón y sonó. Al sacarlo y mirar quién era, sus ojos se iluminaron. Yo ya sabía quién era.

– Oh, hablando de la reina de roma, es ella ahora mismo. Hey, Fernando, me voy ya. Haz un esfuerzo en mantenerte, ¿vale? – Descolgó el teléfono y se despidió con la mano.

– Claro.

– Eres muy convincente a veces, ¿sabes? – bromeó, girándose y entrando en conversación con su esposa. – Hola, bebé. Sí... ¿qué decías que llevas puesto? –

desapareció a través de la puerta y yo me quedé con esa sensación de nuevo.

Ese sentimiento de deseo. Yo deseaba aquello también. Alguien a quien proteger y amar. Alguien a quien meterle la verga cada noche también. Cómo echo de menos el sexo. No me había descargado desde hacía tiempo y estaba casi desesperado por coger.

El teléfono en la mesa vibró mientras sonaba. Miré el identificador de llamada y me di cuenta de que no tenía ningún nombre marcado.

– Hm, eso es vagamente familiar... – descolgué y respondí.

– Saludos, Fernando Ventura al habla.

– Hola, Fernando, cariño. Soy Isabella, hace ya bastante, ¿no?

– Ah, Isabella Silva. ¿Cómo estás? – pregunte, a la mujer con la nota brillante en su voz.

– Bien, tengo buenas noticias para ti. Creo que te he encontrado una buena pareja.

– ¿De verdad? – me recliné en la silla de nuevo, curioso por saber qué había planeado. Isabella Silva era la mejor para emparejar a la gente. Por eso fue que

acudí a ella...hace seis meses. Pensé que no sería capaz de encontrarme a alguien. Pero carajo, incluso si esta mujer no era con la que pasaría el resto de mi vida, al menos podría cogérmela unas cuantas veces. Sin ataduras.

Manteniéndolo simple y limpio.

– Sí, ven aquí a las ocho en punto. Es muy elegante y no puede esperar a conocerte.

– ¿Sabe ella mi nombre? Cualquiera estaría feliz por conocerme.

– No cariño. Eso está en contra del protocolo hasta que la conozcas. Esto es como una cita a ciegas, pero más sofisticada.

– Intrigante. ¿Cómo se llama?

– En contra del protocolo cariño. – me recordó. Mi verga se estremeció con las expectativas. Todo este estrés tenía que ser liberado antes de que saliera a encontrar esposa.

Quizá venirme unas cuantas de veces me aclararía la mente. Y entonces

quizá estaría en un buen estado de ánimo para encontrar una esposa, crear una familia y mantener todo por lo que había trabajado. O quizá...esta sería mi pareja. En cualquier caso, tenía todo que ganar yendo.

– Juegas duro, Señorita Silva.

– Me pagan bien para que lo haga. No pensaste que me había olvidado de tus proyectos amorosos, ¿verdad?

– Claro que no, allí estaré.

– Maravilloso, luego te veo entonces.

Colgué y me levanté de mi asiento, estirándome y mirando el sol, que estaba preparándose para ponerse. Derramaba todo con brillantes rosas y naranjas. Muy

relajante al mirarlo.

Conduje hasta el edificio de cristales tintados en la parte noreste de la ciudad y aparqué mi Maserati en la entrada. Muchos hombres con diferentes tipos de coches deportivos italianos estaban estacionados y marchaban hacia el interior.

La mayoría estaban aquí para un polvo caro. Aun así, yo no podía mirarles por

encima del hombro. Yo era uno de ellos también. La única diferencia era que a

mí no me importaría encontrar algo de romance también.

La idea de que quizás podría hacer lo que Pedro me había dicho flotó en mis pensamientos: encontrar a alguien para el requisito del matrimonio y seguir buscando el amor. Con los arreglos apropiados podría funcionar. La idea de perder mi compañía...me partía el alma. Era mi amor propio, mi medio de vida.

Mi padre pensó que estaba muy bien poner eso en su herencia.

Se lo probaría. Incluso si él ya no estaba aquí. Me coloqué bien la chaqueta y caminé hacia dentro dando largas zancadas, los hombres estaban ocupados

mirando a las chicas que entraban desde el otro lado del edificio.

¿Dónde estaba esa chica misteriosa?

Silva me vio desde el medio del piso y caminó pavoneándose hacia mí con los brazos abiertos.

– ¡Señor Fernando! Has llegado pronto. – exclamó, cogiéndome del brazo y llevándome a través de un sinnúmero de mesas. Cada mesa tenía un número en

ella. Podía imaginarme que era para emparejar a la gente.

– Sí, la curiosidad me ha traído aquí más rápido que lo que dura un parpadeo.

– admití, siguiéndola a través del laberinto de mesas. Paramos al lado de una mesa especial que se erguía un poco más arriba del piso principal por cinco o seis escalones. Debía ser su sección VIP. Pequeñas luces brillaban a nuestro alrededor como estrellas, creando una atmósfera acogedora.

– Siéntate aquí y ella llegará en cualquier – oh, ahí viene. – La señorita Silva saludó con las manos a una chica pelirroja que tenía el pelo cortado en un bob.

Todo en ella la hacía sobresalir entre aquella oscura multitud como si fuera un fuego artificial.

Sí. Lo supe tan pronto como puse mis ojos sobre ella. Ella era mía. Había un fuego tácito en ella y yo iba a domarlo.

– ¿Es esa...ella? – pregunté, para confirmar.

– Sí, esa es. Os dejaré solos ahora.

Carajo, la señorita Silva sí que tenía buen juicio para elegir parejas.

Demonios, si esto funcionaba, tendría que pagarle una buena propina. Se contoneó hasta nosotros y subió las escaleras con gracia. Sus caderas estaban esculpidas a la maldita perfección. Mis ojos no podían despegarse de la forma en

que se balanceaban de un lado a otro.

– Hola, ¿cómo estás?

– Maravillosamente, ¿y tú? – su voz me hizo temblar.

– Ah, estoy bien. Muchas palabras podrían usarse para describirme ahora mismo – dijo, mirando el vino que había sobre la mesa. Le ofrecí su asiento y se

sentó. Su esencia era floral y femenina, pero fuerte aun así.

Se alcanzó el vino y se lo tragó de golpe.

– Entonces, ¿cómo te llamas? – ella giró sus ojos grises para mirarme, buscando en mi cara respuestas a preguntas que ni siquiera había formulado todavía.

– Es un secreto. – Di un sorbo del vino. Hmm, era de buena calidad, pero hubiera optado mejor por un Whisky. Ella frunció el ceño, descansando sus

codos sobre la mesa. Llevaba un vestido con escote que mostraba a la perfección la forma de sus pechos. Mis ojos se demoraron peligrosamente en su escote. Mi

verga tembló como si pudiera tomarla justo en ese momento.

– Secreto, ¿eh? Hmm... – suspiró, estudiándome de arriba a abajo. Estaba buscando algo en particular.

– ¿Pasa algo? – pregunté, para alargar esta conversación.

– Pareces familiar. Por alguna razón... ¿Estás en la televisión? – se cruzó de

brazos y se recostó.

Le di una media sonrisa.

– Intentando averiguar mi nombre, ¿no?

– Tengo que hacerlo si voy a llevarte a una boda con todos mis amigos y familia.

– ¿Disculpa?

– Mira, tengo un problema. Verás, mi amiga se va a casar, ¿vale? Tengo una pequeña banda de amigas y todas son más o menos de mi edad, pero todas están

casadas. Y no con cualquiera, todas tienen maridos que son billonarios.

– ¿Estar soltera te molesta?

– Para nada. No estoy aquí por amor. Solo necesito una cita para dar buena imagen. Tengo amor propio, por si no te has dado cuenta.

– Me he dado cuenta. ¿Pero no te quieres enamorar? ¿Y si te da un flechazo por mí? – La sonrisa en mi cara se hizo tan grande que no la pude ocultar.

– Entonces eso no estaría bueno. Un flechazo es una mala analogía. Después de un flechazo vendría el dolor. En fin, ¿todavía te apetece hacerlo? – preguntó, cruzando las piernas. Dios, mala elección. Iba a rasgar mis pantalones con una enorme erección aquí y ahora.

– ¿Ir a la boda? – agarré mi copa de vino y tragué de golpe lo que quedaba.

Ella alzó una ceja.

– Sí, tú estás buscando amor y yo no. ¿Te parece bien? – Recostándose en la

silla susurró – La verdad es que pensé que este lugar era para hombres buscando

aventuras. – Ella miró alrededor, a los hombres que estaban sentados con otras mujeres. Incluso se podía ver a la típica mujer sentada con dos hombres en la misma mesa. Podía ver a dónde iba a llegar eso también.

– A veces, cariño, a veces. – Esta era mi excusa para mantenerla cerca y hacerle ver lo que yo veía. – Te llevaré a esa boda. Pero tengo una petición.

– ¿El qué? – su expresión se suavizó.

– Tu nombre.

– Renata – soltó.

– ¿Un apellido viene con ese nombre, Renata? – su nombre se sentía como puro sexo en la lengua, le sentaba bien.

– Pereira. Pero esas son dos peticiones. – dijo, cruzándose de brazos.

– Bueno, tengo una más, y es una grande.

– Bien, te escucho.

– Bueno, necesito que finjas ser mi prometida.

– ¿Por qué? Esa es una petición extraña, pero estoy tan desesperada por tener a alguien a quien llevar a la boda que lo haré. ¿Puedo tener tu nombre, a cambio

de aceptar tu propuesta?

– Es todavía un secreto.

– Genial. No puedo esperar a presentarle a la gente al señor Nosésunombre.

¿Qué es lo que escondes?

– Nada – puse las manos en alto – ¿Ves?

Se rio entre dientes. Pusieron música después de un rato, y los hombres cogieron a sus citas y fueron a la pista.

Me levanté y le ofrecí mi mano a Renata.

– Bailemos. Ven, apuesto a que se te da bien.

– Soy stripper, así que se me da bien bailar sucio. ¿Música clásica como esta? Mejor cuidas tus pies. – me advirtió, mientras se levantaba. No cogió mi mano. Mm, una chica dura, ¿eh? Me gustó eso.

– ¿Una stripper? – eso explicaba por qué su cuerpo era tan jodidamente perfecto.

– ¿Sorprendido? ¿Te excita o te espanta? – Me lanzó una mirada cargada de lujuria. Si estuviéramos solos sabría lo excitado que realmente estaba.

– Dejaré que decidas. Ahora muévete conmigo, Renata. Yo te cuidaré. –

rodeé su cintura y me siguió mientras bailábamos al son de la música. Su cuerpo

encajaba en mi mano perfectamente y su esencia me tenía atrapado en un trance.

Ya me había decidido. Esta era la persona con la que quería casarme. Aún quedaba más por aprender sobre ella, pero encajaría a la perfección. Si solamente pudiera persuadirla de seguir viéndome después de la boda y

convertirse en mi verdadera prometida. Apenas tenía una semana y media para

realizar ese milagro.

– Eres bueno – dijo Renata, sus ojos examinando mi rostro.

– Tú también. Déjame llevarte a casa – ofrecí, mientras nos alejamos de la pista de baile. - ¿Quizás cenar en alguna otra parte?

– ¿Y dejar que descubras dónde vivo? Ja, muy gracioso.

– Sé tu nombre. ¿Qué te hace pensar que no puedo descubrir dónde vives, Renata? – Ella me había desafiado, y yo no iba a dejarme. No con un cuerpo como el suyo.

– Ah, muy listo, ya veo. Estaré bien. Además, tengo que ir a trabajar.

Salimos del edificio y me di cuenta de que no conducía porque estaba abriendo la aplicación de Uber en su celular.

– ¿Qué trabajo? Renata, tú no trabajas hoy. – dijo Liz, caminando hacia nosotros con un paso muy exagerado. Renata le frunció el ceño. Había sido delatada. Renata era mía para llevarla a casa y de nadie más.

– Muy bien, llévame a casa, pero no andes poniéndote todo sentimental por mí, señor Sin Nombre. – La señorita Silva me lanzó una mirada irritada. – Su nombre es Fernando Ventura – Isabella corrigió. Me había robado la diversión.

¿Qué había pasado con el protocolo?

– Espera, ¡¿Fernando Ventura?! Dios mío, Isabella. Realmente tienes conexiones. Ya decía yo que conocía su cara. – Se cruzó de brazos de nuevo y sonrió, sacando su deliciosamente esculpida cadera hacia fuera.

– ¿Nos vamos pues? – pregunté, agarrándola de la cintura.

– Claro, hacía tiempo que no tenía un día libre. Me gustaría poder ir a dormir pronto. Vamos, niño rico.

– Ya sabes mi nombre, ¿no vas a usarlo? – bromeé.

– Ya te dejaré saber.

Capítulo 3

Renata

Fernando Ventura. Maldición, ese sí que era un nombre sexy. Me llevó a su carro, que estaba aparcado cerca de la entrada y la única cosa en mi mente era cómo de grande sería su verga. Sería perfecto para la boda. Especialmente, cuando termine, me divertiría con él una última vez y daría todo por terminado.

– Buen auto, ¿Maserati Granturismo?

– ¿Cómo lo sabes? ¿El logo?

– Ja, por la carrocería. Soy aficionada a los autos, me encantan. Este tiene muy buena consistencia – recorrí con el dedo la pintura negra y brillante y miré

las ruedas. Al contrario de otra gente rica, él había mantenido su auto simple, lo que le había dado la oportunidad de mantener su elegancia.

Caminó alrededor del coche y abrió la puerta para mí. Qué caballero. Me deslicé dentro y me recliné en el suave asiento. Era espacioso para un coche tan

esbelto. No tan esbelto como un Lamborghini, pero casi. Fernando entró por el

otro lado y su colonia flotó hasta mi cara. Demonios, así que era él a quien

estaba oliendo antes. Olía muy... ¿alfa? Especiado y cálido, pero suficientemente masculino.

– Tienes buen gusto – dijo, refiriéndose a mi conocimiento sobre coches.

– ¿Tienes muchos súper-autos italianos o qué? – me abroché el cinturón y él arrancó el coche. Ronroneó, arrancándose, ese rugido placentero sacudiendo mi

cuerpo. Dios, esto era maravilloso.

– No demasiados. Tengo todos los coches que puedo manejar cómodamente.

– se puso en movimiento y el carro comenzó a andar. Conducía como si estuviera deslizándose sobre seda.

– ¿Un número?

– Unos cinco. – Ja, cinco autos eran muchos autos. Yo ni siquiera tenía uno.

– Huh, muy moderado para un tipo rico...Fernando.

– Lo tomaré como un cumplido. Y está muy bien oírte usar mi nombre real.

Giró en otra esquina y empecé a darle indicaciones hacia mi casa.

La pulsación que tenía entre las piernas casi me hacía querer invitarle dentro... Pero aún podía esperar. Esperaba.

– ¿Estás segura de que quieres ir directamente a casa? – preguntó,

manteniendo sus ojos en la carretera. Esa mirada seria y fija en su cara le hacía lucir muy atractivo. Estaba chorreando ahí abajo. Gracias a dios, llevaba un vestido negro.

– Sí, ¿por qué?

Se inclinó contra su mano, con el codo apoyado contra el cierre de la ventana.

- Hay una carretera abierta genial y un restaurante maravilloso en la siguiente ciudad en...
 - Esto no es una cita, Fernando. Solo un lío temporal. Pensé que a los tipos ricos como tú les gustaba ese tipo de cosas.
 - Eso suele pasar cuando tienen sexo sucio.
 - ¿Quién dijo que eso no podía pasar? En fin, lo que sea, ir a casa es la mejor apuesta por ahora. Estoy cansada desde que salí de trabajar para hacer ejercicio y lidiar con algunos asuntos. Gira justo aquí.
 - Muy bien, entonces.
- Aparcó enfrente y abrí la puerta para salir. Una vez estuve fuera, me alisé el vestido y me incliné para despedirme.
- Esta noche estuvo bien. Gracias y buenas noches. Necesitaré verte mañana de nuevo para discutir algunas cosas. Pero estoy contenta contigo como mi elección.
 - Gracias. – Salió del auto y cerró la puerta. Acercándose a mí, me ofreció su brazo para que lo tomara.
 - Espera, ¿qué estás haciendo? – le pregunté, alzando una ceja.
 - Llevándote a la puerta. – Explicó, guiándome a la puerta que llevaba a otras escaleras.
 - Realmente quieres saber todo sobre mí, ¿verdad? – abrí la puerta y ambos pasamos dentro. Su colonia debía ser cara para seguir oliendo como si se la

acabara de echar hace un segundo.

– Merece la pena intentarlo. Además, sería maleducado por mi parte no dejarte segura en tu puerta. Por favor, permíteme. – Maldita sea esa voz tan sexy.

– Parece que “no” no es una posibilidad para ti.

– Sólo cuando es apropiado – me guiñó un ojo. Agarré su brazo y lo guie escaleras arriba.

Llegamos a mi piso y giré a la derecha cuando vi a alguien apoyado junto a mi puerta. Me era familiar. Nos escuchó desde detrás y se afirmó en sus pies.

¡Esa cara!

– ¿Daniel?

Sonrió, pero esa sonrisa se desvaneció cuando vio a Fernando a mi lado con sus manos alrededor de mí.

– Renata, espera, ¿quién demonios es ese? – preguntó, señalando a Fernando con el dedo. Su cara empezó a enrojecer y retorcerse violentamente. Dio un paso

adelante y se quedó en mi puerta.

Podría noquear a este pendejo en medio segundo.

– No es nadie que te interese. ¿No te dije que no volvieras a llamar o venir por aquí de nuevo? Jamás fuimos nada y nunca lo seremos – le recordé.

Fernando estaba a mi lado, y podía sentirlo, preparándose para pelear. Aunque

no tenía que preocuparse demasiado, yo era una luchadora por naturaleza.

– Creo que deberías irte. Obviamente no eres bien recibido aquí. – Fernando añadió, apretándome más cerca de él. Sentí un pequeño resquemor en mis mejillas. Tenía un buen agarre.

– Mira, puedes irte al diablo– Daniel gritó, pisando fuerte hacia adelante para arrancarme de los brazos de Fernando. Y nunca iba a dejar yo que eso pasara.

– ¿Por qué no te vas tú? – dije, golpeando mi mano contra mi cadera.

– No me voy a ninguna maldita parte. Tú eres mía...

– No, ella es mía.

“Huh?” Vaya. Ese gruñido y el tono posesivo me hicieron empaparme. Estar excitada en un momento en el que dos hombres se están peleando por ti sonaba

ridículo. Pero cuando vi a Fernando enfrentarse a Daniel y lanzarlo contra la pared y luego hacia el suelo, supe que tendría que tener cuidado con él.

Porque cuando un hombre peleaba por una mujer, era una receta fácil para un corazón roto. El amor era inminente. Afortunadamente, yo tenía un muro de acero, cuidándome de cometer errores tan estúpidos.

– Ahora vete y arrástrate fuera de aquí como el inservible gusano

comemierda que eres. O si no, tendré que gastarme un poco de dinero y asegurarme de que no seas visto de nuevo. ¿Me oíste, chico? – Gruñó Fernando.

– S-sí – tartamudeó, agarrándose el estómago doblado hacia adelante. Cojeó escaleras abajo, con la camisa rasgada y el pelo revuelto.

Eso...me excitó. Mucho. Fernando se colocó la chaqueta y me sonrió. Los escalofríos bajaron por mi espalda directamente hacia mi vagina, mojándola.

Saqué las llaves de mi pequeña cartera y abrí la puerta.

– Buenas noches Renata. Me alegro de que yo...

– Suficientes palabras, entra aquí. Hoy es tu día de suerte, vas a tener una linda recompensa.

Abrí la puerta y agarré a Fernando de la corbata para guiarlo adentro.

– Gracias por ser tan hombre. Ahora este es tu premio.

Fernando abrió la boca para decir algo, pero este no era el momento para ponernos a hablar así que presioné mi boca contra la suya. Estaba sorprendido de

lo rápido que todo se había intensificado. Pero demonios, acaso ¿se miraba al espejo? Era un hombre increíblemente apuesto y cuando lanzó a Daniel de esa forma...Tenía un mar entre las piernas. Cuando rodeé mis brazos alrededor de su

ancha y musculosa espalda y recorrí su cuerpo con mis manos, él se relajó y se

calentó.

– Mmm... – dijo, apartándome de él finalmente. – Besas muy bien. – sonrió malvadamente. – ¿Estás segura de esto?

Lentamente le subí la camisa y me encogí de hombros. Subí la mirada hacia él coquetamente.

– A no ser que no quieras tu recompensa.

– ¡No, no! Está bien, sigue. – respondió, subiendo sus brazos para que

podiera revelar su duro y musculoso pecho y abdomen para mis ojos avariciosos.

Sentí cómo mi vulva se mojaba al revelar su excelente cuerpo. Mis rodillas casi colapsaron, pero él me agarró en el último momento y me sostuvo en sus fuertes brazos.

Con un potente movimiento, me estrelló contra su pecho y apretó sus masculinos labios contra los míos. Mis hormonas se aceleraron mientras nuestros labios y lenguas se enredaban. Un poco por estabilizarme y otro poco para liberar mi pasión animal, rodeé mis brazos alrededor de su espalda, hundiendo mis uñas en su piel.

Eso parecía excitarlo aún más.

En el momento en que nuestros labios se separaron, me dejé caer sobre mis rodillas y le desabroché el pantalón. Mientras su gran pene saltó hacia fuera, sabía que yo también iba a tener mi premio. Era tan larga y venosa. Levanté la

vista hacia su cara, sin creermelo lo que veía. Él sonreía como un tonto. Como un

animal enjaulado, bajé hacia su húmeda verga, tomando toda su longitud en mi

hambrienta boca. Su miembro era tan delicioso que solo quería devorarlo como la zorra avariciosa que era.

Me agarró la cabeza, la inclinó hacia atrás y empezó a cogerme por la boca.

Incluso abriendo la garganta tanto como pude, no alcancé a tomarlo dentro del todo. Cuando intenté sacármelo, agarró mi pelo en su puño y me presionó hacia

abajo incluso más.

Su dureza era honestamente la cosa más ardiente que yo había tenido nunca.

Me agarré a su musculoso trasero mientras él metía y sacaba su verga dentro y

fuera de mi garganta.

Para cuando él terminó, yo estaba más que preparada para cogérmelo. Sin ninguna otra palabra, me saqué la ropa y lo presioné contra el suelo. La habitación de repente se sentía muy caliente, pero a mí no me importaba.

– Dios, eres una tigresa. – dijo, echándose hacia atrás.

– No tienes ni idea... – me senté sobre su enorme verga y gemí mientras se deslizaba en mi hambriento, y caliente coño.

No podía creerme cuán profundo su verga entró en mi ardiente vagina. Por la mirada en sus ojos, podía decir que nunca había estado tan profundo en una mujer antes.

– ¡Cógeme! – grité mientras me movía arriba y abajo sobre su miembro. –

Oh dios, te necesito dentro de mí.

Mis grandes pechos rebotaban y se agitaba y Fernando sonreía de oreja a oreja mientras intentaba agarrarlas y jugar con ellas. Sentir sus grandes y masculinas manos amasando duramente mis senos me puso incluso más

cachonda.

Hundí su verga en mi vagina, recorriendo con las manos su cuerpo duro. A

estas alturas, ni siquiera recordaba por qué estábamos cogiendo. Todo lo que sabía es que necesitaba desesperadamente esa deliciosa carne dentro de mí.

Era

un picor que sólo él podía calmar.

Inclinándome hacia abajo, aplasté mis pechos contra sus pectorales y lo besé ardientemente en los labios. Sus caderas se movieron contra las mías mientras

liberábamos nuestra pasión contenida.

Sus manos eran rudas, y cuando me dio una cachetada en las nalgas, grité.

– ¡Sí! ¡Más duro! – grité, sosteniendo mi trasero en alto para él.

Varias cachetadas más y yo no podía parar de gemir, hecha un desastre.

Estaba acabando tan duro alrededor de su verga que me sorprendí de que no se

resbalara hacia afuera. Mi trasero estaba al rojo y dolorido, pero eso no era nada en comparación con cómo se sentía mi vagina. Él la tenía tan grande y larga que

alcanzaba lugares que ningún otro hombre había alcanzado antes.

– Te gusta eso perra, ¿verdad? – Bajó su mano hacia mi trasero de nuevo.

Asentí y enterré mis dedos en su cuello. Ambos gruñimos mientras nos

acercamos al clímax. Él agarró mis caderas y empujó aún más dentro de mi ardiente vagina. Me apreté fuertemente alrededor de su turgente verga,

masajeándolo hasta que la última gota de su leche estuviera fuera.

– Ah, sí. ¡Soy tu zorra! ¡Ahora fóllame más duro! – dije, moviendo mis caderas contra las suyas. Sabía que mi concha estaría dolorida en la mañana, pero me daba igual. Solo quería sentir su magnífica verga dentro de mi

vagina.

Recorrí con mis dedos todo su sexy y musculoso cuerpo, sintiendo su masculinidad.

Mis ojos se ensancharon al sentir cómo su vara se extendía dentro de mí.

Sabía que estaba a punto de venirse. Esperé hasta que él estuviera a punto de explotar, luego me la saqué de dentro y le dejé que acabara por todo mi abdomen

y senos.

– ¡Oh Dios! – gritó, mientras se retorció debajo de mí. Me agarré a su resbaladiza verga decidida a no soltarla mientras amenazaba con escaparse de mi

agarre.

Estaba fascinada por la cantidad y la velocidad de la corrida de Fernando. De alguna forma se las arregló para que me alcanzaran algunos chorros en la cara.

Una y otra vez seguía derramando su ardiente lefa. Para el momento en que él terminó, mi estómago, senos, garganta, cara y cabellos estaban cubiertos con su

leche. Y me encantaba.

Capítulo 4

Fernando

Mis ojos recorrieron el horizonte de la ciudad. Las palabras iban y venían en mi cabeza mientras estaba sentado en una reunión sobre otro futuro contrato con

una compañía de tecnología. Mantuve mi atención en la ventana porque sólo

tenía una cosa en mi mente. Ella: Renata.

La forma en la que follamos anoche había dejado una impresión duradera en mí. Me decía tanto sobre ella, sin tener que esperar años para descubrirlo. Era apasionada, leal, y apreciaba cuando veía actos buenos y le hacían cosas buenas.

También estaba dolida. Ella iba de hombre en hombre, esperando no quemarse,

pero de alguna manera, ella también tenía el corazón roto y ni siquiera lo sabía

aún.

¿Era el sexo su sustituto para el amor? No podía ser. Era demasiado

temporal. Tamborileé los dedos sobre mi mandíbula, mirando por la ventana mientras pensaba aún más sobre Renata y el dominio de su cuerpo.

Un bolígrafo se agitó delante de mi rostro.

– ¿Señor Ventura? Fernando, ¿estás ahí? – Pedro preguntó. Volví a la tierra y me rasqué la cabeza mientras dirigía de nuevo mi atención a la reunión

– Oh, lo siento mucho. Mis disculpas a todos ustedes. – dije, cabeceando hacia mis potenciales clientes. Todos intercambiaron ligeras sonrisas y dieron un sorbo a su café. Se sentían tan honrados de estar aquí que bien podría estar columpiándome desde el techo, a ellos no le importaría.

– Señor Ventura, ¿cree que tendrá tiempo para otro contrato? Nos encantaría tener vuestra compañía trabajando con nosotros. – la mujer de la compañía tecnológica dijo, con la súplica en sus ojos.

– Claro que podemos y lo haremos. Esta reunión será aplazada, podremos continuar...

Pedro se levantó y puso sus manos sobre la mesa.

– No, no...podemos continuar y finalizar hoy. – Pedro protestó. Me miró a mí y a la compañía de hito en hito. Fueron tan pacientes como se puede ser.

– Desde luego, tendremos que continuar en otro momento...

– Pero tu agenda está realmente ocupada esta semana. Los necesitamos aquí y ahora.

Me levanté y salí por la puerta. No quería parecer maleducado delante de nadie, pero simplemente no podía funcionar correctamente ahora mismo.

Me afirme contra la pared del pasillo y Pedro salió, echando humo.

– ¿Fernando? ¿Qué carajo es esto, hombre? – siseó – ¿Qué estás haciendo?

Eso es un contrato multibillonario. ¿Por qué demonios te alejas de eso?

– Tengo muchas cosas en la cabeza, no me puedo concentrar.

Pedro se pasó la lengua por los labios y sacudió la cabeza.

– No me vengas con esa. Te he visto hacer un millón de cosas a la misma vez. Espera. – entonces él se animó, algo le vino a la mente. – Espera un maldito minuto. ¿Has... has encontrado a alguien? Quiero decir... ¿estás enamorado?! –

su ceño fruncido se convirtió en una sonrisa, con los ojos ensanchados y una mirada jovial llena de esperanza.

– Pedro, no es lo que piensas – sacudí los felices sentimientos que él estaba poniendo en el aire con la mano.

Aplastó mi mano y la movió hacia abajo.

– Oh, es exactamente lo que pienso. Tú nunca estás disperso y aturdido como

ahora. La gente teme a Fernando Ventura. Pero ahora estas todo alterado solo por

una mujer y pareces un gran bulto sensible.

– Pedro, continúa con la reunión. Tengo fe en tu habilidad para llevar el contrato. – su rostro se iluminó. Hacer este tipo de cosas era su punto fuerte, su pasión. Hacía bien su trabajo, así que confiaba en que podría llevarlo a cabo.

Comencé a andar hacia el ascensor, buscando las llaves del auto.

– Claro. ¿A dónde vas? ¿A buscar a tu mujer? – Pedro preguntó, guiñándome el ojo.

– Algo así.

Todo el camino al departamento de Renata se desvaneció en un borrón. Los giros y paradas que hice en el camino se escapaban de mí como si el auto se estuviera conduciendo a sí mismo. No recordaba el número de su dirección, ni el

de su puerta. Simplemente sabía dónde estaba ella. Podrían dejarme en mitad de

la nada y volvería a ella.

Esa pasión que irradiaba de ella...Necesitaba eso en mi vida. Podía verme casándome con ella. Haciéndola mía. Marcándola.

Después del modo en que su vagina me apretaba anoche, nada me iba a separar de ella.

Aparqué el auto en una plaza libre de aparcamiento y subí deprisa los escalones para llegar a la puerta. Tiré de ella, pero estaba cerrada. Me había olvidado de que era una entrada cerrada con seguridad. ¿Cómo había entrado

ese

pendejo de Daniel aquí? Quizá había encontrado a alguien saliendo.

Después de inspeccionar cuidadosamente el cierre, me di cuenta que no era uno muy resistente. Así que podría volver a mi auto y tomar una de mis tarjetas

para trucar el cierre.

Volví a la puerta, con la tarjeta en la mano, y mientras subí corriendo los escalones, una mujer venía bajándolos para abrir la puerta. Afortunado yo.

Abrió la puerta bien abierta y me examinó de pies a cabeza. Por supuesto que iba a sostener la puerta abierta para mí. El lugar olía a comida india, china, con un poco de cocina americana también. Vivía en un lugar alegre, e iba con ella. Si tan solo me dejara darle algo mejor.

– Vaya, eres muy lindo. ¿Estás comprometido? – preguntó.

– Afortunadamente, sí. Lo siento.

Suspiró y siguió su camino. Yo subí las escaleras y seguí a mi memoria. Su puerta estaba justo debajo de esta entrada a la derecha. Me paré enfrente y llamé.

– ¿Renata? – llamé.

No oía ningún ruido en su apartamento y llamé de nuevo. Más alto, por si acaso estaba dormida.

Miré la hora. Era pasado el mediodía, así que seguramente estaría fuera.

Después de todo, era stripper, así que probablemente tendría un trabajo durante

el día también.

Saqué mi teléfono marqué el número de la señorita Silva. Ella lo sabía todo sobre la gente a la que emparejaba. Quizás demasiado.

– ¿Hola? ¿Es usted señor Ventura? – preguntó.

– Señorita Silva. Necesito saber dónde encontrar a Renata. –agarré mi teléfono con anticipación.

– ¿Es una emergencia? – Ahí estaba. La vacilación.

– Sí. – mentí, agarrando el teléfono incluso más fuerte; se iba a romper debajo de tanta presión.

Soltó una risita.

– ¿Estás seguro?

– Señorita Silva...

– Cariño, ella está seguramente en uno de sus empleos. ¿Estás en su casa?

– Sí, necesito hablar con ella.

Se paró un momento en silencio.

– Bueno, la verdad es que no se supone que yo deba decirte tanto sobre ella...

– Señorita Silva, por favor...

– Hey- dijo una voz familiar, interrumpiéndome.

me giré y vi a Renata detrás de mí, con los brazos cruzados.

– No importa, te contactaré más tarde. – dije, colgando el teléfono, ni siquiera esperé a que la señorita Silva me respondiera.

– Intentando encontrarme, ¿eh? – me preguntó Renata, poniéndose las

manos en las caderas que me pasé la noche acariciando y besando.

– Sí, quería llevarte a un sitio.

– ¿Ahora? No tengo tiempo.

– ¿Por qué?

– ¿Por qué quieres saber? – preguntó, empujando las caderas a un lado.

– ¡Porque tengo que saberlo! – me estaba impacientando. La deseaba, la necesitaba a mi lado y necesitaba estar dentro de ella también. Ninguna mujer en

mi vida me había trastornado tanto la cabeza de una forma tan deliciosamente vulgar antes.

Ella era el tipo de droga que quería. del tipo que me mantendría alerta, y me

ayudaría a ver los colores de la vida. Ella prendía un fuego que yo quería mantener encendido. Mis ojos cayeron sobre las curvas de su cuerpo, haciendo

que mi verga se apretara contra mis bóxeres. Tragué saliva y me aclaré la garganta. Renata era sexy de una forma peligrosa.

Esa actitud desafiante solo conseguiría ponerme duro como roca.

– ¿Tienes que saberlo, ah? Se escurrió por mi lado hacia su puerta y la abrió.

– Bueno, tengo otros trabajos que hacer, así que vuelve más tarde esta noche.

Agarré su mano suavemente y la sostuve en alto.

– Por favor, necesito pasar tiempo contigo ahora.

Ella miró mi mano sosteniendo la suya y parecía insegura. Ahora me di cuenta que tenía que ponerle difícil decir que no.

– Tengo unos cuantos, de cientos en mi bolsillo, quizá cerca de mil. Ven conmigo al parque y son tuyos.

Los ojos de Renata se iluminaron y me dio una media sonrisa.

– Sí que sabes regatear.

Alargó la mano.

– El dinero, ahora.

Busqué en mi bolsillo y le puse un fajo de billetes en su mano. La movió arriba y abajo, midiendo su peso.

– Esto debe de ser casi mil quinientos.

– ¿En serio?

– Pesar dinero es un pequeño hobby mío. – puso su brazo alrededor del mío

y cerró la puerta, echando el pestillo. – Vamos, de hecho, tengo cosas que decirte sobre la boda, ya que es dentro de poco.

El parque fue un lugar perfecto para llevarla. Aunque me preguntaba por qué

no la arrastré directamente a su casa o a la mía. Era más que un juguete sexual,

pero después de haberla probado, no podía evitar pensar cuándo sería la próxima

vez que podría enterrarme muy adentro de ella.

Ella despertaba algo dentro de mí, y no se iba a dormir pronto por nada del mundo.

Renata se agarró a mi brazo en silencio mientras andábamos por el parque.

El viento nos acariciaba suavemente, y el aire fresco era muy relajante. Había parejas y niños jugando en el césped.

Vi cómo Renata se quedaba mirando a las parejas. Dejó escapar un pequeño suspiro y apoyó la cabeza contra mi brazo.

– ¿Estás bien?

– Sí. – susurró; se puso derecha y soltó mi brazo. – En fin, la boda. Es en pocos días. Mañana conseguiré la visa y los billetes de avión. Bueno, ya empecé el papeleo de la Visa, así que estará ahí mañana. ¿Y tú?

– Ah, yo ya tengo visado de entrada múltiple.

– Claro que sí, tipo rico. – Renata puso los ojos en blanco y se rio.

Paramos al lado de una fuente y Renata se sentó en el borde, mirando su reflejo. Podía oler el olor del cloro, mezclado con la sutil esencia floral de Renata.

– Eres hermosa, ¿lo sabes? – le dije, poniendo mi mano sobre su hombro.

– Sí, supongo. – dijo, recorriendo el agua con los dedos, con el ceño fruncido.

– ¿Qué va mal, Renata?

– Nada, solo estoy cansada.

Me senté a su lado y examiné su rostro. Estaba preocupada por algo.

– Renata, ¿qué pasará después de la boda? Aún me gustaría verte. Y lo haré, pero me gustaría que...

– Ahí vamos...por favor, no lo hagas.

– ¿Hacer qué?

– Enamorarte de mí. Vas a empezar a ponerte todo sentimental por mí. No soy ese tipo de chica, vivo para los líos de una noche.

– No, ellos viven por ti – me enfrenté. Sus ojos se agrandaron y se separó de mí.

– ¿Disculpa?

– Sí, Renata, estás llena de fuego y entusiasmo, no malgastes eso en cualquiera.

Puse mi mano sobre las de ella, pero se apartó. Su pelo rojo brillaba bajo el sol y volaba como un delicado velo en el viento.

– No estás sufriendo de un corazón roto, ¿verdad? – le pregunté, intentando mirarla a los ojos. Ella mantuvo la vista fija en el suelo bajo sus pies, con el ceño fruncido.

– Me estoy esforzando mucho porque no pase. – ese tono en su voz. Si un hombre no le rompía el corazón, se lo rompería la soledad. Conocía bien la soledad. Podía agarrarte por la garganta y ahogarte.

El siguiente paso era convertirte en un adicto al trabajo para ser inmune a la soledad, para poder prosperar y vivir por tu cuenta. Yo lo había hecho. Pero Renata no debería tener que hacerlo. Si solamente ella pudiera ver lo que yo veía y entregarse a mí.

Entonces encajó, vi lo que ella estaba haciendo.

Se puso en pie y se sacudió la falda.

– Bueno, soy una chica ocupada, tengo que irme, a no ser que estés pensando en secuestrarme.

– Eso no es una mala idea, bromeé. - ¿Necesitas un viaje?

– Estoy bien, mil quinientos me conseguirán todos los Uber que quiera.

Se dio la vuelta y se marchó. Yo la vi alejarse.

Capítulo 5

Renata

Después de dos días de debatir cómo iba a resultar todo, el día por fin había llegado. No es que yo fuera la que iba a casarse, pero aun así estaba nerviosa.

Rita era más como mi hermana pequeña que mi verdadera hermana de sangre.

Tenía que estar ahí, y tenía que asegurarme de encajar bien. Fernando era una buena opción. Quizás una opción demasiado buena. Al menos era una opción divertida.

Me contoneé hacia su oficina, en mi vestido corto azul claro con adornos de nácar y tacones a juego. Muchos de los hombres en el vestíbulo me dirigieron miradas serias y me dieron sus tarjetas de visita.

Tan pronto estaban fuera de mi vista, las tiré por ahí.

Siguiendo las indicaciones de Fernando, subí al vigésimo edificio, donde se hallaba su oficina principal. No pude evitar sentirme como una celebridad cuando me bajé del ascensor dorado. Iba con mi estilo.

La secretaria me vio y me dirigí hacia ella con una seria cara de póquer. Yo no la conocía ni ella me conocía a mí. Aun así, tenía colocada una cara de asco.

Vaya, las características básicas de una hembra celosa.

– ¿Puedo ayudarte?

Decidí ignorar el carácter con el que me estaba tratando. Hoy se suponía que debía ser un día relajado, un día en el que yo iba a ir a Paris para mi mejor amiga Rita.

– Estoy aquí para ver a Fernando Ventura.

– Lo siento, pero está ocupado.

– Soy Renata Pereira, me está esperando.

Dio una sonrisa con los labios apretados mientras tecleaba en su ordenador.

Sacudió la cabeza.

– No estás aquí, lo siento, no hay nada que pueda hacer por ti.

Vale, ahora esta perra estaba agotando mi última gota de paciencia.

– ¿No tienes un teléfono? ¿Sabes cómo usar uno? – pregunté, poniendo mis manos sobre las caderas, exagerando mi postura.

Arrugó la nariz y entrelazó los dedos.

– Eso es solo para cuando la gente tiene cita. Ahora, tendré que pedir que te... ¡hey! ¡¿A dónde vas?! ¡Llamaré a seguridad!

Pasé de largo por su escritorio y caminé por el pasillo. Fernando iba tarde, y su secretaria me estaba enojando demasiado. No era una buena combinación.

– ¡Fernando! – llamé, intentando sonar profesional y no como una

cualquiera. Guardaría eso para la secretaria que intentara venir detrás de mí

por el pasillo.

Había puertas dobles al final del pasillo, y por el diseño, tenía que ser esta su oficina. Justo cuando iba a alcanzar la manija, las puertas se abrieron, y ahí estaba.

Su esencia me envolvió mientras yo estaba atrapada en su elección de traje.

Traje negro de chaqueta, clásico. Estaba de punta en blanco.

Tenía que calmarme, las tangas húmedas eran tan incómodas como las braguitas húmedas.

– Lo siento, tuve una reunión que se alargó. – se disculpó - ¿Estás...?

– ¡Señor! ¡Esta mujer no debería estar aquí! – dijo su ignorante secretaria. Su cara enrojecida por el enfado y los celos.

– Sí que debería. Te di la información de su llegada.

Yo arremetí:

– Qué raro, ella dijo que yo no estaba ahí.

Su cara se transformó en una de miedo.

– Oh, debo de haberme equivocado entonces. – dio un paso atrás y tragó.

Yo agarré el brazo de Fernando y ella miró a otro lado. No estaba

sorprendida de que su propia secretaria estuviera loquita por él, era muy sexy.

– Pues sí, en efecto – le dijo a ella. – Señorita María, por favor, revisa los horarios de nuevo mientras no estoy. Hay una boda a la que tengo que acudir.

–

pasamos por al lado de ella y yo agarré uno de los cachetes de Fernando (que,

por cierto, estaba durísimo). Ella lo vio y se fue furiosa por otro pasillo.

– Estaba tan cerca de ponerse a maldecir. Le gustas.

– Y a ti también, ¿verdad?

– Era una competencia y yo gané.

La puerta del ascensor pitó y un hombre miró hacia arriba, con los ojos salidos.

– Bueno, Fernando, ¿es esta una amiga tuya?

Tenía un anillo en el dedo, así que sabía que no estaba intentando averiguar detalles míos. Aunque claro, muchos hombres casados eran promiscuos estos días.

– Sí, esta es Renata Pereira. Renata, este es Pedro, uno de mis amigos de toda la vida y un compañero aquí en la compañía

– Un gusto conocerlo. Ojalá pudiéramos quedarnos más tiempo, pero

llegamos un poco tarde. – me quedé mirando a Fernando, que se rio, y Pedro tomó mi mano.

– Un gusto conocerla. No dejen que los entretenga. ¡Adiós!

Ese Pedro parecía...anormalmente feliz...

Los carros a toda velocidad siempre eran fascinantes. Pero estar en un Bentley a toda velocidad, eso era mil veces mejor.

– Si tan solo este carro fuera descapotable. Estaría de pie en mi asiento gritando en el viento.

– Me alegro de que lo encuentres divertido, cariño. Apenas puedo sentir la

velocidad yo mismo.

Pasé mi mano por la puerta del coche y me concentré en cómo se sentía.

– Podrías si prestaras atención. Está ese maravilloso sentimiento, como mariposas en el estómago. Tiene una montada tan suave con una suspensión tan

buenas que apenas puedes sentir un bache en la carretera.

– Los coches son lo tuyo, ¿verdad?

– Lo son. Algún día voy a comprar un Lamborghini, lo pintaré en blanco perla y lo sacaré a las vías.

– Sé que lo harás.

El tráfico estaba yendo a buen ritmo, pero empezó a ir más lento. Miré a mi alrededor para ver si había algún accidente, pero no se veía un demonio. La caravana había aparecido de la nada.

– ¡Con este tráfico vamos a llegar tarde! – grité, hundiéndome en mi asiento.

Le había dicho a Rita tantas veces que estaría ahí. Incluso me había pedido ser su madrina.

No estar ahí lo arruinaría.

– Sí que tiene mala pinta.

Miró en su GPS para ver si podía encontrar otra ruta. Había otra opción, pero aún estaba a cinco millas por delante de nosotros. Y no se podía saber cuánto tardaríamos en llegar ahí.

– ¿No puedes llamar un helicóptero o algo? – pregunté, y no era una broma.

– No así, cariño, lo siento. – dijo, después de un momento, ¿de verdad estaba considerando esa opción?

Suspiré y miré el reloj del coche. Teníamos que movernos rápido. Ese avión se iría en una hora.

– Mierda – gruñí.

Saqué mi celular y miré los otros aviones que despegaban.

– ¿Buscando otro ticket?

– Sí. No puedo comprarlos online si despegan en una hora o dos, pero se podrían comprar en la estación. Acabará con mis ahorros, pero tengo que ir allí.

Fernando puso su mano bajo mi barbilla y me la inclinó para que lo mirara.

– No te preocupes, te prometo que estarás ahí. A tiempo.

Una parte de mí me gritaba que no lo creyera, la otra parte de mí ganó, haciendo que lo creyera.

– Más te vale que sea verdad, tipo rico.

Mis pies golpearon el pavimento como ruedas de carreras. Fernando hizo un esfuerzo por mantenerse cerca de mí y lo hizo bastante bien. Mis tacones eran de

punta fina así que fue un reto. Aunque claro, yo era una stripper, lo que significaba que tenía los mejores músculos en las piernas, los más fuertes.

Llegué al aeropuerto cuando Fernando agarró mi mano.

– ¿Qué? Vamos a llegar tarde – resoplé. Qué estaba haciendo, cada segundo

era precioso y no para ser malgastado.

– Ven conmigo, será más rápido por aquí.

Valía la pena intentarlo. Lo seguí hasta que encontramos puertas dobles. Dos hombres parados enfrente de las puertas las abrieron para nosotros, permitiéndonos pasar dentro.

– Fernando, ¿qué está sucediendo? – pregunté. Esta no era una parte pública del aeropuerto en la que cualquiera pudiera simplemente entrar. Era exclusivo.

– Ya vas a ver.

Fruncí el ceño.

– Siempre tienes que tener algún tipo de secreto, ¿eh?

Entramos a través de otro par de puertas y mis ojos estaban asombrados.

Hablando de lujo...

– Vaya, no me digas que aquí es donde todos los súper-ricos vienen a volar. –

exclamé, con la boca abierta. Era una habitación enorme, con mesas de buffet, sillas de masaje, televisiones enormes, incluso una zona de trabajo. Había tanto

aquí.

Todo brillaba, tan limpio y pulido.

– De hecho, todo esto me pertenece a mí. Es una compra reciente. –

Fernando corrigió, yendo hacia una mesa de vino y sirviéndose una copa.

Después señaló por la ventana.

– ¿Ves eso?

Seguí la dirección de su dedo.

– ¿El jet pequeño?

– Sí. Eso es un Paris.

Fernando me alcanzó una copa de vino.

– ¿Es una cosa pequeña y simple?

– Sí, he ido y venido por el país unas cuantas de veces. Es un avión rápido y bueno. Además, el interior es muy espacioso. No dejes que el exterior te engañe.

– A través del país, ¿eh? – caminé hacia el cristal de la pared, desde donde se podía ver el jet. Había empleados trabajando en él, acercándolo para que pudiéramos embarcar.

La gente rica lo tenía muy fácil. No tenían que bailar en un salón lleno de hombres borrachos y miserables a menos que realmente quisieran hacerlo.

Podían ir de país en país sin ni siquiera hacer cola. Apostaba que ni siquiera inmigración parpadeaba ante esto.

– Genial...

– No te da miedo volar, ¿no? – Fernando me preguntó, chocando su copa contra la mía. Una cálida sensación de seguridad subió por mi espalda y casi me

sedó.

– No, para nada. Me gusta un poco de aventura en mi vida.

Di un sorbo a mi vino, y la afrutada mezcla de uvas y algo que sabía cómo a

peras y cítricos bailó en mi lengua.

– Vaya, buen vino.

– Más le vale, me costó diez mil dólares una botella.

– Por favor, seguro que ni siquiera lo notaste – me reí.

Pronto, un hombre con un traje gris de mecánico asomó la cabeza.

– Señor, estamos preparados para usted y su encantadora invitada.

– Gracias – se volvió hacia mí. - ¿Lista, Renata?

– Sí, vamos.

El jet era fantástico. Era más bien pequeño, pero no demasiado estrecho. Si hubiera sido más grande, lo habría hecho perder velocidad.

Me senté al lado de Fernando. Me agarró la mano y mi cuerpo se congeló.

Era tan diferente. Era desconcertante. Había algo tan...No sabía cómo describirlo. Pero me gustaba.

Quizá, después de la boda, podríamos seguir siendo buenos amigos.

Solamente buenos amigos.

Fernando metió la mano debajo de su asiento, y un soplo de su colonia llegó a mí, haciéndome sentir agradablemente mareada. Sacó una caja, era plana y tenía un lazo dorado en ella.

Oh mierda.

Eso me recordó. Me había olvidado de comprarle algo a Rita

– ¿Es esto para Rita? Oh, dios mío, no puedo creer que olvidé comprarle

algo. Gracias...

– No es para Rita. Pero no te preocupes. Estoy seguro de que podremos comprar algo una vez aterricemos.

Miré la caja negra y brillante.

– ¿Entonces para quién es?

– ¿Para ti? – dijo, con una sonrisa.

Tomé la caja lentamente, como si fuera a explotar. Se sintió tan extraño sostener la caja. Quizás fue todo ese vino. Pero no es como si una copa me pudiera afectar así.

– ¿Para mí? Genial. Um, ¿puedo abrirlo ahora?

– Adelante.

Fernando continuó mirándome mientras deshacía el delicado lazo dorado y abría la tapa. Brillantes matices de arcoíris y destellos de luz adornaron mis ojos cuando abrí la tapa completamente.

– Vaya, esto es hermoso – y caro – ¿Son diamantes y ópalos? – Esa era mi combinación favorita. Nadie, ni siquiera Isabella, sabía que me gustaba esta combinación.

– Sí, te sienta bien. Así que quería dártelo porque luciría hermoso en ti durante la boda.

– Acaricié delicadamente la combinación de pendientes y colgante. El

colgante lucía como si lo hubieran sacado de un palacio real. Los pendientes estaban adornados con diamantes en forma de lágrima para que combinara con el

colgante. En lo alto de los pendientes había ópalos incrustados.

Cerré la caja y le puse la tapa de nuevo. Sacudiendo la cabeza, le dije:

– No, no puedo aceptarlo. Es demasiado. – esto no era una relación real de todas formas. Si tomaba esto, entonces...

– ¿Demasiado? Pasar tiempo contigo vale mucho más que eso.

Él no iba a tomar la caja. Ay mierda. ¿Tenía que hacerse el machito conmigo, ¿eh?

Sonreí, y le dije:

– Quizá puedo dárselos a Rita, ¿no? – bromeé.

– Por supuesto que no. Compraré algo para ella una vez que conozca su personalidad. Pero este es un regalo especial para ti. Y vas a aceptarlo, porque si no...

– Si no, ¿qué? – Puse la caja en la mesita enfrente de nosotros y me crucé de brazos.

– Si no, no tendrás acompañante para la boda. –dijo, sonriendo de oreja a oreja.

Carajo, tenía respuesta para todo ¿verdad?

– Está bien, está bien. ¿Un poco caro para una chica que es solo una aventura, ¿no?

– Tú eres más que una aventura para mí...

– Debería serlo. –susurré.

Su mano viajó por mi pecho, donde acarició la tela que cubría mi pezón.

Temblé y una deliciosa sensación invadió mis braguitas.

– Parece que voy a unirme al grupo de las alturas.

Me deslicé fuera de mi asiento y me arrodillé entre sus piernas.

Desabrochado sus pantalones, no tardé ni un segundo en sacarle la verga.
Carajo,

había visto esa gota de líquido pre seminal. Esperaba que este avión pudiera aguantar una sesión de sexo duro.

Lamí la parte de abajo de su verga, jugando con la base y moviendo mi húmeda lengua en la punta. Se movió en mi mano y mi vagina gritó por atención. Pero no, no todavía.

– Esa lengua debería ser mía. Esta debería ser la única verga que deberías saborear por el resto de tu vida. – Fernando gruñó; me agarró la cabeza y se hundió más profundo en mi boca. Pude sentir cada temblor de su pene en mi boca mientras la chupaba duro y la masajeaba con mi lengua.

Maldición, yo estaba chorreando.

Intenté deslizar una mano para jugar con mi clítoris, pero Fernando usó sus piernas para pararme.

– Mmf – murmuré, decepcionada. No había diversión

– Merece la pena la espera, cariño, te lo aseguro.

Comenzó a cogerme la boca rítmicamente, la punta de su verga deslizándose dentro de mi garganta.

Chuparle la verga era una nueva experiencia. No se sentía como si lo hiciera solo para satisfacerme a mí misma. Pero... quería que él disfrutara tanto como yo. Lo cual era la primera vez para mí porque cuando yo cogía, si no acababa,

entonces no me importaba nada lo que cualquier otro sintiera. Fernando llenaba

mi cuerpo de nuevas emociones. Y yo no estaba segura de si estaba preparada para ellas ahora mismo. Pero carajo, esta verga era una maldita excepción.

Capítulo 6

Fernando

La lengua y la boca de Renata le hacían cosas a mi pene que nunca había sentido antes. Esto era diferente. No se sentía como cuando estuvimos en guerra

por dominarnos, como la primera vez que cogimos. En cambio, ella se sometió a

mí.

Ella sabía que yo era el alfa, sabía que era mi verga la que estaba chupando.

Por una vez, ella estaba haciéndolo por placer y no por competir para ver quién acababa primero.

– Dios, Renata, justo ahí. Chupa más duro ese lado. – gruñí, empujando mis caderas contra su boca. También intenté no hablar muy alto, ya que la cabina de

piloto no estaba muy lejos de nosotros.

Era mi avión, pero a la gente le encantaba cotillear. Menos mal que le había dado instrucciones al piloto de llamar antes de dejar la cabina.

Mis huevos se tensaron, tenía una buena carga para ella.

– Tan rico...- Renata murmuró, con las manos deseosas de tocar y aliviar su

vagina – Mmm, es tan grande. Es tan bueno saber que no estás intentando compensar con todas las cosas que posees.

Reprimí una risa mientras ella volvía a metérsela en la boca.

– ¡Renata! –siseé, un espeso chorro de esperma salió de mi verga y bajó por su garganta. Tosió, pero pronto se recuperó y tragó el resto.

Renata se puso en pie y se levantó el vestido.

– Muy bien, Fernando. Hora de darme a mí una dulce descarga también.

Después de todo, no sería parte del club de las alturas si no...

Agarré sus caderas cuando intentó sentarse a horcajadas sobre mí.

– Vamos a parar ahora.

– ¿Qué? Si todavía estás duro.

– Puedo arreglar eso. –dije, bajándole el vestido. Era una pena decepcionar a

una vagina tan perfecta, pero necesitaba mostrarle que no estaba aquí solo por el placer que me podía dar. Si solo ella supiera lo buena esposa que sería para mí...

– Eres un tipo muy raro. Lo que sea. Pero vas a tener que satisfacerme más tarde por esto.

Se mordió el labio y se sentó en su asiento con un fuerte suspiro. Mi verga anhelaba estar dentro de ella tanto como su vagina me quería dentro.

Apreté mis muslos y nalgas para ayudar a que se me bajara esta erección. Si no lo hacía, se pondría más dura y acabaría cogiéndomela en el suelo.

Renata mantuvo la atención en la ventana y yo saqué mi laptop para ver cómo iban las cosas por la oficina. Pedro había enviado unos pocos correos electrónicos, diciendo que tenía algunos contratos firmados que nos compensarían billones.

El avión aterrizó media hora más tarde, y Renata estaba profundamente dormida. No podía esperar a reírme de ella por sus ronquidos épicos.

– Renata, despierta cariño, hemos llegado – le susurré al oído.

– ¿Huh? –murmuró, enderezándose. Seguramente no sabía que se había dormido en mi hombro tampoco. – Vaya, ¿estamos...aquí? – preguntó, frotándose los ojos y mirando por la ventana.

– Sí.

Cuando el avión aterrizó, trajeron las escaleras y una limusina estaba ahí para llevarnos.

– Hey, – Renata se cruzó de brazos y me miró con las cejas caídas. – ¿no tenemos que pasar por inmigración o algo?

– Hay un procedimiento especial para mí, pero, en resumen, sí.

Abrí la puerta para ella y se deslizó dentro.

– Vaya, una limusina estupenda. Un poco ancha comparada con las de Estados Unidos.

Miró a su alrededor y toqueteó algunas cosas del interior.

– Gracias, y sí, los europeos hacen las cosas bastante robustas.

– Me sorprende que no vivas aquí. –dijo Renata, recostándose en el asiento.

– Quizás. Nunca se sabe.

Llegamos al salón de la ceremonia en el Gran Hotel de Paris. Era un lugar refinado, normalmente reservado por gente muy rica cuando iban a casarse o querían dar una fiesta.

Recordé que Renata dijo que sus amigas estaban casadas y emparejadas con algunos hombres poderosos.

– Este lugar es increíble. –Renata se maravilló, mirando las brillantes arañas de luces sobre nosotros. Sí, ella tendría algo incluso mejor si estuviera casada conmigo.

El tiempo se estaba agotando, pero yo todavía tenía esperanza. Renata iba a ser mía, tuviera que pagarle o no. Era la única con la que podía verme. Ese fuego...me correspondía.

La miré de nuevo, desde los tacones hasta su pelo rojo recientemente cortado.

– ¿Estás bien? Pareces bastante ido.

– No es nada, será el jet lag. Sobreviviré.

– Bien.

– Oh dios mío, ¡¿Rita?! ¡Rita! – Renata saltó hacia su amiga cuando la vio entrar en la sala de ceremonias. El banquete iba a celebrarse en unas horas, y la gente estaba ocupada asegurándose de que todo estuviera bien situado.

Renata le dio a su amiga Rita un gran abrazo. Entonces los ojos de Rita recayeron sobre mí y se quedó boquiabierta.

– Hey, ¿es eso que veo una cita? – Rita preguntó.

– Bueno, no podía aparecer como una solterona. – Este es Fernando.

Fernando, Rita.

Alargué mi mano y sacudí la suya.

– Un placer conocerte. –dije.

– El placer es mío. Me alegro de que hayas venido. – Rita le lanzó una mirada a Renata. - ¿Van en serio? ¿Necesito empezar a planear otra boda?

La cara de Renata se enrojeció.

– ¿Q-qué? No, no es así; solo somos amigos.

Rita volvió a mirarme.

– Bueno, yo preferiría ser mucho más que amigos.

La cara de Rita se iluminó de alegría mientras Renata trataba de mantener su calmada compostura. Me reí y me aparté para que la gente con las flores pudiera

terminar su trabajo decorando las sillas.

– Renata, ¿por qué no te quedas aquí mientras corro a hacer algo rápido?

Renata alzó una ceja, sintiendo que estaba tramando algo.

– Vale, pero no andes muy lejos.

Rita y Renata se marcharon por el pasillo, hablando de la boda mientras yo

me iba por otro camino. No cabía duda de que la boda empezaría en unas pocas

horas, y sabía que no íbamos a estar en condiciones de tomar el avión de vuelta.

Además, Renata podría incluso querer quedarse con Rita unos pocos días mientras estuviéramos de vuelta a la realidad.

Me paré en seco. Yo no tenía unos pocos días. Pero me sacudí las preocupaciones y seguí caminando. Yo era Fernando Ventura. Conseguía todo lo

que quería, e iba a tener a Renata, sin peros que valgan.

La mesa del conserje estaba justo delante de mí, no estaban demasiado ocupados, pero incluso un puñado de clientes podían mantener su margen de beneficio en buenas condiciones.

– ¡Oh, ¡Dios mío, este lugar es tan, como, de gente de nivel! –una voz, familiar pero irritante, chirrió.

Mi estómago empezó a apretarse en nudos.

Así que, ignoré la sensación y me apreté contra la mesa. El precio para dos noches sería quince mil dólares. Estaba sorprendido de que era tan poco para un

lugar de este calibre.

– ¡¿Fernando?! – chilló la voz de nuevo, desde detrás.

Me giré y vi a Carolina. Se acercó, con los hombros moviéndose de un lado a otro.

– No imagine encontrarte aquí. ¿Viaje de negocios?

Mis recuerdos de ella no eran agradables.

Su presencia daba malas vibraciones a la situación.

– No, ¿y tú?

Se acercó a mí e intentó agarrarme el brazo.

– Lo siento, Carolina, no estoy soltero, y por lo que recuerdo, tú no estabas tampoco interesada en mí.

Era solo por mi dinero. Ella lo amaba en cantidades jodidamente grandes.

Hizo pucheros y se sacó un mechón de pelo rubio de los ojos.

– ¿Y? ¿Los hombres ricos como tú no se dedican solamente a coger y a gastar dinero? – Sacó la cadera a un lado - ¡Te estaba ayudando! Y puedo ayudarte de nuevo – ronroneó, recorriendo mi pecho con un dedo.

Le di la espalda para firmar el recibo y tomar la llave de mi habitación.

– ¡Te estoy hablando! – resopló.

– Y si lo haces de nuevo – dije, imponiéndome sobre ella – Llamaré a seguridad.

Caminé alrededor de ella y fui a encontrar a Renata. Si la veía conmigo, le haría daño o le mentiría.

Me encaminé hacia el salón de ceremonias. En muy poco tiempo estaba ya mucho más arreglado.

– Renata – llamé, saludándola. Le plantó un beso en lo alto de la cabeza a Rita y caminó hacia mí.

– Hey, ¿algo va mal? Pareces...preocupado. – Renata tamborileó con los dedos su barbilla, intentando averiguar qué me pasaba.

– Vamos, nos he conseguido una habitación, para que puedas descansar hasta que la boda comience.

Le rodeé la cintura con mi brazo y miré por todas partes para asegurarme de que Carolina no estaba merodeando por ahí.

Esperando el ascensor. Continué mirando a mi alrededor. Me pregunté a qué otro pobre hombre había atrapado para mamarle hasta el último centavo. Di golpecitos con el pie y apreté el botón del ascensor unas cuantas de veces más.

Renata puso suavemente su pie sobre el mío para que parara de golpearlo.

– No he visto nunca que hayas sido un tipo nervioso. ¿Hay algo que necesites decirme, Fernando? – me preguntó Renata, cruzándose de brazos. Sus

ojos me miraron fijamente, exigiéndome la verdad.

– No nada, solo algunos asuntos triviales...

– Me huelo una mentira. Pero bueno, averiguaré pronto.

– ¿Lo harás?

– Se me da bien atraer ese tipo de basura, tipo rico. Pero dejemos todo eso ahora. – la campana del ascensor sonó y las puertas bañadas en oro se abrieron, -

me debes una por lo de antes.

– ¿Ah sí?

– Vamos, tenemos una habitación ahora. Equipada con una cama. No vas a descansar hasta que tenga mis regalitos. – me guiñó el ojo y me empujó con la

cadera. Mi verga se retorció con excitación. Entrando al ascensor, las puertas comenzaron a cerrarse. Mi pene comenzó a apretarse contra mis bóxeres, y no pude evitar darle un apretón por las ganas.

Una mano voló hacia la puerta para evitar que se cerrara, y Carolina entró.

– ¿Carol? – dijo Renata.

Espera, ¿la conocía?

– ¡Renata! –trinó, alargando su nombre en una canción. Apretó a Renata en un abrazo después de pulsar el botón de su piso; sin embargo, Renata frunció el

ceño, no parecía muy complacida. Y tampoco le devolvió el abrazo.

– Carolina, ¿cómo carajo has terminado aquí? – se retorció contra su abrazo, mientras Carolina me lanzaba una mirada venenosa. Eso era una amenaza.

– Me enteré por un pajarito de la boda de Rita. Entonces, le dije que no te había visto hacía mucho y que quería sorprenderte, ¡y entonces me invitó!

Renata gruñó.

– Espero que te comportes acá. No estás en casa y no dejare que arruines las cosas en esta boda.

Yo me quedé callado. No quería dirigirle ni una palabra a Carolina, pero tenía que decirle algo a Renata. Pronto.

Capítulo 7

Renata

– Oh Dios, por fin estamos solos... - cerré la puerta de la recamara, eché el pestillo, miré a Fernando de arriba abajo y me lamí los labios. Apreté mis muslos mientras un pequeño temblor me recorría el cuerpo. De repente mis braguitas estaban mojadas y mi vagina chorreando. Lo que me hizo en ese avión...

hacerme esperar...

Oh, dios, estaba muy caliente.

Avancé hacia él, contoneando mi cuerpo y pasando mis dedos por mi pelo rojo. Temblé al recordar lo grande y gruesa que era su jugosa verga. Casi podía

sentirla perforándome la vagina.

Empezó a decir algo, pero le puse mi dedo sobre los labios y lo hice callar.

– El tiempo para hablar se terminó – ronroneé.

Con urgencia, empujé su masculino cuerpo hacia mí y lo besé en los labios.

Recorrí mis manos por su barba incipiente, sintiendo su piel estremecerse bajo mis dedos. No sabía qué tenía Fernando, pero ese hombre me volvía absolutamente loca.

Mi corazón martilleó, y cuando olí su perfume, este lanzó vibraciones por todo mi cuerpo. El hombre era un Dios.

Fernando captó el mensaje. Metió las manos por debajo de mi blusa y yo inspiré fuertemente cuando sentí sus fuertes y poderosas manos tocar y acariciar

mis sensibles senos.

Mis pezones se endurecieron con doloroso placer al tacto de sus manos frías contra mi cálida y suave piel.

Lancé mi cabeza hacia atrás y gemí mientras acariciaba su enorme verga por dentro de los pantalones. Estaba dura como acero. Me llenaba como nadie más lo había hecho antes.

– Mi turno – gruñó. Mientras me levantaba y me lanzaba fácilmente a la cama del hotel. Sonreí mientras me arrancaba la ropa y la lanzaba por encima de

sus hombros.

Cuando estuve completamente desnuda, abrí bien mis cremosos muslos para

que pudiera ver. Él miró mi resbaladiza vulva como si fuera una bestia hambrienta. Temblé y luego grité cuando se lanzó a mi húmedo interior. En nuestra apresurada última vez, me había olvidado completamente que él no me

había satisfecho ahí abajo.

Qué rico ver a un hombre que conoce su lugar. Entre las piernas de una mujer.

Sus masculinos labios se sintieron tan ricos, y su caliente aliento me hizo cosquillas entre las piernas. Agarré su cabeza y empujé mis caderas, aplastando

mi ansiosa concha contra su boca.

Fernando sabía exactamente cómo satisfacer a una mujer, eso estaba claro. Él

lamió y chupó mi vagina y mi clítoris hasta que estuve refregándole en la cara toda la humedad que me brotaba por él.

– ¡Oh Dios! – grité, y envolví mis piernas alrededor de su cabeza. – Oh dios,

¡sigue haciendo eso! – Él lamió mi clítoris de forma experta, haciéndome temblar como si una descarga eléctrica me tomara.

Para cuando terminó, sentí como si hubiera estado en una montaña rusa épica.

– Vaya, eres muy bueno para esto... – Dije, sin aliento, mientras me llevaba su verga a la boca. Acaricié su masivo miembro, recorriendo con los dedos su suave piel. Incluso sus testículos estaban afeitados.

Recorrí con la lengua su húmedo miembro. Rápidamente alcanzó toda su longitud bajo mi experto tacto. Pero quería su verga en mi boca no en las manos.

– ¿Preparado? – lo miré desde abajo, con la punta de su verga justo en la entrada de mi boca.

Él asintió, y luego gruñó cuando lentamente hundí su verga en mis succulentos labios. Él me tocó mi hinchada vagina mientras yo le devoraba su pito. Amaba tener su verga dentro de mi boca. Sólo había un lugar donde la deseaba más: mi vagina.

Chupé su pene y sus bolas hasta que él estaba gruñendo y gimiendo tanto que temí que se viniera demasiado pronto.

Me saqué su verga de la boca y la guie hacia mi concha. Grité cuando frotó su pecho contra mis senos desnudos, haciendo que mis pezones se irguieran incluso más

En su camino a mi vagina, besó y lamió mi pecho, y metió uno de mis pezones en su boca. Gemí y envolví mis brazos alrededor de él. La forma en que

sus labios y su lengua tocaban mi pezón me volvía loca de pura lujuria.

Sedienta de placer, agarré su gran miembro y lo llevé a la entrada de mi vagina.

Su boca encontró la mía y en el momento en que él introdujo su lengua entre mis labios, yo metí su verga en mi pulsante vagina. Pude sentir su gran verga abrir los labios de mi concha y en el momento en que su cabeza presionó, gemí

en su boca y envolví su cintura con mis piernas.

Sentir su polla hundirse en mi caliente concha era como volver a casa. Nunca había necesitado nada tanto como necesitaba su grueso pene dentro de mí. Me dolía la vagina por sentirlo de nuevo dentro de mí. Su verga era todo en lo que

era capaz de pensar.

– ¡Hazlo! ¡Fóllame duro! – chillé, mientras hundía mis uñas en su espalda.

Fernando obedeció, presionando su maravilloso pene en mi vagina. Una vez que

llegó al fondo, empezó a cogerme lentamente, lo que hacía que me volviera loca

de calentura.

Besó mi cuello, y me llenó de ardientes besos mientras se tomaba su tiempo para cogerme lentamente, a fondo. Apreté mis amplios senos contra su pecho, volviéndome loca con todas las sensaciones que sentía circular por mi cuerpo.

Una y otra vez, empujaba en mi hambrienta vagina, su pene frotándose contra mi sensible clítoris hasta que estuve gritando de placer, retorciendo las

sábanas y moviendo la cabeza de atrás a adelante.

Sentí su verga hincharse dentro de mí y supe que era el momento.

Cuando empezó a sacarla, dije:

– No, esta vez lo quiero dentro de mí... - respiré pesadamente y lo apreté fuerte para mantenerlo bajo mi mando. Yo tenía un buen agarre ahí debajo de todas formas.

Él arqueó una ceja, pero no protestó.

Pronto, metió todo su largo miembro hasta el fondo y liberó su leche dentro de mi dolorida vagina. Un chorro tras otro corría desde la profundidad de sus testículos hasta mi útero.

Él gruñó en mi boca y yo grité en la suya. No podía creer que le estaba permitiendo hacer esto. Y sin protección. Pero carajo, este hombre me tenía bien

agarrada. Además, yo todavía estaba tomando la píldora. ¿Y por ocasiones como

esta? Valía la pena.

Nos agarramos el uno al otro en un apasionado abrazo, mientras nuestros cuerpos se fundían.

Me desperté hecha un desastre. Un desastre feliz. Y eso no había pasado en mucho tiempo. Normalmente, cuando cosas como estas pasaban, el tipo se iba o

yo me iba. ¿Pero esto? ¿Girarme y ver a Fernando todavía durmiendo

pacíficamente, agarrado a mí? Sí...esto era diferente, era algo nuevo...y me

gustaba.

Advertí a mi corazón de no tener esos revoloteos, y no ser estúpido, pero ese cosquilleo aun así subió por mi pecho y empecé a aceptarlo, de manera lenta pero segura. ¿Qué tenía este hombre?

Me deslicé fuera de los brazos de Fernando y me levanté. Alcanzando mi celular, miré la hora. Tenía una hora y media para prepararme y el tiempo estaba

corriendo.

– Renata, te has levantado temprano... - murmuró, sentándose en la cama.

Las sábanas cayeron, y recorrí con la mirada sus músculos, los muslos que estaban asomando. Ah, demonios.

Tenía que parar de calentarme y sacudí la cabeza para centrarme.

– Sí, Rita se va a casar en una hora y media. Tú también tienes que levantarte.

Entré al cuarto de baño y toqueteé la ducha. Esas malditas manijas lo ponían tan difícil. ¿De qué servía complicar las cosas?

Al fin, me las arreglé para abrir el agua y entré dentro de la ducha. Mi mente aún estaba aturdida después de lo de Fernando, mi ritmo usual estaba aún perdido. Muy perdido.

Fernando estaba dando vueltas por la habitación, escuche todos los sonidos que hacía al caminar alrededor y abrir puertas y armarios y demás. Vaya, le estaba prestando demasiada atención.

– Carajo, ¿qué estoy haciendo? – me pregunté. Agarré un paño y lo enjaboné. Las suaves burbujas se deslizaron por mis brazos y muslos, y un

delicioso aroma cítrico llenó el ambiente. Inhalé profundamente, intentando encontrar mi gravedad.

Hasta aquí llegaría todo. Después de la boda, todo habría terminado.

La puerta de la ducha se abrió y yo salté.

– ¿Estás bien? Te he asustado... - Fernando señaló, dándome una mirada preocupada y de disculpa.

– Sí, estoy bien – Me estiré para agarrar su brazo, para que pudiera entrar y darse una ducha.

– Bueno, gracias por dejarme entrar, – se rio, robándome el paño para frotar su amplio pecho con él.

Me di la vuelta e hice un mohín. Tomando el paño, le dije:

– Hey, creo que puedo hacer eso por ti.

Lo limpié con amplias pasadas, con los ojos abiertos y fijos y con el corazón a mil.

– Gracias – dijo, acariciándome la coronilla. Mi corazón tembló en mi pecho como una mariposa perdida y ciega.

– Bueno, es un pecho muy sexy.

Fernando abrió la puerta de la ducha y alcanzó algo.

– Todavía estás chorreando de agua y jabón, ¿sabes?

Su mano volvió con una pequeña caja negra.

– Genial – suspiré – ¿más joyería? – me apoyé en él y cavilé – Déjame

adivinar, pendientes.

– No.

– Hmm, ¿entonces qué es?

Abrió la caja y me miró a los ojos.

– Vaya, eso es un...un...no puede ser. ¿Es eso un diamante?

– Un anillo de diamantes, ciertamente. – la cara de Fernando seguía tan seria y quieta como una piedra.

– Eso es demasiado para dármelo a mí. – Cerré la caja y él la volvió a abrir.

Ahora la ducha parecía incluso más caliente que cuando entré.

– Quiero casarme contigo, Renata. Con ninguna otra mujer. Nunca. –gruñó.

Mis mejillas se sentían calientes y hormigueantes, y por un momento me olvidé de cómo hacía uno para respirar.

– Fernando, ya sabes por qué estás aquí. Esto se suponía que sería solo una...

Puso un dedo sobre mis labios para silenciarme. Me iba a derretir por ese movimiento tan dominante.

– Una aventura, ya sé. Pero ambos sabemos que no va a terminar aquí.

Maldito él y su honestidad. Yo no debería estar aquí. Yo no debería tomar ese anillo.

– Pero primero, necesito decirte algo. – Fernando dijo, lanzando algo más de luz a la situación. Ja, sabía que todo eso no era simplemente cosa de enamorados.

– ¿Qué es?

– Necesito casarme para mantener todo lo que tengo. Mi compañía, mi dinero, maldita sea, mi reputación. Es el deseo de mi padre. Esa es otra larga historia.

Dinero, por qué no estaba sorprendida.

– Y tú piensas que soy la pareja perfecta.

– La única. No quería casarme con cualquiera.

– ¿A pesar de todo lo que estás arriesgando?

Fernando puso las manos sobre mis hombros y los acarició.

– Renata, tengo sentimientos por ti. Sentimientos profundos. Por eso eres la única con la que quiero hacer esto. Dime no y seré un hombre pobre con la reputación destrozada. Di sí, y tendré algo que el dinero nunca podría comprar.

– ¿Una mejor reputación?

– No, boba. A ti.

Fernando me lavó con un poco de jabón con su mano libre y dejé escapar una risita.

Realmente... ¿Qué daño haría?

Podía ayudarlo. Sería divertido. Además, no es como si yo no tuviera sentimientos también...

– Métemelo entonces, tipo rico. – dije, giñándole un ojo. Me levantó del suelo y nos besamos. Teníamos que ser cuidadosos, sin embargo, porque su verga se frotó contra mí, y teníamos una boda a la que acudir.

Paré el beso y le recordé que teníamos que marcharnos. Así que nos apresuramos en la ducha y nos pusimos la ropa para la boda.

Entonces me di cuenta.

Había un reloj en la habitación en Paris. Y la hora que marcaba ese reloj comparada con la hora de Reino Unido que marcaba mi celular eran dos cosas distintas...

– ¡Carajo! –siseé – Tenemos diez minutos, oh dios mío. ¡Soy una amiga horrible!

Fernando terminó de arreglarse su corbata, me tomó la mano y corrimos por el pasillo hacia el ascensor. A mitad de camino, Fernando comenzó a reírse. Yo

también me reí, pero no sabía de qué.

– ¿Qué es tan divertido? – pregunté, apoyándome junto el lado de las puertas del ascensor.

– Te has comprometido en la boda de una amiga.

– Hm, bueno, yo lo llamaría una buena señal.

– Sí, un buen augurio de hecho. – Fernando estuvo de acuerdo, hundiendo las manos en su bolsillo. La campana del ascensor timbró, y las puertas se abrieron.

Corrimos adentro, y machaqué el botón para el piso principal repetidamente.

– Sabes, eso no lo va a hacer más rápido, Renata.

– Ya, pero ayuda con la frustración.

Corrimos fuera del ascensor hacia el salón donde se celebraba la boda. La gente se giraba y nos miraba con rostros sorprendidos. Todo el mundo estaba allí

excepto Rita...

Tomé a Fernando de la mano y lo guie hacia el altar. Él apretó mi mano, y en ese momento, sabía que estaba disfrutando de una visión del futuro. Él y yo, casándonos y celebrando nuestra propia boda.

– ¿Dónde está Rita? – le pregunté a Carlos, que estaba esperando pacientemente. Aunque enseñaba algunos rasgos de ansiedad.

– Náuseas matutinas. Es el bebé. Los doctores dicen que podría tener un ligero retraso al comienzo del día – dijo Carlos, intentando mantener la tranquilidad.

– Ugh, náuseas matutinas – gruñó Sandra, y miró a Fernando y a los otros hombres que estaban parados al otro lado.

Las puertas dobles del salón se abrieron y la música se apresuró a comenzar.

Allá estaba, toda ella engalanada en su vestido de novia. Rita brillaba más que una bola de cristal salpicada de diamantes. Estaba envuelta en encaje adornado y

la cola de su vestido era endiabladamente larga.

Puso sus ojos en Carlos mientras avanzaba, el amor brillando en sus ojos. Me

hizo lagrimear porque...no importaba lo independiente y dura que yo intentara ser, yo quería lo mismo también.

Miré a Fernando e intercambiamos algunas miradas. Podía sentir cómo me preguntaba por qué me veía tan triste. Sacudí la cabeza para decirle que estaba

bien, y Rita finalmente llegó, sus ojos y todo su cuerpo brillando como una gema

preciosa.

– Carlos – dijo, su voz diáfana y jovial.

– Rita – Carlos susurró.

Él alargó la mano y agarró la de ella, mientras se situaba enfrente de él.

La hermana más pequeña de Sandra, Anais, era la que llevaba los anillos, y

llegó al final del pasillo un poco más temprano de lo que se suponía. Los invitados rieron mientras la pequeña Anais trotaba por el pasillo con un anillo de millones y millones de dólares a cuestas.

Miré hacia mi piedra en la mano. Carajo, debería haber costado casi la misma cantidad, tenía el mismo tamaño. Acaso Fernando...

No, no a mí. Yo no le caía bien al amor. Solo satisfacción temporal me alcanzaba, ¿verdad?

– Rita, juro amarte ahora y para siempre. Nada puede ni podrá cambiar lo que siento por ti. Me convertiste en una buena persona, a partir del pendejo ricachón que era –dijo Carlos, deslizando el anillo por el dedo de Rita.

– Carlos, te prometo lo mismo a ti. Prometo ser fiel y estar aquí ahora y siempre. Me daba miedo el amor y tú cámbiate eso. – Rita dijo, y acarició su vientre con la mano.

– ¿Estás bien? – dijo Carlos.

– El bebé estaba pateando. ¡Creo que a él también le gusta la boda! – se le saltaron las lágrimas.

El pastor miró a ambos y asintió:

– Puede besar a la novia.

Se dieron un beso épico y me sonrojé. Vaya, el amor era una visión hermosa visto de cerca. Algo tan raro y tan maravilloso.

Carlos y Rita caminaron por el pasillo, la cola de encaje color perla de Rita arrastrándose tras ella. Carlos tenía ahora a su esposa acurrucada contra él.

Ahora era protector de su familia.

– Vaya, eso fue hermoso. – murmuró Sandra, limpiándose las lágrimas de los ojos. Su mano accidentalmente chocó con la mía, y pude sentir el anillo rozar su

suave y fresca piel.

– ¿Hmm, qué tipo de anillo estás...? – Sandra sostuvo mi mano en alto y miró el gran pedrusco en mi dedo. De la mano izquierda, nada menos.

Los hombres al otro lado de nosotros miraron a Fernando, quien tenía la sonrisa más grande que se podía tener.

La gente empezó a caminar hacia el otro salón para disfrutar de la celebración y yo hice como una bandida, desapareciendo de la habitación.

– ¡Hey! Renata, sé que no te gustan demasiado los anillos, ¡vuelve acá! –

Sandra llamó, siguiéndome.

Fui al pasillo y hacia los baños antes de pararme para que Sandra pudiera hablar conmigo y enterarse de qué pasaba con mi anillo.

– ¿A qué viene todo esto? – Sandra preguntó, mirando mi anillo.

– Lo siento, tenía tantas cosas en la cabeza que simplemente... – suspiré y apoyé la cabeza contra la pared. Cerré los ojos y escuché a la multitud de gente

caminando hacia la fiesta en la que Carlos y Rita cortarían el pastel y bailarían.

Yo no me iba a perder eso tampoco.

– Te vas a casar, ¿verdad? – Sandra me sostuvo la mano y examinó el pesado diamante que llevaba en el dedo. – Dios, esta cosa es grande – exclamó - ¿Es de

Fernando, el tipo con el que viniste?

Asentí, y me puse derecha, para dirigirme al otro salón para continuar con la celebración.

Ambas salimos y seguimos a la multitud hacia la otra habitación.

– ¿Estás enamorada?

Maldita sea, esa pregunta. ¿Por qué siquiera me estaba enredando con ese tipo?

– Eso es lo peor, Sandra...

– ¿No lo estás? – dijo, frunciendo el ceño.

– Lo estoy...

La celebración fue maravillosa, e incluso Fernando me alcanzó para un baile o dos. Fue...romántico. Pero la parte racional de mí no podía dejar de gritar de

miedo, de precaución. Me retiré pronto a mi recamara, mientras Fernando fue con los otros tipos al bar para seguir celebrando. Sin strippers.

La idea de preocuparme de que cualquier otra mujer coqueteara con él me daba mareos. ¡Rayos! Me importaba el tipo rico.

Acepté su propuesta de matrimonio. Mírame. Era todo lo que había prometido no ser. Una mujer casada.

Para ser condenada pronto a vivir la vida de cualquier ama de casa rica.

Me tumbé en la cama después de quitarme las ropas para la boda y me imaginé la vida de un ama de casa adinerada. No más stripping, Tendría las cosas más finas...y tendría uno de los hombres más finos.

Toc, toc

Me senté. Fernando tenía la llave. A no ser que estuviera siendo cortés.

Arrastré mi cuerpo junto con mis pesados pies y miré por la mirilla y vi a Carolina con lágrimas ennegrecidas por la máscara de pestañas corriendo por su

rostro. Abrí la puerta y arrastré su malcriado culo adentro. Siempre era una reina del drama. Pero hacerla llorar, o verla llorar sí que era algo raro. Algo pasaba.

– Carol, ¿qué carajo? ¿Estás bien? – examiné su cuerpo, mirando por moratones.

– Sí, pero tú no lo estarás – sollozó. La senté en el sofá de la parte del salón de la suite.

– Deja que te alcance algunos pañuelos...

– No, por favor. ¡Deja simplemente que te advierta! – gritó – ¡tienes que dejarlo!

– ¿Dejar a quién? – pregunté, inclinándome.

– A Fernando. ¡Fernando Ventura! Ese es el hombre sobre el que te hablé. ¡El que fue malo y abusivo conmigo!

Se dobló sobre sus rodillas y comenzó a gemir.

– ¿Fernando? ¿Ese fue el hombre que te hizo daño? Espera...

– ¡Es verdad! Tiene una marca de nacimiento en la punta de su verga – esnifó con la nariz.

¡Mierda! Maldita sea. No demasiados hombres tenían esa marca distintiva.

Mis entrañas parecían haber caído de un medio millar de pisos.

Que se pudra. No iba a hacer esto.

– Vamos Carol, ¡vámonos!

Capítulo 8

Fernando

Iba por mi tercer chupito de Whisky y no podía dejar de pensar en Renata.

Sabía que era el momento de marcharme, y los otros hombres se veían preparados para unirse a sus mujeres también.

– Así que, – Carlos comenzó – Rita oyó sobre un enorme anillo que le diste a Renata. ¿Vas en serio acerca del matrimonio? – preguntó, sorbiendo su coñac.

– Sí, voy en serio. Renata es la única que encaja conmigo.

Bastian se sumó a la conversación.

– Ese anillo debe de haber costado millones. ¿Lo compraste en Fois Lure's ?

– No, lo conseguí en los Joyeros Decroix. Y sí, costó unos veinte millones en total.

– Carajo, esa es una piedra más grande que la que le conseguí a Sandra. No sabía que Decroix los vendía tan grandes. – Bastian suspiró, sorbiendo su bebida. No hacía falta leer la mente para saber que quería regalarle un nuevo anillo a su esposa también.

– Podrías hacerlo en la renovación de votos – Carlos señaló. Yo estuve de acuerdo y todos volvimos a nuestras bebidas para unos minutos más de silencio.

– Ah, bueno, hora de ver qué anda haciendo mi esposa. – dijo Carlos, bajándose del taburete de un salto.

Todos nos dirigimos a la puerta cuando Carlos me dio palmadas en la espalda y me advirtió, de cierta manera.

– Tengo que advertirte, Fernando. Renata es una de las duras. Sé bueno con ella. Puede patear traseros. Yo lo sé, una vez me pateó el mío por llegar tarde a una cita con el doctor para Rita. El tráfico iba mal pero no aceptó excusas.

Prepárate para mover cielo y tierra, ¿sí? – bromeó.

– Gracias, lo tendré en cuenta.

Estábamos en el bar que estaba dentro del hotel, así que nos fuimos, siguiendo cada uno nuestro camino.

¿Estaría Renata tendida en la cama para una temprana luna de miel? ¿Estaría ocupada tomando fresas con nata? Mi verga seguía apretando contra mis bóxeres, necesitada de tocar su suave carne con mi ardiente pene.

El ascensor paró en mi piso y yo corrí salvajemente hacia mi puerta. Paré y busqué en mi bolsillo. En ambos. No había llave.

No importaba.

Llamé a la puerta y esperé a que Renata abriera la puerta, desnuda y preparada para mí. Unos minutos pasaron y aún estaba en silencio. Puse mi oído

sobre la puerta para escuchar cualquier ruido y llamé de nuevo.

Estaba seguro de que Renata había vuelto a la habitación. ¿Estaría herida?

– ¿Renata? ¿Estás ahí? ¿Estás bien? – pregunté, a través de la puerta.

Silencio

Bajé corriendo por los escalones y caminé hacia el mostrador. Me dieron otra llave para la habitación y corrí de nuevo escaleras arriba para abrir la puerta.

Algo no andaba bien, mi estómago estaba tenso y estaba sin aliento.

Abrí la puerta y miré alrededor de la habitación. Renata estuvo aquí, pero ya no. Miré alrededor y lo vi...

El anillo, y debajo de él, una nota.

La giré para leerla mientras sostenía el anillo en la mano.

“Realmente quería creer que el amor existía. Pero ningún hombre que golpea a mi hermana o a cualquier otra mujer podría jamás convertirse en mi marido.

No vuelvas a contactarme jamás. Hemos terminado.”

La carta se deslizó entre mis dedos, mientras me tambaleé en estado de shock.

– Carolina – gruñí.

No quería ver a su hermana conseguir lo que ella no había podido tener.

Si solamente se lo hubiera dicho antes...

Me apresuré y empaqué mis cosas e hice que mi limusina me llevara de vuelta al jet. Si conocía a Renata solo un poco, sabía que su fiero temperamento

haría que tuviera un ticket de vuelta a Reino Unido esta noche.

Sin mí, y con Carolina.

Carolina no lo hubiera hecho de otra manera.

Me senté en mi jet y saqué mi celular. Tenía a Renata en la marcación rápida y la llamé. Esperé mientras el teléfono sonaba. Sonó unas cuantas de veces e ignore la sensación en mi estómago cuando dijo que no iba a contestar.

Así que lo intenté otra vez. Y otra.

– ¡Maldita sea! – grité, lanzando el teléfono, que cayó en otro asiento. Me pasé los dedos por el pelo y me doblé, sintiendo mi vida hacerse pedazos debajo

de mí.

Mi teléfono comenzó a sonar y lo miré. Era el número de Renata.

– Renata, por favor, déjame explicarte...

– ¿Explicar qué? – dijo Carolina, con una risa diabólica – ¿Creíste que me iba a sentar y dejar que Renata tuviera lo que yo no pude tener, diablos, no. Ella no debe tener hombres mejores que los que yo tenga. Y tú eres de lo mejorcito.

Agarré mi teléfono aún más fuerte, con la sangre ardiendo. Si solo pudiera gritar lo suficientemente fuerte para que Renata pudiera oírme...

– Pon a Renata al teléfono ahora mismo, Carolina. He terminado contigo.

Renata merece más que tú cualquier día del año.

Carolina gruñó.

– Bueno, ella no va a tenerte. No después de lo que le he dicho.

– ¿Dónde está? ¡¿La has herido?! – a esas alturas mi celular iba a partirse si no me calmaba.

Iba a toda velocidad en el jet de vuelta a Reino Unido, y tan pronto como mis pies tocaran el suelo, estaría de camino a la casa de Renata para decirle la verdad.

– Y te ruego, dime, ¿qué le has dicho? – pregunté, golpeando con el pie.

– Nada que necesites saber.

– Carolina, amo a Renata. No hay nada que puedas hacer que nos vaya a mantener separados.

– ...

– ¿Carolina?

Miré el teléfono y vi que había colgado. Carajo. Me tragué la rabia que sentía por las mentiras dichas sobre mí y concentré mi energía en encontrar a Renata para poder arreglar esto.

Aun así, era muy rastrero de Carolina hacerle esto a su propia sangre. No me importaba particularmente meter mierda entre los miembros de cualquier familia, pero cuando mi futura esposa estaba involucrada, todas las apuestas estaban fuera.

La verdad iba a salir a la luz.

Horas más tarde mi avión aterrizó en suelo americano, salí del avión como si mi vida dependiera de ello. Y sinceramente, lo hacía. Mi esposa, mi futuro, mi

reputación, todo.

Me apresuré hacia la entrada del aeropuerto para encontrarme con mi chófer, para llegar a la casa de Renata lo más rápido posible. Pero Pedro estaba ahí con mi coche, esperándome.

– Fernando, más te vale decirme que tienes buenas noticias – dijo, con sus brazos cruzados.

Fruncí el ceño y me metí en el coche.

– Espera, ¿ni siquiera un hola? Eso no es una buena señal.

– ¿Qué le ha pasado a mi conductor de siempre? – le pregunté. Pedro se rio y suspiró.

– Viejo, quiero ser el primero en saber qué pasó con esa pelirroja tuya.

Renata era, ¿no?

– Maldita sea Pedro, necesito llegar a su dirección. Así que pon en marcha ese GPS ahora mismo, necesito recuperar a mi futura esposa.

La sonrisa de Pedro se cayó, y se puso más serio.

– Bueno eso son buenas y malas noticias. Vamos a traerla de vuelta entonces.

¿Cuál es la dirección?

Le di la dirección y nos fuimos.

Como mi auto estaba ocupado por más de una persona, nos pudimos

aprovechar del carril rápido. Mi cabeza me palpitaba todo el tiempo, tratando de

pensar sobre lo que Carolina podría haber... ¡espera!

La carta

Decía algo sobre golpearla... No, yo nunca golpeé y jamás golpearía a una mujer. Mierda. Y nadie sabía sobre qué más ella podría haber mentido.

– Entonces, ¿es amor? – preguntó Pedro, con los ojos puestos en la carretera.

El GPS decía que nos quedaban diez minutos de camino, y ya se sentía como una eternidad.

– Sí, la amo. La necesito. No en el sentido de que la necesito por mi dinero.

La necesito porque ella es el fuego que faltaba en mi vida. Es una chispa de energía, y es refrescante.

Enterré la cabeza entre mis manos.

– ¿Por qué te ha dejado entonces? ¿Qué carajo ha pasado?

– Su hermana estaba ahí...

– ¡No me digas que te cogiste a su hermana!

– Solía salir con ella el año pasado. Era una caza fortunas del más alto nivel.

Incluso olvidó mi nombre en una cita una vez. Descubrí que estaba mamándome

dinero por una tarjeta, cientos de miles, y la dejé. A ella no le gustó eso. Ahora, en la boda de la amiga de Renata, la vi de nuevo. Ella no sabía que estaba saliendo con su hermana. Y ha mentido a Renata, y Renata me ha dejado.

– Demonios, Fernando...

– Sí, está jodido. Pero voy a tener lo que es mío.

Paramos enfrente de su bloque de apartamentos y salté fuera. Miré a mi alrededor para asegurarme que no veía señal de Carolina. Pedro también salió del auto.

– ¿Necesitas que este contigo? – preguntó, con el ceño fruncido. Me conocía demasiado bien. Yo era cualquier cosa menos un maltratador.

– Estoy bien.

Corrí escaleras arriba y deslicé una tarjeta para abrir el cerrojo de la puerta principal. No tenía tiempo para jugar a ser el tipo bueno. El pasillo aún olía a comida india con un toque de humo de cigarrillos. Me dirigí escaleras arriba y corrí hacia la puerta de Renata.

Me enderecé la chaqueta y llamé a la puerta.

Escuché atentamente para ver si ella estaba ahí. No oí ni un ruido, ni respuesta.

Podría volver más tarde, pero mis pies no estaban dispuestos a moverse hasta que no la viera de nuevo. Llamé a Pedro por teléfono.

– Pedro, vete sin mí. Hay otro contrato que necesita ser firmado hoy y eres el único capaz de hacerlo.

Pedro resopló al celular.

– Viejo, el tiempo corre. Solo tienes un día más. Cuando las mujeres se enfadan, hace falta un milagro para que se les pase.

– Supongo que habla la voz de la experiencia – bromeé.

Capítulo 9

Renata

Ni siquiera podía hacerle frente a mi propio maldito apartamento.

Tan pronto como volví a la ciudad fui a un hotel. Invité a Carolina a quedarse, aunque me sacara de mis casillas a veces.

Pero por alguna razón, insistió en que estaba bien y me dejó sola.

¿Había olvidado que le dije que ese hombre me había pedido que me casara con él?

Tenía el corazón jodidamente roto.

En fin, esa era Carolina. Estaba al menos agradecida de que me lo hubiera contado.

Me tumbé en la cama, mirando al techo. No había nada en Fernando que diera una pista de que fuera un maltratador. Busqué los indicios, y no los encontré.

Pero recordaba cuando Carolina volvió a mi apartamento con un ojo morado.

Nunca dijo su nombre... hasta ahora.

Esto era lo mejor. Mírame. Fui y la jodí. Hice justamente lo que prometí no hacer nunca: romperme el corazón.

Jugué con fuego y, maldita sea, me había quemado. El dolor en mi pecho no se iba. Así que me levanté de la cama y me puse un vestido de diario. Tenía que

ir a trabajar de todas formas.

El bar Seven. Pensé que iba a dejar ese lugar atrás. Ah, bueno. Ser una mujer

independiente con un buen cuerpo tenía sus cosas buenas. Tenía dinero, y las cosas aún se podían salvar.

Ed me dejó entrar temprano y me encaminé al bar.

– Hey, ¿de vuelta tan temprano? – Andres, uno de los camareros más nuevos, me preguntó.

– Sí, ya conoces a las chicas. Cometemos errores y volvemos arrastrándonos a casa. –suspiré – Un trago de Whisky, por favor.

Él frunció el ceño.

– Eh, eso no suena para nada bien. ¿Estás segura de que quieres beber antes de...?

– Andres, ahórrate el discurso. Whisky. Ahora. Por favor, antes de que me vuelva loca.

Suspiró y me sirvió el trago en un segundo. Por una vez, estaba agradecida de volver a entornos más oscuros. Las luces eran tenues y el olor a alcohol calmaba mi mente.

Tragué mi bebida, disfrutando del ardor que quemaba en mi garganta.

– Dios, eso estuvo rico.

– Ahogando las penas en alcohol, ¿eh? ¿Qué le pasó al viejo cotilleo entre chicas? – dijo una voz familiar detrás de mí.

Me giré y vi a Sandra y Rita.

Me quedé boquiabierta.

– Rita, se supone que estás de luna de miel. ¿Qué pasa?

– ¡Tú, boba! – hizo un mohín. Se acarició la leve curva que su vientre hacía y se sentó a un lado mientras Sandra se sentaba a mi otro lado en la barra.

– Oímos que tú y Fernando desaparecieron, estuvimos tratando de contactarte. Estábamos preocupados. – dijo Sandra.

– Lo siento, chicas. Yo acababa de...descubrir algo sobre Fernando...

– ¿Qué fue? – preguntó Rita, frotándome la espalda.

– Él fue el hombre con el que Carolina estaba saliendo el año pasado. Él que le dejó un ojo morado.

Sandra y Rita jadearon.

– ¿Él? Eso suena...vaya. Que mal.

– Sí, lo sé.

Sandra se frotó la frente.

– Voy a necesitar un trago yo también. Nada para ti, señorita en cinta. – le dijo a Rita. Rita sacó la lengua y todas nos reímos.

– Además, – añadí – el aroma se te va a pegar. Así que ustedes dos mejor se dan prisa para llegar a un lugar más seguro.

Sandra se pidió un vaso de champán y Rita agua con limón.

– Así que, ¿le crees? – Rita preguntó. – ¿A tu hermana?

Maldita sea, tenían que hacer esa pregunta.

Porque una parte de mí no le creía. Pero de algún modo tenía sentido. Ella tuvo un ojo morado. Y estaba saliendo con un tipo rico, según ella.

No sabía si la parte de mí que no le creía era debido a mis sentimientos por Fernando o porque no confiaba en mi hermana.

Era una rastrera. ¿Pero de verdad podía llegar tan lejos?

– Renata – Rita tocó mi hombro.

– Ah, bueno, no sé. Ustedes dos van a darme dolor de cabeza con esas preguntas – me eché hacia delante con los codos sobre la barra.

– Lo siento, Renata. Sólo nos queremos asegurar de que conoces toda la verdad antes de que te alejes de algo tan importante.

– ¿Como el matrimonio? – pregunté, frunciendo el ceño.

– Sí, eso. Ustedes dos se veían tan...

Me bajé del taburete y me rasqué la cabeza.

– Ustedes dos son las mejores. Pero tengo que irme y empezar a calentar.

Planté un beso en la cabeza de Rita y abracé a Sandra.

– Rita, mantén a ese bebé a salvo, y Sandra, asegúrate de relajarte.

Me contoneé hacia la parte de atrás, donde tenía mis ropas de stripper esperando. Hice unos cuantos minutos de estiramientos junto con las otras bailarinas y escogí la canción con la que quería bailar.

¿Confiaba en Carolina? ¿O Fernando?

Carajo. ¿Por qué tenía que abofetearme la cara esa pregunta?

La noche se pasó muy rápido. Me cambié de nuevo a mi ropa de diario y me dirigí a la puerta trasera. No me apetecía tropezarme con ningún “fans”. Eso

nunca acababa bien.

– ¡Renata! – una voz llamó.

Me volteé y vi una cara familiar parada en el callejón, saliendo de la oscuridad.

– Vaya, tengo un espray pimienta, y déjame decirte que ni sabe ni se siente bien. – advertí, echándome hacia atrás y rebuscando en mi bolsa.

De repente pude ver su cara.

– Hey, espera, ¿no eres el amigo de Fernando?

– Sí, soy Pedro, y he venido a hablar contigo.

Caminamos hacia la calle principal, donde había más luz.

– ¿Cómo me has encontrado? – pregunté.

– Puedo encontrar a cualquiera. – presumió, sonriendo.

– Vale, ve al grano. ¿Qué quieres? Y si puedes encontrar a gente tan fácilmente, ¿por qué no está Fernando acá?

Me crucé de brazos y miré a Pedro.

– Escucha. Está esperándote en tu apartamento. El hombre no se moverá de allá. Está enamorado, y no es un maltratador.

– ¿Cómo puedes saberlo? – la cara de Pedro se tensó.

– Porque ha sido mi mejor amigo desde que somos muchachos. Lo conozco.

Y te necesita.

Continué caminando más rápido.

– Me necesita por su dinero quieres decir.

– ¿Así que te dijo sobre eso también?

– Sí.

– Así que está siendo honesto contigo.

Me paré y me giré.

– Mira, mi hermana tenía un ojo morado...

– Tu hermana es una mentirosa caza fortunas. Y puedo probarlo.

Comenzó a llover, y toda la confianza que tenía en Carolina comenzó a romperse incluso más. ¿Pruebas?

– ¿Caza fortunas?

Los coches nos pasaban en la carretera, haciendo que se sintiera más frío del que hacía realmente. Quizá esa pequeña voz en mi cabeza tenía razón. Pero no

me iba a poner en el lado de nadie hasta que viera esa prueba.

– ¿Dónde está la prueba?

Pedro miró el reloj inteligente que llevaba en su muñeca.

– Ve donde Isabella Silva. Pregúntale sobre tu hermana.

Sacudí la cabeza.

– No, ella me habría dicho algo tan pronto como estropeará las cosas con alguien.

– Sí, si usara tu apellido. Ella se registró como Carolina Cardoso, no Pereira.

Y ella ni siquiera te había puesto en la lista como pariente suyo.

Me quedé boquiabierta. Eso sonaba como algo que Carolina haría. Y no teníamos rasgos similares, ya que teníamos estilos totalmente diferentes... Y ni siquiera había hablado de Carolina alrededor de Isabella.

– Me tengo que ir, busca la verdad y no dejes que te asuste.

Pedro se metió en un coche que estaba aparcado y se marchó.

Él tenía razón. Tenía derecho a conocer la verdad, no importaba lo mal que luciera.

Había otra reunión llena de chicas lindas preparadas para sacar dinero, y millonarios y billonarios buscando sexo rápido. Yo habría estado aquí para uno.

Pero tenía que averiguar algunas cosas antes de volver al mercado de las chicas

solteras de nuevo...

Aunque esperaba que no lo hiciera...

– Isabella – llamé, saludándola desde la mitad del salón. Ella estaba

charlando con algunos hombres y sus ojos se iluminaron cuando me vio. Vino contoneándose por los pequeños escalones que estaban iluminados con pequeñas

luces como estrellas. Ella alzó los brazos y me estrujó en un estrecho abrazo.

– Cariño, estás de vuelta. ¿Cómo fue esa boda? ¿Fernando te trató bien?

Suspiré.

– Isabella, tenemos que sentarnos y hablar. Trae algo de vodka o algo porque creo que vas a decirme algo que no estoy preparada para oír.

La cara de Isabella palideció.

– ¿Qué quieres decir? ¿Ha pasado algo?

Me llevó a un lado y fuimos a una habitación privada que tenía un mini bar.

Cerró la puerta y fue a servirnos unos tragos.

– Dime, ¿qué está pasando?

Nos sentamos en un sofá de terciopelo negro e inhalé y exhalé.

– Respira, Renata. – me animé a mí misma.

– ¿Recuerdas a alguien llamado Carolina Cardoso

Los hombros de Isabella se hundieron.

– ¿Ella? ¿Ella ha vuelto por acá?

– Es mi hermana. Y su nombre no es Carolina Cardoso, sino Carolina Pereira.

Isabella se cubrió la boca con la mano y se echó para atrás en el sofá.

– Dios mío, ¿esa era tu hermana? ¿Por qué no me dijiste que tenías una?

Eché la cabeza para atrás y cerré los ojos.

– No pensé que mereciera la pena mencionarla. Es una niña consentida, ¿sabes? Pero no quiero que le hagan daño, por muy egoísta que sea a veces.

Dime, ¿es verdad? – miré a Isabella - ¿Fernando le puso ese ojo morado?

Isabella se levantó y miró por la ventana.

– No, Fernando no le puso el ojo morado. Fue una cliente con la que estaba teniendo citas la que le puso el ojo morado.

– Ya veo, ¿por qué mentiría sobre Fernando entonces?

– Porque ella salió con él, y él descubrió que ella no era más que una caza fortunas y se libró de ella. Ella sigue ese patrón. Por eso ya no le permito la entrada aquí.

Tragué el resto de mi bebida y saqué mi teléfono. Se iba a llevar un buen sermón por mi parte.

– Cómo se atreve. Ahora veo qué ha pasado. No me quería ver con alguien que podría haber sido su fuente de ingresos. Así que me engañó para hacer que me fuera.

Isabella asintió con la cabeza con remordimiento y me ofreció otra bebida.

“Odio los clientes como ella. Tienes suerte de que no se parecen.”

Tragué mi bebida y marqué su número.

– Estoy bien, Isabella. Tendré que rascar un poco de sobriedad para manejar esta mierda, y esta noche.

El teléfono sonó y sonó, pero no hubo respuesta.

Miré en mis contactos y había un segundo número para ella. Siempre estaba cambiando su número de teléfono, más o menos como yo. Supongo que esa es la

única cosa que teníamos en común.

Llamé al otro número, y saltó el contestador:

“si quiere encontrar un negocio similar a este...”

Colgué y me masajeeé las sienes.

– ¿No responde? – me preguntó Isabella.

– No, puede que sea estúpida, pero también es lista como el diablo. El problema es que lo utiliza para lo que no debe.

Me puse en pie de un salto. Sentarme ahí no iba a solucionar nada.

– Isabella, gracias. Y siento que hiciera toda esa basura bajo el nombre de tu negocio. Tendrá lo que se merece.

– Ya sé. Sólo ve y sé feliz. Ve y busca a tu hombre. – me animó, con una brillante y elegante sonrisa.

– Tú necesitas buscar uno también, señorita Casamentera – le guiñé un ojo y desaparecí por la puerta.

Bajándome del autobús, corrí por las escaleras y abrí la puerta. Ocurrió la cosa más extraña. La esencia de Fernando flotó hacia mi nariz y miré a mi alrededor. ¿Qué era eso?

Entonces las emociones me inundaron. Sentí el peso de cuánto lo echaba de menos. Cuánto mis ojos necesitaban verlo, cuánto mis oídos necesitaban oír su

voz, cuánto mi piel necesitaba sentirlo.

Subí las escaleras, y al acercarme a mi piso, oí una voz familiar.

– Carolina, no. Tienes que mantenerte alejada. Renata descubrirá la verdad.

Pegué mi oído más cerca de la puerta que llevaba al pasillo desde las escaleras.

Esa era la voz de Fernando.

– Oh, vamos muchacho. Ya sabes que te gustaba la forma en que gastaba tu dinero. Además, ella no es nada más que una puta sin clase. Ella no te merece.

Vaya, qué manera de apuñalar a tu hermana en el corazón. Sabía que no éramos las más cercanas, pero.... ¿Una puta sin clase? Mierda.

Capítulo 10

Fernando

– Sin clase es la palabra que utilizaría para ti, Carolina – gruñí. Ella solo estaba aquí para ver si podía hincar el diente en mi cartera como había hecho antes. Esta vez era diferente. Renata era diferente. Había encontrado a una mujer que necesitaba en mi vida, había al fin encontrado el amor, y nadie iba a apartarme de su camino. Había estado aquí parado durante tres horas, y estaría parado otras tres si hacía falta.

Incluso corriendo el riesgo de perderlo todo.

– Mejor deberías irte, Carolina, ya has perdido esta batalla. No importa cuántas mentiras...

– Me dijiste – Renata me interrumpió, viniendo por la esquina – Estaba destinada a descubrirlo porque, a diferencia de ti, aún escucho a mi corazón.

Muy divertido, porque no sabía que todavía tenía uno. Sé que tú no lo tienes.

Mis ojos se ensancharon, y la felicidad creció en mí como si hubiera

conquistado el mundo más de mil veces.

– ¿Qué? – Carolina gritó – ¡Él fue el que me golpeó, tú viste mi ojo morado!

Tú...

Renata levantó su mano.

– Eres una niña malcriada a veces. Pero esta vez te has pasado con las mentiras, zorra manipuladora. Hablé con Isabella. Isabella Silva. Creo que sabrás de quién estoy hablando.

Carolina dio un paso atrás y cerró la boca. Se veía claramente en sus ojos.

Sabía que la habían pillado. La verdad iba a salir a la luz, le gustara a ella o no.

– Isabella es una mentirosa también. Ella deja que los hombres abusen de ella...

– Oh, por favor. ¿Vas a mentir sobre ella también? Qué patético. Es como Fernando dijo, ya perdiste. Discúlpate ahora mismo – Renata ordenó,

acercándose a Carolina, con la rabia hirviendo en sus ojos. – Casi tomé una decisión equivocada por hacerte caso. Lo gracioso es que yo ya debería haberlo

sabido. Pero aún te di una maldita oportunidad.

Renata era feroz en la forma en que se estaba aproximando a Carolina, quien estaba echándose atrás. Sus curvas se exageraban con su personalidad, y todo lo

que quería era abrir la puerta de su apartamento y cogérmela hasta que no pudiera caminar durante una semana.

Cruzándose de brazos y sacando la cadera, Renata miró a Carolina a los ojos.

– Ya lo has hecho antes. Por eso Isabella te prohibió la entrada a las citas para siempre. ¿Por qué haces esto?

Carolina cerró la boca y se puso derecha. Me miró a mí y a Renata como si debiéramos ser tolerantes con ella, o sentirnos mal por ella.

– Muy bien, si así es como van a ser las cosas, entonces no necesito estar a tu alrededor. –dijo Carolina, con las lágrimas saltadas. Se escurrió entre Renata y yo y bajó corriendo las escaleras. La batalla había terminado y había sido ganada.

– Renata – suspiré – agarrándola y atrayéndola hacia mi cuerpo. La esencia floral de su pelo flotó hasta mi nariz y la inhalé como si estuviera tomando un trago de Whisky.

Su suave cuerpo sobre el mío me cubrió de alivio y paz.

– Me alegro de tenerte de vuelta. Siento...

– Oh, déjalo. No fue tu culpa. Yo soy parcialmente culpable también. – la apreté contra mi cuerpo mientras estábamos parados en el pasillo,

empapándonos el uno al otro con nuestra presencia. Renata era la luz de mis ojos, y carajo, ella sería mía para siempre.

– ¿Cómo es eso? – pregunté, acariciando su pelo rojo. Me pregunté si era su color natural o no. Pero examinando las raíces, me di cuenta de que era pelirroja natural.

Perfección.

– Bueno, juré nunca romperme el corazón. Nunca enamorarme. Pero tú

llegaste y rompiste todas mis reglas. – ella levantó la vista hacia mí y puso su

mano sobre mi mentón, sintiendo cómo el vello cosquilleaba en su mano. –
Una

parte de mí esperaba que Carolina tuviera razón, mientras que la otra sabía
que

estaba mintiendo. Pensé que sería mi red de seguridad. Mi razón para ser
libre. –

suspiró y sacudió la cabeza. – No era libre. Estaba atrapada y encerrada en
una

mentira. Eres el hombre perfecto, Fernando. Y realmente te amo.

– Yo también te amo Renata. ¿Esto significa... - hundí las manos en el
bolsillo y saqué el anillo – que no te importa llevar esto en tu dedo tan sexy
de nuevo?

– Para nada, tipo rico.

Ella me ofreció su mano izquierda y deslicé el anillo en su dedo, suave como
el satén. Besé su mano y ella tembló.

– Bueno, déjame abrir la puerta. Quizás puedo improvisar algo para ti.

Renata batalló con sus llaves, intentando abrir la puerta. La esencia del
ambientador y un leve olor a cigarrillos flotó hacia el pasillo mientras abría la
puerta. Tendría que hacer que dejara ese asqueroso hábito tarde o temprano.

La seguí adentro y ella lanzó su chaqueta en el sofá.

– Siéntete como en casa, cariño, y yo...

Entonces fue cuando me golpeó. Todavía tenía tiempo, pero solo si...

– Renata, odio interrumpirte. Y esto es completamente de tu elección, pero
¿te importaría ayudarme a mantener mi negocio?

– Sí, claro, ¿por qué?

– Porque si lo haces, tenemos que irnos ahora. Pero sólo si quieres. Aún tengo mi propio dinero, yo no...

Puso un dedo sobre mis labios.

– Oh, venga ya, ya sé lo que es tener algo que te apasiona. Si hubieras querido una esposa solo por el dinero, habrías encontrado una hace mucho –
agarró mi mano – espero que hayas traído tu coche.

– No lo hice, pero hay un garaje aquí cerca donde tengo coches de sobra para casos de emergencia como este – dije.

La paré en la puerta y me incliné para besarla. Entonces salimos por la puerta, corriendo como dos niños pequeños.

El fuego de mi vida. El mejor fuego que jamás tendría.

– Sígueme – le dije, agarrando su mano y corriendo por la acera.

– ¿Crees que el autobús podría llevarnos a tu carro más rápido o algo? –
preguntó, manteniendo el paso.

– No, no si pasa cada cinco minutos.

Miré el nombre de las calles. Ya estábamos cerca.

– Estamos a cinco minutos de camino hasta mi auto. – le expliqué, girando a la derecha y corriendo por la acera. Renata casi me había sobrepasado por un momento. La única razón por la que no estaba delante de mí era porque no estaba segura de adónde nos dirigíamos.

En otros cinco minutos, ya habíamos llegado al garaje donde mi carro estaba

aparcado.

– Genial, nunca se me habría ocurrido tener autos extra por la ciudad para una emergencia. Pero nunca he sido rica, así que...

– Ahora lo eres.

Había una caja que tenía un cerrojo en ella detrás de mi coche en la pared de cemento. Aporreé la combinación de números y se abrió de pronto. Dentro de la

caja estaban los papeles del seguro, las llaves y un fajo de billetes en caso de que lo necesitara.

Cuando abrí el carro, y desconecté la alarma, Renata se quedó boquiabierta.

– Imposible. ¿Un Ferrari? ¿Me estás tomando el pelo? ¿Este es tu coche de emergencia? – preguntó, señalando mi brillante auto deportivo con el dedo.

– Sí, no está mal, ¿verdad?

– Pfff, bueno, podría ser un Lamborghini. Ya sabes, el desplazamiento es mucho más suave.

Fue al otro lado del coche y le abrí la puerta para que pudiera deslizarse dentro.

Corrí al otro lado y salté dentro. Pulsando el botón, el auto cobró vida, preparado para tomar la carretera. No necesitábamos la autopista, pero tenía planes de enseñarle a Renata lo bueno que este carro podía ser una vez hubiéramos terminado con la reunión del directorio.

– Espera y verás – le advertí.

– Como si pudiéramos ir tan rápido en una calle de ciudad. –bromeó.

Arranqué y el Ferrari se apoderó del suelo bajo él y salió disparado.

– Vaya, buena salida.

Conducimos hacia mi edificio principal después de tomar algunas curvas cerradas para vacilar.

– ¿Sabes cómo manejar una palanca?

– No sé cómo manejarla, pero sé cómo montar una... - me dio una sonrisilla diabólica y se rio a carcajadas.

– Eres rápida, pero no te preocupes. Tendré una palanca que puedas manejar más tarde.

– Ohh. – Renata ronroneó.

Me paré de un frenazo en la plaza de aparcamiento más cercana a mi ascensor privado y me bajé de un salto del auto. Renata intentó saltar fuera también, pero se detuvo, intentando buscar el manillar de la puerta.

– Maldita sea, ¡voy a arañar tu carro! – se estremeció mientras intentaba evitar que la puerta del coche golpeará la pared del garaje.

– Aquí, te tengo. – la ayudé a salir y cerré la puerta para ella. – Necesitas un tiempo para acostumbrarte a ellos. No te preocupes-

La guie hasta mi ascensor y metí mi código. El ascensor bajó y se abrió.

– Qué lujoso. Siempre había oído que los jefes ejecutivos tenían su propio ascensor. Sandra y Rita hablaban de ello todo el tiempo. Tú incluso tienes asientos aquí. – Renata se sentó y miró alrededor del ascensor como una gatita

curiosa.

– Bueno, es más cómodo. Especialmente si llegas tarde a una reunión.

¿Quién quiere esperar a que siete personas se bajen antes de llegar a tu reunión?

– Entiendo lo que dices. Es raro cómo los lujos pueden ser algo que realmente necesitas a veces.

– Ciertamente.

El ascensor se paró en el decimoquinto piso, donde la reunión del directorio estaba tomando lugar. Llegaba justo a tiempo.

– ¡Vamos!

Renata y yo corrimos hacia las puertas dobles que llevaban a la reunión y me paré. Me enderecé la chaqueta y recorrí mis manos por el pelo, asegurándome de que lucía decentemente.

Renata tiró de su vestido hacia abajo y se sacudió la melena para asegurarse de que ella también se veía bien.

– No cariño, tú no necesitas hacer ni una maldita cosa. Te ves linda tal como estás. Muy linda – le guiñé el ojo.

Renata me dedicó la más inocente sonrisa. Era un nuevo look en ella, e hizo que mi verga pulsara por la visión. Si solamente pudiera esperar hasta después de la reunión.

Abrí la puerta e irrumpí dentro.

– Miembros de la junta – saludé.

– Señor Ventura, estás aquí. Realmente no estábamos esperando que llegara.

– dijo Manoel, uno de los miembros más antiguos del consejo. Manoel era un vejestorio que se atenía a cada regla para cualquier condenada cosa, incluso para su propio disgusto. – Después de todo, tu presencia no era necesaria.

– Ciertamente. Pero creo que esta noticia sí que es necesaria. Me voy a casar.

Todos los miembros del consejo pararon de revolver papeles. No se esperaban esto. Pedro llegó un poco después, detrás de mí y Renata.

– ¿Algo va mal?

– Me voy a casar – repetí para él.

– Bueno, maldición ¡Ya era hora!

– Cuida tu lengua, joven. – le reprendió el señor Manoel. Las personalidades de Pedro y del señor Manoel chocaban cada vez que estaban al alcance del oído.

El señor Manoel carraspeó y miró a Renata. Todos la miraron.

– ¿Es ella la que pronto será tu esposa, señor Ventura? – preguntó, con una leve sonrisa.

– Sí, su nombre es Renata Pereira. Ven aquí, querida, no seas vergonzosa.

Renata caminó hasta mí y tomó una bocanada de aire.

– Hola, soy Renata. Um, yo... - se estaba quedando sin palabras – voy a ser la esposa de Fernando. No parezco del tipo, pero amo muchísimo a este hombre.

La besé en la frente y le froté la espalda.

Pedro estaba encantado. Tomó un asiento y se reclinó todo lo que pudo, poniendo los pies sobre la mesa.

– Joven – advirtió el señor Manoel – saca los pies de la mesa.

Pedro puso los ojos en blanco y se rio. Probablemente disfrutaba poniendo al viejo Manoel de los nervios.

La señora Marcela se pronunció, ella era otra miembro del consejo. Del tipo más amable.

– Señor Ventura, ¿ha hecho ya el papeleo necesario para el matrimonio?

– No, pido que me den tiempo para...

– Tienes cuarenta y ocho horas. Ese es el tiempo que tu padre estipuló. – dijo el señor Manoel.

– Bien, estará hecho mañana.

El señor Manoel se puso de mejor humor.

– Me alegro de que te quedes con nosotros, Fernando. Nadie más puede dirigir esta compañía como tú lo hace. Tu padre estaría orgulloso.

El resto de miembros estuvieron de acuerdo, compartiendo cálidas sonrisas y dando sorbos de agua.

– Entonces ahora, ¿hay algo más que necesite atención antes de que mi prometida y yo nos marchemos?

Los miembros se miraron entre sí y negaron con la cabeza.

– Me temo que no, jefe – dijo la señora Marcela.

– Entonces que tengan una buena noche. Los veré mañana.

Tomé a Renata de la mano y dejamos el salón.

– Vaya, eso fue intenso – susurró Renata – ¿Tu padre fue el que hizo que te casaras para mantener la compañía?

– Sí, él sabía que no tenía mucha vida social y quería asegurarse de que tendría un ambiente familiar a mi alrededor de alguna manera.

Pedro venía corriendo detrás de nosotros.

– Fernando, ¡espera!

– ¿Qué pasa?

Pedro recuperó el aliento y sonrió.

– Solo quería felicitarlos a ambos. Y, ¿Renata?

– ¿Sí?

– Gracias por tomarte tiempo para escucharme. –dijo, sacudiéndole la mano.

– Fernando no podría haber elegido a nadie mejor.

– Yo debería ser la que te estuviera dando las gracias. Me diste el impulso que necesitaba.

Yo interrumpí la conversación.

– Espera, ¿me estoy perdiendo algo? ¿De qué están hablando?

Renata me explicó.

– Pedro me encontró en el club. Me dijo lo que había pasado y que fuera a hablar con Isabella para confirmar la verdad. Así que lo hice.

– Gracias Pedro, no has sido más que un excelente amigo.

– Ah, tranquilo. Sabes que te cuido las espaldas. – la campana del ascensor sonó y las puertas se abrieron. – Bueno, los dejaré ir ahora, tortolitos. Tengo una esposa a la que atender yo también.

Pedro se marchó y nos subimos al ascensor. Renata se sentó en los cojines que bordeaban la pared mientras descendíamos.

– No puedo esperar a contárselo a Rita y a Sandra. Van a alucinar.

Renata sacó su celular, pero gruñó cuando vio que no había señal.

– Oh, venga ya, como es que no hay cobertura

– Tengo un teléfono incorporado al ascensor para uso ocasional... -señalé.

– Estoy bien, esperaré. Tengo que aclarar mis pensamientos sobre la boda. Y ya estoy pensando de varios lugares donde la podríamos celebrar.

– ¿Dentro o fuera del país? – pregunté.

– Ni modo. Justo aquí. La diferencia horaria estropearía la fiesta de celebración. – se rio.

La ayudé con la puerta y Renata se deslizó dentro elegantemente. Pelo rojo, coche rojo.

Ese carro estaba prácticamente destinado para ella.

El auto se veía lindo con ella dentro.

Después de arrellanarnos en los asientos, me giré hacia Renata y sostuve la mano que llevaba el pedrusco que había comprado para ella.

– ¿Quieres prenderlo?

– Pensé que ya estabas prendido – ronroneó.

– No a mí, al coche.

– Ah, venga ya, Era una broma, ya lo sé. Pero se me dan mal.

Puse su mano en el botón.

– Adelante, no te va a morder.

Lo presionó y esperó a que el motor cobrara vida.

– Ah, ese sonido es como música para los oídos.

– Sí, lo es. Al igual que tu voz.

– Llévame a la habitación, no has oído nada todavía.

Capítulo 11

Renata

– Hey, esta no es mi casa – dije, mirando hacia la enorme casa a la que nos estábamos dirigiendo desde la calle. No era una mansión, pero estaba condenadamente cerca.

– ¿Oh? Pensé que lo era – dijo Fernando, frotando mi muslo.

– No lo es.

– Lo es ahora. – me golpeó; yo era su futura esposa. Compartiríamos todo ahora. Y el pequeño apartamento de una habitación era algo del pasado.

Ahora

estaba siendo llevada a este...castillo. Fernando aparcó y por fin conseguí

bajarme del carro sin sentirme y sin lucir como una estúpida.

– Vaya. Esto es hermoso. De hecho, ahora que lo pienso, nunca me habías llevado a tu hogar antes.

– Tú eras la que quería ser misteriosa y mantener todo esto como una aventura cuando nos conocimos por primera vez. –me recordó Fernando con una

media sonrisa.

Sacó las llaves de su casa y abrió la puerta. Luces cálidas se encendieron y revelaron una sala principal fantástica. La araña de luces era la guinda del pastel.

– Esto parece un sueño. Vaya. Ahora sé cómo se siente estar en el papel de Sandra o Rita.

Estaba casi asustada de dar otro paso más. Este sitio era fantástico. Cada pared tenía un cuadro, y estaba esculpida con decorados.

– Siéntete como en casa – dijo Fernando, colgando su chaqueta de un perchero que había al lado de la puerta. Era divertido cómo, a pesar de lo lujoso que este lugar era, él tenía algo tan simple como un perchero al lado de la puerta.

– Ni siquiera sé cómo ajustarme a esto. – di un par de pasos hacia delante y me sostuve a mí misma. Esto era muy surreal. Pronto sería la señora Ventura.

Esta casa iba a ser parte de mi vida., y del estilo de vida que conlleva.

– Lo harás, confía en mí. – Fernando prometió, ahuecando mi cintura en su mano. La calidez de su tacto y la seguridad en su voz me tranquilizó, y descansé

la cabeza en su pecho. Había una forma, y sólo una forma de estrenar una nueva

casa.

– Enséñame la habitación. Averiguaré el resto más tarde.

Aflojé la corbata de Fernando. No tardó nada en cargarme sobre su hombro y marchar hacia su habitación. Reboté con cada paso que daba y me reí todo el camino escaleras arriba. Me hacía sentir más ligera de lo que pensaba que era.

Pero con sus músculos, no era algo difícil de hacer.

Maldita sea, probablemente podría levantar su auto con una mano si quisiera.

Cuando llegamos al piso de arriba, me llevó por un pasillo. Era acogedor, y muy bien arreglado. ¿Pero su dormitorio? Era un mundo diferente. Era el lugar

más cómodo que yo había visto nunca. La alfombra era especialmente esponjosa, y su esencia dominaba el ambiente.

– ¿Vas a desnudarte para mí? – preguntó, lanzándome a la cama. Dios, se sentía como una nube sacada del paraíso mismo.

– Claro que sí, a no ser que tengas otras ideas. – empecé a quitarme los tirantes para quitarme el vestido.

– No, no. Adelante. – me urgió, sacándose el pantalón. Su verga ya estaba presionando contra sus bóxeres. Eso debería ser doloroso. Deliciosamente doloroso. Y era mi culpa. Me gustaba eso.

Lancé mi vestido a un lado y Fernando me ayudó a quitarme el sostén y la

tanga.

– Eres tan perfecta. Piel suave como la seda, y tu vagina, tiene un agarre que puede hacer que un hombre se venga una y otra vez. – recorrió mi cuerpo con sus manos, llevándolas a mis pezones. Pasó sus dedos por ellos y se

endurecieron, tirando de la piel alrededor de la aureola. Arqueé mi espalda para

que me diera más.

– Entonces qué esperas. Este no es el momento para preliminares. – dije, alcanzando su nuca.

– Espera, quiero saborearte primero. – dijo Fernando, bajando por mi cuerpo y besándolo por todo el camino.

Recorrió mi cuerpo con sus labios hasta que llegó a mi caliente centro.

Su lengua lamió mi vulva y un escalofrío golpeó mi columna. Fernando se tomó su tiempo comiéndomela, haciéndome sufrir y suplicando acabar.

– Ah, ah, Fernando. Justo ahí. – supliqué, mi respiración agitada y profunda.

Me retorcí en su cama, agarrándome a las sábanas y envolviendo su cuello con

mis piernas.

– Eres tan dulce ahí abajo. Tu sabor no se puede comparar. – murmuró contra mi concha, poniéndome al máximo.

– Maldita sea, Fernando, cógeme. – le exigí. Sus ojos volaron hacia los míos y cumplió con mis deseos – Carajo, voy a... ¡ahhh! – la dureza de su verga perforó la ardiente carne de mi vagina, llegando hasta el fondo, hasta que no

pudo avanzar más.

Fernando siseó y le di un apretón con mi vagina mientras empujaba fuerte contra mí.

– Dame tu semen, Fernando, quiero tu semen – gemí, mientras me follaba rápido y duro. Mis pechos saltaban de un lado a otro a su ritmo y pellizqué mis

pezones para darme más placer. Fernando se dio cuenta y me ayudó con mi otro

pecho, pellizcando el otro pezón, mientras me perforaba.

– Dios, quiero plantar mi semilla dentro de ti – gruñó.

Pronto me llenó con sus fluidos y me dejó floja como un fideo, empapada en sudor sobre su cama.

Cayó al lado mía y rio secamente.

– Te vas a quedar preñada...

– Apuesto que sí, quizá incluso de trillizos – respiré, intentando recuperar el aliento.

La mañana llegó, y me metí en la ducha antes de que Fernando se despertara.

Seguía pensando dónde celebrar la boda. Hoy tenía que hacerlo oficial, lo que quería decir que se lo tenía que contar a Rita y a Sandra.

– ¿Renata? – Fernando entró al baño desnudo y buscándome.

– Hey, estoy en esta ducha grande del carajo.

– Ah, déjame que me una. – Fernando bostezó y se sacudió los pies al entrar conmigo a la enorme ducha. La cosa tenía sitio para al menos diez personas.

– Claro, entra aquí, marido. – deslicé la puerta de cristal tintado a un lado para dejarlo entrar.

– ¿Ya no me vas a llamar tipo rico más? – preguntó, mientras enjabonaba una esponja vegetal.

– Creo que marido es mucho mejor.

Epílogo

Renata

Esto era todo. No podía creérmelo. Era una ama de casa ahora. Una ex-stripper.

Me paré a la entrada del bar Seven, en mi vestido de novia, mirando a mi marido, rodeada de viejos y nuevos amigos. Todo el lugar estaba decorado con

flores y aún tenía ese toque de bar en él. Todos los empleados fueron invitados,

incluidas las strippers que trabajaban conmigo. Incluso Isabella vino a ver la boda. Fernando y yo íbamos a ser una de sus parejas más exitosas.

¿Recuerdas esa música tradicional de boda? Bueno, pues no. No en esta boda.

Asentí con la cabeza y la música comenzó. Bailé hacia el altar con mi vestido, que tenía un lindo corte asimétrico. Largo como el diablo en la parte de atrás, pero corto por delante. Incluso mis medias de red estaban asomando.

– Vaya, igual que todas las bodas, ¿eh? – dijo Rita, mientras me aproximaba.

– ¿No es cierto?

Sandra era nuestra sacerdotisa, y se paró orgullosamente en el escenario con su biblia.

Sandra se aclaró la garganta.

– Fernando, tomas a esta mujer como tu legítima esposa?

Fernando sonrió.

– Sí, la acepto.

– Y Renata, ¿tomas a este hombre como tu legítimo esposo?

– Sí, maldita sea.

Sandra se giró hacia Fernando.

– Bueno, apresúrate, puedes besar a la novia.

Nos besamos y todos nos aplaudieron.

Entonces aprendí que el amor no necesita permiso para llegar a tu vida. Él llegará a ti, lo invites o no. Al final, tendrás que agradecer a tu buena estrella que llegó.

FIN

Ahora puedes continuar leyendo el libro:

“ROMPIENDO REGLAS: UN ROMANCE PROHIBIDO ENTRE UN
PROFESOR Y SU ALUMNA”

DESCRIPCIÓN:

Soy una sexy pelirroja, segura de lo que quiero, y con impulsos sexuales que

cualquier estrella porno desearía. Tengo un interés especial por los hombres mayores y muchos han probado las delicias que hay entre mis piernas.

Mi profesor Luis Carvalho me vuelve loca y tengo mis metas claras para este termino de semestre: Llevarlo a la cama conmigo. Aunque se resiste por las estúpidas reglas que prohíben a profesores tener sexo con sus estudiantes, yo estoy segura que lograre que sea mío. Él sabe que no me rendiré, se lo demostré en un pequeño examen oral en el baño. Tengo más estrategias de ser necesario.

Hay algo de él que no puedo sacarlo de mi mente, sé que no es amor, sé que es solo mi cuerpo deseoso de tener una clase privada con mi profesor.

Esta es una novela corta de 25.000 palabras, apta para mayores de 18 años.

Es una lectura ligera con escenas explícitas ideal para quienes disfruten de romper las reglas.

Rompiendo Reglas

Un romance prohibido entre un profesor y su alumna

LISS MOURA

Andrea Rodríguez

“Solo dos semanas”

Me mordía el labio inferior mientras lo veía caminar de un lado a otro frente al salón. Él miraba al suelo sumido en sus pensamientos gesticulando con sus manos mientras le explicaba una teoría avanzada de contabilidad a un chico idiota que siempre se sienta en primera fila y hace preguntas de la que todos los demás ya sabemos las respuestas.

El profesor Luis Carvalho era alto, media como 1,80 más o menos, con pelo castaño claro que se encrespaba a la altura de su cuello y colgaba sobre su

frente como si fuese un adolescente. A veces sacudía su cabeza hacia los lados para sacarse el pelo que le tapaba los ojos.

Hablando de sus ojos, estos eran de un azul profundo que penetraban directamente a mi alma cuando me miraban. En ocasiones le hacía preguntas con

el fin de solo mirarlo fijamente, lamentablemente él contestaba la pregunta y seguía con la clase sin siquiera darse cuenta de qué yo me estaba lamiendo lentamente los labios y mis bragas se humedecían cada vez que él me miraba.

Estudí su cara, aunque ya me la sabía de memoria. Tenía un bronceado intenso, parecía salido directamente del caribe en pleno verano. Nunca lo he visto sin barba, esta cubría sus mejillas y barbilla como si se hubiera afeitado hace unos tres días. A mí me parecía muy sexy la forma en que se rascaba la barbilla cuando intentaba explicar algo.

Siempre usaba jeans holgados y los llevaba justo sobre sus estrechas caderas.

Los acompañaba con botas de trabajo que parecía que se las hubiese robado a un

trabajador inmigrante allá por los años setenta (tengo 22 años, así que para mí eso fue hace como mil años atrás).

Se notaba que tenía un cuerpo muy bien trabajado bajo aquella camisa blanca con arrugas y esa corbata con el nudo chueco que siempre usaba. Las mangas de

su camisa siempre las llevaba arremangadas hasta los codos, dejando al

descubierto sus vigorosos antebrazos y manos. Además, siempre llevaba la camisa fuera del pantalón, lo que era muy frustrante porque así no podía mirarle

el bulto que había en sus pantalones, aunque corría el rumor de que el profesor Carvalho tenía la verga como un caballo, pero claro, no se puede

saber con certeza solo con verlo en el salón.

Sus redondeados hombros y su pecho corpulento presionaban el ligero material de su camisa blanca que le quedaba ajustada en la parte de la espalda,

como si se fueran a romper las costuras si flexionaba sus músculos. Pasé meses

imaginándome como se vería sin esa ropa tan holgada, y no solo era yo, todas las

alumnas hablaban sobre él después de clases, era el tema de conversación favorito. “¿Cómo se verá el profe Luis desnudo? ¿Creen que tenga el pecho muy

peludo o lo tendrá suave como la seda? ¿Tendrá los vellos púbicos del mismo color que su cabello o los tendrá más oscuros al igual que su barba? ¿tendrá mucho pelo o se rebajará?, O mi favorita, ¿O acaso se afeitará por completo?

¿Cuánto le medirá el pene? ¿será circuncidado y con el glande grueso? ¿O tal vez tenga la verga tan natural como el día en que nació, más similar a una serpiente que a una bulbosa máquina de sexo?” Yo casi no las escuchaba porque

ninguna de esas cosas me interesaba, me follaría al profesor Luis como fuera.

Llevo tres meses asistiendo a su clase y soñando que me meto todo su pene en la

boca y en la vagina sin importar de qué tamaño sea.

Pero se me estaba acabando el tiempo para lograr que esas fantasías se hicieran realidad porque solo quedaban dos semanas de clases y en un mes más

me graduaría y comenzaría a trabajar en una importante firma de contadores en

la ciudad, trabajando para mi padrastro Domingo Rodríguez. Ya firmé el contrato y esperan que comience a trabajar en el otoño, ese era nuestro acuerdo y mi mamá me mataría si intento retractarme, incluso si la razón para quedarme aquí fuera follar con Luis. -Andrea, ya es hora de madurar- Suele decir, y tiene

toda la razón, ya tengo 22 años y es hora de dejar las tonterías atrás.

Me iría de aquí sin llegar a conocer a Luis de la forma en que con tanta desesperación quiero conocerlo. Soñaba con él cada noche, fantaseaba con él mientras yo misma me hacía acabar con la ayuda de los juguetes de mi cajita secreta.

Él solo se limitaba a responder mis preguntas sobre contabilidad sin siquiera mirarme. Tal vez Marcela, mi compañera de cuarto, tenía razón. Si quería follarme al profesor Carvalho antes de irme a la ciudad tenía que ponerme las pilas.

Andrea Rodríguez

“Complejo paterno”

Sé que debes estar pensando “qué puta ha de ser esta chica, yendo a clases solo para perder el tiempo pensando chuparle el pene al profesor. Mejor saca la

cabeza de la alcantarilla putita, y enfócate en tus estudios que es lo que corresponde” La verdad es que no soy ni una puta ni una perra ni nada por el estilo, al menos no en público. Soy una mujer de 22 años, saludable, con complejo paterno y con un impulso sexual que cualquier estrella porno envidiaría.

No puedo evitarlo, soy así desde que tengo memoria, mis deseos sexuales me han sobrepasado desde la pubertad.

Empecé a los trece dejando que los chicos me tocaran los pechos por encima de la blusa y que frotaran mi entrepierna. A los catorce dejé que un chico metiera su mano bajo mi blusa para que sintiera mis redondeados y firmes pechos. Los

senos me crecieron siendo aún muy joven, como un regalo de la madre

naturaleza, ¿Por qué tendría yo que negarle la oportunidad a otros de disfrutarlos y además privarme del placer de experimentar esa sensación?

Recuerdo cuando un chico, cuyo nombre no logro recordar, me apretó los pezones con tanta fuerza que me hizo gemir de dolor, rápidamente quitó su mano

y empezó a disculparse. Yo tomé su mano y la puse nuevamente en mis senos y

le dije que siguiera haciendo lo que estaba haciendo porque se sentía exquisito.

El primer chico que metió sus manos bajo mis jeans y mis bragas para sentir

la tibia humedad de mi vulva fue Boris Salazar, quien en ese entonces tenía quince años. Acabó en sus pantalones mientras le acariciaba su pequeño pene a

través del pantalón y le dio tanta vergüenza que salió corriendo sin decir nada.

Me quedé sola bajo las graderías durante un partido de fútbol con el olor de su

semen en mis dedos y un ardiente fuego entre mis piernas. Lamí el semen de mis

dedos y me fui a comprar una paleta. Yo apenas tenía quince.

Me convertí en una exploradora sexual cuando iba en el colegio, hacía de

todo, pero no dejaba que nadie me penetrara. Podían masturbarme todo lo que

quisieran porque yo era demasiado caliente y además cuando lo hacían se sentía muy rico, pero me daba terror quedar embarazada y por eso, que me penetraran

no estaba permitido incluso con condón.

Mi mamá me tuvo a los dieciséis y siempre me hablaba de lo difícil que fue para ella ser una mamá soltera y además siendo tan joven, al menos hasta que conoció a Domingo, mi padrastro. Se casaron cuando ella tenía dieciocho y él treinta y uno.

Por esta razón dejaba que me metieran el pene en la boca, que acabaran en mi mano y si el chico me gustaba en serio, dejaba que me la metiera por el culo,

pero mi vagina estaba fuera de los límites.

Supongo que durante mis años de colegio fui considerada la puta, ya que siempre fui sincera con respecto a ser sexualmente activa a pesar de que era muy

particular la forma en que escogía con quien me relacionaba.

Perdí la virginidad en mi último año de colegio con un estudiante de intercambio que venía desde México, se llamaba Gustavo Rivera. En ese entonces nunca me cuestioné el porqué estaba dispuesta a dejar que Gustavo me

quitara la virginidad, cuando al mismo tiempo yo no permitía que otros chicos se

me acercaran. O sea, estuve con chicos mucho más guapos y no lo hice con

ellos, pero Gustavo tenía algo que hacía que mis pezones se pusieran duros como

roca y que me mojara como si entre mis piernas fluyese un río.

Era moreno y con un semblante melancólico, tenía el cabello tan negro como las alas de un cuervo y con sus ojos tan negros como la noche. Me pasó a buscar

en la camioneta del trabajo de su papá y nos fuimos al lago. Cogimos como conejos tirados sobre una manta en la parte de atrás de la camioneta. Gustavo era un amante muy rudo y no tenía idea del significado de la frase “tomate tu tiempo”. No era para nada tierno, por lo tanto, al otro día sentía la vulva adolorida y mi vagina recién estrenada dolía del terror, pero jamás me arrepentí

por dejar que Gustavo fuese el primero.

En el verano follábamos cada vez que se daba la oportunidad. Aprendimos a no ser egoístas a la hora de darnos placer. Yo le decía exactamente lo que me gustaba y él me decía exactamente lo que a él le gustaba. Experimentamos y aprendimos juntos y siempre quedábamos satisfechos.

Durante el verano trabajó en el Minimarket de una gasolinera, y siempre robaba condones. Yo adoraba sentirlo dentro de mí, pero aun así no estaba dispuesta a arriesgarme a tener un bebé.

No fue hasta que mi mamá vio a Gustavo trabajando en la tienda que comprendí por qué fue a él a quien elegí para que me desvirgara. Él estaba parado

a dos filas de nosotras envolviendo la mercadería y fingíamos que no nos conocíamos. A mi mamá le llamó la atención de inmediato a pesar de que no tenía idea de que nos estábamos acostando.

-Se parece a tu papá cuando nos conocimos- dijo en voz baja, mirando a Gustavo de una forma que encontré un poco extraña.

- ¿Enserio? - Le pregunté con el ceño fruncido, lo mire de reajo y sentí como se humedecía mi ropa interior -No sabría decirlo...-

-Cuando llegemos a casa mira la foto de tu papá que te di el año pasado, ahí verás- dijo

La foto de la que mamá hablaba era la única foto que yo tenía de mi papá biológico; el chico que la embarazo a los quince. Ella lo conocía solo por el nombre de José, era el hijo de un trabajador inmigrante que trabajaba

recogiendo naranjas en la granja de mi abuelo. Cuando esa fotografía fue tomada él tenía diecisiete. Estaba parado en frente de un camión amarillo junto a mi mamá, quien en aquel entonces era una niña sin gracia que llevaba coletas y que tenía

las piernas huesudas, las mismas que abrió para él. Una vez que se terminó el trabajo, José y toda su familia se mudaron y mi mamá nunca lo más volvió a ver.

Mi mamá vio que Gustavo y yo nos miramos, entonces me miró de reajo y sacudió la cabeza. -Ten cuidado Andrea, no cometas mis mismos errores -

Al día siguiente comencé a cuidarme con la píldora y además recibí una charla sobre sexo de una mujer a la que probablemente yo tenía más que enseñarle.

Pero tenía razón en una cosa: Gustavo era casi el clon de mi padre. Me quedé mirando la antigua fotografía con la boca abierta, el parecido era increíble. Por un momento me preocupó qué pudiésemos tener el mismo padre, pero cuando le

mostré la foto y le conté lo que temía, él solo se largó a reír y me aseguró que su papá tenía cincuenta y ocho años y se llamaba Mario.

Mi amiga Juliana, cuya madre era terapeuta me dijo que yo tenía “complejo paterno” y que había elegido a Gustavo para perder la virginidad porque me recordaba a mi papá.

-Es la cosa más absurda que he escuchado - dije -Además, ¡Qué asqueroso! -.

-No se trata de que quieras tirarte a tu papá idiota- me explicó -quiere decir que el hecho de no tenerlo cerca ha creado un tipo de vacío en tu cerebro el cual intentas llenar con Gustavo, un chico que se parece mucho a él -.

-Ah, ya entiendo...- Sonaba razonable, ¿pero qué mierda sabe una

adolescente de dieciséis años sobre estas cosas?, todo lo que sé es que después

de eso no volví a tener sexo nunca más con Gustavo, ni siquiera dejaba que me

tocara porque cada vez que lo miraba me acordaba de mi papá.

Mi complejo paterno se volvió aparente cuando entré a la universidad y comencé a tener sexo con hombres mucho mayores que yo.

Pero ya no me follaba a mexicanos de piel morena que se parecieran a mi papá, solo me follaba a hombres lo suficientemente mayores como para ser mi papá. Hombres como Luis Carvalho.

Luis Carvalho

“Siempre y cuando hubiera licor”

Hundí mis dedos en las caderas de Marta y contuve el aliento para no acabar tan rápido esta vez. La última vez que follamos estábamos tan borrachos después

de la cena mensual de la facultad que tuvimos sexo en el asiento trasero de su Volvo, en el estacionamiento de un T.G.I Friday's.

Generalmente no me voy tan rápido, no desde que iba en el colegio. Mi error fue dejar que me lo chupara por mucho tiempo cuando estábamos en el baño.

Para cuando llegamos a su auto y comenzó a subirse la falda y a bajarse la ropa

interior, yo ya estaba listo para explotar.

Se comenzó a menear sobre mi pene y deslizó sus caderas de atrás a adelante un par de veces... y eso fue todo, acabé incluso antes de saber que estaba pasando.

Afortunadamente para ella, pude mantener la erección el tiempo suficiente para que ella pudiese disfrutar. No hay nada que avergüence más a un hombre que acabar muy rápido, especialmente con una mujer como Marta Costa, quién

nunca deja de sacármelo en cara. Marta podía ser una verdadera perra, ya me molestaba por muchas cosas, no necesitaba agregar eyaculación precoz a la lista.

Esta vez las cosas fueron mucho más despacio porque no tuvo la oportunidad de chupármela en el baño. Después de la cena de la facultad me invitó a tomar

un trago a su casa... bueno, no fue exactamente lo que dijo, más bien fue algo como: "Profesor Carvalho, quiero que me acompañe a mi casa para que me folle

hasta que me tiemblen las rodillas".

Realmente no era una invitación, era una orden y ya que era la decana de la

universidad y tenía mi futuro en sus manos, obedecí. En un par de meses yo podría ser candidato a la tenencia, lo cual me daría la posibilidad de tener este trabajo por el resto de mi vida. Y el follarme a una atractiva mujer cincuentona y divorciada para lograrlo, era un pequeño precio que debía pagar.

Logramos entrar por la puerta de la inmensa casa victoriana que la universidad le proveía antes de arrancarnos la ropa.

Marta era una mujer voraz, casi me arranca los botones de la camisa mientras me la quitaba y literalmente me masturbaba mientras intentaba desabrocharme el

cinturón. La empujé contra la pared y presioné mis labios contra los de ellas mientras le quitaba la blusa de seda blanca y le desabrochaba el sostén que sostenía sus enormes tetas y estas se tambalearon en libertad. Le colgaban bajo

el pecho, pero aún estaban firmes y redondas luciendo los pezones más grandes

que he tenido el placer de lamer.

Marta me agarró el pene y gimió en mi oído cuando lo encontró duro y preparado. Empezó a jalármelo mientras yo le desabotonaba la falda y la bajaba

por sus amplios muslos. Me sorprendió un poco el descubrir que no estaba usando sus típicas medias y calzones de abuela. Fue inteligente de su parte, ella sabía que terminaríamos haciéndolo incluso antes de salir de su casa y no quería

que me demorara. Mi mano se fue directamente a su entrepierna con vellos rizados, con el coño caliente y empapado. Cuando mis dedos se deslizaron sobre

su clítoris y sus pliegues, empuñó mi verga con fuerza y me hizo seguirla

hasta

su habitación. “Quiero ver cómo me lo haces” dijo sosteniéndome aun del pene y

guiándome hasta el cuarto de baño principal. El baño tenía un gran tocador con

un enorme espejo en la pared. Se apoyó con las palmas de sus manos en el tocador ofreciéndome su enorme culo, sus enormes senos colgaban de su pecho

balanceándose. - Házmelo por atrás Luis - dijo, entregándome el culo - Para poder verte mientras me lo haces -

-Sí señora - le dije sonriendo a través del espejo. Puse mis manos sobre sus caderas y me acomodé tras ella, tomé mi pene con las manos y empecé a guiar la

cabeza purpura entre sus piernas. Los jugos de Marta fluían como un río. Tenía

el coño empapado y en toda la habitación se podía sentir el fuerte olor de sus jugos vaginales.

Comencé a rozarle la vagina con la cabeza de mi pene para lubricarla, luego

meneé mis caderas hacia adelante y de una sola estocada la penetré

completamente. Marta no tenía la vagina más apretada que me he follado, pero

podía resistir mis 25 centímetros sin pestañear.

Apreté mis dedos en sus caderas y miré hacia abajo para ver como mi mástil

se hundía en su vagina y luego volvía a salir. Llevé mis manos hasta su trasero y masajee sus nalgas. Gimió aún más fuerte cuando la yema de mi

dedo acarició

su ano.

-Sí... Luis... Oh sí...- Su voz era arrebatada, liberada por mi pene que entraba y salía de golpe.

Nos miré a través del espejo. Marta tenía los ojos cerrados, sus redondas mejillas estaban de color rosa, su frente estaba sudada, su boca estaba abierta y su lengua colgaba sobre su labio inferior, mientras jadeaba como una perra.

Marta no era realmente mi tipo, pero eso no me ha detenido a la hora de coger con ella de vez en cuando durante los últimos meses. Ella estaba entrando

a los cincuenta, era baja y rellenita con el cabello castaño donde siempre había

alguna cana y tenía más arrugas por fruncir el ceño que por sonreír.

Podría haber sido mi tipo hace unos veinte años y 15 kilos atrás, como Marcia Oliveira era ahora. Marcia era la sensual jefa del Departamento de Matemáticas, a quién además también me cogía de vez en cuando. Ella estaba casada con Carlos Díaz, el entrenador de fútbol en la universidad y follamos cuando él viajaba por algún campeonato. Aun así, debo reconocer que el coño de

Marta estaba bien para su edad y sus tetas eran enorme, así que no me podía quejar.

He tenido más sexo desde que empecé a trabajar en esta universidad de lo que tuve antes en mi vida y la mayoría de las veces con colegas o con trabajadoras de la parte administrativa. Mujeres como Marta y Marcia; algunas

más jóvenes, algunas más viejas, algunas más delgadas, otras rellenitas, pero todas calientes y dispuestas a hacer cualquier cosa que les pidiera.

Supongo que se ha corrido la voz.

Si eres una mujer solitaria con un coño apretado y una botella de Jack Daniels, Luis Carvalho es tu hombre. E incluso no era necesario que tuvieran el

coño tan apretado, siempre y cuando tuvieras el licor.

-Oh... Luis... Voy a acabar... - Gimió apoyándose sobre sus manos con el

culo aun hacia mí. Agarro sus enormes tetas con las palmas de sus manos y las

masajeo fuertemente hasta dejar marcas rojas. Sus pezones eran del porte de mis

pulgares, yo me relamía los labios mientras la veía apretarlos hasta que se ponían de un color rojizo oscuro.

Estaba listo para acabar junto con ella, acomodé mis manos en sus caderas y apreté todos los músculos de mi cuerpo para llegar al orgasmo. Mientras Marta

levantaba la cabeza y gritaba mi nombre, la llene por dentro con mi tibia leche y ella me chorro con sus jugos hasta las bolas. La penetré completamente dos veces más y ella me rogaba que me detuviera.

Cuando abrí los ojos la encontré mirándome a través del espejo, se sopló un

mechón de cabello que le colgaba sobre la frente, frunció sus labios y murmuró -

Es usted asombroso profesor Carvalho, me alegra mucho que trabajé con

nosotros -

-Y usted no se queda atrás Decana Costa - dije meneando mis caderas y le di

una nalgada juguetona. Me alejé un poco para que mi pene saliera

suavemente y

me dirigí a la ducha. Le ofrecí mi mano. - Ven, te deje toda sucia, deja que te limpie

Luis Carvalho

“Enseño, tengo sexo, bebo y repito”

Ya era casi media noche cuando logré librarme de los muslos de Marta y escapar. Marta era una buena mujer y un polvo decente, pero como muchas otras

mujeres de su edad, era muy necesitada; pegajosa y codependiente. Nunca he entendido porque no puedo solo hacerlo e irme a casa en vez de quedarme haciendo cucharita y hablando tonterías, Por qué no puedo solo decir “Bueno, gracias por prestarme la vagina. ¡Nos vemos!”

Marta estaba de pie junto a la puerta principal llevando puesta una bata, se despidió con la mano mientras yo me montaba en mi moto y me iba a toda velocidad. Ni siquiera me puse el casco, me hubiera tomado mucho tiempo y yo

quería largarme antes de que Marta me pidiera que pasáramos la noche juntos.

Yo rentaba un Bungaló fuera del campus, no era lo mejor, pero era

económico y me quedaba cerca del trabajo. Puse la moto en esa dirección y aceleré alejándome lo más rápido posible de la decana Costa.

Me detuve en un semáforo mientras cruzaba por la ciudad y aproveché ese tiempo para respirar profundamente y mirar la hora, eran las doce y media de la

noche, pero aún tenía mucha energía como para irme a dormir, así que en cuanto

vi el cartel a varios kilómetros del bar donde los estudiantes y los profesores

más

“divertidos” van, Charly’s, decidí ir por un trago. Si tenía suerte me encontraría con mi compañero Marcos Santos, quien estaría ahogando sus penas y

sufrimientos en alcohol y además estaría dispuesto a invitarme un par de tragos

con tal de tener un hombro sobre el cual llorar.

Marcos era mi mejor amigo en el trabajo y habían pasado tres meses desde que se divorció. Tenía más o menos mi edad, era un poco más bajo y más gordo

que yo y era el jefe del Departamento de Marketing.

Nos convertimos en compañeros de tragos una noche que apareció en

Charly’s para emborracharse después de haber encontrado a Thiago Barbosa, un

jugador del equipo de futbol de la universidad quien era negro y muy alto, metiéndoselo a su esposa por el culo en su propia cama.

Nunca olvidaré la primera vez que Marcos me conto lo que pasó - Abrí la puerta y el chico solo me miro y me dijo “Hola, ¿Qué tal?”, nunca dejó de cogérsela, y ella no dijo ni una sola palabra, ¿Quién es capaz de hacer algo así? -

Recuerdo haberle dado una mirada comprensiva y decir algo estúpido como

“Los niños de estos días, ¡quién lo diría! ven conmigo, emborrachémonos”

Eso es lo que estaba haciendo la noche en que Marcos apareció,

emborrachándome, porque eso es lo que hago.

Enseño.

Tengo sexo.

Bebo.

Y repito.

Es una excelente rutina.

Era viernes por la noche, así que Charly's estaba repleto. Había algunos cuantos chicos merodeando por el estacionamiento, sentados en el capo de sus autos, bebiendo y fumando hierba sin importar que la policía patrullara el lugar

cada cierto tiempo. A los policías les agradaba el dinero que había resultado de

tener una universidad estatal en esta pequeña ciudad, entonces a menos que los

chicos estuvieran causando estragos o teniendo una orgía con prostitutas en la vía pública, siempre hacían la vista gorda.

Me alegré cuando vi el Prius verde vomito de Marcos estacionado cerca de la entrada principal del bar, eso quería decir que había estado bebiendo hace ya un

rato. Debe estar ebrio y probablemente pagando los tragos de las estudiantes que

quería cogerse, aunque nunca lograba hacerlo. Yo por otra parte podría tirarme una alumna diferente todos los días si no fuera por mi estricta regla de no follar con estudiantes. Pero Marcos no era como yo, él era regordete, triste y patético.

Incluso las mujeres feas se alejaban de él. Tal vez algún día lo ayude a conseguir un buen polvo, sería lo mínimo que podría hacer a cambio de todos

los tragos que me ha pagado los últimos meses.

Estacioné la moto al final de la línea y entré. El lugar estaba oscuro, lleno de humo y con mucho ruido. Apestaba a cigarrillos y a cerveza vieja. Me encantaba. Me quedé parado en la puerta un rato esperando a que mis ojos se acostumbraran a la falta de luz y pude ver a Marcos sentado al otro lado del bar, con una jarra de cerveza y un corto de whiskey junto a él. Me saludó con la mano cuando me vio, su rostro se iluminó como un árbol de navidad, su compañero había llegado.

-Hola, pensé que hoy no vendrías - me dijo con dificultad. Envolvió mi cuello con sus brazos y me babeo la mejilla con un beso. Le hizo una seña al bar tender y pidió una ronda de cervezas y whiskey para cada uno.

-Jamás perdería la oportunidad de beber gratis - dije, sentándome en la silla junto a él. Eché un vistazo alrededor y vi que había una banda en una esquina sobre un escenario improvisado, estaban prácticamente asesinando una canción de Bob Dylan. La pista de baile estaba repleta de estudiantes retorciéndose y sudando como cerdos. Todas las mesas estaban ocupadas y la barra estaba llena

hasta el final. Una noche normal en Charly's.

-¿Y cómo está la Decana Costa? - preguntó con una mirada astuta. - vi que se fueron de la cena de la facultad juntos -

-Para ser honesto, está bastante bien - dije asintiendo con la cabeza mientras me acercaba el vaso de whiskey a la boca - de hecho, hoy me preguntó por ti...

creo que anda en la búsqueda de carne fresca -

Marcos me guiño el ojo, después frunció el ceño, - Vete a la mierda, apuesto a que no preguntó nada-

-Claro que sí - dije sonriendo mientras seguía con mi mentira - Le dije,

“Marta, deberías cogerte a mi buen amigo Marcos” y ella me dijo “dile que concerté una cita”-

-Eres un imbécil – dijo. Se bebió el whiskey y se limpió la boca con el dorso de la mano.

-Deberías tirártela Marcos - dije seriamente esta vez lamiendo el whiskey de mis labios - no te decepcionarás, te haría demasiado bien remojar un poco el amiguito –

-Ella no quiere follar conmigo - Balbuceó con un gesto de ironía en sus ojos

- ¿O sí? –

-Tal vez si quiera - le dije, dándole una mirada de complicidad - Yo estaría feliz de ayudarte con eso –

-No sé - tenía los ojos rojos y su cabeza se tambaleaba un poco -yo todavía...-

-Sí sé, sé que aun estás sufriendo por lo que pasó con el jugador de futbol y tu ex esposa, ¡Pero por dios Marcos! Ya es hora de dejarlo ir. Ella se fue, siguió con su vida y hasta ya tiene a otro –

-Sí sé, sí sé - dijo con tristeza. Volteó la mirada para que no pudiera verlo secarse las lágrimas. - Algún día volveré a tomar al toro por los cuernos –

-Sabes, puede que Marta tenga una silla de montar - Bebí de mi cerveza -

Porque de primera fuente sé que le gusta que la monten bien duro –

-Deberías tener más cuidado amigo mío - Dijo Marcos negando con la cabeza - Te has acostado con la mitad de las mujeres de la facultad, puede que

ese pito legendario que tienes te meta en serios problemas -

Apoyé mi codo en la barra y me reí - Existen reglas que prohíben follar con estudiantes - dije levantando mi ceja de forma irónica - Pero no existe ninguna

regla que impida cogerse a las colegas -

-Puede que no existan - dijo mientras le mostraba su vaso vacío al cantinero para que lo rellenara - Pero cuando te estás cogiendo a un montón de mujeres que trabajan en el mismo lugar y que almuerzan juntas en la misma cafetería todos los días... comenzarán a compartir información hasta darse cuenta que te

las has cogido a todas, después te irán a reportar a la decana para descubrir que también a ella te la coges - Vacío el contenido del vaso y sacudí su cabeza. -

Tendrás suerte si logras encontrar un trabajo enseñando en una universidad por

internet en el medio de la nada -

Apreté mi mano contra mi pecho como un hombre inocente siendo acusado por crímenes terribles. - Pero Marcos, si yo soy solo un alma bondadosa que alimenta a una audiencia que muere de hambre. Tú mismo eres profesor de marketing, deberías entender el mercado de oferta y demanda - le dije

-Sí, y también entiendo que la mayoría de las mujeres que te coges tienen esposos que te cortarán las bolas si te descubren y cuando eso suceda no vengas

llorando a mí porque solamente te diré: Te lo dije - me dijo.

-¿Se puede correr si te cortan las bolas? - Pregunté sonriendo

-No sabría decirte - Dijo con un suspiro - Mi ex se quedó con las mías cuando nos divorciamos. Estoy seguro de que las mantiene en una caja bajo la cama para burlarse de mí cuando se está tirando a alguien más –

-Por dios Marcos, tienes que superarlo - Le dije

-Lo intento - dijo en voz baja. El bar tender nos trajo otra ronda, levanté el vaso y se lo entregué.

-Hagamos un brindis, por tu ex - hicimos sonar nuestros vasos – para que ojalá se le pudra el coño y que se le caigan las tetas –

-Eso es horrible - dijo con una sonrisa de satisfacción.

-Lo sé. ¡Arriba, abajo, al centro y adentro! -

Nos bebimos el corto de whiskey de una sola vez y suspiramos. Puse una mano en su hombro y lo sacudí - Vamos, hay que buscarte a alguien para que tengas sexo -

Me puse derecho con los codos apoyados sobre la barra para poder observar a la multitud. Marcos y yo éramos lo suficientemente viejos como para ser los padres de muchos de los presentes. Entrecerré mis ojos para escanear la habitación intentando encontrar alguna mesa con mujeres mayores que hayan salido a pasarla bien con sus amigas y probablemente estén dispuestas a pasar una noche conmigo y mi triste amigo.

Había unos cien niños en el bar; bebiendo, bailando, actuando como

imbéciles. Eran jóvenes y atractivos, la pasaban excelente, no tenían ninguna preocupación, tenían toda la vida por delante. Y yo los odiaba a todos porque tenían la única cosa que yo ya no tenía: un futuro lleno de promesas y potencial.

Con el suficiente empeño y determinación podrían hacer todo lo que su corazón quisiera, pero la mayoría eran muy estúpidos para darse cuenta de esto y

malgastaban sus vidas.

Varios de ellos se graduarían pronto, seguirían un postgrado o algún trabajo mundano donde trabajarían por los próximos cuarenta o cincuenta años, rezando

tener dinero suficiente para vivir una vez que se hayan jubilado.

Se casarían con alguien a quién terminarían odiando; tendrían hijos que crecerían odiándolos y pasarían sus días trabajando como esclavos para construir

una vida en vez de vivirla.

Yo sabía todo esto porque lo viví.

Siempre dicen que la juventud es malgastada en los jóvenes. Yo digo que la juventud se malgasta en la ignorancia.

Si hace veinticinco años hubiese sabido lo que sé hoy seguramente no estaría en un bar en esta ciudad de mierda emborrachándome con un imbécil

quejumbroso quién probablemente terminaría volándose los sesos algún día y tampoco tendría que andar tirándome a un montón de mujeres mayores para ascender en esta universidad de segunda categoría.

Yo tenía cuarenta y dos años, dos veces divorciado, al borde del alcoholismo, viviendo en una pocilga de una sola habitación y ganando mucho menos de lo que solía ganar cuando terminé el postgrado hace veinte años. Vivía por el

alcohol y las vaginas. A estas alturas de mi vida nada más importaba.

Luis Carvalho

“Andrea...Andrea Rodríguez”

-¿Por qué esa cara tan larga? - Escuché una voz alegre y femenina. Me alejé de mis oscuros pensamientos y me volteé para encontrar junto a mí en el bar a

una hermosa chica con el cabello de color rojo intenso que caía como cascada sobre sus hombros y con ojos azules. Había una jarra de cerveza vacía frente a

ella en la barra, me miraba de reojo sonriendo mientras esperaba que el bar tender le trajera otra jarra de cerveza.

-¿Tengo la cara larga? - Pregunté arqueando una ceja

-Ya no - dijo sonriendo con su mirada

Me giré para mirarla mientras el bar tender le entregaba la jarra de cerveza.

Dejé que mis ojos se deslizaran por su cuerpo. Llevaba un top que afirmaba sus

grandes senos y que le llegaba hasta unos dos centímetros de su ombligo. Vestía

unos jeans cortos y sandalias. Tenía un trasero redondeado hermoso, un trasero

de burbuja, como le llamaban los chicos. Los jeans eran de tiro corto, quedaban

justo sobre su cadera. Pude ver parte de su tanga por arriba del pantalón y también pude apreciar unos hoyuelos justo arriba de sus deliciosas nalgas. Me vio que la miraba y me sonrió de nuevo.

-¿ves algo que te guste? - Preguntó

Miré a Marcos, quién me miraba con un poco de miedo y con los ojos

totalmente abiertos mientras que negaba suavemente con la cabeza. Se me acerco y me dijo en el oído - Es una estudiante, está fuera de los límites -

Le susurré de vuelta. - Sí sé, voy a ver si esta su mamá aquí, te dije que conseguiría alguien para que tengas sexo –

-Eres un imbécil - dijo mientras tomaba una servilleta para limpiarse la espuma de la boca, arrugó la servilleta y la tiró en la barra - Voy al baño, pide otra ronda –

-Entendido - Dije como un buen compañero y vi cómo se tropezaba entre la multitud por un momento. Luego volví a mirar a la sexy pelirroja de tetas grandes. Estaba con sus codos y sus senos apoyados sobre la barra mientras bebía su cerveza y miraba ESPN en la televisión que estaba tras la barra.

Me preguntaba si ella se había quedado allí para que yo le coqueteara, si era así, sería una larga espera porque yo no follaba con estudiantes, sin importar cuan seductoras y ardientes fueran. Necesitaba este trabajo, era lo único que me

quedaba y no valía la pena arriesgar todo por un coño, incluso por el de ella que me imaginaba debía saber delicioso.

Tomé mi cerveza y apoyé mis codos en la barra igual que ella. Pretendí mirar la televisión, pero no pude resistirme a mirarla de reojo. Me parecía conocida.

Me tomó un rato, pero logré reconocerla. Ella asistía a mi clase avanzada de contabilidad. Camila algo... No, Andrea... Andrea Rodríguez.

Probablemente era la alumna más inteligente de la clase.

Definitivamente era la más sexy.

Casi siempre llevaba su cabello en una cola de caballo y nunca se

maquillaba, ¿Para qué iba a hacerlo? Siempre se sentaba en la tercera fila, en el medio y en ocasiones hacía preguntas de las que probablemente ya sabía las respuestas. Le he hecho clases a estudiantes así de sensuales lo suficiente como

para conocer sus trucos. Ella quería que yo la notase, lo cual me hacía ignorarla aún más. Soy un hombre con fuerza de voluntad, pero una chica como ella me

haría caer si se daba la ocasión. Sabía que probablemente ella sería increíble en la cama y de solo pensarlo mi pene se tensó un poco. Yo ya tenía las manos llenas haciendo malabares con cinco o seis mujeres mayores a las cuales me cogía. No necesitaba complicar más las cosas metiéndome con las chicas de mi

clase.

-Te he visto antes por aquí – dijo para iniciar la conversación aun con sus ojos en la televisión. - Siempre con tu triste amigo, el profesor Santos –

-¿Cómo sabes que mi amigo está triste? – pregunté

-Toda la universidad sabe que encontré a su esposa mientras un jugador de futbol se la cogía por el culo - dijo mientras movía sus hombros desnudos de arriba abajo. - Viene aquí cada noche y empieza a beber desde temprano,

después apareces tu para llevártelo a casa - volteó su rostro y me miró apoyando un codo sobre la barra mientras que con su otra mano sostenía su jarra de cerveza - Siempre me he preguntado qué es lo que haces antes de venir, siempre

llegas con tu camisa mal abotonada y tu cabello hecho un desastre -

Fruncí el ceño y eché un vistazo a mi camisa, no estaba mal abotonada - Mi

camisa no... - Ella sonrió y suavemente toco mi mentón con un dedo ----No, pero te hice mirar - dijo.

Dio un gran sorbo a su cerveza y luego lamió la espuma de sus labios, mis ojos seguían el recorrido que trazaba su lengua sobre sus labios, se acercó un poco, y usando sus dedos comenzó a jugar con un botón de mi camisa. -

¿Qué estás haciendo? – pregunté mirándola fijamente a los ojos. No retrocedí, aunque debí hacerlo no lo hice. Mi cerebro gritaba que me moviera, pero mi pene le decía a mis pies que se quedaran quietos.

Se acercó y me susurró en el oído.

-Quiero chuparle todo el pene profesor Carvalho... y nadie nunca tiene que saberlo -

Retrocedió, bebió lo último que quedaba de su cerveza y dejó la jarra en la barra. Antes de irse me miró con una mirada juguetona y lamió sus labios.

-voy a hacer pipí, ¿Por qué no me acompañas? - me dijo.

Andrea Rodríguez

“La espera”

Vi a Luis Carvalho en el preciso momento en que atravesó la puerta principal de Charly's. Yo estaba sentada en la mesa de la esquina con Marcela y otros amigos mientras bebía lentamente una coca cola light para mantenerme despierta

esperando a que apareciera.

Vi al profesor Santos en el bar cuando entré, ya estaba en el banquillo de siempre ahogando sus penas en alcohol. Pobre tipo.

Todos sabían que había encontrado a su esposa follando con un jugador del

equipo de fútbol un par de meses atrás y aun no lo superaba. Desde ese momento

iba a Charly's todas las noches. Siempre se sentaba al final de la barra, siempre estaba borracho y quejándose tristemente con cualquiera que estuviera dispuesto

a escucharlo.

Si mi mente no hubiese estado enfocada en Luis, lo más probable es que hubiera consolado al pobre profesor Santos cogiéndomelo por lástima para que

sintiera un coño juvenil, para que supiera que iba a estar bien y podría superarlo.

Había muchas mujeres mayores desesperadas en Tinder dispuestas a estar con él.

Bueno, quizás el profesor Carvalho lo ayudaría para que se cogiera a alguna de las viejas con las que regularmente se acostaba una vez que empezáramos a

tener sexo. Yo no tenía ninguna duda; una vez que Luis pruebe lo que tengo entre las piernas, nunca más querrá tirarse a esas viejas de nuevo.

La universidad es grande pero los rumores corrían como si fuese un pueblo chico. Era bien sabido que el profesor Carvalho se acostaba con la mitad de las

funcionarias del lugar y probablemente dentro de un tiempo se acostaría con la

otra mitad.

Parecía que se estuviese abriendo paso a través del cuerpo académico

completo e incluso se rumoreaba que también se tiraba a la Decana Marta Costa,

de ser así, apuesto a que tenía que limpiar primero las telarañas y soplarle el polvo de aquel viejo coño antes de metérsela. ¡Por dios! Debe ser como meterla

en un hoyo seco, no tengo idea en que pensaba al hacerlo. ¿Por qué se acostaba con todas esas ancianas cuando podría escoger entre tantas alumnas?... Como yo, por ejemplo.

Tal vez solo le asustaba perder su empleo ya que había reglas muy estrictas que prohibían tener sexo de cualquier tipo entre profesores y alumnos, aunque supongo que los profesores y administradores podían coger sin ningún problema.

No podía imaginar ni una sola razón por la cual un hombre como Luis, quién podría pasar desapercibido como un treintañero, prefiriera meter su hermosa verga en los polvorientos coños de las viejas de la facultad.

La única mujer que se cogía que era más o menos decente era Marcia

Oliveira, la jefa del departamento de matemáticas. Era como de la edad de mi mamá y se mantenía bien. Era bonita, con buenas tetas, un culo decente del que

los alumnos siempre comentaban. Sentía lastima de que el resto de las mujeres

que Luis se cogía eran solo unas putas viejas.

Aunque tal vez eso era lo que le atraía.

Yo tenía complejo paterno, talvez Luis tenía un complejo de putas viejas, y si era así... ¡que asqueroso!

Al fin, pasada la media noche llegó Luis y se fue directo donde el profesor Santos, quien ya estaba ebrio y apenas podía sostenerse en pie. Le di el tiempo

suficiente para que se tomara unos tragos, después tome una jarra de cerveza que

había en una mesa y me dirigí a la barra.

Llegué al bar justo junto a Luis esperando que me notara de inmediato. Yo llevaba puesto un top apretado y unos shorts de jeans que mostraban mi bronceado y mis tonificadas piernas. Luis estaba como ido mirando alrededor con una mirada que denotaba amargura, como si estuviese pensando cosas que le

molestaran.

Esperé un poco, después me aclaré la garganta y le dije “¿Por qué esa cara larga?” Cuando me miró y sonrió, estuve a punto de quitarme la ropa.

Diez minutos después le dije que quería chuparle el pene y me dirigí al baño de mujeres. Y ahora estaba aquí, apoyada en el lavamanos, viendo si mi maquillaje estaba bien mientras mataba el tiempo esperando a que llegara.

Pasaron otros dos minutos.

Varias chicas golpeaban la puerta gritando que tenían que orinar, pero yo les gritaba que estaba ocupado.

Me lavé las manos y me tomé mi tiempo secándolas.

Aún no había rastro de Luis.

A la mierda con esta idea.

Tal vez yo era demasiado joven y caliente para él.

Tal vez no tenía suficientes arrugas en mi cara y oxido en el coño para su gusto.

Tal vez mis pechos aún eran demasiado firmes y juveniles para él.

Tal vez me equivoque al fijarme en Luis.

Tal vez debería llevarme al profesor Santos a mi casa y ponerme a trabajar en sus frustraciones. No estaba ni cerca de lo guapo que era el profesor Carvalho,

pero igual sería bueno para saciar mi calentura. Además, el estaría tan agradecido que apuesto a que me dejaría amarrarlo a la cama.

Independiente de todo esto, aun no me daba por vencida en mi misión de tener la verga de Luis dentro de cada uno de los agujeros de mi cuerpo.

Solo debía ajustar mi estrategia.

Cuando la presa evade, el cazador debe cambiar la estrategia.

Abrí la puerta del baño y ahí estaba él, parado con sus brazos estirados y sus manos apoyadas en el marco de la puerta, como Jesús en la cruz, y con una mirada astuta. Eché un vistazo hacia la parte delantera de sus jeans para ver ese paquete por el que hace mucho tiempo moría por ver. No me decepciono.

Puso su mano entre mis pechos y me empujó hacia adentro del baño, después cerró la puerta con pestillo.

Cuando sus ojos se cruzaron con los míos y empezó a acercarse, sentí como los tibios jugos de mi vagina empezaban a fluir.

Luis Carvalho

“Sin besos, sin tocar, sin hablar”

Me quedé de pie en la barra por un par de minutos mientras terminaba mi cerveza y dejaba que mi cuerpo tomara una decisión.

Mi cerebro decía que no valía la pena el riesgo, aunque solo fuese una mamada en el baño. Mi cerebro sabía por experiencia que las mamadas en baños

siempre llevaban a algo más, como por ejemplo follar en el asiento trasero de un

Volvo.

Mi pene y mis bolas se aliaron para decirle a mi cerebro que era un idiota e incitaban a mis pies a que se pusieran en marcha.

Mi cerebro le decía a mis bolas y a mi pene que era arriesgado y le ordenaba a mis pies que no se movieran.

Mi lengua se preguntaba a qué sabría su vagina.

Mis labios se preguntaban cuan largos eran sus pezones

Mi cerebro los hizo callar a todos.

Después las cosas se pusieron feas, mi pito amenazó con orinarse en los pantalones si no hacía lo que decía.

-Creo que ya he tenido suficiente - Dijo Marcos mientras se tropezaba cuando volvía del baño y se sentaba.

Se quedó mirando confundido la jarra de cerveza y al whiskey recién servidos que esperaban por el - ¿Yo pedí eso? –

-Así es -, dije palmoteando su espalda. - bébelo, yo voy a hacer pis y después te llevaré a casa. -

Mi pene silbaba una armoniosa melodía mientras mis pies se dirigían al baño detrás del bar.

Mis labios y lengua se unieron a la melodía e incluso mis dedos comenzaron a chasquear.

Solo mi cerebro guardaba silencio, era lo suficientemente listo para darse cuenta de que había perdido la pelea y además le encantaba decir “Te lo dije”.

La puerta del baño se abrió justo cuando iba a tocar, Andrea me miraba embobada o tal vez sorprendida de verme y parecía no creer que yo estuviese allí.

Puse una mano entre sus grandes senos y la empujé dentro del baño. Cerré la puerta con pestillo, humedecí mis labios y me acerqué a ella antes de que mi cerebro cambiase de idea.

Ella estaba de pie con su espalda apoyada contra la pared, me paré frente a ella y presioné mi cuerpo contra el suyo. Mi pene se apretaba contra ella y yo mantenía mis manos a los costados. Mi respiración se volvió más fuerte mientras

respiraba su olor a sexo; jabonoso, sudoroso y fuerte.

-Mencionaste algo sobre chupármelo - le dije mientras mis ojos miraban su hermoso rostro. Puso sus dedos en la hebilla de mi cinturón y acerco sus labios a los míos. Alejé sus manos y negué con la cabeza. Puse mis manos sobre sus hombros y la empujé fuerte contra la pared. Ella parpadeo con una mirada de miedo en los ojos y le dije - Sin besos, sin tocarnos, sin hablar.

Solo chupar y tragar -

Frunció el ceño y dejó que sus ojos quemaran los míos por un momento, luego lentamente se empezó a curvar una sonrisa por la esquina de sus gruesos

labios. Me aguanté las ganas de besarla, de chupar su lengua y jugar a poner mis

dedos en sus grandes tetas. Quería agacharla contra el lavamanos y cogérmela fuerte por atrás pero no me podía permitir eso, esa era una línea que no podía cruzar.

Solo una mamada, me regañaba mi cerebro como una madre diciéndole a sus hijos revoltosos que solo les daría una bola de helado por haberse portado mal.

“Sacá tu pito, méteselo en la boca y deja que te lo chupe, después lárgate de aquí antes de que alguien los vea juntos.”

-Bueno - dijo pasando la lengua sobre sus labios - Sin besos, sin tocarse, sin hablar, solo chupar y tragar - me empujó y se inclinó hasta el bulto que tenía en mis pantalones - Pero no puedo hacer nada hasta que lo saques -

La miré mientras yo mismo desabrochaba mi pantalón. Me los bajé hasta las rodillas y mi pene saltó hacia afuera como una tabla de surf; larga y dura. Estaba así de dura por querer tener sus labios alrededor.

-Chúpala – susurré apoyándome contra el lavamanos. Se arrodilló frente mí y sus dedos comenzaron a tocarlo.

-Sin tocar - le dije nuevamente sacando su mano - solo tu boca –

-Profesor Carvalho, tantas reglas que tiene - dijo mirándome hacia arriba sonriendo. Sostuvo su mano arriba - ¿Puedo simplemente usar una mano para sujetarla? –

-Dijiste que querías chupármela - respondí - Ahora cállate y chúpamela -

Puso sus manos detrás de la espalda y se agacho hasta que sus labios estaban a unos dos centímetros del glande, puso la punta de su lengua en la punta de mi

pene y la movió como un remolino haciéndome saltar.

Sacó su lengua lo más que pudo y bajó su cabeza para levantar mi pene y lamer desde la base hasta el glande. Cuando su lengua se detuvo para lamer la parte más sensible de mi glande, me estremecí.

Puse mis manos detrás de mí y me afirmé con fuerza contra el lavamanos mientras ella se comía mi pene presionando sus labios alrededor del tronco y acercándose hasta que la cabeza de mi pito llegaba hasta su garganta. Era buena,

mucho mejor que Marcia y eso que ella daba las mejores mamadas de todo el campus o por lo menos a mi parecer. Andrea no se atragantaba a pesar de tener

23 centímetros de pene en su boca y garganta.

Me apreté la lengua con fuerza para evitar gemir, había estado con muchas mujeres, pero nunca me la habían chupado así de rico. Intenté recordar cuando

fue la última vez que estuve con una veinteañera pero lamentablemente nunca pude recordarlo, había sido hace mucho tiempo.

Andrea deslizo su boca por mi pene hasta que su nariz estaba casi tocando

mis rubios y ondulados vellos púbicos, después apretó sus labios en el tronco de mi pene y retrocedió lentamente hasta que la cabeza de mi verga apareció en sus

labios.

- ¡Por dios! - Suspiré, tragando con dificultad e intentando que mis piernas dejaran de tambalearse.

- ¿Le gusta eso profesor? - Dijo, mientras me sonreía mirando hacia arriba –

Deberías sentir lo que puedo hacer con mi vagina-

- Sin hablar - Le dije con voz jadeante – Chúpamela, hazme acabar y trágate

todo -

- Con mucho gusto - Dijo, metiendo mi pene dentro de su boca otra vez.

Cerré los ojos mientras ella succionaba más rápido. Mi pene se deslizaba dentro

y fuera de su boca, pero ahora más rápido mientras sus labios apretaban más fuerte que antes.

Comencé a gemir, lo que la hizo gemir a ella también y empezó a chupar más

rápido. Podía sentir como se estaba creando ese orgasmo en mis bolas, cada musculo de mi cuerpo se tensó, contuve la respiración y exploté dentro de su boca.

La oí gemir y miré hacia abajo para ver como el semen se disparaba a su boca que estaba abierta y salpicada hasta su mentón. No pudo resistir ayudarme

a acabar usando su mano mientras el semen seguía saliendo. No la detuve, se sentía demasiado bien.

Exhale un largo suspiro mientras ella me exprimía por última vez hasta sacarme la última gota de tibio semen. Lamió mi verga dejándola limpia, sin una

pisca de semen y retrocedió un poco apoyándose sobre sus talones. Se limpió la

boca con el dorso de la mano, me miró hacia arriba y me sonrió.

-¿Estás seguro de que no quieres seguir en mi casa? - Preguntó. Puso sus manos a los costados de sus enormes tetas y las apretó. – Si tienes una regla estúpida de no follar con tus estudiantes, puedes poner tu verga entre mis tetas y acabarme en el pecho o en el culo -

Por dios, ¿quién era esta chica y donde había estado toda mi vida?, a claro, en el colegio por supuesto.

Me subí los pantalones con la verga aun húmeda por su saliva y la ayudé a levantarse. Estuvo momentáneamente entre mis brazos. Se apretó contra mí y sus labios estaban tan cerca de los míos que podía sentir el olor de mi semen en

su aliento.

Me resistí a la necesidad de besarla, de agarrarle el culo y de pegarla a mi cuerpo. Afortunadamente Marcos comenzó a golpear la puerta interrumpiendo lo

que pudo haber sido una muy mala decisión de mi parte.

- Luis, ¿estás ahí? - Balbuceó y golpeo nuevamente la puerta – Vamos, es hora de irnos -

- Me tengo que ir - le dije mirándola a los ojos.

- Lo sé - Dijo pasando un dedo por mi barbilla. Se alejó de mí y me sonrió. –

Nos vemos en clases –

Andrea Rodríguez

“Creo que sientes algo por él”

-Le di la mejor mamada de su vida, después él como si nada guardo su verga de vuelta en sus pantalones y salió por la puerta ¿enserio? ¿acaso así es como se comportó cuando la vieja de Marta se la chupó en el baño del T.G.I

Friday's? -

Marcela estaba sentada con las piernas cruzadas a los pies de mi cama mientras compartíamos un helado de menta con chips de chocolates y escuchaba

como me quejaba de mi encuentro con Luis en el baño de Charly's. Se quedó con la cuchara en la boca mientras me miraba impactada.

- ¿Qué? ¿La decana Costa le hizo sexo oral en el baño de un T.G.I Friday's?

¡No te creo! -

- Créelo - dije mientras sacaba otra cucharada de helado.

- Pero a ver, espera ¿Cómo sabes eso? -

Volteé los ojos con la cuchara aun en mi boca y mientras me lamía el helado

que tenía en los labios dije, - Solo digamos que cierto profesor al cual le gusto me lo dijo. Fue después de la cena de la facultad o algo así. Me contó que Costa

estaba tan ebria que casi se lo llevo arrastrando al baño de mujeres, le hizo una mamada y después cogieron en el asiento trasero de su auto -

- ¡No te creo! – dijo Marcela, era su frase típica. – mira Andrea la verdad es

que aun no entiendo porque estás tan caliente por ese tipo, o sea, es un mujeriego y además prefiere a las mujeres mayores. Tu podrías cogerte a cualquier otro profesor ¿Por qué estás tan obsesionada con el profesor Carvalho? –

- Es que tiene algo que hace que me hierva la sangre - Dije lamiendo el helado de mi cuchara – Por ejemplo, hoy cuando estábamos en el baño. Yo estaba de rodillas con toda su verga en la boca y en lo único que pensaba era en

lo feliz que lo estaba haciendo. Miraba su rostro y me daban ganas de hacer

cualquier cosa para complacerlo -

- Pero Andrea, entonces no se trata solo de un hombre mayor que te atrae solo para tener sexo. Este tipo te gusta en serio – Dijo Marcela con los ojos muy abiertos.

- No, no me gusta y a demás tampoco es viejo – Le dije un poco molesta

- Si, te gusta. Y sí, es viejo – dijo apuntándome con su cuchara – Te conozco hace tres años y conozco cuáles son tus técnicas -.

La miré frunciendo el ceño – ¿A qué te refieres? –

- Me refiero a que eres una mujer al borde de la ninfomanía y que además tiene complejo paterno – explicó, intentando sonar lo más seria y analítica posible, incluso después del alcohol, la hierba y el helado que habíamos consumido. -Te has cogido a un montón de tipos, pero nunca habías tenido esa

mirada tan soñadora cuando hablabas sobre ellos -

- ¿Qué mirada soñadora? Eso debe ser porque estoy ebria – le dije luchando para ponerme seria.

- Mentira porque has estado bebiendo la misma coca cola light durante toda la noche y en ningún momento has dejado de mirar la puerta esperando a que él

aparezca -

- ¿Ya y ahora me analizas? – Pregunté. Ya me estaba enojando.

- No, solo te digo lo que veo – sacó otra cucharada de helado y la puso entre sus labios. Con el helado derritiéndose en su lengua dijo – Creo que sientes algo por Luis que va más allá que una simple atracción -

Pensé un poco en lo que me dijo y después enterré la cuchara en el helado y la mire encogiendo los hombros - ¿y cuál sería el problema si así fuese? –

Tomó el envase de helado y balanceando sus piernas en el borde de la cama dijo – Tu dímelo -.

Esperé a que Marcela se fuera para cerrar la puerta con pestillo y me agaché para sacar mi cajita mágica de juguetes que guardaba bajo la cama.

A lo que llamaba caja mágica era en realidad una caja de zapatos en donde guardaba mi colección de juguetes: Consoladores, vibradores, bolitas chinas, estimuladores anales y otros más que había comprado a lo largo de mis años de

aventuras sexuales. El chuparle el pito a Luis me dejó caliente y con muchas ganas de follar. No iba poder dormir hasta que yo misma me diera un poco de placer.

Elegí el vibrador en forma de huevo. Este era pequeño y estaba diseñado para encenderlo y meterlo dentro de la vagina y te juro que hace sentir la vibración desde las paredes vaginales hasta la garganta.

Después tome el consolador de silicona de 30 centímetros que se sentía como si fuera un pene de verdad. Me saqué la camisa de dormir, la dejé a un costado y

estaba lista porque nunca uso ropa interior cuando duermo.

Dejé la caja mágica en el suelo, apagué las luces y abrí las piernas. Encendí el vibrador y de solo escuchar el sonido mi vagina se comenzó a humedecer, me

lo metí lo más profundo que puede. Todo mi cuerpo comenzó a temblar como si

vibrara desde adentro hacia afuera.

No tuve que lubricar el consolador porque mi vagina estaba lista desde el momento en que Luis rozo mis labios. Exhalé lentamente al mismo tiempo en que deslizaba el consolador dentro de mi vagina. Cuando la cabeza del

consolador tocó al vibrador, las vibraciones hicieron que el consolador vibrara también y me estimulaba hasta el clítoris. Lo mantuve ahí un momento

estremeciéndome, luego comencé a sacarlo y meterlo lentamente después lo volvía a sacar y nuevamente lo metía.

Remojé los dedos de mi mano izquierda con mis propios fluidos vaginales y luego subí mis dedos hasta el clítoris, gimiendo por la sensación que me causaba. Mis pezones se pusieron duros. De repente se me reseco la boca, comencé a lamer mis labios, cerré los ojos y mágicamente Luis apareció en mi

imaginación. Estaba arriba mío, con su cabello rubio, sus músculos bien tonificados y con todo su pene dentro de mí. En mi imaginación él inclinaba tiernamente su cabeza para besar mis labios.

Y aquí es cuando se ve la destreza, la misma destreza que uno tiene al darse palmadas en la cabeza con una mano y con la otra acariciarse la barriga, todo al

mismo tiempo. Mientras el vibrador enviaba escalofríos de placer a todo mi cuerpo, yo misma me penetraba con el consolador mientras que con mi otra

mano me estimulaba el clítoris. Algún día tendría que filmarme para ver cómo me veía, probablemente parezca un acto digno de un circo, pero me daba igual.

Si tan solo tuviese unas pinzas para mis pezones tendría todas las áreas cubiertas.

(Nota: Comprar pinzas para pezones)

Podía sentir como se acercaba ese orgasmo. Mis músculos se tensaron, podía sentir las vibraciones hasta en mi garganta, mis labios vaginales se apretaron al resbaladizo consolador mientras me penetraba, mi clítoris estaba hinchado. Me mordí el labio y los dedos de mis pies se enroscaron.

Cuando estalló el orgasmo dentro mío, empujé el consolador lo más

profundo que pude y apreté mis músculos vaginales contra él. En mi mente era

el pene de Luis el que me penetraba con fuerza, eran sus dedos los que acariciaban mi clítoris y su lengua la que lamía mis pezones.

Acabé tan rico que a mi cuerpo le dieron espasmos por todo un minuto después de acabar, como intentando volver desde otra dimensión.

Exhalé un gran suspiro y dejé que el consolador y el vibrador se salieran por su cuenta de mi vagina. Apagué el vibrador y lo deje nuevamente en la cajita junto con el consolador, mañana los limpiaría.

Tenía toda la vagina y el culo empapados. El aroma de mis jugos vaginales se sentía en el aire. La sábana también estaba empapada. Tomé la camiseta de dormir y me sequé, luego me volteé con Luis aun en mi mente, mañana sería un

nuevo día, no me daría por vencida aún.

Quedaban dos semanas para terminar el semestre, era el tiempo suficiente para convertir mis fantasías en realidad.

Luis Carvalho

“He estado casado y divorciado dos veces”

Lunes por la mañana: Estaba parado frente a la pizarra escribiendo la fórmula para determinar la deducibilidad de gastos comerciales para mi siguiente

clase cuando Marcos asomó la cabeza por la puerta.

Se veía horrible. Tenía los ojos rojos, la ropa desordenada y el cabello hecho un desastre. Lo único bueno que traía eran dos cafés grandes de Starbucks.

- Por dios Marcos, te ves pésimo – le dije mientras me sacudía la tiza de las manos para recibir el café - ¿Estás bien? – saqué la tapa del vaso y me dirigí a mi escritorio, me senté y lo invité a sentarse -

- Gracias amigo – dijo intentando disimular un bostezo con el dorso de su mano - anoche volví a Charly's para ver el partido de fútbol y me emborraché un

poco -

- Hombre, tienes que dejar de tomar tanto – Le dije con seriedad. Analicé su cara por un momento. Sus ojos rojos y su mandíbula me recordaban a un perro

bloodhound. Podía ver los pequeños vasos sanguíneos en la piel bajo sus ojos y también en la nariz. A Marcos le estaban apareciendo las marcas que le salen a

los borrachos y todo por culpa de su estúpida esposa que lo engañó para luego

abandonarlo.

- Estoy bien – dijo sacándole la tapa a su vaso y soplando el vapor del café antes de darle un pequeño sorbo - Pensé que estarías ahí anoche ¿Dónde andabas? -

Negué con la cabeza - Necesitaba escapar, así que me fui en mi motocicleta a recorrer las montañas por mi cuenta – le dije

- ¡Suena genial! - Dijo con un suspiro pensativo - Luciana no me hubiese dejado tener una motocicleta -

- Luciana se fue Marcos – resoplé - Anda a comprarte una moto y la próxima

vez que me vaya de excursión vendrás conmigo -

Puso una cara de amargado, levantó y bajo sus hombros - No lo creo, solo serviría para matarme -

- ¿Así como te matas con el alcohol? – Pregunté

Se ríó y negó con la cabeza - ¡¿Qué?! No me estoy matando con alcohol ¿por qué dices eso? Pensé que me entendías -

- ¿Entender qué? – Arqueeé la ceja por sobre mi vaso esperando a que me respondiera.

- Qué estoy sufriendo – dijo quebrándose y lagrimeando. Me apuntó con el dedo - Tu no entiendes Luis, no sabes lo que es que te destroce el corazón alguien a quien amas -.

- ¿Crees que no lo entiendo? – respiré profundo y meneé mi cabeza

lentamente -Marcos, he estado casado y me he divorciado dos veces. ¿Tú crees

que yo realmente quería divorciarme? –

- Bueno eso asumí, o sea, te va tan bien con las mujeres...-

- Mi primera esposa se llamaba Francisca, una chica hermosa con cabello rubio, ojos azules, un cuerpo increíble y un gran sentido del humor. Salimos por

tres años y nos casamos apenas salimos de la universidad. Le tomó menos de seis meses encontrar a un tipo que la amara más que yo. Un día llegué a nuestro

pequeño apartamento y ella ya no estaba. Me dejó una nota que decía que yo no

la hacía feliz y que quería seguir con su vida. Yo no la hacía feliz, como si fuese mi trabajo o algo así -

- Al menos no llegaste a tu casa para encontrarla teniendo sexo anal con un chico negro de casi 130 kilos – dijo

- Buen punto – le dije cabeceando.

- ¿Qué paso con tu esposa número dos? –

- Esa sería Tereza, ella apareció un par de años después. Era una morena estupenda, más joven que yo y con un trasero increíble. Trabajaba conmigo

como asistente en otra universidad. Nos casamos en junio y para septiembre me dejó. Un día despertó y se dio cuenta de que yo no era el tipo que ella quería que yo fuese. Cuando llegué a casa ese día empacó todas mis cosas en cajas y las dejó en el jardín.

- Cielos Luis, no tenía idea... - me miraba con lastima - ¿las amabas?

¿quedaste devastado? –

Me encogí de hombros. - pensaba que sí y probablemente así fue. Comencé

a beber, a sentir lastima de mí mismo, me quedaba afuera todas las noches, faltaba al trabajo y me acostaba con cualquier mujer que estuviera dispuesta. Me

convertí en un borracho triste Marcos, igual que tu -

Parpadeó con el insulto, pero no dijo nada.

- Bebía de noche, bebía en el almuerzo, bebía en clases, bebía después de clases... una vez mis alumnos me encontraron desmayado en mi escritorio a las

diez de la mañana. Llamaron a la decana y ella llamo a emergencias. Casi me morí intoxicado por alcohol, había bebido tres días seguidos sin parar.

Después

de eso ingresé a un centro de desintoxicación por treinta días -

- Qué terrible – dijo mirando su café. Espero que haya comprendido que estaba recorriendo el mismo camino oscuro por el cual yo ya pasé, lo odiaba por

eso, él era una persona demasiado buena como para arruinar su vida porque su

esposa era una puta. Él era mucho mejor de lo que yo era, solo esperaba que se

diera cuenta de eso antes de que fuera demasiado tarde.

- Como sea, decidí cambiarme de ciudad y conseguí este empleo hace cuatro años y si todo sale bien, seré candidato para la tenencia dentro de tres meses –

El asintió mientras me escuchaba. Y silenciosamente me preguntó –

Entonces, cuando te dejaron tus esposas ¿Pensaste que era tu culpa? -

- Por mucho tiempo lo hice – dije con un largo suspiro - ambas me culpaban diciendo que yo no era el hombre que ellas pensaban, pensé mucho sobre eso mientras me desintoxicaba -

- ¿Y cuál fue tu conclusión? – preguntó

- Que yo solo era yo - dije sonriendo mientras suspiraba – Siempre he sido

yo, pero ellas querían que yo fuera alguien más, alguien al que ellas pudieran cambiar y moldear de acuerdo a sus necesidades -

- ¿Entonces no fue tu culpa que se fueran? – preguntó esperanzado, como buscando una excusa válida para su matrimonio fallido.

- Estoy seguro de qué fue mi culpa en algún grado – Dije encogiéndome de hombros - Yo no era un santo, pero creo que ellas se fueron porque no pudieron

convertirme en el hombre que ellas querían que yo fuera. Una vez que comprendí eso también comprendí que fue tanto su culpa como la mía porque ambas se casaron con un tipo a quien pensaban que podían cambiar para encajar

en su idea de lo que era un hombre perfecto. El dejarme fue que aceptaran que la

habían cagado y no yo. Al menos eso fue lo que una profesora de psicoanálisis

con la que me acosté me dijo -

- Luciana dijo que se había cogido al futbolista porque yo ya no la satisfacía

– dijo con una mirada lejana - me dijo que todo era por mi culpa

Marcos, Luciana es una perra egoísta que se cogió a un jugador de fútbol porque quería hacerlo y no porque tú lo hayas causado – le dije mientras tenía mi mano sobre su hombro y lo sacudía un poco - En vez de seguir sintiendo lástima

por ti mismo y ahogarte en alcohol, deberías dar gracias que se haya ido, ahora

puedes encontrar a una mujer que realmente te aprecie por quién tú eres -

- ¿De verdad lo crees? ¿crees que pueda encontrar a una buena mujer que me quiera por lo que soy? – dijo mientras se secaba las lágrimas con los nudillos.

- De verdad lo creo – dije asintiendo con la cabeza – pero tienes que dejar de

beber, porque tu cuerpo va a empezar a pedirte alcohol y cuando eso suceda es

mucho más difícil salir adelante. Te estás yendo por un camino muy peligroso desde el cual es muy difícil regresar, créeme, sé de lo que hablo.

- Pero tú sigues bebiendo – Dijo arqueando una ceja - ¿no te da miedo caerte de la moto y volver a lo mismo? -

Era una buena pregunta, pero con una respuesta difícil. No tenía tiempo para explicar cómo funcionaba mi mente, así que solo le dije - Para mí todo debe hacerse con moderación ¿Cuándo fue la última vez que me viste realmente ebrio? -

Arrugó la frente mientras intentaba recordar - Creo que nunca te he visto realmente ebrio –

-y nunca lo harás, mi regla es; máximo tres tragos y es un reto personal el jamás romper esta regla -

Le estaba mintiendo descaradamente, pero era una mentira blanca por su propio bien. Me había caído tantas veces de la moto que ya había perdido la cuenta. No podría decir con seguridad cuantas veces me he emborrachado tanto

al punto de despertar dentro de mi auto en algún estacionamiento o en la cama

de alguna extraña o incluso en mi propia casa, pero sin tener la más mínima idea

de cómo llegué ahí. Esos eran mis demonios no los de Marcos, él no tenía por qué escuchar los sórdidos detalles de mi realidad, tenía que lidiar con la suya.

- Entonces ¿te pones a prueba? Solo tomas tres tragos y luego no tomas más.

Lo haces para probarte a ti mismo, que puedes hacerlo, que tienes el control -

- Algo así – respondí

- Similar a tu regla de no acostarte con alumnas – dijo con una sonrisa.

- Algo así –

- Luis, tienes demasiadas reglas –

Sonreí - lo sé, me lo han dicho –

Sacudió su cabeza y exhaló - No estoy seguro de tener tu misma fuerza de voluntad –

- Claro que la tienes, y además estoy yo para ayudarte – le dije

- ¿Y eso qué quiere decir? – tenía una mirada esperanzada

- Quiero que dejes de beber por una semana, no alcohol, de ningún tipo y tienes que volver al gimnasio, salir a correr y enfocarte en ti y no en Luciana –

respondí

- Ok, puedo hacer eso – dijo intentando sonreír. Me miró levantando las cejas

- y tal vez comience a tener citas otra vez –

Le sonreí asintiendo con la cabeza. - Amigo, primero deja de beber por una semana para que el color te vuelva a las mejillas y después vamos a lograr que te follén –

Sonrió - ¿Lo prometes? –

-Palabra de boy scout – le dije levantando tres dedos - ahora vete de aquí, que tengo mentes jóvenes que corromper –

En cuanto se fue mire el reloj, los alumnos de mi siguiente clase entrarían

pronto, incluyendo a Andrea Rodríguez en quien no he podido dejar de pensar desde nuestro encuentro en el baño hace dos noches.

Hace un rato le presumía a Marcos mi habilidad para resistir la tentación y dudo que me hubiese tomado en serio si hubiese sabido que Andrea me hizo sexo oral en baño de Charly's.

Pensé sobre el difícil camino, el mismo en el que he caído tantas veces. Cerré los ojos para imaginarlo. Vi a Andrea parada en el medio de ese camino oscuro,

extendiéndome sus manos haciéndome señas para ir hacia ella.

Andrea Rodríguez

“Él deseaba lo mismo que yo”

Luis estaba sentado en su escritorio revisando su teléfono cuando entré y me senté donde siempre lo hacía, en la tercera fila.

Levantó la mirada por un momento mientras yo entraba, pero volvió a mirar su teléfono, como si se tratara de cualquier otra estudiante y no la chica que se lo estuvo chupando en el baño de un bar hace dos noches.

No me sentí tan decepcionada porque tampoco estaba segura de lo que pasaría cuando nos viéramos en la mañana.

No estaba esperando que bailara de alegría cuando me viera, pero tampoco esperaba ser ignorada.

Para ser honesta no estaba segura de cómo comportarme.

¿Debía ser fría y distante? ¿o tierna y coqueta?

¿Deberíamos pretender que no nos conocíamos para que el resto del salón no

intuyese lo que pasó entre nosotros?

Obviamente Luis prefería la opción de “Hagamos como que no ha pasado nada” así que me dispuse a hacer lo mismo. Después de que todos llegaron y se

sentaron, él se dirigió a la pizarra y comenzó su clase como lo hacía cada día.

Pero después, sutilmente, noté el cambio. Lo descubrí mirándome, incluso cuando estaba respondiendo las preguntas de otros estudiantes. Era como que estaba consciente de que yo estaba ahí mirándolo, deseándolo y él sentía la necesidad de mirarme porque sentía exactamente lo mismo que yo.

No podía resistir la tentación de mirarme; de imaginarse a sí mismo

follándome, teniéndome en sus brazos con toda su enorme verga dentro de mí.

Él deseaba lo mismo que yo, estaba segura.

Estaba sentada en un charco de mis propios fluidos imaginándome su cuerpo tonificado debajo de esa ropa holgada, viendo como sus labios se movían mientras hablaba.

Apreté mis piernas y me mordí el labio.

Ya no había vuelta atrás. Si no lograba tener a Luis Carvalho dentro mío pronto, moriría.

Luis Carvalho

“Dulce, joven, apretado y húmedo”

Durante toda la clase sentí que me miraba. Hice lo mejor que pude para ignorarla, pero fue imposible. Yo sabía que ella estaba ahí, podía sentir sus ojos mirándome e imaginé que podía escucharla respirar. Podría jurar que sentí el penetrante aroma de sus jugos flotando en el aire viciado de la habitación.

Hice lo mejor que pude para contenerme durante esa hora y fue un alivio cuando miré el reloj y vi que ya era tiempo de terminar la clase.

Terminé la clase y me senté en mi escritorio a esperar a que el salón estuviese vacío. Tomé mi teléfono y empecé a revisar las redes sociales, pretendiendo que estaba haciendo algo muy importante. Tenía la boca seca, me

humedecí los labios. Necesitaba un trago, tal vez en el receso iría a casa por uno... o tal vez dos.

-¿Profesor Carvalho? –

Levanté la vista y la vi parada ahí, usando una camiseta y unos jeans ajustados a la cadera. Los pantalones estaban tan ajustados que podía notar el contorno de su vagina. Gracias a dios llevaba sus libros que cubrían sus pechos.

Tragué con dificultad el nudo que traía en la garganta y puse mis manos sobre el escritorio intentando parecer lo más académico y menos interesado posible. Levanté una ceja.

-¿Sí señorita Rodríguez? –

- Tengo una pregunta con respecto a los exámenes finales – Dijo con la voz

suficientemente alta para que aquellos que aún no se iban del salón pudieran escuchar. Se dio vuelta y espero a que estuviéramos solos, después me sonrió y

dejó los libros sobre mi escritorio. Sus enormes senos apenas cabían en su camiseta, podía notar la forma de sus pezones e inconscientemente me lamí los

labios.

- Solo quería agradecerle por lo de la otra noche - dijo con una cálida sonrisa como si me estuviera agradeciendo el haberla llevado a cenar - Y también quería

dejarle saber que mi oferta para continuar con la diversión aún sigue en pie,

cuando quiera, donde sea –

Me restregué la frente para sacar los recuerdos de sus labios rodeando mi verga y le dije -Señorita Rodríguez, lo que pasa...-

- Dime Andrea – dijo sentándose en una silla y cruzando los brazos sobre el escritorio, apoyó sus pechos sobre sus brazos, ahora sus pezones resaltaban mucho más.

- Andrea, escúchame, por muy halagado que me siento al solo pensar que tú puedas estar interesada en mí, no podemos dejar que esto pase a mayores ya que

existen reglas que prohíben la relaciones entre el equipo académico y los estudiantes –

- Entonces, ¿está bien que te estés cogiendo a la mitad de las profesoras, pero no puedes cogerte a una estudiante, incluso si ella lo hace voluntariamente? –
dijo seriamente

Pestañé rápido, sorprendido mientras la miraba - ¿Quién dijo que me estaba acostando con alguien? –

Ella se encogió de hombros – Luis, todo el mundo sabe que te coges a las viejas de la facultad, no es la gran cosa, a mí ciertamente no me interesa, de echo lo vuelve incluso más excitante para mí. No puedo esperar a ver tu cara cuando

metas tu verga gigante en mi dulce, juvenil, apretada y mojada vagina – Me miro

parpadeando tiernamente - después de eso no querrás volver a cogerte a la anciana de Marta o Marcia -

Quedé estupefacto por sus palabras y por todo el conocimiento que tenía sobre mis actividades extracurriculares. Me quedé sentado en silencio por un momento esperando a que mi cerebro inventara algo que decir para convencerla

que estaba equivocada, pero no se me ocurrió nada. Me aclaré la garganta y me

hice el inocente, pero no me salió muy bien.

-Mmmm... no estoy seguro de donde sacaste esa información, pero lo que sí puedo asegurar es que todo es mentira, no estoy relacionado con ninguna académica de la universidad – Por dios, sonó cómo la defensa de un abogado de

cuarta.

Me miró fijamente – ¿O sea que no te cogiste a la decana Costa en el estacionamiento de un T.G.I Friday's como todos dicen? ¿Y acaso tú y la profesora Oliveira no tienen sexo cada vez que su esposo, el entrenador Díaz, se

va de gira con el equipo?

Balbuocé un poco - ¿Qué?, no, o sea por supuesto que no es verdad. Y deberías decirle a todos los que andan esparciendo esos rumores maliciosos que

se pueden meter en serios problemas por hacerlo –

-Relájate Luis, tus secretos están a salvo conmigo -

Le cerré un ojo – Está bien, gracias –

Chasqueó su lengua y meneó la cabeza, después se acercó y bajó la voz. No puede evitar mirar dentro de su camiseta, quería lamer todo su escote.

Ella dijo - Esto podría ser mucho más divertido si tan solo fuéramos honestos el uno con el otro ¿No te parece? –

Lentamente subí la vista y nuestros ojos se encontraron, me acerqué, bajé la voz y le dije – Está bien señorita Rodríguez, seré honesto con usted. No es de su incumbencia con quien me esté acostando porque no estoy rompiendo ninguna regla y además no puedo darme el lujo de perder este empleo, no estoy dispuesto

a arriesgarlo sin importar cuan dulce, joven, apretado y húmedo tengas el coño -

Eso la hizo sonreír como si tuviera una excelente mano de cartas.

-Comprendo profesor Carvalho – Dijo con un suspiro. Llevaba su bolso colgado de su hombro. Lo abrió y rebusco para luego sacar una bolsa de plástico

que tenía dentro una tanga de color rojo. Arrojó la bolsa sobre el escritorio y asintió con la cabeza. - Llevaba puesto esos cuando te chupé la verga – dijo poniéndose de pie – Los empapé completamente mientras te la chupaba, pensé que la disfrutarías tanto como yo te disfruté a ti – Después de eso se volteó y salió del salón. Me quedé mirando la puerta por un momento esperando a ver si

regresaba, pero como no volvió tomé la bolsa y la abrí. Inmediatamente el penetrante olor de sus jugos emergió desde la bolsa. Sostuve la bolsa cerca de mi nariz y cerré los ojos inhalando profundamente.

El olor de su vagina encendió mis sentidos, mi verga se retorció dentro de mis pantalones.

Podía sentirla en mi lengua. Cerré la bolsa y la guardé en mi maletín.

Miré el reloj, me quedaba una hora libre antes de mi próxima clase, el tiempo

suficiente para ir a casa por un trago o dos.

El tiempo suficiente para recostarme con la tanga de Andrea sobre mi nariz y boca y con la verga en la mano.

Tiempo de hacerme lo que ahora yo anhelaba hacerle a ella.

Luis Carvalho

“Marcia Oliveira”

Había olvidado que me había ido caminando al trabajo. Mi bungalow estaba a solo unos minutos, pero tendría que apresurarme si quería tener tiempo para tomarme un trago y masturbarme con la tanga de Andrea.

Dios, que pensamientos más extraños pasan por mi cabeza... ¿Cómo escribiría esto en mi agenda? Mira, a las dos en punto tengo programado tomar

un trago y masturbarme con la tanga de Andrea, y no puedo perdérmelo.

Cachondo de mierda.

Cuando iba saliendo de la facultad un auto que me parecía conocido pasó junto a mí. El conductor frenó y se orilló. La ventanilla del pasajero empezó a bajar mientras yo me acercaba.

-¡Hola! – dijo Marcia Oliveira acercándose un poco a la ventanilla del pasajero para llamarme.

Mierda, no ahora.

Puse una cara feliz y me acerqué.

Marcia estaba en los treinta y tantos, pero se veía mucho más joven. Tenía una enorme melena rubia y unos hermosos ojos azules. También tenía la

nariz respingada y los labios gruesos.

Cuando iba en la universidad era porrista y Carlos estaba en el equipo de fútbol hasta que se casaron. Ella se mantiene bien, pero él ahora se estaba quedando calvo y tenía una panza que parecía una pelota de playa. Yo pensaba

que esa era una de las razones por la que Marcia se sentía atraída hacia mí. Yo

era uno de los pocos solteros de cuarenta y algo que había en la facultad que no

parecían salidos de alguna publicidad de medicinas para problemas coronarios.

Marcia llevaba unos pantalones negros y una blusa que escondía uno de los más increíbles cuerpos del campus, independiente de su edad.

Yo conocía cada centímetro de su cuerpo, lo he recorrido detalladamente con mis dedos y lengua. Estaba contento de que ella estuviese felizmente casada con

Carlos y solo la pasara bien conmigo. Si hubiera sido soltera tal vez nos hubiéramos emparejado y tengo claro como hubiese terminado eso.

-¡Hola! - dije sonriéndole – ¿De dónde vienes?

-Tengo una reunión con la decana Costa – dijo - ¿Adónde vas? -

-Yo iba yendo a mi casa a prepararme un sándwich – hice una gran actuación mirando mi reloj – mi próxima clase es en una hora, así que... -

-Bueno, súbete y yo te llevo a tu casa – dijo haciendo un gesto con su cabeza para que subiera.

-No te preocupes, no quiero molestar –

-No digas tonterías – dijo dando palmadas sobre el asiento del pasajero – no me tomará más de dos minutos –

Pensé en decirle que no, pero eso la alarmaría. Marcia era una tigresa en la cama, pero al mismo tiempo era una perra celosa y ya había tenido la mala suerte

de sentir su ira varias veces en los últimos meses.

A pesar de que era casada, no quería que yo estuviera con ninguna otra mujer. Una vez me vio con una mesera con la que me acostaba ocasionalmente y

perdió la razón. Dejaba amenazas en mi teléfono y aparecía ebria en mi casa en

la noche. Me decía que yo le pertenecía y que ni pensara en salir con otras personas.

Perdería la cordura si se enteraba que me acostaba con la decana y con media docena de mujeres de su facultad.

No soy idiota, sé que algún día toda la mierda saldrá al sol, pero hasta que ese día llegue yo seguiré mintiendo para disfrutar tener sexo con ella.

Y esconderé todos los objetos filosos para cuando se entere.

Me subí al asiento del pasajero y puse el maletín en el suelo entre mis piernas. Marcia espero hasta que cerré la puerta y después salió del campus.

-¿Y cómo estuvo tu fin de semana? – preguntó

-Bien, me fui a andar en moto por las montañas ¿Cómo estuvo el tuyo? –

pregunté

-Pues, lo mismo de siempre – dijo con un suspiro. Puso su mano sobre mi muslo y presionó sus uñas. Me miró de reojo sonriendo -Te extrañé -

-¿Enserio? –

-Por supuesto – dijo deslizando su mano hasta mi entrepierna - ¿Tu no me extrañaste? -

-Claro que sí – dije con una risa nerviosa. Su mano siguió subiendo y para cuando llegamos a la puerta de mi casa, ya me estaba rosando el pene por arriba

del pantalón.

Detuvo el auto y se volteó hacia mí apoyando su codo derecho en la consola y poniendo su mano izquierda en mi erección.

-Puedo pasar por un minuto – dijo apretando y masajeando mi pene por sobre el ligero material de mis pantalones – podría ayudarte con esto –

-Lo aprecio mucho -dije poniendo mi mano sobre la suya para detenerla – pero si no te detienes no habrá necesidad de entrar –

-Puedo hacerte acabar en tus pantalones – dijo intentando liberar su mano de la mía. Me dio una mirada sensual y puso su lengua entre sus labios.

-No creo que sea una buena idea - dije alejando su mano y tomando mi maletín para cubrirme la entrepierna – tengo que volver a clases y no quiero hacerlo con una gran marca de humedad en mis pantalones –

-Que aburrido eres – dijo ella haciendo un puchero

-Sabes que no es así – le dije sonriendo. Abrí la puerta del auto – gracias por traerme –

Me agarró del brazo antes de bajarme – Carlos no va a estar este fin de semana, estaba pensando en que podría venir y pasar la noche del viernes contigo y el sábado tal vez podríamos ir en tu moto a las montañas, llevar una manta... hacer un picnic... tal vez follar en el bosque como animales... -

-sí suena genial – le dije abriendo la puerta para escaparme. Cerré la puerta y me incliné por la ventana – hablamos después –

Me frunció el ceño – Luis ¿pasa algo malo? –

-¿Algo malo?, claro que no, es solo que estoy atrasado –

Me quedó mirando fijo por un momento, como intentando leer mi mente y después me sonrió. -Ok, me voy a ver a la decana Costa, nos vemos – levanto su

mentón para apuntar mi entrepierna – Ten cuidado con eso profesor, no te vayas

a lastimar -

Me quedé parado con el maletín cubriendo mi erección y me despedí con la mano mientras se iba.

Resultó ser un día bastante interesante, como esa clase de días que recuerdas como el día anterior a que explotara toda la mierda.

Andrea Rodríguez

Psicoanálisis

- ¿En serio le diste tu tanga? – Marcela me sonreía desde el otro lado de la

mesa – Por dios, Andrea, ¡eres increíble! ¿por qué nunca se me ocurren esas cosas? –

- Porque a los que te gustan solo les tienes que decir ¿follemos? y te dirán que sí - dije mordiendo una papa frita. Tomé una servilleta y me limpie el ketchup de los labios - el profesor Carvalho me está haciendo trabajar para conseguirlo así que debo ser creativa -

Se me acercó con una mirada malvada en sus ojos - ¿Qué crees que hará con ella? –

Tomé mi vaso de refresco y puse la bombilla en mis labios - No lo sé, tal vez las ponga bajo su almohada o tal vez se la pondrá en la boca y se masturbará.

Marcela se rio y me extendió la mano – Por dios Andrea, eres malvada -

- No soy malvada – dije con un semblante juguetón – solo soy caliente -

- Si fuera solo por caliente, solo tendrías sexo y ya – dijo con naturalidad.

Hecho un vistazo por toda la cafetería - hay una docena de chicos aquí en este mismo momento que gustosamente te harían el favor. Esto que sientes por Luis

va más allá que eso, es algo más profundo, no se trata solo de follar ¿no es así? –

- ¡Por dios, ya para de hacer tus psicoanálisis conmigo! – dije. Marcela era

psiquiatra y esperaba algún día tener su propia consulta psiquiátrica en donde podría escuchar a gente loca quejarse y quejarse todo el día de sus lunáticas vidas.

Hemos sido compañeras de cuarto por los últimos tres años y siempre intenta psicoanalizarme como si yo fuera su conejillo de indias privado o algo por el

estilo. Cuando le dije que tenía complejo paterno se puso muy contenta y se la

pasaba hurgando en mis relaciones o encuentros sexuales en la búsqueda de problemas más profundos, los cuales analizaba y solucionaba por mí.

A veces me divertía siguiéndole el juego, pero en algunas ocasiones me sacaba de mis casillas. Yo tengo claro soy un caso perdido en lo que respecta mi

vida sexual y no necesito que mi compañera de cuarto intente descubrir el porqué.

Le respondí resoplando – Marcela, de verdad a veces me encantaría que fueras artista o cualquier otra cosa para que no te la pasaras psicoanalizándome

todo el tiempo, ¿entiendes que yo no soy un proyecto o tarea para tus clases, cierto? –

-Tal vez no, pero creo que aquí hay algo más que solo tu intención de follar con un profesor más viejo - respondió poniendo una cara pensativa mientras tomaba otra papa frita y la remojaba en ketchup.

Yo conocía esa cara, esa cara era la de “Estoy observando tu cerebro”, podía sentir como los motores se encendían dentro de su cabeza. Se comió la papa y me empezó a estudiar con los ojos entrecerrados.

-¿Alguna vez piensas en hacer algo más con él que solo tener sexo? –

-¿A qué te refieres? –

-¿Alguna vez piensas en tener una relación con él que vaya más allá de solo tener sexo? ¿Te ves en una relación seria con él? – Tomó su vaso y revolvió

el

hielo, luego sorbió el último poco que le quedaba en el vaso y me miró levantando sus cejas.

-Es difícil tomar en serio a una psicoanalista que sorbe tan fuerte – le respondí con un gesto irónico – ya te dije que solo quiero tener sexo con él antes de irme de aquí en un mes, nada más que eso –

-No estoy segura – dijo dándome una mirada de sabelotodo – te he visto ir tras otros chicos antes y nunca habías insistido tanto solo para tener sexo -

-Tal vez solo me gusta el reto – le dije – Marcela, entiende que no es que me esté enamorando de él, solo quiero tener sexo y ya, así que por favor detén esto

de psicoanalizarme o te golpearé directo en las tetas.

-Muy bien, fin de la sesión – dijo Marcela con sus manos en alto. Miró el reloj y tomó su bandeja – Tengo que ir a clases. No hagas locuras sin consultarme primero, te lo digo por las leyes contra el acoso, ya sabes, no quiero que te lleve la policía –

-Que graciosa, te veo en casa – le respondí

Me quede mirándola mientras se iba de la cafetería que estaba repleta. Era una chica de baja estatura, con rulos negros y una mochila gigante que colgaba

sobre su hombro. Marcela sería una buena psiquiatra algún día, pero aun así jamás le admitiría que mis fantasías con Luis a veces incluían más que solo tener sexo. Sabía que era estúpido porque me iría en un mes y no estaba buscando comenzar una relación, solo quiero follar... o al menos eso es lo que me sigo repitiendo.

Luis Carvalho

“Es la maldición de los hombres”

Pasaron dos días y no podía sacar a Andrea de mi mente a pesar de que no había sabido nada de ella desde el día en que me dio su tanga. Siempre estaba en

mi mente, cada vez que cerraba los ojos para dormir o desconectarme después de

un largo día.

Me vi sentado en el sillón a media noche con una cerveza en la mano y el control remoto en la otra, con los ojos pegados al televisor. Ni siquiera la miraba, mi cerebro estaba en la habitación con Andrea.

Sabía que no tenía ningún sentido pensar en ella de esa forma, pero no podía evitarlo, se negaba a salir de mi cabeza. Tenía imagen de ella sonriéndome hacia

arriba cuando estaba de rodillas con los dedos alrededor de mi pene y mi semen

goteando por sus labios. Lo pensaba todo el día no podía evitarlo.

Pase mis días preguntándome como sería penetrarla y por las noches soñaba que lo hacía. Quería sentir su calor y su piel suave bajo la yema de mis dedos y

apretar sus pezones. Quería probar sus labios y lamerle el coño y sentir como mi

verga lentamente se desliza dentro de ella.

¡Mierda!

Ni con alcohol podía calmar estos deseos porque mientras más bebía, más la

recordaba y peor me sentía al otro día. Incluso Marcos se percató de mis ojeras y de mis mejillas rojizas y me lanzó una mirada de desaprobación en el pasillo esta mañana porque se dio cuenta de que le di una charla sobre lo terrible que es el

alcohol, mientras yo me bañaba en él.

Tenía claro por qué me estaba sucediendo esto.

Era la tentación del hombre que data desde hace dos mil años. Yo era Adán y

Andrea era Eva sosteniendo una deliciosa manzana roja, intentando que yo cayera en tentación y le diera una mordida aun cuando ambos sabíamos que estas cosas estaban prohibidas por nuestro señor llamado... Universidad.

O tal vez ella en realidad era Lucifer utilizando a Eva y a la manzana como herramientas para hacerme caer en la tentación sabiendo que eventualmente yo

caería y me iría directo al infierno.

Es la maldición de los hombres: Queremos lo que no podemos tener y el saber que no podemos tenerlo, nos hace quererlo aún más.

Para los hombres como yo, con cuestionables valores y creencias, llega un punto en que a la fuerza de voluntad y las consecuencias se las lleva el viento.

Llega un momento en que mi verga la penetrará hasta lo más profundo y la llenará con mi semilla toxica.

Llega un momento en el que el placer ya se disfruta y comienzan las consecuencias.

Jamás debí haber ido a ese baño.

Jamás debí dejar que me la chupara.

Jamás debí aceptar su tanga empapada con sus fluidos y su delicioso aroma.

Jamás debí haberme recostado desnudo en mi cama con su tanga en la cara y con mi mano apretando mi pene hasta que saliera aquella semilla.

Pero lo hice. Hice todo eso y ahora es momento de pensarlo.

Tenía su tanga en mi maletín en ese preciso momento. Intenté dejarla en casa, pero no pude, tenía que traerla conmigo. Tenerla al alcance de mi mano.

La llevé al baño de hombres apenas llegué al trabajo esa mañana y me masturbé con ella entre mis dientes con la lengua en la parte de la entrepierna.

Era mi nueva droga favorita y no podía pasar mucho tiempo sin usarla.

Dios me libre si su olor desaparece, no estoy seguro de lo que haría.

Luis Carvalho

“Sonó el timbre”

Era jueves por la noche me fui directo a casa después del trabajo aguantando

las ganas de ir a Charly's porque me daba miedo encontrarla allá. Tenía claro que mi única forma de resistirme era mantener la distancia por lo tanto no iría a donde ella podría estar.

Era como un obeso intentando luchar contra las ganas de comer: solo podía resistirme a tragarme un paquete de Oreos si no tenía ninguno en casa. Solo podía resistirme a Andrea si la mantenía lejos.

Me saqué la ropa de trabajo y me puse unos shorts deportivos con una camiseta. Me calenté un burrito en el microondas y saqué una cerveza del refrigerador. Me llevé mi saludable cena a la sala de estar y me senté en el sofá a ver las noticias. En realidad, no estaba prestando atención, era solo ruido para mí y con suerte una distracción.

Tenía mi celular en la mesita de café y mientras comía mi burrito, comenzó a vibrar porque había llegado un mensaje de texto. Me limpié la boca con el dorso

de la mano y tomé el teléfono.

El mensaje era de un número desconocido y decía “¿Puedo ir a tu casa?”

Me quedé mirando la pantalla.

Leí el mensaje de nuevo y me senté con los codos apoyados en mis rodillas, mis manos temblaban.

“¿Quién eres?” escribí

Instantáneamente me respondieron: “Tienes mi tanga :o)”

Mierda.

Me humedecí los labios y me quedé mirando la pantalla leyendo el primer mensaje nuevamente.

Rápidamente le respondí “Estoy ocupado, lo siento, Adiós”

Envié el mensaje y arrojé el teléfono sobre la mesita de café como si me estuviese quemando los dedos. Levanté mi cerveza y tomé un gran sorbo.

Contuve el aliento y miré la pantalla esperando alguna respuesta.

Seguía esperando la respuesta.

El teléfono volvió a vibrar y me acerqué para leer el mensaje.

“¿Estás muy ocupado para abrir la puerta?”

Me quedé mirando al mensaje incrédulo, con la cerveza en mis labios. ¿A qué

diablos se refiere?

Luego sonó el timbre.

Lucifer ha llegado.

Ahora dependía de Adán el poder resistir la tentación.

Andrea Rodríguez

“Dependeria de él”

Cuando le envié el mensaje ya estaba estacionada sobre la acera frente a la casa de Luis. Escribí y borré un montón de veces antes de decidirme por

“¿Puedo ir a tu casa?” era tierno y sugerente y probablemente lo haría sonreír...

y también haría que se le pusiera dura.

Presioné enviar y esperé su respuesta.

Estuve sentada por varios minutos observando su casa, asegurándome que nadie lo hubiese seguido y se me vino a la mente el comentario de Marcela sobre

las leyes anti acoso. Me largué a reír.

Yo no era una acosadora, no en el sentido legal.

No estaba obsesionada con Luis como una psicótica y tampoco tenía intención de hacerle daño, solo quería dormir con él y yo sabía que él también

quería hacerlo, aunque si me despreciaba otra vez le haría caso, sería triste pero no lo seguiría molestando.

Mi teléfono vibró “Estoy ocupado, lo siento, Adiós”.

Sonreí, era el intento de resistirse más patético que he visto. Le di un minuto para que se relajara, luego me bajé del auto y me dirigí a su puerta. Mientras estaba en el pórtico le escribí: “¿Estás muy ocupado para abrir la puerta?”

Lo imaginé leyendo el mensaje, tal vez emocionado y un poco asustando.

Solo nos separaba una puerta de madera. Respiré profundo y presioné el timbre,

pude oír cómo se movía dentro de su casa.

Respiré profundamente y retrocedí un poco. Lo que sea que fuese a suceder dependería de él.

Luis Carvalho

“La chica de mis sueños”

Abrí la puerta y ahí estaba ella, literalmente la chica de mis sueños parada solo a unos metros de mí, tan cerca que podía sentir su olor.

Su cabellera roja caía sobre sus hombros como una cascada, sus ojos azules

brillaban. Su lengua recorría sus labios gruesos haciendo que brillaran.

Llevaba

puesto un abrigo negro largo y unos zapatos de taco aguja.

De alguna forma yo sabía que bajo ese abrigo estaba su hermoso cuerpo desnudo.

- No deberías estar aquí, alguien podría verte – Le dije mirando hacia la calle.

- Nadie me verá si me dejas entrar – Dijo con tono juguetón. Mis ojos no podían resistir mirarla desde los pies hasta la cabeza. Tenía las manos dentro

de los bolsillos del abrigo el cual no estaba abotonado si no que estaba ceñido a la cintura con un cinturón. Llevó sus manos al cinturón y me sonrió – Me estoy acalorando un poco con este abrigo. ¿Me lo quito aquí afuera? –

- No, por favor no lo hagas – Pude escuchar el pánico en mi voz y sé que ella también lo notó. Me corrí para dejarla entrar, me paré en el pórtico y me fijé si había alguien en la calle. Gracias a dios que no vi el auto azul de Marcia acercándose a mi casa. Marcia quería pasar el viernes en la noche conmigo, pero

no era raro que viniera a mi casa por un rapidito los días que su esposo estaba fuera de la ciudad.

- Que linda casa- me dijo mientras yo cerraba la puerta con pestillo.

- Andrea, no puedes estar aquí, no podemos hacer esto – le dije con las manos en alto.

- Claro que podemos Luis y debemos hacerlo –

Abrió el abrigo mientras me miraba. Lo bajó lentamente por sus hombros desnudos y lo dejo caer al suelo.

Me quitó el aliento y mis ojos no dejaban de contemplar su belleza, estaba desnuda como lo pensé. Sus pechos eran grandes y blancos como leche, le colgaban desde el pecho, pero eran firmes y redondeados. Tenía las areolas de un

color oscuro y del tamaño de una pelota de baseball. Sus pezones eran gruesos y

de color rosa, grandes y perfectos para chupar. Me llamaron la atención sus vellos púbicos de color rojos y rizados, estaban pulcramente depilados sobre su

clítoris y sus labios vaginales.

La verga se me puso dura y se notaba bajo mis shorts deportivos.

Ella bajó la vista y se lamió los labios.

Sin más palabras acorté el espacio que nos separaba y la atraje hasta mis brazos. En el momento en que nuestros labios se tocaron supe que había llegado

al punto de no retorno.

Andrea Rodríguez

“Sería mío”

Dejé que el abrigo cayera al suelo y me quedé de pie frente a él. Si era capaz de resistirse sería el primero en hacerlo ya que todos los que han visto mis grandes senos, mis caderas redondeadas y mi vello púbico terminaban tropezándose para poder alcanzarme.

Luis me miraba como un conejo perdido, daba un poco de lástima ver como intentaba resistirse.

Yo sabía que dentro de su cabeza había un montón de preocupaciones, quería acostarse conmigo, pero estaba muy asustado de que alguien se enterara y lo despidieran. Yo jamás haría algo para meterlo en problemas. Esta noche sería nuestro secreto por ahora y hasta siempre.

Lentamente sus deseos le ganaron a sus miedos, su verga comenzó a ponerse dura justo frente a mis ojos, levantando el ligero material de sus shorts deportivos y ese fue el momento en que supe que sería mío.

Se acercó rápidamente tomándome entre sus brazos y presionando sus labios contra los míos. Su lengua entro a mi boca, caliente y húmeda. Sabía a

comida

mexicana y a cerveza. Suspire. Adoro la comida mexicana y la cerveza...

Sus manos bajaron por mi cintura y me agarró el trasero, sus dedos se hundieron con fuerza para acercarme a su verga y dejaban marcas en mis nalgas.

Yo tironeaba la camiseta que traía mientras él se la sacaba. Puse mis dedos en sus shorts y comencé a bajárselos.

-Por dios – decía gimiendo mientras su verga quedaba a la vista y yo la tomaba con mi mano. Puse sus bolas en mi otra mano y las masajeara

lentamente mientras subía y baja el prepucio de su verga que estaba dura como

roca.

La cabeza de su pene era gruesa y redondeada. La pasé por mi barriga y dejó un pequeño rastro de sus fluidos sobre mi piel.

- ¿Querías que te follara no es así? – dijo con sus labios cerca de mi oreja, mordisqueando el lóbulo mientras que con sus manos masajeara mis tetas.

- Sí – suspiré sintiendo la tibia humedad en mi vagina. Llevé la cabeza de su verga hasta mi clítoris y comencé a rocarlo con él. – Quiero que me cojas Luis y

quiero que me lo hagas fuerte –

- ¿Quieres que meta mi enorme pene duro dentro de tu vagina apretada? – preguntó

- Sí... -

- ¿Quieres que te la meta hasta que grites? –

- Sí, por favor, házmelo –

Me agarró del trasero nuevamente y me atrajo hasta él. Me puse de puntillas y abrí las piernas. Su larga verga se deslizaba a lo largo de mi vulva haciéndome saltar con cada roce. Me baje un poco más hasta su pene y me puse a horcajadas

sobre el largo tronco como si fuese el fierro de una bicicleta.

-Estás exquisita – Dijo con sus labios en los míos... respirando en mi boca.

Puso sus manos en mi cintura y comenzó a menear su cadera deslizando su verga

dentro y fuera de mis piernas cerradas. Temblaba cada vez que su glande rosaba

mi clítoris y luego sentía como seguía todo el camino hasta mi ano. Mis labios

vaginales se apretaban alrededor del tronco de su verga. Sus bolas y todo su miembro estaban empapados con mis jugos, mi olor se sentía en toda la habitación.

Acerqué mis manos a su trasero y enterré mis uñas en sus nalgas, él gimió de dolor.

- Por dios... Luis...vas a hacerme acabar... - Gemí en su oído mientras mi vulva se deslizaba por su verga.

Pude sentir como el orgasmo se estaba formando en lo más profundo de mí, como una chispa a punto de convertirse en un infierno. Cuando su verga se deslizó sobre mi clítoris de nuevo no pude resistirme. Me agarré con fuerza

de

sus hombros y comencé a tambalear mis caderas contra él dejándolo lleno de mis

fluidos que salían a borbotones desde mi vagina. Me tomó del trasero con fuerza

y me presionó contra él mientras yo acababa.

- Así es preciosa – dijo – acaba sobre mi pene, demuéstreme cuanto te gusta tenerlo entre tus piernas –

Me aferré de él hasta que el orgasmo pasó, puse mis labios sobre su pecho y luché por recobrar el aliento.

-Ahora yo quiero cogerte – dijo apretando mi trasero con tanta fuerza que gemí – quiero meter mi pene en ese apretado y dulce coño hasta explotar dentro

tuyo –

- Entonces cállate y hazlo – le dije mirándolo con dulzura – méteme toda tu verga, Luis -

Luis Carvalho

“Una joven... y apretada...”

Tomé a Andrea en mis brazos y la llevé hasta mi habitación, ella se afirmó

con sus brazos alrededor de mi cuello y mordisqueaba mi cuello mientras yo abría la puerta empujándola con mi rodilla. Por supuesto el lugar era un desastre.

La cama estaba desordenada, las sábanas llevaban mucho tiempo sin ser

cambiadas, había ropa tirada en el piso y básicamente todo el lugar estaba desordenado. Lo único que hacía en esa habitación era dormir y follar así que nunca sentí la necesidad de limpiarla. De todas formas, nunca consideré este lugar como un hogar.

Senté a Andrea al borde de la cama y bajé un poco para besarla en los labios.

Ella metió toda su lengua en mi boca. Inmediatamente sus manos se dirigieron a

mi verga, aun llena de sus jugos.

Deslizó su mano de adelante hacia atrás rápidamente como si quisiera

hacerme acabar. Presionó sus labios en la punta de mi verga y gimió.

Puse mis manos en sus mejillas y cerré los ojos enfocándome en no acabar

rápido. Lo que estaba haciendo con sus manos se sentía maravilloso, pero yo quería acabar dentro de ella.

- Quiero tener mi pene dentro de ti - le dije poniendo mis manos sobre sus

hombros para alejarla. Con mis manos en sus tobillos levanté sus piernas, dejando apoyadas sus pantorrillas contra mí pecho. Ella acarició mis mejillas con sus pies.

- Quiero que aprietes esas enormes tetas que tienes – le dije mientras me ponía en posición para penetrarla. Ella estaba muy caliente y mojada.

Jugueteé con el glande deslizándolo de arriba hasta abajo para lubricarla, después lo presioné hasta la abertura de su vagina y puse mis manos en sus rodillas.

-Házmelo – dijo mientras apretaba con fuerza sus enormes senos, dejando

marcas rojas. Tomó sus pezones entre sus dedos y comenzó a apretarlos y a estirarlos dejándolos de un color carmesí profundo.

Meneé la cadera hacia ella y deslicé mi pene hasta lo más profundo. Ella comenzó a gemir y a respirar con fuerza. Sentir lo apretada que estaba su vagina

era una sensación deliciosa, era como si su vagina estuviese succionando mi verga, apretándome y ordeñándome.

Me afirmé de sus piernas y comencé a menear la cadera de adentro hacia afuera, penetrándole su tibio y húmedo coño hasta lo más profundo que podía.

Cuando sentía que mi pene alcanzaba su cérvix, lo sacaba hasta que se asomara

la cabeza por sus labios y luego se la volvía a meter.

- Mierda... por dios Andrea... tu vagina esta tan apretada – gemí

- te dije...una joven.... y apretada... – Gimió – dios... me encanta sentir...

tu enorme pene dentro...no pares-

Podía sentir como el orgasmo estaba creándose en mis bolas con cada

penetración. Era como un volcán preparándose para hacer erupción. Cerré mis ojos con fuerza concentrando en hacerla acabar primero a ella.

La penetré con fuerza.

El aroma a sexo llenaba la habitación.

Se escuchaba el sonido de nuestros cuerpos chocando entre sí junto con el sonido de nuestra respiración. Yo estaba acabando, no había vuelta atrás y tampoco quería detenerme.

- Mierda.... voy a...acabar – Gemí.

Abrí los ojos y la miré hacia abajo. Ella se mordía el labio inferior y me sonreía jadeando con la lengua afuera como un perro.

- Acaba conmigo... - le dije – acaba conmigo...ahora -

- ¡Siiiiii! - dijo, meneando con fuerza su trasero contra mí hasta que explotó en un orgasmo. Abrió su boca y respiró rápidamente, luego cerró sus ojos con fuerza y su cuerpo se puso tenso.

Yo seguí penetrándola y ella seguía meneándose contra mí.

La llene con mi leche tibia y ella seguía mojándome con sus fluidos y mojando las sabanas.

La penetré hasta el fondo, lo más que pude, contrayendo cada músculo de mi cuerpo hasta que ya no quedaba más.

Exhalé y mi cuerpo comenzó a colapsar, me sentí como un globo

desinflándose. Abrí los ojos y la encontré sonriéndome, me tendió sus brazos para que me recostara junto a ella.

Y así lo hice, sabiendo que este solo era el comienzo de la que sería la mejor noche de mi vida.

Andrea Rodríguez

“Planes”

Entonces querías ser escritor, pero terminaste siendo profesor de contabilidad

– tomé la taza de café caliente que me preparó y le di una mirada juguetona -

¿Cómo fue qué sucedió eso exactamente? –

Luis estaba sentado sin camisa al otro lado de la pequeña mesa de la cocina

mientras comía un pedazo de tarta de frutillas esperando a que se enfriara su café. Sus musculosos hombros y pecho se contraían cuando se encogía de hombros.

-Oportunamente me di cuenta de que la mayoría de los escritores se mueren de hambre y a mí me gusta comer así que decidí volverme profesor. Mi plan es

escribir la mejor novela del mundo durante mi tiempo libre - Dijo sonriendo

-¿Aun trabajas en ella? – pregunté recorriendo su hermoso rostro con la mirada, tenía los ojos un poco rojos. Tenía el pelo desordenado como un niño que acaba de levantarse y su barba oscurecía sus mejillas y barbilla.

-No, no recuerdo cuando fue la última vez que escribí otra cosa que no fuera una mala calificación – Dijo con tristeza. Tomó su taza y sopló su café, me miró

arqueando una ceja - ¿Qué hay de ti? ¿cuáles son tus planes después de graduarte?

Yo llevaba puesta unas de sus camisetas y unos de sus calzoncillos para evitar mojar la silla. Mi vagina aún estaba húmeda después de nuestro divertido

encuentro. Necesitaba un poco de ventilación así que levanté las piernas y puse

mis brazos alrededor de ellas, apoyando el mentón en mis rodillas.

-Bueno mi plan es irme a la ciudad y trabajar en la firma de contadores de mi padrastro, también quiero obtener un MBA estudiando durante las noches y si tengo suerte me volveré socia antes de los treinta – Fruncí el ceño después de escucharme decir eso – dios, no tenía idea lo increíblemente aburrido que eso sonaba hasta que lo dije en voz alta –

Me miró cautelosamente - ¿No quieres ser contadora? –

Pestañeé sin decir nada. Si me hubiera hecho esa pregunta ayer sin duda hubiese dicho que, si quería serlo, pero esta mañana mientras estaba sentada

frente a él después de una larga noche haciendo el amor, no estaba segura de lo

que quería. Que mierda...

Me encogí de hombros – Claro, o sea, las matemáticas se me hacen muy fáciles –

-¿Y por eso entraste a estudiar contabilidad? ¿solo porque las matemáticas te parecen fáciles? – sorbió un poco de café y arqueó una ceja – Es un poco sorprendente –

-¿Por qué lo dices? –

-Porque me impresiona que seas una chica que haga algo solo porque es fácil

–

Mis ojos se apartaron de los suyos. Me quedé mirando la taza de café sobre

la mesa – Honestamente no estoy segura porque escogí contabilidad – Dije lentamente – Es decir, soy buena en matemáticas y mi padrastro es contador

¿Pero es realmente lo que quiero hacer con mi vida? – Lo miré – ahora no lo tengo claro –

Me dio una mirada tranquilizadora – Bueno, aun eres joven y tienes toda una vida por delante –

-¿Qué hay de ti? - pregunté desviando la conversación hacia él – ¿Así planeas pasar el resto de tu vida, enseñando contabilidad, durmiendo con el resto de las profesoras y emborrachándote con el profesor Santos? -

Frunció la frente por un momento y pensé que tal vez le había molestado lo que dije. Luego sus labios se curvaron en una sonrisa y meneó la cabeza –

Cielos, haces que suene horrible –

Estudié su rostro - ¿Y lo es? –

Exhalo profundamente y levantó su barbilla mirando hacia arriba de un mueble que estaba detrás de mí. Estaba pensando en la pregunta. Tal vez llegó a

la misma conclusión que yo: Que una vida sumergida en la rutina puede volverse más aburrida que la mierda.

Antes de que pudiese contestar escuchamos que se abría la puerta principal.

Nos quedamos mirando por un momento, luego se levantó para ver quién era.

-Vaya, vaya, vaya... ¿qué tenemos aquí? – Dijo la profesora Oliveira quién

estaba parada junto a la puerta de la cocina con los brazos cruzados sobre el pecho. Me miró con odio y luego miró a Luis con una cara que demostraba un

intenso enojo contra él. Miró el pene de Luis y luego chasqueó la lengua. - ¿Así

que ahora te coges a tus estudiantes? -

Él bajo la vista y fue entonces cuando recordó que estaba desnudo. Estaba de pie frente a ella con su miembro colgando entre sus piernas.

- ¿Cómo entraste? - le preguntó

- tomé prestada tu llave extra, saqué una copia en caso de emergencia – dijo mostrándole la llave.

- No tenías ningún derecho de hacer eso – Dijo Luis sin siquiera intentar cubrirse y extendió la mano – dame esa llave -

- Ya hablaremos sobre eso – dijo mirándome nuevamente – cuando esta prostituta se vaya de aquí.

- No le digas así – Dijo Luis. Su cara comenzó a tornarse roja y su voz tenía un tono enfadado que jamás le había escuchado antes. Su mano abierta ahora era

un puño.

- Mejor me voy – Dije. Me levanté de la mesa y pasé por el lado de ella para poder llegar hasta al dormitorio. Lo deje solo para que pudiese enfrentar la ira de aquella mujer con más tranquilidad.

Podía oír los gritos mientras recogía mi ropa. Salí en silencio hasta la puerta principal.

Me sentí horrible por dejarlo así, pero tenía claro que esa era una batalla que él tenía que enfrentar solo porque mi presencia empeoraría las cosas.

Me dirigí rápidamente hasta mi auto y me fui, tenía que encontrar a Marcela lo antes posible. Necesitaba con urgencia una sesión con mi terapeuta.

Luis Carvalho

“Este campus no sería lo mismo sin ti”

Me sentí como un niño a quien han enviado a la oficina del director. Estaba sentando con mis rodillas juntas y con las manos sobre mi regazo esperando a que la decana Marta determinara mi destino.

Fue bastante incómodo, por no decir irónico, que el destino de mi carrera profesional en esta universidad estaba en las manos de una mujer que me había

hecho sexo oral en el baño de un T.G.I Friday's. La misma que me cogí en un estacionamiento en el asiento trasero de su auto y que me ordenó ir a su casa para que yo pudiera “cogerla duro con mi enorme pene”.

Pero aparentemente así estaba la cosa gracias a Marcia y su decisión de reportarme por fraternizar con una alumna.

Le advertí a Marcia que si me reportaba saldrían a la luz los secretos de ambos, pero no pareció importarle, estaba más determinada en que me

despidieran de la universidad por haberle sido infiel (¡¿Qué?!), que en proteger

su propio matrimonio.

-Solo espera a que Carlitos se entere de lo que me hiciste – Gruñía de pie en mi cocina – te va a patear el trasero, va a barrer el suelo contigo y ahí estaré yo, animándolo –

Por dios, que lunática, es una lástima que fuera tan buena en la cama.

Pero cumplió su promesa, ese mismo día me reportó con la decana a pesar de

que ella no tenía idea de que me estaba reportando con la mujer que me acostaba

desde hace unos meses.

Hasta el momento el gordo de su marido no había aparecido ni en mi casa ni

en mi salón de clases, obviamente no le importaba tanto que me cogiera a su esposa. Yo estaba seguro que Carlos tenía algún amorío, como suelen hacer los

entrenadores y probablemente estaba agradecido de que le quitara a Marcia de encima.

Me tranquilizaba el hecho de que a Andrea no le importara mucho la

interrupción de Marcia porque tenía ganas de verla otra vez, la noche que pasamos juntos fue maravillosa y no quería que fuera la última.

Solo quedaban dos semanas para que acabara el semestre y después de eso Andrea se graduaría y podríamos vernos sin restricciones... si ella quería.

No podía evitar preguntarme si ahora que ya tuvimos sexo me olvidaría y seguiría con su vida. Era una gran posibilidad. Una de las razones por las que no me gustan las mujeres menores es que a la mayoría les gusta jugar, en cambio las

mujeres mayores, las mujeres de mi edad, están cansadas de jugar. Ya han vivido

tantas cosas, incluso muchas se han divorciado. Además, las mujeres mayores saben apreciar más las cosas y están más dispuestas a complacer mientras que las mujeres de la edad de Andrea eran más infantiles, conflictivas y

demandantes.

Andrea no me causo esa impresión cuando pasamos la noche juntos, pero

tenía claro que las primeras impresiones no significan nada cuando se trata de mujeres.

Marta estaba sentada tras su escritorio con las manos juntas, exhaló un largo suspiro y con expresión de regaño en su rostro me dijo

-Luis, ¿Enserio tenías que dormir con Marcia Oliveira habiendo tanta gente?

—

-¿No deberías estar preguntándome sobre la estudiante con la que me acosté?

— Le respondí frunciendo el ceño

Me miró y giró los ojos en una expresión irónica — Santo cielos Luis, si tuviese que despedir a cada profesor que se ha acostado con alguna

estudiante, esta universidad sería un pueblo fantasma – Se inclinó hacia mí sobre su escritorio y murmuró – Yo misma hubiese sido despedida hace años –

Marta me caía muy bien, me hizo sonreír y le dije – Entonces si no es tan grave ¿Por qué estoy aquí?

Sus enormes senos se tambalearon cuando suspiró – Porque Marcia me ha estado presionando para que este asunto quede en manos del comité de ética y yo

no tengo ningún control sobre ellos – respondió

Me incliné con los codos sobre su escritorio y levanté mis dedos como empezando a contar – Entonces a pesar de que tuve sexo con Marcia y contigo...

-

Ella levanto sus dedos y comenzó a contar por mí – Y Paulina, María, Juanita, Clarita, la madre teresa... - Me miró frunciendo el ceño – ¿Se me olvida

alguien más?

Sentí como una sonrisa se asomaba en mis labios - ¿Cómo sabías? –

-No seas ingenuo Luis, está es una gran universidad en medio de un pueblo pequeño – dijo con desdén – Todas sabíamos que te acostabas con nosotras, bueno, excepto Marcia quién sabíamos que era una psicótica y una celópata por

lo que decidimos no decirle. Entre todas solíamos sentarnos en el salón de profesores y comparamos nuestras experiencias contigo –

Caí de golpe con mi espalda sobre la silla, estaba asombrado – Vaya... jamás

me había sentido tan... usado –

Se río y golpeo la mesa con su mano – ¡Ay Luis!, eres tan gracioso como sexy. Como sea, si fuera por mi te diría que volvieras a trabajar y que mantuvieras el pene lejos de Andrea hasta que se gradúe, después de eso pueden

coger cuando se les de la puta gana –

-Pero no depende de ti... –

Exhaló un largo suspiro – Lamentablemente no, ahora depende del comité de

ética, el cual está conformado por dos profesoras que probablemente no te has cogido porque son ancianas y dos profesores. Todos de la tenencia con la habilidad de determinar si seguirás aquí o tal vez permitan que te quedes, pero

sin opción a la tenencia. –

-Mierda, ¿y quiénes son estos profesores? –

Se acomodó las gafas para leer sobre la nariz y miró a la pantalla del computador – En esta ocasión serán el profesor Jiménez y el profesor Santos –

Apreté la mandíbula para evitar sonreír - ¿Marcos Santos? –

-Sí, ¿lo conoces? – preguntó quitándose las gafas.

- Un poco, hemos hablado un par de veces, solo temas de la universidad – le dije

- Pues bien, el comité de ética se reunirá más tarde y harán su recomendación

la cual estoy obligada a acatar –ladeó la cabeza y me sonrió con ternura – Luis, espero que las cosas salgan bien para ti, este campus no sería lo mismo sin ti –

Andrea Rodríguez

“El futuro”

Mierda.

Recién había terminado de comer mi ensalada en la cafetería de la universidad cuando mi teléfono comenzó a vibrar y apareció la cara alegre de mi

mamá en la pantalla. Estaba llamando para hablar sobre mi graduación y mi cambio de ciudad.

Ella junto con mi padrastro, Domingo, estaban planeando venir para ayudarme a empacar y llevarme a la ciudad. Ahora yo no estaba segura de querer

irme a la ciudad o incluso de trabajar como contadora. Por ahora, con la inestabilidad del trabajo de Luis no tenía idea lo que nos deparaba el futuro, por si algo nos deparaba. No sabía lo que quería hacer con mi vida.

Levanté el teléfono, respiré profundo, forcé una sonrisa en mis labios y contesté la video llamada.

- Hola mamá, ¿cómo estás? – dije sonriendo a la cámara

- Muy bien cariño y tú ¿cómo va todo por allá? –

- bien, he estado muy ocupada estudiando para los exámenes finales de la próxima semana –

- Te irá excelente preciosa – dijo mostrando su sonrisa de “Puedes hacer todo lo que te propongas” – ¿ya empacaste tus cosas? –

- No, todavía me quedan un par de semanas antes de irme –

- Ah bueno, es que pensé que estarías ansiosa de volver a la ciudad y comenzar en tu nuevo empleo. Supuse que ya tendrías tus cosas listas –

- No, todavía no – Olvidé que podía verme. Cuando me froté los ojos y miré hacia otro lado su voz se tornó preocupada –

- ¿Qué te sucede querida, has estado durmiendo mal? –

- Estoy bien mamá - dije con un bostezo. No le dije que estaría durmiendo

mucho mejor si pudiera dormir entre los brazos de Luis todas las noches. Por ahora tenía que parecer que todo estaba bien. Respiré profundo y le sonreí – Solo estoy cansada, tengo mucho que hacer y los exámenes finales hacen que todo sea

mucho más mierda –

- Andrea, cuida tu vocabulario – dijo hablándome como si yo fuese una niña pequeña – Espero que recuerdes no hablar así cuando empieces a trabajar con Domingo –

- Te doy mi palabra de que no diré mierda delante de los clientes mamá –

Dije con una mirada irónica.

Me miró arqueando una ceja como si pudiese leerme la mente a pesar de estar a miles de kilómetros.

-Andrea, ¿pasa algo malo? ¿No será que estás dudando sobre volver a la ciudad y trabajar con Domingo? Por dios, no me digas que estás pensando en quedarte allá.

No respondí lo suficientemente rápido para ella y se me adelantó.

- Andrea, por favor no me digas que estás pensando en retractarte, no después de todo lo que Domingo ha hecho por ti –

- Mamá, no me estoy arrepintiendo, solo estoy pensando en mi futuro. No estoy segura de querer pasar los siguientes cuarenta años de mi vida analizando

números para poder vivir – le dije

- Pero querida, eres tan buena en matemáticas y tendrás un diploma en contabilidad ¿Qué más vas a hacer? – respondió

- No lo sé mamá, como te dije antes no me estoy arrepintiendo, solo estoy pensando en el futuro – dije

- ¿Realmente lo estás haciendo hija? – Pude notar como su rostro se tornaba rojo por la pantalla - ¿Realmente estás pensando o vas a hacer lo que siempre haces? –

- ¿Qué es lo que siempre hago? –

- A veces te distraes como una niña pequeña – dijo hablando con las manos, así que la pantalla del video ahora era un bosquejo borroso – Te enfocas en una

cosa, después otra cosa te llama la atención y vas tras eso hasta que aparece otra cosa... - Nuevamente puso la cámara enfocando su rostro – Oh no, no me digas

que esto tiene que ver con un chico ¿es por un chico? –

- No mamá, no es por un chico – Dije mirándola enojada. Me mordí la lengua antes de decir “es por un hombre”.

Resopló en el teléfono – Oh por dios, no otra vez –

Apreté los dientes y miré alrededor para asegurarme de que nadie estuviera

lo suficientemente cerca para escuchar nuestra conversación y le gruñí - ¿A qué

te refieres? –

Meneó la cabeza y suspiró. Sostenía el teléfono tan cerca de su cara que lo único que podía ver eran sus ojos los cuales estaban llorosos y me dijo:

-Andrea, a veces piensas con la vagina en vez de con el cerebro y eso jamás termina bien –

No pude hacer nada más que sonreír - ¡Mamá! ¿Es en serio? –

Aun meneaba su cabeza, aguantándose las lágrimas. – Andrea, lamento mucho haber hecho lo que sea que hice para hacerte creer que tu felicidad solo

depende de un hombre. Sé sobre todas las cosas que hiciste cuando ibas en el colegio, cosas que probablemente también haz hecho en la universidad. La verdad es que yo a tú edad también las hice. Era egoísta y promiscua y siempre

tomaba malas decisiones basándome en el chico con el que estaba en ese momento. Si no fuera por Domingo que vino a salvarnos, honestamente no sé qué hubiese pasado con nosotras –

-No estoy haciendo eso – dije poniéndome a la defensiva. La mentira que salió de mis labios dejó un horrible sabor en mi boca.

Se secó las lágrimas y dijo – Eres inteligente, eres hermosa y tienes toda una vida por delante. No hagas lo mismo que yo hice, no dejes que el sentirte atraída por un chico te haga tirar a la basura todo por lo que has trabajado tanto.

Créeme, no vale la pena –

Me cortó sin decir nada más dejándome con los ojos llenos de lágrimas mirando la pantalla y cuestionándome si acaso tenía razón.

Luis Carvalho

“La tenencia”

Estaba en mi salón preparándome para el último examen del año cuando

Marcos entró. Se veía mucho mejor en comparación a la última vez que lo vi.

Sus ojos brillaban y no tenían esas horribles ojeras. Llevaba puesto un traje nuevo con corbata, su cabello estaba bien cortado y su piel tenía un bronceado

muy lindo. Lo tuve que mirar dos veces cuando entró al salón.

- Marcos, te ves estupendo – Le dije levantándome para darle la mano.

- Gracias – Dijo sonriendo orgulloso – Seguí tu consejo. Me fui de la ciudad por el fin de semana, me bronceé un poco y dejé de beber e irme de juerga...

algo en lo que realmente deberías pensar hacer –

Pensé en hacerme el tonto, pero dejé pasar el comentario. Ambos

conocíamos mi verdad, era inútil negarlo. Estiré una mano apuntando la silla para que se sentara mientras yo me sentaba en la silla tras mi escritorio.

-Entonces, supongo que estás aquí para darme mi sentencia – dije en un largo

suspiro – Dímelo sin rodeos, puedo soportarlo –

Metió la mano en su chaqueta y sacó un papel doblado – Estoy aquí para entregarte la resolución del comité de ética – dijo de manera formal.

Desdobló el papel y lo deslizó hacia mí por sobre el escritorio. En la parte de arriba de la hoja estaban las palabras: RESOLUCIÓN DEL COMITÉ DE ÉTICA.

-La buena noticia es que no estás despedido, tu trabajo por ahora está a salvo.

No habrá suspensión debido a que estamos a finales de año. El comité de ética

recomienda que durante el verano te tomes un tiempo para reflexionar sobre tus

acciones y que hagas todo lo que tengas a tu disposición para evitar que una violación a las reglas tan grande como esta no se vuelva a repetir nunca más.

–

-En otras palabras, debo mantenerla dentro de mis pantalones – dije

sonriendo, pero su cara seguía seria.

-La mala noticia es que este año no recibirás la tenencia –

Tomé el papel y lo revisé cuidadosamente – Mierda, no tener la tenencia quiere decir que pueden despedirme en cualquier momento –

-Así es – dijo suspirando nuevamente, como si hubiera vuelto de una larga lucha – Pero has trabajado tres años sin la tenencia y a menos que vuelvas a cagarla, estarás bien. El tema de la tenencia será replanteado cuando cumplas cinco años en la universidad... si estás para ese entonces –

Hice una mueca a sus palabras como un convicto que escucha al juez

sentenciar cuanto tiempo debe estar en prisión antes de poder ser considerado para la libertad condicional.

Yo quería la tenencia no porque significara tener empleo por el resto de mi

vida sino porque ofrecía protección para los académicos flojos como yo. Era virtualmente imposible ser despedido si tenías la tenencia sin importar lo que hicieras, la tenencia era una licencia para hacer lo que quisieras. Muchos de los profesores con tenencia ni si quiera asistían para enseñar sus propias clases, tenían asistentes que lo hacían por ellos. Además, ocupaban su tiempo para publicar sus artículos y para hacer dinero extra como consultores de compañías

externas que pagaban mucho.

La tenencia era como el boleto dorado de Willy Wonka, si conseguías uno no solo podrías tener un recorrido gratis, sino que algún día hasta podrías convertirte en dueño de toda la fábrica o al menos actuar como si así fuese.

Deseaba la tenencia con desesperación, pero no tanto como deseaba a

Andrea.

-Pues bien, solo debo portarme bien por dos años más – Le dije intentando sonreír.

-Mi único consejo es que aprendas a mantener a tu amiguito lejos de las estudiantes y de las profesoras, especialmente de la loca de Marcia- dijo seriamente

-Buen punto amigo, agradezco tu ayuda – le dije sonriendo

-Es lo menos que puedo hacer – dijo – estaba yendo por un camino peligroso y si tú no hubieras intercedido, podría ser a mí a quién hubiesen despedido –

-Estarás bien – le dije. Abrí mi maletín y guardé el papel. Mi nariz percibió el aroma de la tanga de Andrea que estaba dentro del maletín. Rápidamente lo cerré como si estuviese asustado de que el aroma se escapara como si se tratara

de un espíritu.

-¿Y qué hay de ti? – preguntó

-¿sobre qué? –

-Cuando vas a arreglar tu situación –

Me apoyé en el respaldar del asiento - No tengo idea de lo que estás hablando Marcos –

-Vamos Luis, soy yo – dijo apoyando sus codos en el escritorio – Sé que eres un alcohólico. Durante todo el tiempo en que me hablaste sobre lo malo que es el

alcohol podía sentir el olor del mismo en tu aliento. El discurso que me diste sobre la fuerza de voluntad era pura mentira. Tuve que creer que el alcohol fue lo que te llevó a acostarte con una estudiante porque el Luis Carvalho que yo conozco jamás hubiese cruzado esa línea. Te estás volviendo una versión patética de lo que solías ser. Eres un buen hombre y detesto ver cómo te haces

esto -

Lo mire frunciendo el ceño - ¿A qué te refieres con eso? –

Se puso de pie y se limpió las manos como si el hablar conmigo lo hubiese

hecho ensuciarse y me dijo – Quiero decir que es hora de dejar el alcohol y madurar ¿No es acaso lo que me dijiste? Aunque tu consejo era más del tipo

“Predicar, pero no practicar”

Me levanté rápidamente y apoyé los nudillos sobre mi escritorio. Lo miré fijamente – Marcos, ¿te he ofendido de alguna forma? –

-Así es Luis, me has ofendido mucho porque por los últimos tres años he visto a un hombre brillante arruinar su vida por el alcohol y el sexo - dijo apoyando sus nudillos sobre el escritorio para quedar nariz con nariz frente a mí

–También podrías irte a casa y volarte los sesos de una buena vez, supéralo y suicídate rápido. Ahórranos el sufrimiento de tener que verte hacerlo lentamente

–

Quería golpearlo en la cara.

Quería enojarme tanto para poder tirarlo sobre el escritorio y reventarle la cabeza.

Quería decirle que estaba equivocado y que se podía ir al infierno.

Quería decirle todas esas cosas, pero no pude.

Porque él tenía razón.

Pasé los últimos tres años de mi vida perdiéndome en un laberinto de alcohol

y mujeres sin que me importan los sentimientos de nadie, ni siquiera los míos...

hasta que ella apareció.

-¿De qué te escondes Luis? – Me preguntó con un tono más suave

Era una gran pregunta, una que siempre evitaba hacerme.

– Dime ¿Por qué estás aquí enseñando contabilidad a chicos de una

universidad a los que le importa una mierda, viviendo en la pobreza, bebiendo hasta quedar estúpido todas las noches, teniendo sexo con mujeres que son felices de poder hacerlo contigo pero que no querrían ser vistas en público contigo? El Luis Carvalho que conocí hace tres años tenía mucho potencial, pero

ahora... Nunca vi a un hijo de perra tan miserable en mi vida –

-Entonces deberías mirarte al espejo – Le dije despacio. Levanté las manos y

le grité – Vuelve a Charly's, siéntate en la misma silla hasta caer borracho de tanto beber y aburre a todo el mundo con tu historia de cómo encontraste a tu mujer en la cama mientras se la cogía un futbolista –

Me miró perplejo. Pensé que me iba a golpear y sinceramente lo hubiera

dejado. Apreté la mandíbula y dejé caer mis brazos a los costados.

Golpéame hijo de perra, hazlo, me lo merezco.

Se alejó del escritorio, respiró profundo y me dijo – Es hora de que escuches tu propio consejo Luis. Deja de beber y madura. Encuentra una buena mujer de

tu edad para sentar cabeza-

Caminó hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir.

-Si vuelves a cagarla no habrá nada que yo pueda hacer para ayudarte así que si de verdad te gusta trabajar aquí, mantén la verga dentro de los pantalones y enfócate en tu trabajo, de lo contrario ahórranos a ambos el dolor de cabeza y sigue con tu vida –

Luis Carvalho

“El examen final”

En el momento en que Marcos se fue llamé a Andrea para contarle las buenas noticias.

No tendría la tenencia, pero al menos mi puesto estaba a salvo. Ella se graduaría en un par de semanas y podríamos estar juntos.

Su teléfono me mandó a buzón de voz.

-Hola, soy yo – dije – Tengo buenas noticias. Supongo que hablaremos de eso cuando vengas a clases, nos... nos vemos pronto -

Andrea no fue a clases a pesar de que era el examen final. Ella era la mejor alumna del salón y podía graduarse sin necesidad de tomar el examen, pero nunca imagine que faltaría. Lo único que se tomaba en serio eran sus

estudios.

Le pregunté a otros estudiantes si la habían visto. Todos me dieron una sonrisa de complicidad y dijeron que no.

Entregué los exámenes y me quedé sentado en mi escritorio con el teléfono en las manos.

Le escribí “¿Estás bien?”

Recibió el mensaje, pero nunca respondió.

Andrea Rodríguez

“Tienes toda la vida por delante”

Pasé el resto del día encerrada en mi cuarto pensando en mi futuro... y en Luis, el profesor maduro que supuestamente sería mi última conquista antes de

empezar mi nueva vida en la Ciudad.

Mi plan era seducirlo, cogérmelo y seguir con mi vida.

Mi plan nunca fue imaginarme pasando más que un par de horas junto a él.

El plan se fue a la mierda.

Siento cosas por él.

Tenía sentimientos que nunca tuve antes... sentimientos que me hacían entrar en pánico.

Las palabras de mi madre daban vueltas dentro de mi cabeza. “Eres inteligente, eres hermosa y tienes toda la vida por delante. No hagas lo mismo que yo, no lances a la basura todo por lo que te has esforzado tanto. Créeme,

no

vale la pena.”

Marcela llamó a mi puerta.

Le dije que estaba bien, pero ella sabía que no era cierto, aun así, me dejó tranquila. Supongo que un buen psiquiatra sabe que a veces el paciente debe resolver las cosas por su cuenta.

Mi teléfono vibró, Luis me estaba llamando. Desvíe la llamada al buzón de voz.

Un rato después escuché su mensaje “Hola, soy yo... tengo buenas noticias.

Supongo que te las contaré cuando vengas a clases, nos... nos vemos.”

Escuché el mensaje con lágrimas en los ojos.

Lo escuché de nuevo.

Y de nuevo.

Sonaba tan contento, tan aliviado.

Eliminé el mensaje y una hora después volvió a sonar mi teléfono, pero ahora era un mensaje: “¿Estás bien?”

Mis dedos se acercaron al pequeño teclado por un momento.

Volví a leer el mensaje, no sabía cómo responderlo porque no sabía si estaba bien.

Mi teléfono sonó de nuevo... era mi mamá llamando.

- Mierda - dije limpiándome las lágrimas. Respiré hondo y me obligué a contestar.

-Hola mamá... sí... lo sé... tienes razón...solamente me asusté... lo sé... yo también te amo... sabes estuve pensando en no ir a mi graduación e irme ahora

mismo a casa... sí... es solo una formalidad... me pueden enviar el diploma...

no, no es gran cosa... bueno... compraré el pasaje y nos veremos pronto...

bueno... te enviaré mi itinerario... bueno... también te amo –

Corté la llamada y exhalé con fuerza.

Mamá tenía razón, no podía dejar que mi atracción con Luis cambiase el curso de mi vida.

Nos usamos el uno al otro, la pasamos bien y ahora era tiempo de seguir con nuestras vidas.

Encendí mi computadora y compré un pasaje de vuelta a mi casa.

Andrea Rodríguez

“En casa”

Un mes después en la ciudad...

-Andrea, ¿cómo va la auditoria de Burnham Financial? – preguntó Domingo

que estaba parado junto a la puerta de mi pequeña oficina ubicada en el piso veinte. La oficina era pequeña, pero tenía una hermosa vista hacia al río. Lo miré y sonreí.

-Va bien – le dije y comencé a rebuscar sobre mi escritorio – tendré listo el informe final para el lunes por la mañana –

Domingo se frotó las manos y sonrió como un padre orgulloso de su hija –

Excelente, les haré saber – Iba saliendo y se volteó con un gesto cordial – Tu mamá preparará pasta el viernes por la noche, ¿nos vas a acompañar cierto? –

- Sí. Obvio – dije sonriéndole – total vivimos cerca –

- Fantástico – dijo mirando el reloj – ya van a ser las seis, deberías irte –

- Si, ya me voy, solo voy a revisar unos detalles –

Me lanzó un beso y desapareció por el pasillo.

Pensé en quedarme trabajando por una hora más o dos, no tenía nada mejor

que hacer. Podía irme a mi departamento a desembalar cajas, que es lo que debería hacer o ir a comer algo por algún restorán cercando. No mejor eso no, detesto comer sola, me hace sentir como una fracasada.

Me quedé mirando la pila de documentos que aun debía revisar, pero decidí que ya era suficiente. Apagué la computadora y me fui a mi casa.

Andrea Rodríguez

“Al otro lado de la puerta”

Me cambié los pantalones por unos más holgados y me puse una polera de la universidad. Me fui descalza hasta la cocina de mi nuevo apartamento y abrí el

refrigerador para ver que había para cenar. Solo quedaban las sobras de una pizza de pepperoni y tres botellas de cerveza. Mi mamá se moriría al ver mi falta de habilidades para llevar una casa como corresponde. Su refrigerador siempre estaba lleno con cosas para comer y yo apenas tenía comida suficiente para mantener viva a un ave.

Metí la pizza en el microondas y abrí una cerveza. Me senté y me puse a

escribir una lista de compras mientras comía, estaba en eso cuando sonó el timbre. Me limpié las manos en el pantalón mientras caminaba hacia la puerta y

me incliné para ver por el ojo mágico.

Me quedé sin aire.

Al otro lado de la puerta estaba él...Luis Carvalho.

Luis Carvalho

“Fraternicemos”

Cuando Andrea abrió la puerta me quedo mirando como si hubiese visto un fantasma. Le di mi mejor sonrisa de “¡SORPRESA!” y le dije - Hola Andrea.
–

-Luis, ¿Qué haces aquí? – preguntó

-Andaba por el vecindario y decidí pasar a visitar. Solo me tomó tres aviones y un taxi llegar al vecindario, pero heme aquí –

Se apoyó contra la puerta y me miraba sorprendida. No pude entender si estaba feliz de verme o no. - No lo entiendo, ¿Por qué estás aquí? –

-Solo necesitaba saber que pasó – dije subiendo y bajando los hombros – No estoy esperando nada, solo quiero saber qué hice para que te alejaras –

-No hiciste nada para alejarme – Dijo dejándome entrar e invitándome a que tomara asiento en el sofá. Me senté a un extremo y ella se sentó en el otro.

-Entonces ¿Qué pasó? ¿Por qué te fuiste sin decir nada? –

Sus hermosos ojos se cerraron y respiró profundo. Luego los abrió y habló

despacio – Mira Luis, yo tenía toda mi vida planeada y no podía permitir que lo

que sucedió entre los dos cambiara todo eso. Pensé que sería lo más fácil para ambos si me iba y además no quería meterte en más problemas o darte una razón

para tomar una decisión basado en lo que pasó entre nosotros -

-¿Por qué pensaste que yo haría eso? – Pregunté – es decir, pasamos una noche maravillosa y ambos disfrutamos de nuestra compañía, pero yo no tenía ninguna expectativa. Solo nos estábamos conociendo, nunca se me ocurrió que podrías cambiar tus planes por mí – le dije

Me miró entrecerrando un poco los ojos - ¿Tu no sentías nada... por mí? Es

decir, me dio esa impresión por el mensaje de voz... mierda... confundí las cosas -

Yo no habría venido hasta tan lejos para mentirle y le dije – No voy a negarte que me sentía muy atraído hacia ti o que quería pasar más tiempo contigo, es decir... puede que haya sentido algo, me refiero... no estaba enamorado de ti en

ese entonces... -

Su boca se abrió lentamente - ¿En ese entonces? -

Inhale con fuerza y exhale despacio, aun así, la tensión que sentía en cada uno de mis músculos no desaparecía. No había bebido una gota de alcohol en un

mes y honestamente estás cosas parecían mucho más fáciles cuando estaba bajo

los efectos de la marihuana.

-No te estoy diciendo que estoy enamorado de ti, pero tampoco estoy

diciendo que no lo estoy –

Su mirada se suavizó mientras recorría mi rostro con ella - ¿Entonces, a qué te refieres? –

-Me refiero a que puedo quedarme en la ciudad por un mes antes de tener que volver al trabajo – le dije dándole una mirada esperanzada – tal vez podríamos pasar un tiempo juntos, conocernos de verdad. Ahora que no corren

las reglas estúpidas de la universidad –

-Entonces, ¿quieres pasar tiempo conmigo como adultos? Dijo mientras sus labios se curvaban en una sonrisa.

-Así es – dije tendiendo mi mano esperando que la aceptara – eso me gustaría mucho –

-Deslizó su mano hacia la mía y sonrió –

-Pues bien, Profesor Carvalho... fraternicemos –

Andrea Rodríguez

“Te extrañé tanto”

Luis me tomó de la mano y me atrajo hasta él. Presioné mis labios contra los suyos al mismo tiempo en que nos quitábamos la ropa; lanzando los zapatos, tironeando nuestras camisetas para sacárnoslas y quitándonos los pantalones con

desesperación.

Cuando estuvimos desnudos se recostó con la espalda sobre el sofá y con su

enorme pene tieso como el mástil de un enorme barco.

Me senté junto a él por un momento mientras nuestras lenguas se masajeaban. Él con sus dedos penetrando mi vagina que ya estaba húmeda y yo con mis dedos acariciaba su miembro.

Luego puso sus manos sobre mis hombros y me llevo hasta quedar de rodillas ante su miembro. Lo admire por unos segundos y tome mis senos con fuerza, los masajee mientras lo miraba directamente a los ojos. Él recorrió con la lengua sus labios y supe que pensaba lo mismo que yo. Lamí su pene para humedecerlo por completo como si fuera un helado y lo puse entre mis senos.

Subí y bajé sin soltar mis pechos mientras el tronco de ese hermoso pene hacia

su recorrido hasta perderse y volver a aparecer en entre mis senos.

Lo vi cerrar los ojos de placer. Noté como se contraía aguantando no acabarme encima. Y yo lo disfruté tanto como él.

Detente por favor- me dijo-Quiero estar dentro tuyo.

Me puse a horcajadas sobre él afirmándome con las manos sobre sus hombros.

El sujetaba su verga mientras lentamente acercaba mi vulva. En el momento en que la cabeza de su pene toco la entrada de mi vagina sentí que acabaría. Mis

fluidos lo inundaron como una lluvia remojando su pene y sus bolas. Lubricando

el camino hasta adentro.

Puso sus manos en mis pechos y yo comencé a menear mis caderas de atrás hacia adelante, deslizando mi suave clítoris por sobre sus vellos púbicos. Sentí explosiones en mí interior. Apreté mis dedos en sus hombros mientras el apretaba mis pezones y hundía su boca en mi cuello.

-Te extrañé tanto – gemí. Sentía un hormigueo en todo mi cuerpo mientras mi vagina se contraía alrededor de su pene.

El orgasmo iba a llegar rápido, podía sentirlo en mi vagina, en mi pecho, en mi garganta, en mi corazón, en mi mente – Sentía que no me podía controlar, que

todo este tiempo era lo que estaba esperando.

Al fin tenía ese enorme pene dentro mío, esas manos que me tomaban con fuerza y me manejaban a su antojo. Era un sexo delicioso y caliente, cerraba mis

ojos para disfrutar más este momento, sus manos tomaron mi culo con fuerza, su

aliento jadeante en mi cuello y su pene, grueso y tenso entrando y saliendo de mi vagina hambrienta de su elixir.

-Voy a acabar... - Gimió poniendo sus manos sobre mi cadera para moverme más rápido sobre su pene. Los músculos de sus hombros se tensaron. Echó la cabeza hacia atrás mientras gemía con fuerza -Andrea... acaba...-

Cerré mis ojos y comencé a montarlo como a un toro, metiéndome su duro pene hasta lo más profundo y después sacándolo por completo para luego volver

a meterlo hasta el fondo. Salté sobre su pene y sentí como se ponía cada vez más

duro. Estaba completamente excitada. Se me enroscaron los dedos de los pies y

apreté los dientes en su hombro.

-¡Luis... oh... dios... Luis! –

Nuestros cuerpos se tensaron por un minuto, luego nos relajamos.

Me acerqué a él que aún estaba dentro mío y lo abracé por el cuello intentando calmar mi acelerada respiración.

-Estoy tan feliz de que aparecieras – Le susurré al oído sonriendo.

De repente un pensamiento invadió mi mente, me alejé un poco y lo miré a los ojos - ¿Cómo me encontraste? –

Me sonrío - Tu amiga Marcela fue a mi casa, parecía preocupada por ti por haberte ido a una ciudad tan grande tu sola -me dijo

-¿enserio? – dije contenta. Aún hablaba con Marcela casi todos los días.

Ahora era mi terapeuta a distancia - ¿Y ella te envió a que vieras como estaba? –

Se encogió de hombros – Solo me dijo que si venía a la ciudad pasara a visitarte y me dio tu dirección, pensó que te daría gusto verme –

-Pues tenía razón – le dije poniendo mi frente contra la de él – Esa Marcela siempre sabe cómo hacerme sentir mejor –

-¿Y te sientes mejor? – Preguntó mirándome a los ojos

-Así es Luis, me siento mucho mejor. Ahora cállate y bésame otra vez –

Luis Carvalho

“Epilogo”

Nunca más volví al pueblo.

Después de que paso el mes llamé a Marta Costa y renuncié. Luego llamé a

Marcos y le dije que podía quedarse con mi motocicleta si limpiaba el bungaló y

donaba todo lo que había allí a alguna caridad.

No tenía ningún motivo para regresar, todo lo que me interesaba estaba aquí, conmigo.

Andrea trabajaba durante el día mientras yo me quedaba en su departamento trabajando en mi nueva novela.

Sí, así es, había vuelto a escribir después de casi veinte años.

Había ahorrado dinero suficiente para poder vivir tranquilo por un par de meses así que Andrea me convenció de que me tomara un tiempo y escribiera un

libro.

Era una historia de amor sobre un hombre mayor quién llevaba una vida vacía y también sobre una mujer más joven que lo tomó de la mano y con cariño

le mostró el camino hacia la felicidad.

Era un libro fácil de escribir porque era mi propia historia.

Ahora... si tan solo pudiera lograr gustarle a su mamá, todo estaría bien en el mundo.

FIN

Ahora puedes continuar leyendo el libro:

“SECRETO: UN ROMANCE CON EL PADRE DE MI MEJOR AMIGA”

DESCRIPCIÓN:

Dejarle mi vida al destino no era lo mío...

Pero mi mejor amiga Amaral era especialista en ello y me enseñaría a disfrutar la noche. El plan parecía perfecto... Hasta que en la gran fiesta se va con un chico dejándome sola...

Un hombre guapo y experimentado roba mi atención y es el momento de probar si estoy lista para dejar que el destino haga de las suyas. Perder mi virginidad en una noche en la ciudad podría ser la experiencia de mi vida y estoy dispuesta a dejar que todo fluya esta noche.

Después de una noche increíble de sexo casual pienso en retomar mi vida ordenada y cuando vamos con Amaral camino a su casa, noto que puedo reconocer esa calle, ese edificio y ese estacionamiento... Espera, aquí estuve anoche...

¡¡Me acosté toda la noche con el padre de mi mejor amiga!!!

¡Ella no puede saber nada de esto!

Ahora tengo que pasar una semana en casa del hombre al que le entregué mi virginidad y quién además es el padre de mi mejor amiga. Debo controlar mis deseos...

¿Por qué lo malo se siente tan bien?

Esta es una novela corta de 26.000 palabras, apta para mayores de 18 años.

Es una lectura ligera con escenas explícitas. Si te gustan los romances candentes y ocultos este es el libro para ti.

Secreto

Un romance con el padre de mi mejor amiga

LISS MOURA

1

Daniela

“Oye Dani, tengo que hacerte una pregunta seria”, dice mi mejor amiga y compañera de cuarto Amaral.

“¿Hm?”

Intento descubrir de qué está hablando Kant para mi trabajo de filosofía y ética, así que no estoy prestando atención realmente. ¿Alguna vez has leído a Kant? El

tipo es complicado de entender. Y un poco repetitivo. Entender esto es como intentar atravesar un terreno de barro.

“¿Alguna vez has solo... vivido?”

La pregunta se desliza lentamente en mi mente y levanto la mirada. Esto tiene que ser una broma ¿Cierto? Estoy intentando entender este asunto. Pero no, sus

brillantes ojos azules se ven mortalmente serios. Está sentada en su cama con las piernas cruzadas, la película pausada, esperando una respuesta. Frunzo el ceño.

¿Habría alguna especie de jugarreta en esa pregunta?

“¿A qué te refieres?” Pregunto finalmente.

Amaral se inclina hacia adelante, su cara bonita luce seria.

“No es una pregunta tan complicada, Dani”, dice. “Pregunto si alguna vez has

vivido un poco. ¿Divertirte, distraerte?”

Oh. Ahora entiendo.

“Claro que he vivido un poco”, le digo, algo molesta de que me esté interrumpiendo para esto. Ahora tengo que volver a releer el pasaje. Todo lo que

había creído entender de Kant se ha ido, tampoco es que hubiese mucho honestamente. Como dije, el tipo es complicado. Pero Amaral no se rinde.

“¿Cuándo?”

Suspiro y bajo mi lápiz. Es evidente que no llegare a ningún lado con esto a menos que satisfaga la curiosidad de Amaral. Por qué tiene que escoger un momento como este. Generalmente soy buena organizando mi tiempo así no me

queda nada para el último minuto, pero incluso yo tengo mis límites académicos.

Supongo que hasta aquí llega Kant y sus complicados trabajos traducidos del

alemán. Escogí pre medicina porque soy buena con los hechos, la lógica y el razonamiento y toda esa clase de cosas. Pero ética es una materia obligatoria (supongo que es importante si quiero ser médico), e incluso cuando la filosofía

afirma ser lógica, muchas veces no lo es.

“Cuéntame de alguna ocasión en la que, en lugar de seguir tu planificador, en la

que en lugar de planear cada posibilidad y anticipar cada posible consecuencia,

has solo, solo” Amaral lanza dramáticamente sus brazos al aire, “¿Dejado que

el

universo se encargue?”

De acuerdo, me gustaría saber que está pasando aquí. Me gusta hacer listas y eventualmente marcarlas como terminadas. Pero no creo que sea tan malo como

ella lo está poniendo. Después de todo, ser así me ayudó a conseguir una beca completa y es lo que me está ayudando a sobrevivir a mis clases de pre medicina. Supongo que para Amaral debe parecer una tortura. Ella es la definición de espíritu libre, y en su tercer año, aún no decide con exactitud que título quiere obtener. Tampoco es que tenga que preocuparse demasiado por eso.

Proviene de una familia adinerada, así que puede tomarse el tiempo que quiera.

De hecho, la única razón por la cual está en la universidad es porque su abuelo

se lo puso como condición para poder obtener su fideicomiso. Por suerte su abuelo nunca especifico cual universidad, porque las notas de Amaral son realmente malas.

“Ha pasado”, le digo, deteniéndome por momentos mientras pienso. Es decir, no

debería ser tan difícil ¿Cierto? Paso mis manos por mi cabello con tonos miel.

“¿Recuerdas cuando decidimos ir a Subway y estaba cerrado y terminamos yendo a Dairy Queen?”

Amaral me lanza una mirada inexpresiva. No la culpo. Eso no es exactamente dejar que el universo decida, ¡pero igual! No me volví loca cuando los planes cambiaron como ella está insinuando.

“De acuerdo, no me gusta lanzar una moneda para tomar decisiones importantes”, le digo. “Pero eso no me convierte en una mala persona”.

“No, pero si te convierte en una persona un poco aburrida, y lo digo en la manera más amorosa posible”, dice. “Es decir, ni siquiera has tenido una cita desde que entraste a la universidad”.

Ah. Aquí está. La verdad detrás de todo. Cuando le dije a Amaral que nunca había tenido una cita y que no planeaba hacerlo hasta que terminara la escuela de medicina, casi se cae de la impresión. No es que ella estuviese siempre con un

chico, pero no podía creer que alguien como yo no tuviese a alguien en algún punto de su vida. Pero no lo he tenido. Más que nada porque estaba realmente concentrada en lo académico y me etiquetaron como nerd en la secundaria, y creo que quizás me quede atrapada en ese estereotipo. Aunque no creo que me

esté perdiendo de mucho. Pero por lo que me cuenta Amaral, los chicos universitarios son igual de raros y torpes que los de la secundaria.

“No he encontrado a la persona adecuada”, le digo. “Tú más que nadie debes saber que aquí no hay mucho para escoger”.

Amaral arruga la nariz.

“Sí, supongo que eso es cierto”, responde, desplomándose un poco. Luego se endereza. “¡Pero no estaba preguntando por eso!”

“¿Entonces cuál es tu punto?”

“Bueno, ¿Sabes que vas a venir conmigo para vacaciones de primavera...? ¡Y pensé que podríamos irnos un día antes!”

Le había costado mucho a Amaral convencerme para que fuera. No es que

odie

la ciudad o me de miedo ni nada de eso. Es solo que tengo muchas tareas que terminar. No fue hasta que prometió que podría tener algunos días para estudiar

que acepte ir. Y estoy emocionada. Proviengo de un pueblo pequeño, más

pequeño que este, y sé que Sao Paulo será más divertido y emocionante en comparación.

“¿Por qué nos iríamos un día antes?”

“Para que podamos ir de fiesta”, responde emocionada. “Podemos reservar una

habitación en el Hotel Renaissance Sao Paulo y estar de fiesta toda la noche como solía hacerlo. Sin necesidad de preocuparnos por mi padre en lo absoluto”.

Amaral tiene la misma edad que yo, pero no me sorprende que haya hecho este tipo de cosas antes. Apuesto que sus padres se sintieron aliviados cuando ella termino en esta tranquila ciudad universitaria. Aquí hay dos bares y ambos cierran a las 2 a.m. Definitivamente hay menos posibilidades de meterse en problemas.

“¿No se mostrará en tu tarjeta de crédito?”

“Nop”, dice con una sonrisa radiante. “El fideicomiso viene con mi propia cuenta. Mis padres no pueden husmear en ella”.

Le lanzo una mirada dudosa.

“Vamos”, dice, saltando de su cama y aterrizando a mis pies. “Te lo suplico Dani, solo esta vez, vamos a divertirnos un poco sin tener que preocuparnos por

tantas cosas. Te prometo que no resultara horrible”.

Sigo vacilando y ella lo nota.

“No intentare emparejarte con nadie”, continua “y te recompensare el tiempo perdido ¿De acuerdo? Incluso te ayudaré con esa tarea tuya”.

Pensar en Amaral sentándose a leer esta cosa es tan gracioso que se me escapa

una risita, y a ella también. Ambas sabemos que eso no pasara, pero puedo sentir

como voy cediendo.

“Está bien, está bien. Iremos”, le digo. “Pero si lo hago y lo odio, tienes que prometerme que nunca intentarás que “le deje todo al universo de nuevo”.

“¡Así será Dani!”, responde, saltando y aplaudiendo. “¡Te prometo que esto será

divertido, divertido, divertido! Conozco a la persona adecuada para llamar. Te prometo que nunca vas a olvidar esa noche”.

Con suerte, Amaral tendrá razón en eso.

Ambas tenemos clases en la mañana y temprano en la tarde, así que no

saldremos hasta las dos. El viaje a Sao Paulo es largo, incluso cuando pudimos

cantar un millón de canciones de Taylor Swift. Sin embargo, fue un viaje genial

viendo el paisaje. Todos esos rascacielos relucientes y zumbante actividad en las calles me emocionan mucho. No puedo creer que estoy aquí.

“Esto es genial”, digo, pasando de la ventana a ver a Amaral. “Gracias por invitarme”.

“Oh todavía no has visto nada”, responde. “Para realmente experimentar Sao Paulo, necesitas salir y caminar las calles”.

En poco tiempo llegamos al Hotel Renaissance. Un valet elegantemente vestido

toma las llaves del auto para estacionar el Audi de Amaral y un botones toma nuestras maletas. Me siento un poco cohibida por mi equipaje rayado al lado del

equipaje de marca LV de Amaral, pero el botones trata al mío con el mismo cuidado. Atravesamos las puertas y entramos a una habitación con techos altísimos y piedra blanca que me deja sin aliento. Creo que nunca he estado en

un lugar tan elegante. Nunca. Sé que debería parar y dejar de mirar todo así, pero no puedo evitarlo.

Amaral entra en el lugar como si lo hubiese visto todo antes. Quizás lo ha hecho.

Ha estado en veinte países diferentes, y sin duda se ha quedado en hoteles tan lujosos como este. Me siento extraña mientras espero que ella nos registre, así que aprovecho para llamar a mi mamá y avisarle que hemos llegado bien.

“Vamos”, dice Amaral mientras cuelgo la llamada. “Vamos a prepararnos”.

Me dirijo con ella a nuestras habitaciones. El botones ya ha traído nuestras maletas a la habitación, y camino alrededor con una expresión de asombro.

Amaral nos reservó una suite de dos habitaciones, con una hermosa vista a la ciudad. Lo primero que hago es quitarme los zapatos y saltar a la gran cama. Las

sábanas suaves se sienten increíbles, y no puedo evitar soltar una risita nerviosa.

Voy a vivir como una reina, al menos por una noche. Incluso hay un gran escritorio de madera que me servirá para hacer mis tareas, aunque no tendré

mucho tiempo para eso.

Me deslizo lentamente fuera de la cama y deambulo hacia el baño. Está cubierto

en mármol, y la tina parece tentadora. Apuesto que disfrutaría leer a Kant ahí dentro. Con una copa de vino... Es una lástima que Amaral no dejará que eso pase. Aunque lo más probable es que la habitación de Amaral sea igual o más agradable que esta.

“Hey”, dice asomando su cabeza por la puerta. “¿Te gustaría ordenar servicio a la habitación? Necesitaremos comer algo para tener suficiente energía y aguantar

toda la noche”.

La sigo a la sala de estar para mirar el menú. Todo parece delicioso, pero decido quedarme con algo que conozco, pasta penne, mientras ella escoge un bistec de

solomillo. Intento no mirar los precios. Sé que a Amaral tampoco le importa, pero un pedacito de mí está demasiado sorprendida con la idea de un plato de \$60. Puedo escuchar la voz de mi madre diciendo “¡pudieras alimentar a doce personas si hicieras eso en casa!” un mantra que repite cada vez que terminamos

comiendo fuera. No es que seamos una familia pobre, pero ella creció en una familia de siete y mis abuelos crecieron durante la gran depresión, así que eso dejó secuelas a largo plazo en todos ellos. Mi abuelo tiene un garaje completo lleno de cosas que guarda solo por si acaso las necesita porque en aquellos días

la gente lo guardaba todo.

Una vez que terminamos con la cena, decidimos arreglarnos. Tomamos una

ducha, nos rizamos el cabello, nos maquillamos y por supuesto, nos ponemos nuestros vestidos más sexys. Aquí es donde Amaral y yo diferimos otra vez.

Me

pongo un vestido negro descubierto en los hombros, con un dobladillo en forma

de A. Es ligero, es fresco y deja ver un poco de piel. Bastante bueno, ¿Cierto?

Camino hacia la habitación de Amaral y ya está sacudiendo la cabeza apenas me

ve.

“¿Qué tiene de malo esto?” Le pregunto. “Use lo mismo el fin de semana pasado

y dijiste que era ardiente”

“Es bueno para la universidad”, explica. “Pero aquí, necesita haber más:

¡oooh!”.

Me tiende un vestido metalizado un poco resbaladizo.

“Traje esto solo por si acaso”, dice. “Te verás fabulosa”.

Tomo el vestido con algo de duda. Amaral es alta y esbelta, con el tipo de cuerpo que ni siquiera un poquito de helado podría hacer engordar. Por supuesto, fue modelo en algún momento. Así que no tenía ni idea como iba a quedarme eso.

Yo tengo un poco más de curva, y algo más de pecho y caderas. A veces me siento un poco insegura al lado de ella, pero no considero que mi cuerpo sea feo,

en lo absoluto. Solo promedio. Sé muy bien que nuestros cuerpos son distintos porque nunca hemos compartido ropa.

“Solo pruébatelo”, dice. “Me daré la vuelta”.

Me quito mi vestido y examino el que ella me dio, luego me quito el sujetador.

El vestido tiene drapeado, sorprendentemente, y pienso que en Amaral se vería

ligero, pero se adhiere a mis curvas. Se sujeta por una delicada cadena que se cruza en la espalda, y la tela cae en mi escote. La tela metálica está fría y me hace temblar un poco, tengo los pezones erguidos, pero el vestido casi parece agua, por la forma en la que brilla en la luz. Parece que acariciara mis curvas, y suelta un brillo que me hace parecer una diosa. Me veo sexy, ¿Quizás demasiado

sexy? Voy a llamar la atención, algo a lo que no estoy acostumbrada.

Levanto la mirada y Amaral me mira sonriente.

“Eso. Luce. Increíble. Ese vestido es para ti”, dice. “¡Te queda perfecto! Me encanta”.

Le echo una mirada a su vestido. Es un precioso vestido tipo corsé de encaje, negro con tela nude, y casi parece que no llevara nada debajo del encaje. Nos vemos muy distintas, pero no cabe duda que llamaremos la atención.

“No lo sé, Amaral”, empiezo a decir.

Camina hacia mí y pone sus manos en mis hombros.

“Vamos. Te ves bien. Vamos a hacer las cosas a mi manera esta noche,

¿Recuerdas?”, me voltea hacia el espejo. “Esta es la nueva tú por hoy Daniela.

Mírala bien. Es hermosa, fabulosa y temeraria y va a dejar que todo Sao Paulo lo

sepa”.

Rai

La ciudad de Sao Paulo. Puede ser ruidosa, y estar un poco sucia, pero es mi hogar y no hay nada como regresar. Mi familia ha estado aquí por generaciones,

la historia de la ciudad entrelazada con la nuestra. Algunos incluso dirán que construimos Sao Paulo, y no estarían tan lejos de la realidad. El alcance de los

Ferro llegó a todos lados, industrias, manufactura, minería y por supuesto, política. ¿Para qué otra cosa serviría tener tanto dinero si no es para obtener poder? Aunque mi abuelo diría que lo encuentro desagradable. Generaciones de

disputas y rencores han mermado la riqueza familiar, pero no nuestra presencia.

Nuestros nombres están en todas las calles, edificios, escuelas y alas de museos

de la ciudad. Algo que a mi hija todavía le falta entender, pienso mientras atiendo su llamada.

“Hola papá, ¿Cómo estuvo el vuelo?”, dice con voz chillona. Me sorprende que

me esté llamando. Últimamente solo me manda mensajes de texto.

“Bien. Estoy subiendo al auto”, le digo mientras le paso mi equipaje al chofer.

“Está bien. Solo quería asegurarme que estabas bien. Supongo que te veré mañana entonces”.

“Mañana”, le confirmo. “Conduce con cuidado”.

“Te quiero, papá”, responde y cuelga.

Amaral. ¿Qué demonios voy a hacer con ella? Se cambia de carrera cada año, y

ahora que tiene el fideicomiso de su abuelo, no veo graduación en el horizonte.

Es nuestra culpa en realidad. Mi ex-esposa y yo tuvimos un divorcio tormentoso,

tanto que al final no podíamos estar juntos en la misma habitación. Nos casamos

muy jóvenes. La conocí en la universidad, cursábamos juntos la clase de economía. Un año después, a pesar de las advertencias de mis padres, nos casamos y tuvimos a Amaral. Todo se desmoronó antes de la graduación. Ella regresó a Belo Horizonte con su familia, y Amaral pasó los siguientes años de su

vida desplazándose de un lado a otro del país antes de que fuera a distintos internados, ninguno de nosotros fue capaz de detenerla.

Fue durante esos años cuando trabajé más duro para reconstruir la fortuna de la

familia. Tuvimos un crecimiento increíble y cada vez se necesitaba más y más.

Termine malcriándola para aliviar mi culpa, y mezclado con la terquedad Ferro,

Amaral está empeñada en hacer las cosas a su manera. Su madre está demasiado

exasperada, pero yo no estoy listo para renunciar a mi hija. Seguro ha tenido mucho tiempo para darse cuenta de las cosas, y sí, el dinero hace todo más fácil, pero tiene un buen corazón y mucha confianza. Algún día se dará cuenta, y cuando lo haga, dejará una gran marca.

Para ser honesto, me recuerda mucho a mí cuando estaba más joven. Yo también

me volví loco durmiendo, bebiendo, festejando y despilfarrando mi dinero, hasta

que mi padre me detuvo y me llevo a la USP. Fue un shock, pero salí bien parado. Me dio la disciplina suficiente para formar mi propia firma de acciones

con mi mejor amigo y mi compañero de cuarto. Estoy llegando de abrir nuestra

tercera oficina en China. -Hm, quizás por eso papá hizo lo mismo con Amaral-,

reflexiono mientras nos alejamos del bordillo y nos acercamos al pent-house.

El viaje de regreso a casa es corto, pero no puedo relajarme y disfrutarlo. Mi teléfono no deja de sonar y esta noche tengo una reunión con una nueva compañía que está revolucionando como grabamos videos con el teléfono

dejando que los usuarios agreguen filtros, máscaras, lentes de sol, sombreros o lo que sea que quieran al video. En lo personal no me interesa demasiado, pero cuando se lo conté a Amaral me dijo que sería un éxito y que debía tomarlo. Así

que esta noche me voy a reunir con el niño genio que hizo eso realidad. Con suerte, será la primera de una larga serie de tecnologías por parte de este chico.

No acostumbramos a hacer negocios con personas solas, pero una inversión es una inversión, sin importar de donde venga.

Vamos a la discoteca del Hotel Renaissance, uno de los mejores clubs nocturnos

de Sao Paulo. Usualmente tendría una cena de negocios en Fasano, pero el chico

tiene veintidós y es un geek, así que probablemente haya soñado en el sótano de

su madre con beber champaña de mil dólares y conocer a mujeres ardientes. Lo

que sea necesario para asegurar al cliente, pienso mientras llamo a la limusina,

otra petición suya junto con que se le pase a buscar. Nunca entendí el gusto por

la música tan alta que no puedes escuchar tus propios pensamientos, ni el deambular entre luces estroboscópicas, pero quizás sea por mi edad.

Andrés está de pie afuera del hotel que le hemos reservado, está usando un suéter manga corta sobre una camiseta azul, pantalones chinos y tirantes. Está moviendo sus pies, mirando a cada lado, y cuando ve mi auto saluda

emocionado. Nos acercamos, él abre la puerta y entra al auto antes de que el chofer coloque la puerta de su lado.

“Hola, Raimundo ¿Cierto?”, dice estrechando mi mano con emoción. Intento no

retorcerme. No me gusta el nombre de Raimundo. “Esta noche será increíble”.

“Definitivamente”, le digo.

“Espero que este bien el que haya invitado a algunos amigos”, responde. “Pero

pensé que mientras más mejor ¿Cierto?”

“Por supuesto”, le digo. Lo que el cliente quiera.

El auto nos lleva hasta la entrada del hotel donde se encuentra el club. Ya hay una larga línea de personas, Andrés emocionado baja del auto para encontrarse

con sus amigos. Se ven todos tan geniales como él, y al menos dos de ellos parecen menores de edad. Entramos rápidamente y nos dirigimos a los

elevadores. Las puertas empiezan a cerrarse cuando veo a una hermosa mujer en

dorado, con un halo a su alrededor, el vestido metálico mostrando su increíble cuerpo. Mi mirada hace contacto con la suya, sus ojos son de un avellana brillante y penetrante que me atrae, luego el elevador cierra sus puertas. Apenas escucho lo que dicen Andrés y sus amigos, estoy deslumbrado con ella.

Quizás la encuentre más tarde... Pienso. Puedo ser padre, pero no soy un mojigato. Un hombre tiene sus necesidades, y después del divorcio, me encuentro vacilante de involucrarme demasiado en cualquier tipo de relación.

Mis constantes viajes eran una herida dolorosa, una que se infectó entre la madre de Amaral y yo hasta que no pudo recuperarse. Dudo que cualquier mujer se pueda sentir diferente. Lo intente un par de veces, pero sé cuándo rendirme.

Quizás hay alguna mujer allá fuera que pueda tolerar el que su amante se la pase

fuera del país la mitad del tiempo, pero no la he encontrado. Por otro lado, encuentro más fácil llevar a la cama a una mujer hermosa solo cuando está claro

que no hay ataduras ni compromisos. Las asistentes de vuelos son perfectas para

eso, pero si dura demasiado se puede volver pegajoso.

Este club es especial, es un bar exclusivo con buen ambiente e incluso cuenta con piscinas, se encuentra en la azotea del Renaissance Sao Paulo Hotel. Tiene

una vista magnífica hacia las luces de la ciudad e incluye una especie de patio con cabañas al aire libre. Prefiero venir aquí durante el día, pero sé que es bastante popular en la noche. Atravesamos la multitud para alcanzar el punto más alto, puedo sentir la música resonar en mis huesos mientras vamos

subiendo. El espacioso elevador se abre y nos encontramos con un bajo pesado,

luces de colores intermitentes y una pared de calor proveniente de al menos un

centenar de personas bailando.

Hago las veces de guía, empujando hasta que llegamos al área VIP. Hay unos brillantes sofás blancos que están arreglados en forma de U, y hay una botella en la mesa de centro.

“¡Genial, amigo!”, dice uno de los amigos de Andrés mientras choca los cinco con él. “¡Esto es increíble!”

No sé si es que nunca han bebido antes o qué, pero se emborracharon muy rápido, y unas cuantas bonitas chicas plásticas (todas con la misma rinoplastia)

se unen a la fiesta. Les atrae el dinero, pero Andrés y sus amigos no parecen darse cuenta. Al menos tendrán una noche memorable. Una de ellas me mira, pero dejo claro que no estoy interesado. Es tan flaca como una rama, el vestido

le cuelga como si fuera dos tallas más grandes, y su cabeza parece un chupetín.

No es mi tipo. Me siento aliviado cuando deciden ir al patio a fumar, o al menos, eso deciden las chicas. Andrés y sus amigos están más que felices de

ir. Mi trabajo aquí está terminado, estoy listo para irme a casa. Las mujeres aquí son demasiados jóvenes para mí, y si me apresuro, podría llegar a una conferencia telefónica con Liu Fung en Shanghai. Quedaron una serie de cabos sueltos que

hubiese preferido arreglar antes de regresar, pero tenía que venir a ver a Amaral.

Me abro paso entre la multitud cuando de repente veo un destello de dorado. La

mujer que vi temprano. Casi sin darme cuenta, cambio de curso, dirigiéndome hacia ella. Un tipo la detiene, lo que no me sorprende. La mujer es hermosa, un

faro en la oscuridad con su vestido dorado. Ignora al tipo y continúa su camino.

Múltiples hombres se acercan, pero todos son rechazados. Me pregunto que hace

aquí si no está buscando enrollarse con alguien. Me intriga. La mayoría del tiempo estoy acostumbrado a una mujer hermosa y curvilínea que pone al hombre a trabajar, a que le compre las bebidas, hasta el punto que lo tiene rendido a sus pies. Pero ella parece un poco nerviosa, como si no supiera que hacer.

Luego las cosas cambian.

Está esperando su turno para ordenar sus bebidas en la parte de atrás del bar.

Supongo que no sabe que tiene que abrirse paso entre la gente, porque la multitud no se va a apartar. Otra cosa interesante. Un hombre se acerca a ella, tiene el cuello como un bulldog y la cara sombría. Un tipo rudo. Invade su espacio personal de inmediato, y puedo notar que está incomoda por el número

de pasos que da hacia atrás, intentando tomar el control de la situación. A él

parece no importarle. Continúa hablando sin parar, y ella solo sacude la cabeza,

buscando ayuda a su alrededor. Puedo ver que está molesta, con sus brazos cruzados alrededor de manera protectora.

Ahí es cuando decido que fue suficiente. No me voy a quedar de brazos cruzados

mientras un tipo intenta sobrepasarse con una mujer, especialmente cuando es evidente que no está interesada. Doy un paso entre ellos, creando una barrera con mi cuerpo.

“Finalmente te encontré”, digo. “Regresemos”.

“¿Hola? ¿Quién demonios eres tú?”

Me doy la vuelta para enfrentarme al tipo, y solo se encoge de hombros. Justo como pensé. Es el tipo de idiota que cree que puede molestar a una mujer para

que haga lo que él quiera solo porque es más grande que ella. Que vaya a molestar a alguien de su tamaño.

“Gracias por hacer eso”, dice ella con una voz tan suave que es apenas audible

sobre la fuerte música. “Es solo que, no sé por qué se siguen acercando”.

Yo lo sé. Es porque es hermosa, mucho más en persona. Sus ojos, de un color avellana en la luz oscura, parecen los de un ciervo, grandes e inocentes. Tiene la nariz pequeña como un botón y unos labios carnosos que enloquecerían a cualquier hombre Perfectos para besar y más. No me sorprende porque está llamando tanto la atención. Pero incluso cuando estoy deslumbrado por su belleza, no seré como esos idiotas.

“No te preocupes”, le digo. “Son los efectos del alcohol. Hace que incluso el más cobarde se sienta audaz. ¿Dónde están tus amigos? ¿Viniste sola?”

Se detiene por un momento, mirando a su alrededor.

“No, bueno, ella está un poco ocupada en este momento”, me dice. “Pero estoy segura que está por aquí cerca”.

Me doy cuenta que lo dice por decir, pero no la culpo. Después de todos los idiotas que se le han acercado, sin hacer caso a sus palabras, puedo entender que sea cautelosa al decir que está aquí sola.

“Esa no es una muy buena amiga”, le digo.

“Oh no me preocupo. Estoy hospedada en este mismo hotel y solo he tomado un

trago. Ni siquiera creo estar borracha en este momento. Quizás solo podría regresar”, dice un poco triste. “Tengo muchas cosas que hacer”.

“¿Se supone que esta sería una ocasión especial? No me imagino que estés vestida tan hermosa solo para un viernes por la noche casual”.

Con eso se sonroja satisfecha. Puedo ver la forma en la que sus ojos me miran,

con fuego y calor. Hace que mi pene se endurezca, sabiendo cuanto me desea, cuanto lo desea. El bar está atestado de gente, y somos empujados juntos, pero a

ella no parece molestarle en lo absoluto.

“Se supone que celebraríamos mi cumpleaños”, dice.

“¿Y cómo ha estado tu cumpleaños hasta ahora?”

“Podría, podría ser mejor. Teníamos muchos planes, pero ahora se han ido por la

borda. Tampoco esperaba estar en la cama a las once, pero me siento un poco tonta parada aquí sola”.

“¿Por qué no lo celebramos juntos?” Le pregunto.

Se detiene por un momento, y pienso que quizás dirá que no. Parece el tipo de

persona que le gusta tener el control, que mantiene las cosas seguras cerca de su pecho. Pero luego algo cambia y asiente.

“Eso me gustaría”, dice suavemente.

“Genial”, le digo. “Porque una mujer tan hermosa como tú no debería estar sola

en su cumpleaños”

Me mira, y maldita sea, mi pene ya no puede moverse en mis pantalones. Hay algo muy inocente y atractivo en esta mujer. La manera en la que parece no jugar

es muy refrescante. Y quiero saber más, quiero ver que hay detrás de esa delicada y controlada fachada. Quiero mostrarle lo bien que puede pasarla conmigo. Porque mi instinto me dice que no tiene mucha experiencia en la cama,

y quiero ser quien le muestre lo increíble que puede ser. No puedo esperar a hundirme en sus suaves curvas, tenerla envuelta alrededor de mí, su calor apretando alrededor de mi pene.

Esta noche será su mejor cumpleaños, no la mejor noche de su vida. Me voy a

encargar personalmente que sea así.

3

Daniela

Me siento un poco mareada, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho, mi

aliento ligero y superficial mientras abandonamos el club. No tengo idea de quién es él, solo sé que es guapo con G mayúscula. Mejor con todo en mayúsculas, decido mientras lo espío por el espejo del elevador. Con el cabello

rubio y unos penetrantes ojos azules, no me sorprende que atrajera las miradas de todas las mujeres del club. Hay al menos cinco personas más con nosotros en

el auto, unos más borrachos que otros. Pero él no. Él está tranquilo y en control de la situación. Me gusta. Vestido con un traje a la medida, con hombros grandes

y mandíbula cuadrada, es la definición de un hombre. No puedo creer que voy a

su casa. Honestamente no puedo. Pero Amaral dijo que debería vivir un poco, y

quien quiera que sea este hombre, tiene mi ropa interior derretida con una sola

mirada. Solo puedo imaginarme lo que hará con el resto de mí.

No lo tienes que imaginar Dani, estas a punto de descubrirlo.

Le mando a Amaral un mensaje de texto rápidamente antes de irme, y me responde diciendo que me divierta. Respiro profundamente. Eso es exactamente

lo que voy a hacer.

Tan pronto entro a su limusina (wow, me pregunto quién será como para tener una de estas), me besa, un beso fuerte y salvaje que realmente aumenta el calor

entre mis piernas. Me recuesta en el asiento, su lengua aventurándose entre mis

labios, los abro, dándole acceso. Nuestras lenguas se entrelazan y se tocan, y dejo que tome el control, rindiéndome ante él. Deseo esto. Quiero que me muestre cómo se siente, que me introduzca en el mundo del placer sexual. Siento

unas ansias que nunca he sentido con ningún otro chico, un vacío que empieza a

llenarse, a completarse.

Mueve su rodilla entre mis piernas y un gemido se escapa de mis labios, mis ojos

revoloteando mientras mi vagina palpita de placer, tornándose húmeda y

resbaladiza. Presiona su rodilla contra mí de nuevo, la presión alivia por

momentos la necesidad que crece dentro de mí, mi clítoris hormigueando con cada roce. Nuestros labios se separan un momento buscando aire, y jadeo intentando respirar.

“¿Cómo te llamas?”, gruñe.

No sé por qué, pero le digo Ela. No es exactamente una mentira. Daniela es mi

nombre completo después de todo. Quizás porque esta noche no quiero ser Daniela la chica tímida, la que se la pasa estudiando en vez de salir de fiesta, la que parece no soltar nunca. Hoy soy alguien más.

“Ela”, dice, su voz profunda parece acariciar mi nombre. “Te queda perfecto”.

“¿Y el tuyo?” Pregunto entre jadeos mientras besa y acaricia mi cuello, su aliento caliente me provoca escalofríos en la espalda. Sus dientes rasguñan mi cuello, y me vuelve loca, mis manos toman con firmeza su cabello, me siento desesperada por experimentar todas esas sensaciones.

“Rai”, dice.

Sus manos se deslizan por mis muslos, empujando el dobladillo de mi vestido hacia arriba. Puedo sentir sus gruesos dedos acariciarme por encima de mis húmedas pantis. Los labios de mi vagina están hinchados, liberando su néctar bajo su toque. Su pulgar encuentra mi clítoris, la protuberancia se asoma entre los pliegues y lo acaricia de una manera que me marea de placer.

“Rai”, susurro. “Ohhhhhh Rai”.

Y de repente se detiene.

“Aquí estamos”, dice. “Y por mucho que quiera hacerte mía ahora, creo que lo

disfrutarías más estando en la cama ¿No te parece?”

Mi mente está un poco nublada, pero tiene razón. Sería un poco cliché perder mi

virginidad en la parte trasera de un auto, especialmente cuando hay un chofer en

el asiento delantero. Hay una pequeña división entre nosotros, pero pienso que sería demasiado obvio si no salimos y el auto empieza a sacudirse. Puede que sea una mujer nueva hoy, pero, sin embargo, no soy así de atrevida. No todavía

al menos.

Abro la puerta y salimos a la acera. El vestido cae alrededor de mí, parece como si nada hubiese pasado. Simplemente una pareja llegando de una noche en la ciudad. Entramos al edificio de apartamentos, el portero nos dice “Buenas noches” mientras pasamos. Nos dirigimos al elevador en la izquierda, y en lugar

de un botón hay un escáner. Rai coloca su pulgar, y la puerta se abre. Abro la boca para preguntar, pero él está besándome de nuevo y empujándome contra la

superficie de madera del elevador. La barandilla se me entierra en la espalda,

pero no me importa, porque sus manos están donde deberían estar, haciendo que

mis piernas tiemblen.

Mi cuerpo está inundado de placer, siento un delicioso pulso que empieza en mi

pecho y se extiende hasta las puntas de mis dedos. Mis pezones se endurecen como diamantes y se asoman rígidamente a través de la tela. Puedo sentir la excitación hasta mis huesos, despertado finalmente bajo el toque experto de Rai.

“Más”, le ruego entre besos. “Necesito más”.

Rai me levanta por las caderas, lo suficientemente alto para que pueda envolver

mis piernas a su alrededor. Su pene se ajusta contra mi vagina, el calor emana a

través de nuestras ropas. Puedo sentir su pene latiendo, y es realmente grande.

Me pregunto si seré capaz de tomarlo todo, su boca cubre mis pezones a través

de mi vestido. Succiona con fuerza y hecho mi cabeza hacia atrás, entregándose

por completo al placer. No puedo controlarme más. Estoy rindiéndome por completo. Puedo sentir mi vagina inundada en humedad, probablemente dejando

una mancha mojada en sus pantalones. Aprieta mi otro pecho, y lo masajea suavemente antes de pellizcar el pezón. El dolor agudo es exquisito, suficiente como para aumentar el placer que me producen sus dedos gruesos.

“Te haré sentir increíble”, promete.

Puedo verlo a través de los ojos entrecerrados, la manera como me mira con expectación y deseo, sé que está hablando en serio. La puerta se mantiene abierta, pero en lugar de soltarme, me carga a través del departamento. No puedo

creer que el elevador lleve directo a su casa, pero supongo que por eso tiene un

escáner de huella dactilar. Por un momento logro ver un hermoso departamento,

como sacado de HGTV, y luego estamos en la habitación principal. Lo suelto, y

él me sienta en el borde de la cama.

“Desnúdate”, me ordena, su voz ronca llena de deseo.

De repente me inunda la timidez. Ningún hombre me ha visto desnuda antes.

¿Qué pasa si no le gusta lo que ve? La luz de la habitación de repente parece demasiado intensa. Me detengo, las manos me tiemblan.

“¿Qué sucede?”, me pregunta.

¿Hay una buena manera de decirle a un hombre que eres virgen? ¿Qué no tienes

idea de lo que estás haciendo? Creo que es mejor solo decirlo y ya.

“Soy virgen”, le digo con voz aguda.

Rai se detiene brevemente, sus ojos bien abiertos. Cierro los ojos. Aquí viene.

Aquí es cuando llega al momento embarazoso en el que él me dice que quizás no

deberíamos hacer nada.

De repente siento una mano tibia en mi mejilla y me apoyo en ella. Abro los ojos

y no veo expresión de disgusto o asco. Creo que incluso está más excitado.

“Pensé que serias un poco inocente”, dice. “Pero no imagine que fueras completamente nueva en el mundo del sexo”.

Me detengo, insegura. Sus callosos dedos acarician mi suave piel.

“Sin embargo, no voy a negar que me tienes duro como una roca justo ahora”.

“¿Harás que mi primera vez sea buena?” Pregunto débilmente, intentando sonar

como si no fuese la gran cosa.

“Eso fue lo que prometí, ¿No es así?”, dice.

Asiento de nuevo.

“Desnúdate entonces, Ela”.

Lentamente y con cuidado me quito el vestido. Mi cabello cae en frente de mí,

pero él lo aparta, revelando mis pechos. Son suaves y grandes, las puntitas rosadas apuntando directamente hacia a él, las areolas sudorosas y llenas de deseo. Estoy a punto de cubrirme de nuevo, pero Rai me mira con aprecio y me

siento tan sexy y deseada que echo mis brazos a un lado. Sus ojos azules recorriéndome de arriba a abajo.

“Eres la mujer más hermosa del mundo, Ela”, dice. “Ahora recuéstate y quítate las pantis”.

Me doy la vuelta y me recuesto lentamente en la cama, arqueando mi espalda

de

manera que mis nalgas queden suspendidas. Solo tengo puesta una tanga, que desaparece entre mis nalgas. Abro más las piernas para que Rai pueda ver bien,

el pequeño trozo de ropa resaltando los labios de mi vagina para él. Sé que está

húmedo, y que logrará obtener un buen vistazo a través del encaje blanco.

Lentamente y agitando un poco mis nalgas deslizo el pedazo de tela por mis caderas, quitándome las pantis y revelándole mi húmeda vagina finalmente.

Puedo sentir como sus ojos me devoran, fijándose en cada centímetro.

Me sonrojo. Nunca me he desnudado así para nadie, y sin embargo aquí estoy, armando mi propio show. Me mojo mucho más solo con pensar que esto es lo más atrevido que he hecho jamás. De repente, me siento muy emocionada por todo esto, ¿Cómo cambiaron las cosas así? Lo que sea que provoca todo esto, me

encanta. Me encanta como me permití a mí misma volverme otra persona por una noche, alguien que no es tan recta y tímida y que está lista para ser penetrada por un sexy extraño.

“Súbete a la cama. Quiero verte completa, abierta solo para mí”.

Me doy vuelta y me deslizo a la cama, mis ojos atentos a lo que sucede. Rai se

ha quitado la camisa y sus pantalones, y está parando frente a mí, sus músculos

tensos se ven bronceados como si fuese alguna clase de dios griego. Pero no fue

eso lo que más me atrajo, fue el increíble tamaño de su pene apuntando directamente hacia mí. Lo que sentí en elevador no fue ni la cuarta parte. Es

enorme, duro y largo, y palpita de deseo. Es mi primer encuentro con un pene, y

no esperaba que fuese tan grande. Tan grueso. Tan tieso y rosado. Supe de inmediato que ese no es el común denominador para los hombres, Rai es una gran excepción a la regla. ¿Cómo demonios va a caber todo eso dentro de mí?

Tiemblo un poco solo de pensar en ello.

Mueve su mano arriba y abajo acariciando su pene mientras lo observo, sus fluidos cayendo al suelo. Está casi expulsando semen. Avanza hacia adelante y

trago con fuerza. Ver su pene frente a mí, el objeto de deseo que tiene a mi vagina temblando, sus músculos haciéndome sudar, las gotas de sudor cayendo

por mis costados mientras se acerca más a mí. Me siento avergonzada de mi cuerpo, de lo mucho que desea a Rai, pero todo parece excitarlo más a él porque

su pene parece endurecerse más y más.

“Así es”, gruñe, satisfecho. “Me gusta ver lo mucho que me deseas”.

Rai se levanta en la cama, abre un poco más mis piernas preparándome para penetrarme mientras su pene recorre mis labios. Puedo sentir los fluidos blancos

y los lamo con deseo. Salado, espeso, masculino. Oh dios, sabe tan bien. Lamo

mis labios de nuevo y él se ríe.

“Alguna vez has dado una mamada Ela?”

“N-no”, le digo.

“Lo harás. Pero no todavía, no hasta que haya cumplido mi promesa, pero lo

harás. Tenemos toda la noche después de todo”.

Tiemblo un poco. ¿Cuántas veces tendremos...? Y el pensamiento desaparece porque Rai empieza a besarme, su lengua tibia trazando un camino entre mis pechos y sobre mi estómago, encendiéndome con cada roce. Cierro los ojos y me

rindo ante todo lo que estoy sintiendo hasta que besa la parte baja de mi estómago y me doy cuenta de lo que está a punto de hacer. Mis ojos se abren de

repente y me siento juntando las piernas.

“Rai espera”, le digo. “¿Qué estás haciendo?”

Besa la parte de arriba de mis piernas.

“¿Confía en mí ¿de acuerdo, Ela? No haría nada que no te hiciera sentir bien”.

Me recuesto lentamente en la almohada y él espera por mí mientras abro mis piernas de nuevo, revelando mi brillante vagina. La forma en la que me mira es

hipnotizante, me siento increíblemente excitada por cómo me desea, por como parece adorar mi cuerpo. Puedo sentir su aliento cálido en mi vagina, con sus dedos separando mis pliegues, dejándome completamente vulnerable ante él. Me

besa suavemente, besa mi vagina y con su lengua llega más profundo dentro de

mí. El cálido musculo sacude mi cuerpo con deseo, y cuando abre un poco más

mis piernas, lo único que puedo hacer es dejarme llevar. Con su lengua acaricia

mi área más sensible, preparándome cuidadosamente para su gran pene. La

excitación me hace vibrar, mientras las paredes de mi vagina se aprietan alrededor de su lengua.

“Tu sabor es increíble”, murmura presionado contra mí. Su lengua se mueve hacia arriba, rodea mi clítoris, y se posa cerca de él antes de volver a acariciar el pequeño brote. Gimo con fuerza, hundida en sensaciones que nunca había

experimentado antes. Lo hace de nuevo, y sus dedos me separan aún más, sumergiéndose en mí, estirándome mientras me complace. Presiona su boca aún

más profundo en mi vagina, probando lo más profundo de mí, grito su nombre,

volviéndome completamente loca por lo que hace con su boca. Mi cuerpo

tiembla con cada lamida, con cada caricia, Rai me está tocando en los lugares adecuados tanto así que mis palabras pierden cualquier sentido.

Rai me da la vuelta, tomando todo lo que puedo dar, cada gota que sale de mí, su

lengua y sus dedos entran y salen de mí al unísono, mi vagina palpita como el salvaje latido de mi corazón. Siento que algo dentro de mí crece mientras el me

folla con su boca, devorándome como un hombre hambriento. No sé lo que está

pasando, este sentimiento galopa hacía mí y tiene las manos revolviendo las sábanas. Mis caderas chocan con su rostro, mi cuerpo entero temblando por tanto

placer reprimido.

“Eso es”, insiste, su voz amortiguada por mi vagina. “Quiero ver cómo acabas,

Ela. Quiero verte ahora”.

Y así como así, me pierdo, finalmente me entrego a Rai. El orgasmo, porque eso

es lo que debe ser, me supera, y pierdo por completo el control de mi cuerpo, mi

visión se oscurece y veo estrellas. Jadeo, debo estar gritando su nombre, entregándome por completo a él. Y lo deseo. Lo deseo mucho. Deseo este éxtasis

que solo Rai puede provocar en mí, este sentimiento fuera de este mundo. Estoy

en una deliciosa neblina por quién sabe cuánto tiempo, mi espalda

completamente arqueada mientras él bebe mi crema, su lengua deslizándose suavemente entre mis pliegues, sin desperdiciar ni una gota.

Rai me besa lentamente, trayéndome de regreso al presente. Su pene descansa, grueso como manguera de jardín, entre mis pliegues mojados. Mueve sus

caderas, la cabeza de su pene me acaricia, humedeciéndose y acariciando mi clítoris con pequeños círculos, elevando mi deseo al mismo nivel que el suyo.

“¿Estás lista?”, me pregunta apartando el cabello de mis ojos, un gesto inesperado y cálido que me hace sonreír.

“Estoy lista. Solo, solo ve lento”, le digo.

Hay apenas una pequeña arruga en mi envoltorio, y él posiciona la punta de su pene en mi vagina y empuja, pero lo único que logra es deslizar su pene entre mis labios. Lo intenta de nuevo, y otra vez, pero no funciona. Estoy demasiado

estrecha. Finalmente sostiene su pene con firmeza, justo en mi entrada, aumentado la presión hasta que me rindo ante ella y me rompe con una pequeña

explosión. Jadeo de dolor mientras que él se empuja lentamente dentro de mí. Sé

que me estuvo preparando, pero esta es una sensación completamente distinta.

Estoy siendo destrozada, deliciosamente estirada para ajustarme a los contornos

de Rai. Mi cuerpo entero está en fuego, mi orificio dándole espacio a su pene a

regañadientes, las paredes aferrándose a cada vena, a cada centímetro de él.

“Estas tan jodidamente estrecha, cariño”, susurra con fuerza en mi oído mientras

se detiene finalmente, enterrado profundamente en mí. “Perfectamente estrecha”.

Lloriqueo suavemente. Cada momento, sin importar cuan pequeño sea, resuena

dentro de mí deliciosamente, provocando que mis músculos se tensen. Esta sensación es demasiado increíble, indescriptible, todo lo que puedo hacer es gemir el nombre de Rai, el hombre responsable de todo esto. Puedo sentirlo, puedo sentirlo por completo, penetrándome profundamente. Estoy entera,

completada finalmente, nunca me había sentido tan bien. Y luego Rai se separa,

casi por completo, y empuja de nuevo hacia dentro hasta el final, haciéndome saber a quién le pertenezco, quien me está llevando al borde.

“¡Oh!” Grito, la fuerza de su empuje sacando todo el aire de mis pulmones.

Grito con lujuria mientras lo hace de nuevo, su pene está tan mojado, tan resbaladizo con los restos de mi orgasmo que puede volver a empujar sin ninguna resistencia de mi cuerpo. Mi vagina está tan llena con su pene que

puedo sentir cada centímetro de él mientras entra y sale de mí, llegando cada vez más profundo. Miro a Rai, y se ve decidido, con los dientes apretados, esforzándose por controlarse así mismo mientras sumerge su pene en mí una y otra vez. Lo estoy tomando todo de él, nuestros cuerpos uniéndose una y otra vez. Se agarra a uno de mis pechos, sacudido por la fuerza de sus embestidas, pellizcando y torciendo un poco el pezón, dejándome mareada de placer.

Puedo sentir nuevamente una marea creciendo dentro de mí, ese sentimiento urgente de necesidad mientras me folla a fondo, poseyéndome, haciéndome

suya. Mi vagina aprieta su agarre sobre él, mi cuerpo entero se encrespa sobre sí mismo mientras me folla con más fuerza, salpicando gotas de mis propios

fluidos sobre mis nalgas, y sobre sus pelotas mientras se sumerge más en mí.

Quiero que acabemos juntos, pero no puedo, el placer se precipita hasta mí como

un tren de alta velocidad llevándome al éxtasis. Mi cuerpo entero se hunde en espasmos, mi vagina tomándolo una última vez mientras me rindo otra vez.

Rai

continúa follándome durante el orgasmo, sus caderas embistiéndome con más fuerza, su ritmo tornándose rudo y animal, empujándome mucho más a la cima

que la primera vez. Mi vagina se sujeta tan fuerte a su pene que Rai no puede más y acaba, mi nombre escapa salvajemente por su boca, su pene se sacude dentro de mí mientras mi vagina sigue apretando.

A pesar de todo, el sigue follándome tan bien que no puedo evitar aferrarme, como un pasajero en la montaña rusa del orgasmo que sigue subiendo y

subiendo. Se siente todo tan bien, es increíble que mi primera vez fuese con este hombre, con este hombre tan perfecto y sexy, tan experimentado que puede hacerme sentir así muchas veces. Que regalo de cumpleaños tan perfecto.

¿Quién diría que cosas como estas pueden pasar cuando te dejas ir, cuando tomas

la oportunidad?

Relajo mi agarre alrededor de Rai, todo mi cuerpo pasó de rígido a suave mientras el orgasmo se escapa lentamente. Cierro mis ojos, mi cuerpo entero se

siente cálido, mareado y ligero, tomando todo lo que este hombre tiene para ofrecer. Mi respiración regresa lentamente a la normalidad, los latidos de mi corazón se normalizan hasta que ya no los siento vibrar en mi oído. Rai sigue dentro de mí, duro como una roca. Tenso mis músculos, obteniendo un gruñido

de sus labios. Saca su miembro lentamente, y siento que un torrente sale de mí,

una corriente que salpica las sábanas.

“Lo siento”, digo sonrojada.

“¿Siempre te mojas así o eso es solo por mí?”, dice con deseo.

“Yo- yo nunca. Ni siquiera sabía que mi cuerpo podía hacer eso”, le digo con honestidad. “Ni cuando estoy sola”.

Noto que mis palabras alimentan su ego, complaciéndolo inmensamente. Me

atrae hasta él, pero estoy tan relajada y liviana que es como si levantara una muñeca. Recuesto mi cabeza en su pecho, amando el sentimiento de sentirme segura en sus brazos. Su pene ya está listo para más, listo para mí y lentamente

lo envuelvo con mis caderas. La noche está lejos de terminar, y ahora que lo probé, quiero más.

Rai

El sol ya ha salido por completo cuando despierto, sintiéndome desorientado por un momento. Siendo alguien que se levanta a las seis a.m. desde la universidad, me toma por sorpresa lo mucho que he dormido. Aunque no puedo

evitarlo. Ela y yo habíamos follado al menos cuatro o cinco veces antes de quedarnos dormidos. Mi pene casi ni se siente de solo pensarlo, y mi espalda baja está pegajosa por tantos fluidos que expulsamos. Me doy la vuelta para despertarla de la mejor manera posible, pero se ha ido. Hay una suave hendidura

en la almohada y el olor de sus fluidos permanece en el aire, pero además de eso, no hay rastro de ella. Las sábanas están frías así que probablemente se fue temprano, me siento decepcionado por un momento.

No me malinterpreten. No es que me esté enamorando ni nada de eso. Pero el sexo estuvo increíble y eso no sucede tan seguido como la gente piensa. Cuando

realmente encuentras una mujer con la que estás sincronizado, inocente, pero al

mismo tiempo jodidamente aventurera como Ela, bueno dudo que alguien me culparía por querer otra ronda antes de tomar caminos separados. Pero esto no termino así. Y en una ciudad de 8 millones de personas, es casi imposible que me vuelva a topar con ella.

Me levanto y me estiro. Nueve a.m. conociendo a Amaral probablemente no se

haya despertado, así que tengo algo de tiempo antes de que llegue a casa. Me dirijo a la ducha, abriendo la llave a tope antes de entrar.

“Es una lástima que te hayas ido, Ela”, digo en voz alta bajo el sonido de la ducha.

Con solo decir su nombre me endurezco de nuevo, y con toda razón. Hicimos de

todo anoche, justo como lo prometí. Al principio era una florecita tímida, pero luego de tomarla una vez, fue como si algo hubiese cambiado dentro de ella. Se

volvió abierta y dispuesta a todo, dejándome girarla en todos los sentidos, y sumergir mi pene una y otra vez. Todavía puedo sentir su estrecha vagina, masajeando mi pene mientras entraba en ella. Lo hicimos tantas veces que quizás tenga que tirar las sábanas. Mi mano se aprieta, deseado que fuese su

suave piel, sus hermosas curvas en lugar del aire. Mi miembro palpita, ya me siento muy excitado.

¿Quién se imaginaria que iba a encontrar a alguien tan hermosa como ella anoche? Una visión dorada, hermosa, sexy, curvas deslumbrantes, sus pezones duros como caramelo. Y acerté cuando la etiqueté como una mujer inocente e ingenua porque era virgen. Una virgen de verdad, que de alguna manera no había

sido tomada antes. Eso no lo entendí, pero si lo disfruté. La manera en la que maulló mi nombre, sus pechos temblando con cada respiración mientras yo la devoraba, perfore su suave vagina con mi pene, tocando fondo en esa pequeña y

estrecha abertura. Amo como tomó cada centímetro de mí, todos los gemidos y

pequeños suspiros, sus manos rasguñando mi espalda perdiendo toda inhibición

ante mi gran pene hasta que acabe, sacando hasta la última gota de semen que quedaba en mis bolas, haciéndome perder la cabeza.

Demonios, se sintió tan bien sumergirse en esa vagina virgen, en ese dulce orificio y reclamarlo antes que ningún otro hombre. Incluso cuando no sabía qué

hacer, incluso cuando era su primera vez, su cuerpo reaccionó a todo y me deseaba, drenándome una y otra vez. No sé por cuanto tiempo estuvimos

follando, perdí la cuenta de cuantas veces hice que Ela acabara para mí, porque

darle placer a una mujer, saber que soy yo el que provoca todas esas sensaciones

es muy excitante. Mis manos se aprietan alrededor de mi miembro, mis bolas se

tensan y acabo de nuevo, el semen cayendo por el drenaje. No se compara con

Ela, pero tengo un día ocupado por delante y aunque cuando me gustaría pasar

más tiempo pensando en sus piernas apretando mi espalda mientras follo esa suave vagina, tengo que seguir adelante con mi día.

Termino mi ducha, seco mi cabello y hago una revisión del departamento. Tengo

una ama de llaves, Rosa, que viene una vez al mes cuando no estoy para mantener la casa limpia, le pedí que preparara un cuarto extra para la amiga de

Amaral. Daniela creo que se llama. Estoy curioso por conocerla. Según lo que sé, las chicas son compañeras de cuarto desde el primer año, se volvieron tan buenas amigas que han sido inseparables desde entonces. Sería bueno conocer a

la mujer que se volvió tan importante en la vida de mi hija. Amaral me contó que

ha abierto un libro de vez en cuando debido a su influencia, así que tengo que agradecerle a Daniela por eso.

Camino por el departamento. Tiene seis habitaciones, sin contar el sofá en la sala de películas que se convierte en una cama. Pedí que la habitación más cercana a

la de Amaral se preparara, y esa es la que voy a revisar justo ahora. Incluso cuando sé que Rosa siempre hace un buen trabajo, me criaron para asegurarme

de que cualquier huésped se sienta como en casa. Me alegra haber revisado la habitación. Aunque la cama está hecha, hay toallas en el baño y una bandeja con

cosas esenciales para viajar, no hay ningún escritorio, solo una silla para leer.

“Debió haber escogido otra habitación”, susurro para mí, pero no puedo

enojarme. Rosa es buena siguiendo órdenes, pero no tan buena tomando la iniciativa.

Considero mis opciones. Podría sacar la silla y traer un escritorio.

Aparentemente Daniela es muy estudiosa y tiene algunas tareas que terminar.

Amaral insistió en si podía traer una amiga. Odiaría dificultar las cosas para una estudiante que quiere concentrarse en lo suyo. Echo un vistazo a las habitaciones cercanas a la de Amaral, pero son más pequeñas y no tienen baño privado.

Entiendo por qué Rosa no escogió ninguna de esas. La última habitación, justo

enfrente de la mía, es perfecta. Un hermoso escritorio de roble se encuentra frente a la ventana, e incluso hay una impresora y un escáner. Esto debería ser perfecto para ella.

Por suerte, todo se ve en orden. Lo único que falta es la bandeja con las cosas para viajar, pero solo tomará un minuto traerla. No es lo ideal que la habitación adecuada este lejos de la de Amaral, pero aun así están cerca. Unos seis metros

no harán mucha diferencia.

Una vez termino, me dirijo a la cocina para preparar el almuerzo. Siendo soltero, estoy acostumbrado a prepararme mi propia comida. Mis padres por supuesto tienen su chef personal, pero sería absurdo tener uno cuando paso la mitad del tiempo fuera de casa. Estoy seguro que no necesitaría todos los rigores culinarios solo para hacerme huevos y tostadas para el desayuno. No le haría eso a nadie.

En lugar de eso, he escogido algunas recetas sencillas, lo suficiente para sobrevivir. Soy un hombre de hábitos, además puedo comer fuera de casa cada

vez que quiera. Estoy en Sao Paulo, y cualquier tipo de cocina que pueda imaginar se encuentra a una búsqueda en Google de distancia.

Reviso mi teléfono, y Amaral me ha dejado un mensaje con su tiempo estimado

de llegada. Como me estoy quedando sin tiempo, decido hacer la comida

favorita de mi hija: camarones al ajillo con linguini. Siempre tengo los ingredientes a la mano, y los camarones me llegan a domicilio de la tienda. Lo

increíble sobre la tecnología; podrías nunca poner un pie fuera de tu casa y aun así vivir como un rey. Amaral ya hizo su orden, y la alacena está llena de tortillitas, palomitas de maíz y su comida favorita, Oreos. Estoy mezclando los camarones en la salsa cuando escucho que el elevador se abre.

“Bienvenidas a casa”, digo secando mis manos con una toalla. Me doy la vuelta

y me detengo en seco.

¡Ay mierda!

Daniela

Las mañanas en Sao Paulo son muy distintas a las mañanas tranquilas de la universidad. Todo el mundo anda corriendo, los taxis van deprisa, y puedo escuchar el silbido y el retumbar del subterráneo. Hasta la más mínima tienda se

encuentra abierta, desde pequeños cafés hasta una extraña tienda especializada que parece ser de peluches de robots. Sao Paulo es realmente la ciudad donde puedes encontrarlo todo. Me siento como en Sex and the city, y me alegra que Amaral me pidiera venir con ella. Quizás debería escucharla más seguido. Voy trotando por el camino, a pesar de mi cansancio y del dolor entre mis piernas.

Rai y yo nos quedamos despiertos hasta muy tarde. Me sonrojo un poco solo de

pensar en ello. Le echo un vistazo a mi teléfono, para revisar de nuevo las direcciones, lo guardo en mi bolsillo y giro a la izquierda. Ya casi llego.

Apenas deje el departamento de Rai, estaba segura que andaría por el camino de

la vergüenza. Es decir, mi vestido es bastante corto comparado con otros, y todavía tengo la cara llena de maquillaje. Y sin duda mi cabello grita “recién follada”, todo enredado y desaliñado, y eso que intente peinarlo con los dedos antes de dejar el apartamento de Rai. Pero nadie se ha fijado demasiado en mí.

Supongo que hay más cosas interesantes por ver en el barrio más fashion de Sao

Paulo, como el tipo en la esquina vestido de dinosaurio y bailando hip-hop.

¿Pero para mí? Estoy caminando en el aire. Ya no soy virgen. ¡No soy virgen!

Sigo pensando lo mismo una y otra vez. De hecho, el sol parece estar más brillante, ando con una sonrisa gigante en mi rostro, y la vida parece... muy

distinta. Tuve sexo con un completo extraño, un hombre increíblemente guapo,

sexy y que le gusta complacer a una mujer. Para ser mi primera vez, creo que fui

bastante suertuda. El sexo estuvo increíble, como algo sacado de una fantasía.

Aun me sonrojo un poco solo de pensar en ello.

Sé que por fuera nada ha cambiado, pero por dentro han cambiado demasiadas cosas. Siento que algo se desbloqueó dentro de mí, que finalmente atravesé un umbral o algo por el estilo. Y el hecho de que mis pantis estén todas pegajosas

por el semen de Rai, no ayuda en lo absoluto. Con cada paso siento un pequeño

goteo, un recordatorio no tan sutil de cómo me tomo por completo, como me transformo y me libero. Diferente, sí, pero no en el mal sentido. Me siento viva, lista para explorar, para experimentar, para divertirme y disfrutar de estas nuevas sensaciones. Y tengo que agradecerle a Rai por eso.

“Tal vez Amaral estaba detrás de algo después de todo”, susurro para mí con una

sonrisa en los labios.

¡Amaral! Me olvide por completo de ella. Abro mi bolso y saco mi teléfono de

nuevo, solo en caso de que no haya visto algún mensaje. Le envíe un mensaje cuando me fui y respondió al momento, pero no hay ningún mensaje nuevo desde entonces. Espero que este bien. Quizás no debí haberla dejado de esa manera. Pero hay un segundo mensaje en el buzón diciendo que nos

encontraremos en el hotel, que tuvo una noche increíble y no puede esperar a contarme. Nuestra rutina usual de los fines de semana. Normalmente me cuenta

todo durante el almuerzo, ella con una resaca del demonio y yo con unas ojeras

terribles por quedarme hasta muy tarde estudiando. Esta vez quizás tenga una buena historia para ella. Y sin duda será un buen cambio de ritmo.

Finalmente logro divisar el hotel, cuando llego a la entrada el portero abre silenciosamente la puerta con una expresión bastante neutral. Supongo que debe

estar entrenado para eso, porque estoy segura que la mayoría de las personas estarían mirándome fijamente. ¿O quizás aún soy demasiado inocente e ingenua?

Me apresuro hacia los elevadores, y por fortuna no hay nadie cerca. Es bastante

temprano después de todo, la mayoría de los huéspedes deben estar durmiendo,

lo mismo que estaría haciendo yo si no hubiese conocido a Rai anoche. Una pequeña área de mí se pregunta, si regreso al club por la noche ¿podría ver a Rai de nuevo? Pero ahuyento ese pensamiento rápidamente. Es mejor así. Fue una noche increíble y nunca la voy a olvidar, pero eso no tenía ningún tipo de futuro e imaginar lo contrario sería un poco tonto. Es decir, ¡Quizás Rai ni siquiera es su nombre real! Yo ciertamente no le di el mío, y, sin embargo, Ella proviene de

la última parte de mi nombre.

Lo primero que hago al llegar a nuestra suite es llamar a Amaral, pero ella no está aquí. Por mí está bien así. Puedo usar un poco de tiempo para relajarme.

Ordeno algo para desayunar (¡¿\$30 por unos waffles?! ¿Acaso están hechos de

oro o algo parecido?), me quito los tacones, el vestido y las pantis. Sostengo la pequeña tanga en mi mano por un momento, luego la traigo hacia mi nariz

y me

detengo. Quizás no debí haber hecho eso, pero no puedo evitarlo. Quiero un poco más de Rai, así que un lamo un poco del blanco y salado semen que queda en la panti. Probarlo desata una oleada de deseo en mí, mi vagina se aprieta con

lujuria.

Es una pena que no pude quedarme un poco más. Pero incluso cuando soy bastante inexperta, he escuchado a Amaral hablar sobre cómo funciona el sexo

casual, y es mucho más fácil si me escapo de noche. Porque eso fue todo. Fue solo sexo casual. No iba a haber desayuno a la mañana siguiente, ni cariñitos ni

nada por el estilo. Creo que es un poco tonto, pero yo no hago las reglas. Así que preferí vestirme, abandonar ese hermoso apartamento y regresar al hotel. Pensar

en volver a ser la vieja yo, la buena estudiante, de repente no parece muy atractivo. No, esa es definitivamente la última cosa que quiero. Pero, ¿Qué es lo que yo quería? No estoy muy segura sobre eso.

Camino hacia la hermosa ducha de vidrio, abro el agua caliente y entro. La presión del agua es bastante fuerte, y se siente genial en mis hombros.

Rápidamente el vapor empaña los espejos. Hablando de lujo. En la universidad

tenemos suerte si logramos obtener, aunque sea un poco de agua tibia ya que hay

demasiados estudiantes y muchos de ellos se duchan temprano en la mañana. Sin

mencionar el hecho de que tengo que poner todas mis cosas en una pequeña

casilla de un metro por tres pies y usar chanclas todo el tiempo. Definitivamente ni la mitad de relajante de lo que es aquí.

Luego de veinte minutos, mucho más de lo que suelo pasar en la ducha, cierro el

agua y salgo. Tienen albornoces suaves y esponjosos así que me envuelvo en uno. Es como una gran nube blanca.

“Debería comprar una de estas para mí”, pienso en voz alta. Desenredo mi cabello, lo peino en una trenza holgada y salgo del baño. El desayuno que ordene

temprano ya está aquí y huele delicioso. El camarero lo revela con gracia y sale

de la habitación, yo me siento en el sofá para disfrutar mi comida. Sabe increíble, no tan increíble como para ser un plato de treinta dólares, pero está cubierto con una succulenta crema de vainilla de la cual definitivamente quiero la receta. El sexo me pone algo voraz, porque devoro mi plato en unos pocos minutos. Estoy limpiando la última gota de crema con mi waffle cuando Amaral

irrumpe en la habitación.

“¡Dani!”, dice sin aliento. “¡Tengo increíbles noticias!”

Se deja caer en el sofá y se sirve una taza de café. Pensé que querría un poco cuando regresara.

“¡Conocí a alguien!”

“Bueno lo imagine”, le digo. “¿Cuál es su nombre?”

“Sebastián”, dice ilusionada. “¿Acaso no es un nombre genial?”

“Sí lo es. ¿Lo conociste anoche? ¿Era con el que estabas bailando cuando me fui?”

Amaral echa algunas cucharadas de azúcar a su café mientras responde.

“No, ese era otro chico. Ese estaba bien, pero era demasiado bajito. Me gustan

los tipos altos, sabes, al menos unos centímetros más altos que yo si estoy en tacones. Sebastián vino después. Estaba a punto de caerme a la piscina cuando él

me rescato. ¡Tiene unos bíceps espectaculares!” Toma un sorbo de su café y resopla feliz. “Hace bastante ejercicio supongo”.

“¡Eso es genial Amaral!” Me sirvo una taza de café yo también, luego me subo

al sofá y me pongo cómoda.

“¿Lo es, cierto? Y no son solo sus bíceps los que son grandes, si sabes a lo que

me refiero. El tipo está bien dotado, y sabe muy bien cómo usar sus dotes.

Realmente usarlos. Ugh, había olvidado como se sentía hacer un buen ligue”.

Amaral parlotea un poco más sobre su nuevo chico enseñándome fotos en su teléfono, y se ve tan feliz que no la quiero interrumpir. Luego de un rato se detiene.

“Oh mi Dios”, dice con los ojos bien abiertos. “¡Olvide por completo preguntarte

sobre tus noticias! ¡Cuéntame que paso después que te fuiste!”

“Yo también conocí a alguien” le digo con timidez. Ella chilla y aplaude. “Él es... bueno, es bastante increíble también”.

Le cuento los detalles lentamente, pero por alguna razón siento que debería ignorar el hecho de que él es mucho mayor que yo. Creo que a Amaral no le gustaría, y no quiero que arruine mi estado de ánimo.

“¿Acaso él...?”

“Sí, lo hizo”, digo sonrojada. “¡Ya no soy virgen!”

“¡Eso es fantástico! Me alegra saber que fue con alguien increíble”, dice. “La primera vez debería ser especial ¿sabes? Deberías recordarlo con cariño, incluso

si el tipo que escogiste no es con el que te vas a casar”.

“Créeme, lo recordare”, le digo.

“¿Vas a verlo otra vez?”, pregunta. “Es decir, parece que hubo algunas chispas”.

“No lo creo...” Frunce el ceño y empiezo a explicarle. “No te preocupes, no es

como que él dijo que no ni nada por el estilo. Pero pensé que quizás nunca funcionaria. Solo estaremos aquí una semana, y... no tenemos muchas cosas en

común. Creo que queremos cosas diferentes en la vida”.

Amaral se ve completamente perpleja.

“No lo entiendo. Pensé que habías dicho que cuando sus labios y cuerpos se tocaron todo fluyo perfecto. No me digas que empezaste a hablar sobre tus planes y metas y todo eso en una noche de sexo casual, ¿o sí?”

“No te preocupes”, le digo. “Definitivamente no lo hice. No soy así de intensa.

Es solo que... Me pude dar cuenta por el lugar en donde vive”.

Eso es un poco cierto. Es decir, el tipo es un solterón sin duda. No había señales de que hubiese una mujer por ningún lado (sí, revisé), en ningún lugar de la casa por lo que pude ver. Todo era de madera, tonos oscuros y cuero varonil. Además,

había una foto de un bebé en la mesita al lado de su cama. La pequeña niña se veía adorable, con los ojos azules como su padre. Revise un par de veces, y no

había anillo, lo que quiere decir que es divorciado. Y fue ahí cuando me di cuenta que no podía ser algo más que cosa de una sola noche. Me encantan los

niños y los bebés, pero todavía soy estudiante. Por cómo se ven las cosas, Rai un hombre de negocios muy exitoso al menos una década mayor que yo y con su propia familia. Incluso si éramos compatibles físicamente, no lo seríamos emocionalmente.

No, es mejor dejar las cosas como están: una fantástica noche que me abrió los

ojos a una nueva manera de vivir. Fin de la historia.

“Oh Dani”, dice Amaral. “¡No te rindas tan rápido! Es decir, acabo de conocer a Sebastián y no sé lo que va a pasar, pero presiento que podría ser increíble, Así que voy a ver a donde me lleva todo esto. Quizás deberías hacer lo mismo”.

“Ya veremos. No le di mi número ni nada, no sé si podre encontrarlo de nuevo”.

Amaral se deja caer en el sofá, pero hay una pequeña sonrisa en sus labios.

“Entonces supongo que se lo dejaremos al destino ¿huh?”, dice. “Si está destinado a pasar, pasará. Estoy segura de eso”.

“Supongo”, le digo. “De todos modos, no nos preocupemos por eso ahora. Ya son las once y tenemos que salir pronto”.

“Buen punto”, dice saltando fuera del sofá. “Debería ducharme rápido. No puedo

lucir así para ir a ver a mi papá”.

Me levanto yo también. Definitivamente quiero secar mi cabello al menos, y arreglarme un poco. He ido a pijamadas cuando estaba más pequeña, pero esta es

la primera vez que me quedo en casa de alguien por tanto tiempo. Y según Amaral, la familia de su padre es millonaria y pertenecen a la clase alta.

Definitivamente quiero causar una buena impresión.

De vuelta en mi habitación, sacudo mis rizos negros. Seco mi cabello y queda con una suave onda debida a la trenza, lo suficiente para no verme demasiado simple. Me visto con un pantalón negro y un suéter verde oscuro que realza los

reflejos dorados de mis ojos. Se ve bien para mí, espero que sea lo

suficientemente bueno. Debido a mis curvas, tengo que trabajar muy duro para

no verme demasiado provocativa, la ropa suele apretarse alrededor de mis pechos y trasero. Finalmente doblo la bata, empaco todas mis cosas de nuevo y

salgo del hotel con Amaral.

Me dice que la casa de su padre no está tan lejos de aquí, y empezamos a conducir por las calles cercanas. Hay un poco de tráfico, pero no importa. Estoy

disfrutando mirar a la gente. Es sorprendente lo mucho que me siento atraída hacia la ciudad. Se siente todo muy vibrante, justo como me sentía esta mañana.

Incluso me pregunto si debería venir a estudiar medicina aquí. Siempre pensé que la ciudad de Sao Paulo sería demasiado intimidante, una idea que me transmitieron mis padres, ninguno de los dos ha salido nunca de nuestra pequeña

ciudad. Ahora, no estoy tan segura sobre eso.

Mis ojos reflejan un brillante destello verde, me enderezo en el asiento y echo mi cabeza hacia atrás. ¿Ese no era el dinosaurio que vi temprano?

Definitivamente

lo era. Y de repente veo el mismo letrero de la tienda de robots que vi temprano.

El corazón me late con fuerza, mi cuerpo de repente se encuentra muy alerta.

Me

doy cuenta que estamos regresando al departamento de Rai. Saco mi teléfono y

reviso. Sí, este es definitivamente el camino. Estoy irracionalmente satisfecha con esa idea. Si Amaral vive cerca ¿puede que me topé con él comprando café

en la mañana? Mi mente se imagina la escena, pensando como iríamos del café a

la cama. ¿Lo quisiera? ¡El calor ardiente dentro de mí me dice que sí! ¡Sí lo quisiera!

“Ya llegamos”, dice Amaral mientras gira en la esquina y el edificio de Rai aparece frente a mí. “La entrada al garaje está justo aquí”.

Mi corazón está el doble de acelerado.

“Espera. ¿Es aquí?” Pregunto.

“Sí”, responde. “¿Por qué?”

“Por nada”, digo rápidamente. “Pensé que tardaríamos más en llegar”.

“Yo también. Normalmente es así. No sé por qué está todo tan despejado hoy”.

Se encoge de hombros mientras conduce a su lugar en el estacionamiento

subterráneo. “Qué afortunada ¿huh?”

“Qué afortunadas”, digo ligeramente.

De repente mi fantasía de encontrarme a Rai pasa de imposible a posible, y mientras mi cuerpo lo celebra, mi cerebro sigue dudando. No tengo ni idea de lo

que hare si lo veo. ¿Qué pasa si ya no tenemos la misma química? ¿Qué pasa si

Amaral nos ve y lo desapueba? Más importante aún, ¿Cómo arreglare otra noche con él cuando solo he coqueteado un par de veces en mi vida?

Probablemente solo haga las cosas increíblemente incómodas. De repente, quedarme en mi habitación estudiando parece mucho atractivo.

Sacamos nuestras cosas del auto y ayudo a Amaral con una de sus maletas. El estacionamiento tiene dos elevadores, ella se dirige de inmediato al de la izquierda.

“Este es el del pent-house”, explica.

¿Acaso dijo pent-house? Mi cabeza no deja de dar vueltas. Es decir ¿no puede ser, cierto? No puede ser. Seguramente hay más de uno en el edificio. Trato de

hacer memoria, y definitivamente recuerdo haber bajado directo al lobby.

“¿Cuántos pent-house hay aquí?” Pregunto sin poder creerlo.

“Uno”, dice Amaral completamente ajena a mi ataque de pánico. “¿Por qué?”

“Por nada”, digo ligeramente.

¿Podría ser? Podría Rai ser... ¿El padre de Amaral? Intento recordar toda nuestra amistad. Creo que nunca he visto a su padre antes, aunque hubo una vez que él la

recogió en la universidad. Creo que yo estaba enferma ese día y no puedo recordar nada además de estar enterrada entre las sábanas. Su padre debe haberse

quedado dentro del auto. El miedo se apodera de mí. ¿Qué pasa si Amaral se entera? Es mi mejor amiga y no quiero perderla. Por favor, por favor, por favor

que Rai no sea su padre, pienso furiosamente mientras subimos al último piso.

¡Por favor que sea alguien más! ¡Por favor!

La puerta se abre lentamente y mi corazón se detiene.

6

Rai

No hay duda. A pesar de que ¿Ela/Daniela? Está ‘encubierta’, y se ha quitado todo el maquillaje de anoche remplazándolo por algo más discreto y fresco, es la

misma mujer. Los mismos labios irresistibles que saben más dulce que la miel.

Las mismas curvas voluptuosas que explore durante toda la noche. Sacudo mi cabeza, alejando esos pensamientos. No puedo dejar que Amaral se entere de esto. Hago a un lado mi sorpresa y mantengo una expresión completamente neutral mientras mi hija corre hacia mí para darme un abrazo.

“¡Hola papá!” me dice felizmente. “¡Eso huele delicioso!”

“Es tu favorito, camarones al ajillo”, le digo sin quitarle los ojos de encima a Ela/Daniela. Está muy sonrojada, sus ojos mirando a todos lados menos a mí.

Estoy pensando en nuestra conversación de anoche, o en la falta de eso honestamente. Estaba en un club así que al menos debe tener 21, pero eso no

mejora para nada las cosas. Estaba demasiado excitado por el hecho de que estaba con una virgen como para pensar en eso. Pero hay un problema más grande que la edad, y eso que hay una gran diferencia entre nosotros, es el hecho de que es la mejor amiga de mi hija. No quiero ni siquiera pensar en lo que haría Amaral si se enterara. Incluso cuando se ve como un ángel en mi puerta y mis

deseos de otra ronda podrían hacerse realidad, sé que no podemos hacer nada.

“Oh yum”, dice Amaral mientras corre a la cocina, dejándonos solos. “Estoy muerta de hambre”.

Gracias a dios mi hija se concentra demasiado en sí misma como para darse cuenta de lo que sucede a su alrededor. Miro a Ela y me alegra ver que ella tan

sorprendida como yo por nuestro repentino reencuentro. Es muy fácil leer las emociones en su rostro. Me doy cuenta que intenta mantener la calma, pero el lindo rubor en su rostro me dice que no lo está logrando. Me acerco un poco a ella, casi tocándola mientras respiro su aroma.

“Déjame ayudarte con las maletas”, le digo.

“Gracias”, responde. Tomo también el de Amaral y me dirijo a las habitaciones.

Están distribuidas de tal manera que la de Amaral es la primera en el pasillo, mientras que la habitación principal y la habitación de Ela están al final. Dejo el pesado equipaje de Amaral en su habitación y sigo caminando.

“Esta es la tuya”, le digo abriendo la puerta opuesta a la mía. “Amaral me comento que te gusta estudiar, así que pensé que necesitarías un escritorio en tu habitación”.

Puedo ver como traga con fuerza, su cuerpo calentándose con mi presencia. Me

siento jodidamente tentado de acercarme un poco más, de cubrir esos labios

con

los míos, pero incluso cuando mi hija no verá nada no puedo confiar en que no

me excitare demasiado. Ya hay demasiada tensión sexual, tanto calor entre nosotros que me sorprende que nuestras ropas no se estén quemando. Como si estuviese leyendo mi mente, los ojos de Ela se posan en la puerta doble.

“Esa es mi habitación”, digo con una voz más profunda de lo normal.

“Oh”, dice suavemente.

Intento recordarme a mí mismo por qué no puedo estar tocando su piel, la cosa

más suave que he tocado jamás. Honestamente no puedo recordarlo.

“Entonces tu nombre es Ela, ¿no es así?” Le pregunto.

“Es solo un apodo. N- no estaba segura de si debía usar mi nombre”.

“Confiaste lo suficiente en mí como para venir a mi casa conmigo, ¿pero no lo

suficiente para decirme tu nombre?” Pregunto irónicamente.

Me sonrío avergonzada.

“Un poco tonto ¿huh?” dice. “Lo siento. Creo que deberías llamarme Daniela”.

“No te preocupes por eso”, le digo. “Tampoco esperaba encontrarme contigo de

nuevo. Me gustaría charlar más, pero deberíamos regresar antes de que Amaral

nos encuentre”.

Camino hacia la cocina de nuevo, usando toda mi fuerza de voluntad para mantener la compostura. Amaral ya puso la mesa para nosotros y abrió una botella de vino. Me siento a la cabeza de la mesa. Amaral se sienta a mi derecha y Daniela se sienta al lado de ella, como si intentara poner algo de distancia entre nosotros.

“Oh cierto”, dice Amaral golpeando su cabeza con una mano. “Papá, esta es Daniela de la universidad. Dani, este es mi papá”.

“Llámame Rai”, digo tranquilamente, mis ojos puestos en Daniela mientras bebo

un poco de vino. “Y estoy muy contento de conocerte”.

“Igual yo”, dice suavemente.

Amaral comienza con su pasta, ignorante a las chispas que crecen entre nosotros.

Porque vaya que hay chispas. Verla ha despertado todo de nuevo, y es bueno que

haya una mesa en medio que oculte la erección que tengo por Daniela.

“¿Estarás muy ocupado esta vez de nuevo, papá?”, pregunta Amaral.

“Tendré que revisar. Hay algunos proyectos nuevos que vienen de Asia y debo mantener un ojo en ellos”.

“Eso está bien”, dice. “Dani y yo tenemos muchos planes, ¿cierto?”

“Sí y yo tengo muchas tareas que terminar”, dice Daniela con sus ojos apuntándome como dardos. Le sonrío sutilmente. No sé si me está diciendo a mí

que estará muy ocupada o si se lo está diciendo a ella misma.

“Amaral me comentó que quieres ser médico. ¿Has pensando en que te

quieres

especializar?”

Levanta la mirada, sorprendida de que sé eso sobre ella, pero realmente me da curiosidad. Después de todo es la mejor amiga de mi hija. Sería un padre terrible si no supiera con quien se está juntando mi hija.

“Cardiología”, dice. “Pero aún no decido si estaré en cirugía o no”.

“La abuela de Dani tiene problemas del corazón”, explica Amaral. “Los médicos

dijeron que no hay nada que podían hacer por ella, pero Dani quiere cambiar eso”.

Se sonroja.

“No es que piense que puedo curarla con solo ir a la escuela de medicina”, se apresura a decir. “Pero si estudio lo suficiente, quizás se me ocurra algo que pueda ayudar a otros a no perder a sus abuelas”.

Me sorprende que sea tan joven y tenga aspiraciones tan nobles. Es más madura

de lo que aparenta, y quizás por eso me siento tan atraído hacia ella.

“Creo que es una meta fantástica”, le digo. “Tal vez puedas pegarle algo de eso a Amaral”.

“De ninguna manera, papá”, dice Amaral riéndose. “¿Has visto mis notas?

Nunca entraría a la escuela de medicina”.

Amaral vierte un poco de vino en su copa.

“No significa que no puedas hacer la diferencia”, dice Daniela solemnemente.

“Creo que tienes un gran corazón, y con eso puedes hacer la diferencia”.

Amaral se sonroja levemente, pero puedo notar que las palabras de su amiga tienen un gran impacto. Quizás he sido demasiado duro con mi hija,

encasillándola con mis bajas expectativas y suposiciones sobre lo que hace. La disciplina pura y dura funciona para mí, pero quizás no funcione para mi hija.

Me sorprende esta epifanía, y es todo gracias a Daniela.

“Ella tiene razón”, le digo a mi hija. “No entiendo por qué necesitarías sacar todo con A. Hay mucha gente que simplemente sale de su casa y triunfa. Solo hay que tener determinación y trabajar duro”.

La sorpresa y el agradecimiento en el rostro de mi hija me dicen que voy por el

camino correcto.

“Bueno creo que nos divertiremos un poco antes de volver a los libros”, dice Amaral finalmente. “Si te parece bien papá, quería llevar a Dani por Jardins esta tarde”.

“Por supuesto”, le digo. “¿Qué viaje a Sao Paulo estaría completo sin visitar el

mejor lugar para ir de compras aquí?, que por cierto no tiene nada que envidiarle a la Quinta Avenida en Nueva York”

“Gracias papá”, responde con una sonrisa.

Amaral comienza a hablar sobre algunas cosas de la escuela, pero no estoy prestando mucha atención. Estoy concentrado en Daniela. Hoy lleva el cabello liso que cae suavemente alrededor de su rostro, haciendo que sus facciones se vean suaves y delicadas. En la brillante luz del día, usualmente encuentro que lo que sea que me atrajo sexualmente a una mujer se ha evaporado, pero me siento

más atraído hacia Daniela que nunca. La fuerza de atracción es abrumadora, y tengo que disculparme y alejarme de la cena con el pretexto de los negocios.

Pero si soy honesto, la distancia no me ayudará a olvidarme de ella. No cuando

no quiero hacerlo.

7

Daniela

Estamos en una hermosa y costosa tienda por departamentos en Jardins, el barrio más fashion de Sao Paulo. El interior es precioso, con un hermoso motivo

floral de primavera. Pareciera como si hubiesen traído cien arboles vivos al interior, enrollándose alrededor de las columnas de la tienda y llegando al cielo.

Pájaros, flores y frutas están distribuidos en todas las ramas, todo parece tan real que me sorprende no escuchar algún piar de los pájaros. Tan pronto entramos a

la tienda, un asistente de compras se acerca a darnos la bienvenida, haciendo la

cosa del doble beso europeo con Amaral. Se presenta a sí misma como Laura, la

asistente de compras de Amaral, y nos dirigimos a las suites privadas para tomar

té y galletas. Es increíble como tratan a Amaral como una princesa aquí.

Siempre he sabido que venimos de contextos distintos, pero es ahora que realmente noto la diferencia.

Pensé que revisaríamos los estantes y escogeríamos lo que nos gustara, pero no

hacemos tal cosa. En su lugar nos dirigimos a las elegantes áreas de los asistentes de compras de la tienda. Hay música jazz, luces suaves y sillas lujosas, y puedo entender por qué a Amaral le gusta venir aquí. Caminamos por el piso

blanco, con el sonido de los tacones resonando en el espacio. Hay una ventana

grande que deja pasar la luz, y una habitación privada del tamaño de nuestro dormitorio donde Amaral puede probarse vestidos con comodidad. Ya todo es de

su talla supongo, porque no veo nada extra. Laura también trajo una selección de

carteras y tacones que sacó del piso de ventas para que Amaral las inspeccione.

¡Hablemos de servicio!

“Y este, y este, este no, este sí...”

Amaral escoge un vestido fucsia brillante y se mira en el espejo.

“¿Qué te parece?”

“Genial”, le digo. “Pruébatelo”.

Amaral Asiente y la asistente de Laura lo lleva al probador.

“¿Qué las trae hoy con nosotros?” Pregunta Laura mientras se mueve con prisa alrededor de la habitación. Sus asistentes han sido enviadas a buscar más té y algunos vestidos que Amaral parece querer comprar hoy.

“Oh yo solo estoy de visita. Soy la mejor amiga y compañera de cuarto de Amaral en la universidad”, le digo. “Es mi primera vez en Sao Paulo”.

“¿Y qué tal te ha parecido hasta ahora?”, pregunta. “¿Es lo que esperabas que fuera?”

En lo absoluto, pienso para mí misma. ¡Definitivamente no tenía pensado acostarme con el padre de mi mejor amiga!

“Definitivamente estoy viviendo muchas experiencias nuevas”, digo finalmente,

lo cual al menos es cierto. “Creo que será una semana muy interesante”.

Amaral sale del probador, y nos damos la vuelta para concentrarnos en ella. Está

usando un hermoso vestido con volantes de colores que realmente realza sus largas piernas. Se dirige hacia el espejo con la cabeza un poco inclinada hacia un lado.

“¿Qué te parece?”, pregunta.

“Creo que te ves increíble”, le digo.

Laura sostiene un par de tacones negros con tachuelas y suela roja.

“Estos irán perfecto con eso”, le dice. “Resalta los volantes”.

“Ooooo”, dice Amaral con sus ojos iluminados. “¡Me encantan!”

Vuelve al probador para ponerse otro vestido, pero su teléfono vibra y se detiene para mirarlo. Un momento después levanta la mirada.

“Hey”, dice dudosa. “Sé que mañana iríamos a la Librería Cultura, pero Sebastián me acaba de decir que quiere verme otra vez. ¿Eso estaría bien?”

“Por supuesto”, le digo rápidamente. “Necesito ponerme al día con algunas lecturas de todas maneras”.

“Okay”, dice aliviada. Le responde rápidamente el mensaje, al verla tan emocionada sé que tome la decisión correcta. Es decir, no es como que algo fuese a pasar ¿cierto? Su papá estará trabajando todo el día, así que no es como

que lo veré demasiado ni nada de eso. ¿Cierto?

La siguiente hora se pasa como una neblina mientras Amaral se prueba más y

más cosas. Vestidos, chaquetas, jeans, camisas, todo lo que pueda imaginar. No

es de extrañar que regrese con un nuevo guardarropa cada vez que viene a Sao

Paulo. Laura es genial en lo que hace, sugiriendo los accesorios correctos para combinar con los atuendos, nunca presionando demasiado, pero siempre

diciendo lo correcto. Estoy realmente impresionada de lo bien que hace su trabajo. Para cuando ha terminado, creo que Amaral ha gastado más de \$10,000

dólares, además de que todo se lo lleva el valet para que no tengamos que lidiar

con las bolsas. Una vez que nos despedimos de Laura, nos dirigimos a la cafetería para sentarnos un rato y relajarnos con una taza de café.

“Así que cuéntame, ¿has pensando un poco en tu tipo misterioso? ¿Algo que recuerdes que pueda ayudarnos a saber quién es?” Pregunto Amaral.

Creo que todavía se siente culpable por dejarme por Sebastián, pero

honestamente no me importa. Estoy feliz que al menos una de nosotras este sacando algo bueno de todo esto. Nunca le negaría algo de felicidad a mi mejor

amiga. ¿Estoy celosa? Un poco, pero no es culpa de Amaral.

“No”, le digo odiando el hecho que tengo que mentir. “Era solo un hombre sexy

con traje. Hay muchos de esos en Sao Paulo”.

“Tienes razón”, dice Amaral. “Pero aun así me hubiese gustado que le dejaras tu

numero o algo”. Quiero decir, todo sonaba como si ustedes hubieran quedado atrapados en una casa en llamas. Y me parece que es una lástima que todo terminara antes de comenzar”.

Sus palabras dan en el clavo, pero ya no quiero hablar al respecto porque me puedo sentir tentada de contarle todo. Sé que no ayudaría en nada si lo hiciera,

eso solo complicaría más las cosas, y el alivio temporal de contarle a mi mejor

amiga la verdad sería remplazado por la pérdida de una amistad. Sin mencionar

el hecho de que Amaral nunca perdonaría a su papá. Estaría devastada si arruino

esa relación de alguna manera. En el poco tiempo que estuvimos en el departamento, pude notar que realmente la quiere.

“A veces así es como es”, digo tan suavemente como puedo. “Es decir, esa es casi la definición de sexo casual. Creo que tú y Sebastián son la excepción aquí”.

Amaral se ilumina cuando menciono a Sebastián y empieza a contarme a donde

irán en su cita, nuestra conversación se mueve a aguas más seguras. Con suerte

esta será la última vez que mencione a su papá, porque no creo que pueda soportarlo más. Siempre he sido una mentirosa terrible, y Amaral es muy buena

para ver a través de mí. La única razón por la cual no lo ha hecho es porque

está muy distraída con su nuevo chico. Yo desearía poder estarlo también.

Estoy moviéndome y dando vueltas, pero no es por culpa de la cama. No, la cama es perfecta, con muchas almohadas esponjosas y las más suaves sábanas.

La razón por la cual no puedo dormir es porque no dejo de pensar que Rai está

en la habitación de al lado, la habitación donde me quito la virginidad. Mi memoria está haciendo un buen trabajo, la imagen de él sobre mí, poderoso, fuerte y sexy, la sensación de nuestros cuerpos uniéndose, el olor de nosotros mezclándose en el aire mientras jadeo intentando respirar.

Dios, ¿por qué permitimos que pasara esto? Se supone que solo sería sexo casual. Miles de personas lo tienen cada año, y cada quien se va feliz por su camino. ¿Por qué no pudo haber sido así para mí? En lugar de eso, no solo me

encuentro con Rai de nuevo, si no que estoy aquí con él por una semana entera.

No sé cómo se supone que podré sobrevivir una noche luego de todos los placeres que me dio la última vez. Podía sentir como perdía el control, y no me

gustó eso. Estaba acostumbrada a ser bastante predecible, a saber justo como me

siento y lo que voy a hacer. Esta necesidad por tenerlo me está volviendo loca.

Cómo Amaral no se dio cuenta de que algo pasaba entre su papá y yo es algo que me supera.

“No tiene sentido”, digo con los ojos abiertos y aparto las cobijas. “Nunca voy a lograr dormir a este paso”.

Todo mi cuerpo está cálido, cada célula de mi cuerpo consciente de que Rai está

a unos pocos metros de distancia, Ugh. No puedo creer que quedé tan colgada con solo una noche de sexo casual, incluso cuando él es devastadoramente guapo.

“Y también es el padre de tu mejor amiga”, susurro mientras salgo de la cama.

“Eso debería significar algo para ti”.

Desafortunadamente, en lugar de sentirme asqueada, la naturaleza prohibida de

todo el asunto me hace desearlo más. ¡¿Qué clase de amiga soy?! Intento despejar mis pensamientos. Quizás lo que necesito es un vaso de agua fría. Abro

la puerta y salgo al departamento. Es tarde, casi medianoche, ya Amaral tiene que haberse ido a dormir. Imagino que su padre también, pero cuando salgo al pasillo, lo veo en el sofá leyendo algo en su iPad.

“Oh hola”, digo torpemente.

“Daniela”, dice. “Estas despierta hasta tarde”.

Está usando una camiseta, una que muestra sus brazos bronceados, y unos pantalones de pijama a cuadros que no hacen nada para ocultar la silueta de su

pene contra su muslo. Mis mejillas me queman y aparto la mirada, pero no sin

antes ver su sonrisa divertida. Intento apurarme a la cocina. Normalmente estaría admirando los electrodomésticos de acero inoxidable y los hermosos detalles, pero no le estoy prestando atención a nada de eso. No puedo creer

que me atrapó

observándolo. Iba a hacer una rápida retirada, pero no me había dado cuenta que

no sé dónde están las cosas aquí.

“¿Qué estás buscando?” Pregunta Rai con su sexy voz, casi matándome del susto.

“Solo un vaso”, le digo tratando de parecer despreocupada.

¿Oh a quien intento engañar? No hay manera de que no sepa que me estoy volviendo loca por él. Mis pezones ya están duros debajo de mi camiseta, rogando ser acariciados.

Se inclina sobre mí, abre un gabinete y ahí están. Toma uno y me lo pasa.

Nuestras manos se tocan por un momento y me alejo de repente, el contacto casi

me quema la piel.

“Gracias”, logro decir.

“¿Tienes problemas para dormir?”, pregunta inclinándose sobre la encimera de granito.

“Solo un poco. Es por las luces”, explico débilmente.

“Tenemos persianas oscuras”, dice. “Debería haber un control remoto en la canasta”.

“Oh. Cierto. Gracias”, le digo.

Debería irme, regresar a mi habitación como una chica buena y olvidarme de Rai. En lugar de eso, me quedo mientras bebo el agua. Esto es una mala señal,

pienso para mí misma. Pero por primera vez no estoy escuchándome. Mis ojos

siguen revoloteando, lanzándole miradas furtivas, ese cuerpo alto y viril, esos músculos, ese cuerpo de atleta incluso cuando es tan viejo como mi padre. Es realmente increíble, y no es de sorprender que me termine enamorando de él incluso cuando es mucho mayor que yo. Lo único que lo delata son algunas arrugas alrededor de los ojos, pero se lo atribuyo a simples líneas de expresión.

Por dios, ni siquiera yo podía seguirle el ritmo. Siento que me sonrojo mientras

recuerdo cuantas veces lo hicimos, intentando darle sentido a todo. No debería involucrarme con él, no debería desearlo y sin embargo el hormigueo en mi vagina es innegable. La manera en la que mi cuerpo y mis ojos se sienten atraídos por Rai como por una fuerza magnética es imposible de detener.

Dejo el vaso en el fregadero. Debería irme. Junto toda mi fuerza, pero cuando me doy la vuelta, estoy acorralada contra el mostrador.

“¿Qué estás haciendo?”

“Algo en lo que he estado pensando todo el día”, dice levantando mi mentón hacia él.

“Espera”, tartamudeo lamiendo mis labios secos.

Se detiene.

“No- no deberíamos”, digo sonando mucho más débil de lo que debería.

“¿Estás saliendo con alguien?”, pregunta.

La pregunta me toma desprevenida.

“No”.

“Yo tampoco, y puedo notar”, dice con sus ojos fijos en mí, “que quieres esto tanto como yo”.

Trago con fuerza, mi cuerpo me está traicionando. Estoy reaccionando a su dominio y él se da cuenta.

“Pero esto no...”

¿Qué estaba diciendo de todas maneras? Es decir, es obvio que lo deseo. Se lo

demonstré muchas veces anoche, cuando dejé que me hiciera suya una y otra vez.

Todavía lo deseo, mi cuerpo se calienta con su presencia, mi vagina se humedece, mis pezones como piedras detrás de la camisa ligera que uso para dormir. Era tan grande y satisfactorio, y logró que me mojara completa un millón

de veces. ¿Qué tiene de malo que nos satisfagamos un poco antes de tomar caminos separados? Vamos a pasar una semana bajo el mismo techo, así que es

inevitable.

“Tiene que ser un secreto”, susurro, mi última defensa cayendo ante su presencia. Me empuja más fuerte contra la encimera, su erección presionándose

contra mí. Escucho un leve gemido que me dice lo mucho que desea esto también. Genial, pienso con lo que queda de mi cerebro. Al menos estamos a mano.

“Solo por esta semana”, dice con voz ronca.

Algo hace clic cuando Rai me besa, nuestros labios acariciándose. Debería separarlo, debería estar diciendo que no, pero no puedo. Se siente tan bien estar en sus brazos, estar tocándolo de nuevo. Lo saboreo de nuevo, mi lengua roza sus labios antes de que nuestras lenguas se junten. Su cuerpo es

cálido y fuerte, y mis manos lo tocan por todas partes, me siento desesperada por sentirlo contra mí de nuevo. Estoy temblando en sus brazos, lo deseo demasiado.

“¿Qué sucede?”, pregunta.

“Nada”, susurro. “Nada está mal ahora”.

Me besa de nuevo, sus labios despertando la excitación en mi interior. Quiero sentirlo completo contra mí. Su pene se empuja contra mi estómago, separándonos un poco de lo duro que está.

“Vamos”, dice. “No aquí”.

Pasamos rápidamente por la puerta de Amaral y nos dirigimos a su habitación.

Cierra la puerta con cuidado, y luego sus manos están enredadas en mi cabello,

en mis hombros, en mis pechos, reclamándome nuevamente para él, dejando claro que soy suya. Mi vagina tiembla, en anticipación de tener a Rai de nuevo.

Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, su deseo por mí. Me empuja hacia

la cama y se va detrás de mí, acorralándome sobre su suave colchón. Noto que

hay sábanas nuevas.

“He estado soñando con esto todo el día”, dice con una voz llena de excitación.

“Yo también”, le digo.

Rai se quita la camiseta, revelando sus músculos bronceados que no puedo

evitar

tocar. Me quita la camiseta y los shorts, y estoy completamente desnuda en su cama de nuevo. Su lengua rodea mis pezones, volviendo las puntas muy duras.

Gimo suavemente, empujando más mis pechos a su boca. Su mano juguetea con

su mi otro pezón, enviando placer a cada rincón de mi cuerpo. Su boca es mágica. Tiene que serlo, pienso mientras cambia de posición. Mis pechos se sienten pesados y llenos, mis pezones adoloridos hormigueando bajo su tacto.

Mi vagina se aprieta con necesidad, enviando salpicaduras de fluido a la cama.

Estoy en otro mundo, envuelta en una felicidad que ni siquiera me importa.

“Necesito probarte de nuevo, cariño”, gruñe. “Quiero hacerte sentir bien, tengo

que probarte de nuevo”.

“Sí”, le digo, mis manos enrollándose en el edredón. “Sí”.

La boca de Rai se mueve hacia abajo, su lengua va dejando patrones a través de

mi piel cálida. Mi vagina está rosada e hinchada, la sombra se hace más profunda mientras él abre mis pliegues con sus dedos. Se inclina hacia abajo, su

lengua moviéndose de arriba a abajo, chupando suavemente mi clítoris, la pequeña bolita de nervios palpitado de necesidad. Su boca caliente se siente como terciopelo contra mi vagina, y estoy jadeando mientras recorre cada centímetro de mi cuerpo, lento, rápido, duro y suave. Cierro los ojos, el calor

ardiente creciendo dentro de mí, ese delicioso sentimiento de felicidad desencadenado gracias a la boca de Rai.

Dejo que tome el control, deleitándome con la sensación de dejar que Rai haga

lo que quiera conmigo. Mi cuerpo grita ser liberado, sus dedos deslizándose dentro de mí, preparándome para él. Cada vez más y más rápido, el deseo crece

dentro de mí como un espiral que finalmente explota en todas las direcciones, llenándome de éxtasis. Mi vagina se aprieta alrededor de sus dedos, mis caderas

empujándose contra su rostro mientras mi cuerpo libera un torrente de fluidos.

Puedo sentir como su lengua lo saca de mi vagina, rozando mi clítoris y enviando escalofríos por todo mi cuerpo.

“Podría acostumbrarme a esto”, susurro.

Espero que se posicione entre mis piernas, pero Rai parece tener otros planes.

“Arrodíllate”, demanda. “Te quiero frente a la cabecera”.

Hago lo que dice, mis manos agarrándose con fuerza a la madera. Siento su pene

detrás de mí, su punta empujando sobre mi trasero. Doy un salto del susto y él se ríe.

“No te preocupes”, dice. “No voy a ponerlo ahí. Soy demasiado grueso”.

Me estremezco al pensar lo que eso podría implicar. Rai me besa el cuello, su aliento caliente hormiguea contra mi oreja. Echo mi cabeza hacia atrás y la apoyo en su pecho, dándole más acceso a lo que quiera. Sus manos aprietan mis

pechos, pellizcando mis pezones distendidos. Puedo sentir su pene deslizándose

en mi vagina, mi chorrito de fluido lubricando su gran miembro. Mueve su pene

de adelante hacia atrás, sus diez centímetros apareciendo y desapareciendo entre

mis labios. Cada embestida roza mi clítoris palpitante e hinchado, suspiro, derritiéndome en los brazos de este hombre. Puedo ver la cabeza de su pene rosada y brillante, untando sus fluidos en mis muslos.

Y luego con un suave movimiento entra en mi vagina rompiéndome por completo, como si estuviese ensartándome en su pene. Su otra mano empujándome hacia abajo entre mis omoplatos, aumentando el ángulo y dejándolo llegar más profundo dentro de mí. Mi boca está abierta en una gran

‘O’ mientras él se retira un poco y entra de nuevo. Sus manos aprietan con fuerza mis caderas, sosteniéndome firme mientras me folla profundamente y con

poderosas embestidas, haciendo que mi cuerpo tiemble. Mi vagina se moja más con cada penetración, cada vez más llena del pene de Rai. El placer explota dentro de mí cada vez que su pene toca mi lugar secreto, jadeo en busca de aire.

Nuestros cuerpos hacen fuertes ruidos obscenos mientras nos unimos, y por un

segundo pienso en Amaral, pero luego otra penetración llena mi mente de placer

y me olvido del asunto. Me dejo caer, la cabeza se siente pesada contra la almohada, dejándolo llegar más profundo dentro de mí.

“Si, joder”, dice Rai con los dientes apretados. “Me encanta ver como tu vagina

toma mi pene”.

Gimo contra las sábanas, usándolas para amortiguar mis gritos mientras me estiro alrededor de su pene. Mi respiración es superficial, estoy cerca, muy cerca.

Mis piernas tiemblan, no sé si me mantengo en posición vertical por mi cuenta o

por el fuerte agarre de Rai en mis caderas. Me penetra una y otra vez, mis pezones rozan la cama, la fricción añade un elemento extra de placer.

Se desliza dentro y fuera de mí, llenándome por completo. Con cada penetración

me aprieto más alrededor de él, mis paredes no están dispuestas a dejarlo ir. Lo

escucho maldecir y me hace sentir muy bien saber que está tan cerca como yo.

El pene de Rai me levanta más y más, el placer destrozando cualquier rastro de

pensamiento en mi mente. Lo único en lo que puedo pensar es en Rai dentro de

mí. Sus penetraciones se vuelven más cortas, se me hace cada vez más difícil sacarlo de mí; pone sus manos en mi clítoris de nuevo acariciándolo con fuerza y

mi mundo explota, siento que estoy cayendo y cayendo, mi cuerpo hundido en éxtasis como nunca antes.

Rai me folla profundamente una última vez, mordiéndome mientras lo siento explotar dejando todo su semen dentro de mí. Poseyéndome por completo.

Puedo sentir como me llena, cálido y pegajoso, marcándome con su semen. Mi

vagina se aferra más a él, tirándolo hacia dentro, sin soltarlo hasta que haya recibido la última gota.

Él cae a un lado de la cama y nos acurrucamos. Me encanta que siga dentro de

mí, que no me deje ir incluso cuando ya está satisfecho. Como si fuera más que

solo sexo. Rai me besa suavemente el cuello, mi cuerpo entero se relaja en la seguridad de sus brazos.

Debería ir por el Plan B mañana, pienso mientras me voy quedando dormida.

8

Rai

Las nubes sobre la ciudad finalmente dejaron caer la lluvia durante la noche, amenazando con arruinar nuestro último día juntos. Pero cuando despierto en la

mañana el sol está brillando, y no lo hubiese sabido si no fuera por los pequeños charcos en la calle. Para cuando despierto ya Amaral ha dejado el departamento

y cuando entro a la cocina encuentro a Daniela preparando el desayuno.

“Buenos días”, dice, solo está usando un delantal. “Estoy haciendo panqueques

de arándanos”.

“Mi segundo desayuno favorito”, le digo metiendo mis manos debajo del delantal para tocar sus pechos. “Tú eres el primero”.

Se ríe y acaricia mi mano.

“Oh vamos”, dice. “Me prometiste un día completo de turismo”.

“Así fue ¿cierto?”, sacando mis manos del delantal.

Daniela sirve otro panqueque en un plato y me lo pasa.

“Vamos”, dice. “Come. Estoy emocionada por salir de la casa”.

“Pensé que lo estabas disfrutando”, le digo mientras dejo el plato en la mesa
y

me sirvo una taza de café.

“Lo estoy”, dice sonrojada. “Pero estoy un poco adolorida y me vendría bien un
un

descanso, al menos hasta esta noche”.

Tiene razón. Amaral está muy ocupada poniéndose al día con sus amigos, así
que Daniela y yo tenemos mucho tiempo juntos. Hemos estado follando
como conejos en toda la casa, a cada hora, tan seguido como podemos.
Parecemos no

tener suficiente del otro, y he descubierto que no hay nada que disfrute más
que

verla llegar al límite del placer, ver como dice mi nombre entre jadeos,
gritando

una y otra vez, mi pene hundiéndose en sus suaves pliegues y mi fuerte
cuerpo presionado contra el suyo. La manera en la que acaba, temblando y
apretando, tomándolo todo de mí dentro de ella, como si no pudiese vivir sin
mi pene. No

hay otra manera de describirlo.

He decidido tomar vacaciones del trabajo, las primeras en años. Creo que mi
secretaria casi se cae de su silla cuando la llamo para decirle que faltaría a la
oficina por una semana. Porque es cierto, lo admito, yo era uno de esos

hombres

que comía, dormía y respiraba por su trabajo, mi cerebro siempre concentrado en

la próxima gran inversión, viendo como crecían los números, inquieto e

insatisfecho con mi éxito, pero aun así encadenado al trabajo. Pero Daniela es un respiro de aire fresco, un descanso inesperado que no sabía que necesitaba hasta

que lo tuve.

Me siento un poco culpable de que sea la amiga de mi hija, y he pasado más tiempo con ella que con Amaral, pero luego la miro, veo esos hermosos ojos color avellana, su piel brillante por el orgasmo que acabo de darle y vuelvo a ceder. Me doy cuenta que ella también lo siente, esa sensación de perfección entre nosotros. La química chispeante que crece cada vez que estamos en la misma habitación, se siente tan bien que no puedo negarlo. Ninguno de nosotros

puede.

Así que cuando Daniela me dijo que no ha visto Sao Paulo como le gustaría, sabía lo que tenía que hacer. Propuse que nuestro último día juntos lo pasáramos

fuera de casa, y así conociera la ciudad con un Paulista de verdad. Tan pronto lo sugerí supe que había tomado la decisión correcta porque ella me dio una sonrisa

tan grande y brillante que quiero recordarla para siempre.

La ciudad de Sao Paulo es para ser recorrida en unos cuantos días, pero hice lo

mejor que pude, llevando a Daniela a cada sitio que quería ir. Y fue maravilloso

ver la ciudad a través de los ojos de ella. Mientras recorría la ciudad junto a ella me di cuenta de lo cansado y aburrido que estoy de la vida, como todo se volvió

gris hasta que ella llegó. Aunque tenemos un auto, la mejor manera de recorrer la ciudad y entenderla es caminando. Así que, por primera vez en mucho tiempo, eso es lo que hicimos. Pero para el final de la tarde pude notar que ella estaba empezando a cansarse. No la culpo por eso.

“Tengo una última cosa que mostrarte”, le digo.

“¿Qué cosa?”, me pregunta.

“Una de mis partes favoritas de la ciudad que muchos turistas no tienen tiempo

de ver”, le digo.

El parque Ibirapuera considerado el Central Park de Latinoamérica, aquí converge la naturaleza, la arquitectura y las actividades recreativas y culturales.

Hay algo especial en caminar a través de sus senderos por las tardes, para llegar a un parque con árboles, césped, plantas y todo por encima del cielo. Andamos a

lo largo de la arboleda, las hojas cayendo mientras caminamos.

“Esto es increíble”, dice Daniela suavemente. “Jamás imagine que un bosque podía existir aquí arriba”.

“¿Lo es, cierto? Todo esto estaba abandonado y deteriorado. Nuestra familia ayudo a recolectar los \$150 millones que hacían falta para convertir este lugar en un oasis verde”.

Llegamos hasta un banco y nos sentamos para disfrutar un poco de las rosas y el

verde a nuestro alrededor.

“Creo que esto es increíble”, dice Daniela suavemente. “Creo que a mi abuela le

hubiese encantado ver esto ¿sabes? Es una ávida jardinera”.

“¿La misma abuela que tiene problemas del corazón?”

Asiente con firmeza.

“Así es. Ella me enseñó como cultivar un jardín. Solía tener las mejores rosas del vecindario. Creo que incluso ganó concursos con ellas. Y su patio trasero era perfecto para una niña pequeña. Parecía una tierra de hadas o un jardín secreto

por todos los caminitos y flores que había por todas partes”.

La mirada de Daniela está fija en la distancia, y tiene una sonrisa triste en su rostro.

“Mi abuela me crio ¿sabes?”, dice mirándome. “Mis padres siempre estaban trabajando así que estaba siempre en su casa. Hasta que enfermó. Ahora no puede salir de la casa y su jardín ha desaparecido. Tomado por la maleza. Hice lo que pude por mantener las cosas arregladas, pero es casi un trabajo de tiempo

completo. Cuando se enfermó, no pudo seguir cuidando de mí. Era muy difícil seguirle el ritmo a una niña con demasiada energía, haciendo volteretas por todos lados. A veces pienso que por eso me concentro tanto en el orden y la planificación. Su enfermedad fue demasiado repentina, y de la noche a la mañana fue como si ella se hubiese desvanecido. Eso- eso tuvo un gran impacto

en mí”.

“Lo entiendo. Antes de irme a la universidad era bastante alocado. De hecho, Amaral probablemente sacó todo eso de mí. Una vez que llegué a la universidad

tuve que enderezarme. Mi padre me amenazó con dejarme sin nada si no lo hacía. Hice un cambio de 180 grados, pero tuvo un gran costo. A veces me pregunto si puedo soltar un poco, relajarme ahora que he llegado a mi meta, pero

he estado por el camino recto por tanto tiempo que si me desvíó un poco...”

Me detengo. La epifanía me ha llegado de la nada, pero explica muchas cosas.

Es decir, hace más de diez años que no tomo vacaciones. He estado demasiado

ocupado saltando de un proyecto a otro, sin parar, sin considerar alternativas. Y

eso me costó mi familia, mis relaciones, todo lo que tenía. El hecho de que Daniela me haya ayudado a darme cuenta de todo con tanta facilidad, es sorprendente incluso para mí.

“Bueno”, dice suavemente. “Si nunca me hubiese soltado un poco, nunca hubiese estado en el club aquella noche. No nos hubiésemos conocido”.

“Ah sobre eso”, murmuro. “Todavía no sé qué voy a hacer con Amaral. Me mintió”.

“Además tiene veintiuno y puede hacer lo que quiera”, me recuerda Daniela. “Y

si intentas acorralarla, tendrás que contarle lo de nosotros”.

Tiene razón, pero aun así me desespera. No puedo evitarlo. Puede que no haya

estado ahí para ella cuando era más joven, pero quiero estarlo ahora, lo que quiere decir que tengo que ser un padre. No estaba listo para ser padre a los veintitrés, algo de lo que me arrepentiré para siempre. Que no fui capaz de

estar ahí para mi hija.

“Quizás lo haga”, digo bruscamente, pero sé que eso no sucederá. No importa cuánto me guste pasar tiempo con Daniela. Lo hago, disfruto el tiempo que paso

con ella, me doy cuenta de repente. La he pasado mejor esta semana que en años.

Pasando mi tiempo con esta hermosa mujer, dentro y fuera de la cama. Lo que

siento por Daniela es complicado, demasiado complicado como para pensar en eso ahora.

Y luego para completar la situación, levanto la mirada y veo un rostro conocido,

mi COO caminando hacia nosotros. ¿Qué probabilidades hay que en una ciudad

de millones ambos estemos paseando por el mismo parque? Mierda. No puedo dejar que las personas con las que trabajo me vean con una mujer tan joven, eso

correría el chisme por todos lados. Sé lo que va a decir la gente, y hay muchos a los que les gustaría ver fracasar a mi compañía y así robarse todos nuestros clientes. Daniela se levanta, curiosa.

“¿Qué sucede? Parece que hubieses visto a un fantasma”.

“Ningún fantasma”, digo rápidamente. “Pero me acabo de dar cuenta que vamos

a llegar tarde a nuestro paseo en helicóptero”.

“¡¿Helicóptero?!”, exclama. “¿De verdad?”

Pongo mi mano sobre su espalda y la guio por el camino.

“Pensé que sería la manera perfecta de terminar el día. Podemos volar a todos lados, la catedral metropolitana, el edificio Italia, pasar el puente Octavio Faria de Oliveira y sobrevolar un par de edificios más. Un vuelo privado solo para nosotros”.

Daniela escucha cautivada, y echo una mirada hacia atrás. El tipo se ha detenido, está ocupado tomándose fotos con una mujer india. Luego me doy cuenta que mi

COO está casado con una pelirroja, y que ese debe ser alguien más. Supongo que

mi pánico de ser descubierto me jugó una mala pasada.

Una cosa es segura, pienso mientras caminamos a los elevadores que nos llevaran a la calle. No importa cuánto me guste pasar tiempo con Daniela, la verdad de todo este asunto es que las cosas nunca funcionarían entre nosotros. Es mejor no alimentar el pensamiento de que pueda pasar algo más, no si quiero proteger todo lo que he logrado.

9

Daniela

El día fue perfecto, de eso no hay duda. Rai planeo todo a la perfección, desde la mañana hasta la noche. Y si no fuera porque Amaral se nos unió para

cenar, diría que fue la cita más romántica que he tenido jamás. Porque fue romántico, en especial cuando estábamos juntos en la parte de atrás del helicóptero, disfrutando de la vista de Sao Paulo al atardecer, tan cerca de los edificios que casi podía tocarlos. Fue todo mágico y perfecto. E incluso cuando

estábamos usando audífonos y el ruido de las hélices era muy fuerte, no hacían

falta las palabras.

Rai sostuvo mi mano con firmeza, protegiéndome incluso arriba en el cielo.

Pero ahora todo está terminando. Hoy es nuestra última noche juntos. La última

vez que esperare a que sea medianoche para entrar en su habitación. La última

vez que estaré en sus brazos completamente en paz. Me da un poco de miedo, pero sé que me tengo que ir. No hay forma de que pierda una oportunidad de estar con Rai una vez más. Por ninguna razón, por ningún tipo de dolor agri dulce.

Hoy me he vestido especialmente para él, con un conjunto de encaje blanco que

sé que le gustará. Lo escogí cuando Amaral y yo estábamos en Saks,

escondiéndolo debajo de sus narices cuando estaba demasiado ocupada con su asistente de compras. Me costó un sueldo completo, pero quería algo que realmente sorprendiera a Rai.

Parpadeo con fuerza mientras tomo el pomo de la puerta. No puedo creer que de

verdad se haya terminado. La semana se fue volando muy rápido. Mi cuerpo entero tiembla de emoción. De alguna manera, en medio de todo el fantástico sexo, me enamore de este hombre mayor, del padre de mi mejor amiga, del único

hombre que no puedo tener. Rai es fuerte y dedicado, el mismo tipo de persona

que soy yo, y además es atento. Me abrió los ojos a este nuevo mundo, a esta nueva manera de experimentar las cosas, y durante todo el trayecto se ha concentrado en mí. Ningún hombre me ha tratado tan maravillosamente como él,

ninguno me ha adorado tan bien como él,

Quiero preguntar por nosotros, sobre si tenemos o no un futuro, pero en el fondo ya sé la respuesta. Traerlo a colación sería romperme un poco más el corazón.

No, mejor no pensar en eso en lo absoluto. Respiro profundamente, enderezó mis hombros y abro la puerta. No voy a dejar que mis sentimientos se metan en

el medio esta noche. No arruinare esto.

La puerta se abre antes de que termine de girar el pomo, y Rai me hace entrar en

la habitación. Supongo que estaba esperándome y escuchó cuando cerré mi puerta. Las luces están bajas, dándole un suave resplandor a todo en la habitación. Tan pronto paso por la puerta Rai está encima de mí, sus labios contra los míos. Estoy inhalándolo por completo, una de mis cosas favoritas de

hacer. No trae puesta una camiseta y se ve increíble, mi cuerpo aplastado contra

sus músculos. Me besa con fuerza y hambre, hay una intensidad en el beso que

me dice que él también sabe que es nuestra última vez juntos. Nuestras lenguas

se juntan, él se separa y besa y succiona mi cuello.

“Ohhhhhh”, susurro en voz baja.

Mi cuerpo entero concentrado en cada lugar que su boca toca, cada mordida y lamida despertando a mi vagina que ya se está contrayendo, lubricándose, preparándose para él. Su lengua baila sobre mi clavícula, luego aparta mi kimono revelando mi conjunto de encaje. Mis pezones ya sobresalen contra la tela. Mi respiración se vuelve pesada por la excitación, mis ojos mirando el techo mientras él me quita el brasier y chupa uno de mis pezones. Bueno, eso

no

duro demasiado. Quizás para la próxima no deba molestarme comprando lencería.

“Amo chupar estos”, murmura mientras cambia para acariciar mi otro pecho con

su boca. “Son perfectos”.

Empujo más mis pechos hacia él, la succión se siente tan bien, tan increíble que

estoy gimiendo de necesidad. Mis caderas giran hasta encontrar su pene, la fuente de todo mi placer. Presiona su miembro contra mis pantis mojadas, la fricción contra mi clítoris hinchado haciéndome perder el sentido. Empieza a bajar y bajar por mi cuerpo, pero lo detengo.

“Espera”, le digo. “Déjame complacerte a ti también”.

Rai se detiene por un momento, sus ojos se ven más oscuros de lo normal, tan nublados de deseo que no hace falta mucho convencimiento. Me besa de nuevo,

llevándonos hasta la cama. Voy bajado por sus firmes abdominales justo como él lo hace conmigo antes de llegar a sus pantalones. Le quito los pantalones y su pene se libera, grueso como el tronco de un árbol. A pesar de que todavía soy nueva en esto de dar mamadas, soy una aprendiz entusiasta.

Lamo mis labios y me acerco con cuidado. Su miembro palpita en mis pequeños

dedos, mientras acerca la cabeza hasta mis labios. Sin importar cuanto lo intente, no logro acariciarlo por completo. Su miembro es demasiado grueso y está goteando con lujuria. Le doy a su pene un pequeño estirón, extendiéndolo bajo

mis manos. Mi vagina palpita mientras me tomo mi tiempo para mirarlo con atención, para imprimirlo en mi mente para siempre. Cuando lentamente pongo

mis labios sobre la punta de su pene, Rai sisea de placer, los músculos de su pierna parecen saltar.

Succiono lentamente, mi lengua acariciando la punta más sensible. No puedo llegar demasiado lejos, a penas hasta la mitad, hasta que tengo que parar y regresar. Todo su cuerpo se estremece, chupo con fuerza mientras voy bajando por su miembro. Mi lengua toca la parte trasera de su pene, sobre las gruesas venas que me hacen gritar del placer cada noche, mientras voy subiendo de nuevo. Esta vez cuando lo llevo a mi boca, lo empujo hasta el final, hasta que toca mi garganta, sus músculos convulsionan mientras acaricio la gruesa cabeza.

Puedo sentir el sabor salado de su líquido pre seminal cayendo por mi garganta.

“Mierda, mierda, mierda”, sisea mientras aprieta mi cabello con su mano.
“Justo

así Daniela”.

Hago un gran esfuerzo, mis manos se mueven al ritmo de mi boca, chupando y

lamiendo su delicioso pene. Puedo sentir como sus bolas se tensan, sé que está

cerca del éxtasis y cuando empuja mi cabeza hacia abajo, follándose en mi boca

y bajando las caderas, sé que está a punto de explotar. El semen empieza a deslizarse por mi garganta, chorro tras chorro, mientras lo trago vorazmente.

Hay tanto que se sale de mi boca, un pegajoso hilo blanco que tengo que limpiarme con el dedo.

Pero Rai nunca ha sido un hombre de conformarse con una sola vez.

“Hagamos algo diferente hoy”, dice.

“¿Qué tienes en mente?”

“Estaba pensando que podíamos usar el jacuzzi. Nunca lo he encontrado muy útil, pero creo que te gustaran los chorros de agua”, dice con una sonrisa traviesa.

Me levanta en sus brazos, nuestras pieles cálidas presionadas la una contra la otra. El baño principal ya está preparado, las burbujas agitándose en el agua. Ha encendido velas por todos lados, e incluso hay algunos pétalos de rosa en el suelo.

“¿No planeaste esto?” Pregunto levantando una ceja.

“Daniela, ningún hombre va a rechazar una mamada”, dice mientras me sumerge

en el agua tibia.

“Tendré que recordar eso”, digo mientras giro un poco en el agua.

El jacuzzi es gigante y puedo sentir los chorros de agua por todas partes, al menos diez o quince. Masajean mi cuerpo suavemente y ya puedo sentir que me

voy relajando.

“Esto es increíble”, le digo mientras entra al agua. “¿Nunca has usado esto?”

“No lo había pensado”, dice. “No hasta que te vi”.

Mis pechos están flotando en el agua, los pezones rosados balanceándose suavemente en la superficie. No hay baño de burbujas en el agua, pero incluso con los chorros de propulsión, puedo ver cada centímetro del cuerpo de Rai, y mi

cuerpo se estremece. Mi vagina está empapada y no es precisamente por el agua.

“Nunca voy a olvidar este momento”, susurra Rai en mi oído mientras me acerca

a él. “Nunca”.

Mi boca se seca de repente. Algo en sus palabras me toca las emociones, haciendo que mi corazón se detenga por un momento. No sé qué decir así que solo lo beso.

“Ven, acércate”, dice, “justo aquí”.

Me lleva hacia un lado, guiándome para quedar al borde del jacuzzi. Sus manos

bajan entre mis piernas, encontrando mi clítoris. Estoy tan excitada que no

necesita separarme los labios para encontrarlo, su toque me hace gemir con necesidad. Acaricia mi clítoris, liberando más de mi miel en el agua. Se acerca

más a mí, su pene se apoya contra mi vagina y con un movimiento lo empuja dentro. Aún no me he estirado por completo y el sentimiento de plenitud es tan

delicioso que casi acabo de inmediato. Mi cabeza golpea el costado de la porcelana, un alivio un poco frío para contrarrestar el vapor que sale del agua.

“Rai”, gimo “Oh mi Dios”.

“Mi pequeña bebé estrecha”, Rai gruñe, sexy y rudo. Puedo decir que el también

casi la pierde.

Empieza a follarme, pero lentamente mientras mis paredes se van expandiendo.

Estoy tan increíblemente estrecha que no puedo hacer otra cosa que rendirme.

Aunque no me molesta el cambio de ritmo. Siempre estamos muy acelerados, frenéticos, desesperados por el cuerpo del otro que esto se siente completamente

diferente. Puedo sentir como se mueve su pene, tocando cada parte de mí mientras entra y sale. Cierro mis ojos, apoyándome en él, mis pechos están por

encima del agua. Rai me llena por completo, cada penetración toca esa parte profunda de mí que solo él puede alcanzar.

Estoy diciendo tonterías. O al menos eso creo. Quizás no estoy diciendo nada en

lo absoluto. Estoy ahogándome en éxtasis, mi cuerpo completamente entregado

mientras su pene me perfora. Abre un poco más mis piernas, empujándome contra las paredes del jacuzzi y de repente siento un chorro de agua en mi vagina, rociando mi clítoris. Grito, el placer tomando el control de mí, su pene

me penetra cada vez más rápido, la increíble sensación llevándome cada vez más

alto hasta que acabo y acabo y acabo. La luz ciega mis ojos incluso cuando están

cerrados, mi cuerpo entero tiembla por el orgasmo mientras él continúa

follándome a través de él. Su pene está duro y el agua en mi clítoris me lleva al clímax otra vez.

No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que por fin abro mis ojos, regresando a la

normalidad. Puedo sentir a Rai dentro de mí, su grueso miembro enterrado

dentro de mí.

“No has acabado”, le digo. Nos tira un poco hacia atrás, hasta que está sentado

del otro lado. Me doy la vuelta, guiando su pene hasta mí.

“Todavía no”, dice.

Paso mis rodillas a cada lado y me siento sobre su pene, aflojándome lo suficiente como para llegar directo a la base. La sensación de plenitud es tan excitante y poderosa que no puedo hacer otra cosa que temblar. El placer me recorre como un espiral mientras me sostengo del borde del jacuzzi, mi vagina completamente contra él. Sus manos están en mis caderas, sosteniéndome con firmeza mientras me folla, abriéndome un poco más cada vez que entra en mí.

¿Cómo puede sentirse tan bien? ¿Cómo puede ser tan placentero el sexo?
Pienso

sin control mientras me penetra, implacable en su ritmo. Nos estamos mirando a

los ojos, completamente desnudos, deleitándonos con el momento que estamos compartiendo. Nuestras frentes casi se están tocando, estamos muy cerca física y

emocionalmente. Algo pasa entre nosotros y luego él acaba, lo siento acabar y acabamos, mis músculos apretándolo todo, su última penetración enviando su semen dentro de mí. Mi orgasmo es un poco más lento esta vez, la calidez se va

extendiendo hacia afuera hasta que termina, abundantes cantidades de su semen

salen por la punta, cubriéndome por completo.

Estamos atrapados así, respiración pesada, cuerpos conectados, conectados de una manera tan íntima como solo dos personas pueden estar. Esto, esto es

más que sexo. Esto lo que quieren decir cuando dicen que estás haciendo el amor.

10

Daniela

Despierto por última vez en Sao Paulo y me embarga la tristeza. A pesar de que la noche fue perfecta, nada ha cambiado esta mañana lo que quiere decir que

para Rai nuestro acuerdo ha terminado. Si solo me hubiese dejado una nota o algo por el estilo ¿cierto? Suspiro, apartando las cobijas. Definitivamente no estoy lista para enfrentar el día. Tengo un nudo en la garganta y no creo que pueda soportar ver a Rai y decirle adiós. En el corto tiempo que hemos estado juntos, mis sentimientos por él han crecido mucho. Lo que empezó como solo asunto físico, ahora se ha ido convirtiendo en amor. Y solo hace las cosas más difíciles. Desearía poder haberme advertido que se iba convertir en algo más esa

noche que nos acostamos otra vez.

Hubo un momento anoche donde pensé que Rai diría algo, quizás preguntarme

que me quedara o que fuera suya para siempre. Sé que tendríamos mucho que superar, la desaprobación de todos a nuestro alrededor, especialmente de la familia, pero lo que tuvimos fue especial. ¿Podríamos haberlo superado?

Supongo que para él fue solo algo de una semana y nada más. No sé por qué eso

me molesta un poco, en especial porque yo acepte hacerlo. No es como si me hubiese engañado o prometido más de lo que podía dar. De hecho, es todo lo contrario. Rai es un hombre de palabra y es ridículo que esté pensando algo distinto de él.

Finalmente, aparto las sábanas para levantarme. No puedo esconderme aquí

para

siempre. Tengo volver a la escuela, y eso sin mencionar lo atrasada que estoy con mis tareas. Al menos tendré con que distraerme los próximos días. Sería un

alivio no tener que pensar demasiado en esto, ya me siento lo suficientemente herida.

Una vez que me baño y empaco todas mis cosas, salgo de la habitación con cuidado. Me prohíbo a mí misma mirar los ojos azules de Rai, esa fuerte barbilla

que llegue a conocer muy bien, y ese gran cuerpo que podría hacerme sentir tan

frágil y femenina a la vez mientras estaba sobre mí. Pero él no está aquí. Solo está Amaral, sirviéndose frutas en un tazón de yogurt.

“Buenos días”, le digo. “¿Dónde está tu papá?”

“Tenía una reunión importante”, dice con una expresión de tristeza en su rostro.

“Algo paso en la compañía”.

“Ay no, ¿está todo bien?”

“Eso creo”, dice mordiendo su labio. “Papá dice que tienen planes de emergencia para cuando pasan estas cosas, pero no me dijo nada más. De todas

maneras. Deberíamos ir saliendo. Sé que estás ansiosa por regresar a casa”.

“Sí. Eso sería genial”, le digo con una pequeña sonrisa en mi rostro.

No podré despedirme. Sus sentimientos son evidentes, solo tengo que aceptarlo.

Como es la hora del desayuno me dirijo automáticamente al refrigerador, pero no

veo nada que me provoque. Por alguna razón me siento vacía, y no tengo apetito

en lo absoluto. En su lugar me sirvo una taza de café. Una vez que Amaral termina su yogurt, tomamos nuestros bolsos y nos vamos. Mientras las puertas del elevador se cierran, me veo en la necesidad de frenar las lágrimas. No seas

tonta, me digo a mí misma. Así es como se supone que debe ser. Ni más ni menos. Pase una semana increíble con Rai, algo que siempre recordare y atesorare. Eso será suficiente para mí. Por suerte Amaral está muy ocupada enviándole mensajes a Sebastián así que tengo la oportunidad de limpiarme las

lágrimas rápidamente.

“Adivina”. Me dice Amaral mientras regresamos a casa.

“¿Qué?”

“Sebastián me pidió que fuésemos exclusivos anoche”

Tiene la sonrisa más grande del mundo en su rostro, y por alguna razón me siento un poco celosa. Me cuesta pensar en algo que diría en una situación normal y me avergüenzo al darme cuenta que me cuesta soltar algunas palabras.

“Eso es genial. Así que... ¿tendrán una relación a larga distancia?”

“Uh huh”, dice Amaral. “Pero no es la gran cosa porque voy a verlo todos los fines de semana. Le diría que viniera hasta donde estamos nosotras, pero no quiero echarle de la habitación”.

“Oh eso no me molestaría”, le digo.

Mantengo la vista al frente, pero en realidad no estoy viendo ni los autos ni los edificios. Intento que no se dé cuenta de lo falsas que son mis palabras. Porque

lo son. No podría ver lo felices y contentos que están sin pensar en Rai y yo.

Empezamos igual que ellos, en el club, solo que ella tiene su final feliz y yo no tengo nada. Nada en lo absoluto.

“Sé cuánto significan tus estudios para ti”.

No es cierto. Ya no. Es decir, claro que todavía quiero ser médico, pero estaba usando el estudio como una excusa. Era mi manera de alejarme de las citas, de

evitar abrir mi corazón a un hombre porque no sabía cómo hacerlo. Y ahora qué

sé cómo se siente, eso significa más que nada para mí. Rai significa mucho para

mí.

“Bueno, tendríamos que echarte de la habitación todooooo el fin de semana, si sabes a lo que me refiero”, dice con una risa tonta.

De repente siento la necesidad de cambiar de tema. Y rápido. No creo que pueda

seguir soportándolo.

“¿Está bien si leo un poco? Estoy un poco atrasada en mis lecturas. Uno de mis

profesores me asignó más trabajo durante las vacaciones”, digo inclinándome para agarrar un libro. Ni siquiera sé cuál libro agarré, pero lo abro de todas maneras.

“¡Qué idiota!” Dice Amaral mientras asiento.

Espero que la conversación haya terminado, pero como dije, no soy buena para

esconderle cosas a Amaral. Espera hasta que estamos sentadas almorzando para

traerlo a colación. Es solo un puesto de hamburguesas, pero tiene pequeñas cabinas de plástico, ella escoge la que está más alejada del resto para darnos un poco de privacidad de manera que no hay donde mirar excepto a la otra.

Supongo que quería asegurarse que pudiese verme la cara.

“Algo te está molestando”, declara mientras toma un sorbo de su malteada de fresa. “Vamos. Suéltalo”.

Empiezo a protestar y me lanza una papa frita.

“Vamos. Te conozco Daniela. Hemos sido mejores amigas por casi tres años.

Puedo notar que estás triste. Por favor, cuéntame que sucede”.

La miro. Me siento terrible por guardar el secreto. Desearía que hubiese una manera de decirle la verdad, porque sé que Amaral tendría respuestas para todo

esto. Lo intento, pero sacudo mi cabeza.

“No es. No es importante”, digo por fin. “Es decir, lo fue, pero ya ha terminado”.

Se ve un poco confundida e intento buscar la manera de decirle la verdad, pero

sin decírsela realmente.

“¿Recuerdas el tipo que conocí la primera noche que llegamos?”

“¿El misterioso? ¿Al que le diste la gran V y no lo volviste a ver?”, dice.

“¿Ese hombre?”

“Sí, ese. Bueno, no fui completamente honesta cuando dije que no sabía nada sobre él. Tenía su dirección en mi teléfono de cuando tuve que usar Google para

regresar al hotel. No vivía demasiado lejos, quizás solo un par de cuadras. Así que un día cuando estabas con Sebastián, me di una vuelta por el vecindario”.

La boca de Amaral casi cae al suelo.

“¡No es cierto!”, dice.

“Lo sé. Algo que no haría normalmente. Pero sí, decidí ir y dejar que el universo se hiciera cargo como dices tú. Y funciona. Me encontré con él en un Café”.

Amaral toma mi mano con una sonrisa en su rostro.

“Pero Dani, ¡eso es fantástico!”, dice. “Oh lo siento tanto, estaba tan enganchada con Sebastián que ni siquiera pudiste contarme esto. Me siento como una mala

amiga”.

“Está bien”, me apresuro a decirle. No es su culpa. Después de todo estaba feliz

de que estuviese distraída para poder estar tranquila con su padre. “Ustedes tenían algo especial. No estoy molesta contigo porque te quedaste enganchada en

el asunto”.

“Continua”, me dice.

Tomo un sorbo de mi malteada de chocolate, intentando descubrir que más le puedo decir.

“Bueno, hablamos un poco. E hicimos un poco más que eso”, digo sonrojada.

Amaral me lanza una gran sonrisa. “Y luego lo hicimos un poco más”.

“Oh por dios”, dice. “¡Mírate Dani! ¡Me encanta esta nueva tú!”

“No tan rápido”, le digo. “La cosa sobre que él es que es mayor que yo, creo que

incluso tiene un hijo. Solo que... No sé si mis padres y todos los demás lo aceptarían. Así que pensé que sería mejor si las cosas quedaban hasta ahí. Es decir, vivimos tan lejos que eso parecía una buena excusa para terminar las cosas. Y ya sabes como es. A los niños no siempre les gusta cuando sus padres

empiezan a salir con alguien otra vez. ¿Qué pasaría si al final tuviese que escoger entre ella y yo? Tus padres están divorciados. ¿A ti te gustaría que empiecen a salir con alguien?”

Piensa la pregunta, tiene el ceño fruncido. Se tarda tanto en responder que empiezo a entrar en pánico, pensando que quizás haya sumado dos más dos.

“Creo que eso aplica más con niños pequeños. Si me hubieses preguntado cuando tenía diez años. Sí, definitivamente hubiese estado enojada. Pero ahora,

no estoy muy segura. Veo a mis padres y sé que no son el uno para el otro y entiendo por qué se divorciaron. Así que no es como que estoy esperando que regresen juntos como lo hacía cuando era pequeña. Pero si mi papá saliera con

alguien de mi edad, creo que me sentiría un poco extraña. Aunque

probablemente lo superaría si veo que son realmente felices juntos”.

“¿Lo harías?” Pregunto aguantando el aliento. Esto era algo que me molestaba demasiado, la única razón por la cual no hable, en lo absoluto, con Rai sobre nuestra relación. El hecho de que Amaral me esté diciendo que estaría bien con

algo así me da muchas esperanzas.

“Eso creo”, dice suavemente. “Hay mucho sobre Sebastián que mi familia desaprobaría ¿sabes?”

La miro con curiosidad.

“Mmm. No lo dije porque no estaba segura de lo que dirías”, confiesa.

“Sebastián solía ser un narcotraficante y un adicto. Tiene los tatuajes de la prisión para demostrarlo. Sus dientes están destrozados por lo que tiene dientes

falsos, no es que la gente se dé cuenta, pero es así. Fue a rehabilitación y cumplió con el tiempo que requería, ahora está sacando su diploma en trabajo social. Quiere ayudar a chicos como él que han pasado por lo mismo, darle oportunidades para que no se conviertan en gánsteres y esas cosas”.

“Oh wow”, digo. Estoy bastante sorprendida.

“Sí es como demasiado para procesar ¿cierto?”

“Un poco”, admito. “Y si me hubieses contado antes probablemente te hubiese

dicho que te alejaras de él. Así que entiendo porque no me contaste antes, Amaral”.

Sonríe de manera comprensiva.

“Tampoco te culparía. Sé que lo harías porque te preocupas por mí. Pero a veces

pienso que el universo tiene una manera curiosa de hacer las cosas. Es decir, la

gente espera que me case con un tipo rico que tiene una gran casa y diez Bentleys, justo como mi familia, ¿cierto? Pero así no sucedieron las cosas. De hecho, Sebastián ni siquiera sabe que vengo de una familia adinerada. Me

asegure muy bien”.

“¿Eso es todo?” Le pregunto. “¿Es el indicado?”

Amaral se encoge de hombros.

Quién sabe. Yo no lo sé. Pero no me preocupo demasiado. Si está destinado a ser, todo saldrá bien al final. Por ahora, sé que estamos bien juntos, muy bien. Y

creo que eso es suficiente para mí”. Coloca su mano en mi brazo. “Dani si te sientes de la misma manera que yo, deberías darle una oportunidad ¿de acuerdo?”

Dale al universo la oportunidad de arreglar todo y hacer que algo pase entre ustedes”.

Con cada palabra que dice, mi corazón se llena más y más de esperanza. A pesar de que intente razonar conmigo misma de que estar separados es lo mejor,

la verdad es que, en el fondo, quiero lo que Rai y yo teníamos. Lo quiero muchísimo. Y quiero darle una oportunidad. Darle una oportunidad como lo está

haciendo Amaral, porque incluso cuando no puedo planearlo y controlarlo todo,

incluso cuando no sé qué nos depara el futuro a Rai y a mí, lo que teníamos era

lo suficientemente especial como para arriesgarlo. Escuché a Amaral una vez y

el universo me llevo hasta Rai. Si la escucho de nuevo, quizás logremos estar juntos.

“Lo pensaré”, le digo, y ella asiente satisfecha.

Acabamos nuestras hamburguesas y malteadas, y salimos de la cabina.

“Ten”, dice Amaral, arrojándome las llaves. “Tengo que ir al baño rápidamente”.

Se da la vuelta hacia el establecimiento y yo salgo del lugar, saco mi teléfono un momento. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, y no sé qué debería decirle a

Rai. Nada parece ser correcto. Justo en ese momento un auto toca la bocina y dejo caer mi teléfono. Hay un tipo en un Jeep haciéndome señas para que me aparte del camino. No me había dado cuenta hacia donde estaba caminando, estaba muy distraída escribiendo el mensaje-

“¡Demonios! ¡Mi teléfono!”. Lo recojo rápidamente, pero está sumergido en un

charco. Me aparto del camino y el Jeep casi me echa a un lado, pero no me importa, tengo cosas más importantes en las que pensar. Intento secar mi teléfono con mi abrigo. No sé qué se supone que debo hacer. ¿Apagarlo?

Presiono el botón, pero cuando lo intento apagarlo, la pantalla no responde. El corazón se me hunde como una roca. Nunca hice un respaldo de nada porque era

muy costoso el almacenamiento en la nube. El número de Rai se ha perdido para

siempre.

El universo me acaba de dar su respuesta.

11

Rai

“Estás actuando como un idiota”, me informa mi secretaria. Ha estado conmigo por casi diez años, así que supongo que se ha ganado el derecho de

hablarme de esa manera. “La gente regresa de sus vacaciones relajados y felices,

pero tú estás peor que antes. Lo que sea que está sucediendo en tu vida, no puedes pagarlo conmigo”.

Con eso último me lanza el contrato en la mesa y sale de mi oficina. Tiene razón.

Maldición, que si tiene razón.

Cuando Daniela se fue, pensé que quedaría un poco enganchado, pero que eso sería todo. Es decir, fue solo sexo. Somos compatibles, eso no se puede negar, pero nuestra situación es una historia completamente distinta. Pensé que nunca funcionaríamos. Después de todo, Daniela todavía es estudiante con toda una vida por delante. Yo estoy en ese punto de mi vida en el que ya estoy completamente establecido, sé hacia donde voy e invierto el tiempo en las cosas

que importan. No sería justo hacerle eso a Daniela. Así que decidí que lo mejor

era dejarla ir.

Ahora me doy cuenta que no puedo vivir con ello. Han sido dos semanas en el

infierno. Lo único en lo que puedo pensar es en Daniela, su suave rostro, su risa traviesa. Me persigue en mis sueños, recordándome todo lo que tuve en mis manos y como lo dejé ir tan estúpidamente. Mi corazón se siente extraño, como

atrapado en una adicción y nada de lo que hago parece quitarme este

sentimiento. Los sentimientos que desarrolle por Daniela son fuertes, más fuertes de lo que pensaba y ahora no puedo estar sin ella. Es solo que no veo futuro ahí.

De alguna manera se metió en mi corazón, en mi alma, sin que me diera

cuenta,

y ahora se lo ha llevado con ella.

Mi miseria está creciendo, afectando mi trabajo y a mis empleados, y si no tengo

cuidado llegara hasta mis clientes. Todo lo que construí destruido en un momento. Bueno tampoco es que me importaran. Ya no eran importantes, ya no

eran el centro de mi vida. Aun así, esto tiene que parar. Puede que no me importe, pero sé que mis empleados tienen familia de la que ocuparse, niños que

enviar a la universidad, abuelos que apoyar. Si tiro todo a la basura, ellos serían los que sufrirían, no yo. Así que tengo que ponerme los pantalones.

El único problema que he tenido es que le di mi número a Daniela y no ha llamado. El último día de las vacaciones de primavera, hice algo que nunca imagine que haría: Fui al trabajo. No podía soportar su partida. Si me hubiese quedado, quizás no la hubiese dejado ir. Quizás es por eso que no ha llamado.

Pero ahora, una semana después, he descubierto que no puedo solo esperar que

aparezca, no si eso significa perderla. No si eso significa que nunca sabrá lo que siento.

No cabe la menor duda. Tengo que ir a verla. Tengo que verla a los ojos y poner

las cartas sobre la mesa. Y si eso significa que dirá que no, entonces al menos tendré una respuesta. Al menos podre decir: Lo intenté.

La decisión está tomada, me levanto, tomo mi chaqueta y salgo de mi oficina.

“Cancela todo lo que tenga programado para hoy”, le digo a mi secretaria.

“¿Te vas a ocupar de lo que te está molestando en el trasero?, dice levantando una ceja.

“Algo así”.

“Está bien. Considera limpia tu agenda. No regreses hasta que todo este arreglado”.

“Con respecto a Shenzhen-”

“Está bien. Puedo ocuparme de ello”, dice despidiéndose. Su voz se suaviza.

“Ocúpate de lo que necesites”.

Asiento y me voy.

El camino a la universidad de Daniela son solo unas cuantas horas, pero como no estamos en hora pico, lograre llegar en tiempo record. O quizás se siente así

porque finalmente estoy haciendo lo que debí haber hecho desde el principio. Sé

que Amaral y Daniela son compañeras de habitación. Amaral me dice que no le

molesta porque le gusta estar con su amiga, pero maldigo el hecho. No quiero

encontrarme con mi hija, no antes de saber lo que siente Daniela. Así que busco la aplicación que me permite rastrear su teléfono. Es un remanente de los días en lo que se metía a mi habitación cada noche. No había necesitado revisarlo estos

últimos días, pero me alegra que siga conectado.

Sorprendentemente, su teléfono dice que está en Sao Paulo.

Eso me molestaría, porque eso significaría que no va a estar allá.

Una hora y media después, estoy pasando por las puertas de hierro de la universidad. Hay estudiantes por todos lados, estudiando o charlando en el césped. Paso por varios edificios antiguos, intentado hacer memoria de cuando ayude a Amaral a mudarse para saber a dónde ir. El campus sigue creciendo, toco el volante impaciente mientras los estudiantes siguen cruzando las calles.

Finalmente me detengo en un viejo edificio de ladrillo cubierto en hiedra y con

ventanas negras. Mi BMW resalta en el estacionamiento como un pulgar hinchado.

Un estudiante está fumando junto a la puerta mientras paso por ahí. No tengo necesidad de explicarle al portero lo que sucede, algo por lo que estoy agradecido. Todo está saliendo bien para mí, y tomo eso como una señal. Subo

los escalones de dos en dos, hasta que llego al tercer piso. El pasillo está vacío, y tiene sentido porque es hora de clase.

Me detengo. ¿Estará en clase?

Nunca se me ocurrió que no estaría ahí. Disminuyo mis pasos, pero ya casi llego.

Tiene que estar aquí.

Su habitación es la 332, toco con fuerza la puerta, mis oídos atentos a los sonidos que percibo en el interior. Mi corazón late con fuerza, toco la puerta de nuevo. De repente la puerta se abre. Daniela está parada en el medio con el cabello enrollado en lo alto de su cabeza, usando un largo vestido negro que se

ajusta a sus curvas. Había olvidado lo que me hizo, ahora podría derretirme con

una sola mirada. Se ve sexy sin mucho esfuerzo y no puedo evitarlo, tomo su

rostro en mis manos y la beso. La beso con todo lo que siento por ella. Sus labios abiertos para mí, su boca cálida y deliciosa, y entramos a la habitación.

“¿Qu-qué estás haciendo aquí?”, pregunta finalmente. “Amaral no-”

“Vine para verte”, le digo.

“No, no entiendo”.

Cierro la puerta con firmeza y ella se sienta en su cama. La habitación está abarrotada con dos camas pegadas a cada pared y una ventana en el medio.

Incluso si Daniela no se hubiese sentado, habría sabido exactamente cuál es su lado. Hay una línea invisible en el medio de la habitación. El lado de Amaral es

un desastre de ropa, bocadoillos y muchas cosas más. El lado de Daniela es limpio

y ordenado, sus libros apilados en el escritorio, su laptop perfectamente centrada.

Nada fuera de lugar.

Solo me toma dos pasos acercarme. Me siento, tomando su mano. Es pequeña,

suave y cálida, y siento un torbellino de emociones dentro de mí.

“Vine a decirte que te extraño”, digo bruscamente. “Que no puedo estar sin ti, Daniela. Que quiero que seas mía”.

No puedo decirlo más claro que eso. Veo como sus mejillas se van volviendo rosadas, como sus ojos se abren como platos. Hay esperanza en ellos, lo que me

da el valor para continuar.

“Deje que te fueras de mi vida sin decir adiós porque sabía que significabas

más

para mi después de una semana que cualquier mujer antes de ti. Se supone que

todo sería por una semana, y nuestras circunstancias son tan diferentes que pensé que lo mejor era decir adiós. Ahora me doy cuenta que fui un completo idiota,

así que aquí estoy. Poniendo las cartas sobre la mesa. Soy el padre de tu mejor

amiga, soy un adicto al trabajo que hasta que estuvo contigo nunca había tenido

vacaciones, y además estamos en etapas diferentes de la vida. Pero no me importa nada de eso. Estoy encantado contigo Daniela, y si tú puedes ver más allá de las diferencias y quererme también, entonces quiero que seas mía. Y

espero que sea para siempre”.

Las lágrimas se acumulan en sus ojos, durante un tenso momento, no sé qué preguntar si está a punto de llorar. Mierda, ¿será que dije algo malo? Usa la parte posterior de su mano para limpiar sus ojos, y cuando me mira, está sonriendo.

“Pensé que cuando perdí tu número de teléfono eso había sido todo”, dice sollozando un poco. “Estaba segura de eso. H- he sido tan infeliz. No he podido

estudiar. Y ahora que estas aquí y me estas pidiendo que sea tuya. Casi no puedo

creerlo”.

Se ríe, de una manera tan linda que sé que no puedo vivir sin ella por el resto de mi vida.

“¿Así que la respuesta es sí?” Le pregunto, solo para asegurarme. El

sentimiento

en mi pecho es más fuerte que nunca.

“¡Sí!”, dice lanzando sus brazos a mi alrededor. “¡Sí sí sí!”.

Siento que la presión en mi pecho disminuye, permitiendo relajarme finalmente

porque ahora es mía. Daniela es toda mía, y yo soy todo suyo. Estaré aquí para

ella, para cuidarla, nunca le hará falta nada. ¿Nos juzgaran nuestros familiares y amigos? Seguro, pero con mi Daniela a mi lado, nada de esa mierda importara.

Todos esos obstáculos pueden superarse. Empezamos de la manera más afortunada, de alguna forma en una ciudad de veinte millones, coincidimos esa

noche, estábamos los dos en el momento y lugar adecuados.

“Te amo, Daniela”, me sale como si fuera desde siempre. “Soy el hombre más afortunado del mundo”.

“Yo también te amo, Rai”, susurra, presionando sus hermosos pechos contra mí,

su suave cuerpo curvilíneo presionado contra el mío. “No quiero que nos separemos nunca más”.

12

Daniela

Rai me había emocionado hasta las lágrimas y habiendo dicho que sí lo único que me importa es tenerlo justo aquí para mí.

Lo besé intensa y profundamente transmitiéndole todo mi deseo por él.

Mientras nuestras lenguas se entrelazaban mis manos recorrían su rostro,
cuello

y hombros, es tan varonil incluso con este traje. Se saca su chaqueta y yo tiro de su corbata, sus manos van directo a mis pechos y mis pezones están duros solo

con su contacto. Desabrocho cada botón de su camisa sin dejar de besarlo, me encanta su aroma y solo lo quiero desnudo. Toma mi vestido y lo sube,
levanto

mis manos, cuando termina de sacarlo mis pechos rebotan por la gravedad y sus

ojos están puestos en ellos mientras lo veo desabrochar su cinturón con fiereza.

Mis ojos solo pueden notar el bulto grueso en su pantalón. Me humedezco de solo verlo, mi vagina palpita y siento como un líquido suave fluye.

Con deseo lo miro a los ojos y le digo casi como una súplica: “Hazme tuya por favor”.

Me voltea con fuerza y me deja frente a la cama, con su rodilla separa mis piernas y con su mano suelta mi cabello y lo enrolla en su mano, besa mi cuello

y me indica que me agache, siento como saca su pene y cae sobre mí, el roce en

mis nalgas me estremece y eriza mi piel. Siento que le pertenezco, que esto es amor y lujuria y me encanta esa mezcla.

Aun sostiene mi pelo y su mano toca mi clítoris volviéndome loca,

haciéndome gemir fuerte.

Extrañaba esto, a este hombre tomándome. Dos de sus dedos entran en mis pliegues y se siente maravilloso. Entran y salen profundo y suena la humedad que me provocan en toda la habitación.

“Eres exquisita amor” me dice “Necesitaba volver a tenerte así”.

Ahora son tres dedos que entran y salen de mi vagina y rozan mi clítoris y me tienen al borde. No puedo creer lo dilatada que este hombre me pone y mis jadeos aumentan sin que lo pueda controlar.

Pero de un momento sus dedos salen y no vuelven a entrar. Jala mi pelo con fuerza, mi espalda se curva y mi rostro queda tirante hacia el techo, mi cola se

levanta y siento la embestida. Su pene grueso y caliente está dentro de mí.

“Tan estrecha que eres cariño” dice con placer “Amo abrirte para mí”.

Puedo sentir mis músculos tensos y como mi cuerpo tiembla. Me llena por completo una y otra vez, mis labios tienen envuelto su pene como un tesoro, puedo sentir sus venas y noto como mi vagina se hincha con su roce. El calor sube y no puedo respirar hasta que suelto un gran grito. El orgasmo que me da es

maravilloso, su pene no deja mi interior y mis rodillas tiemblan.

Suelta mi pelo y sus manos van a mis caderas para sostenerme y guiarme. Mi cara cae en la cama y me entrego. Me sostiene fuerte y en cada embestida siento

sus testículos chocar en mis nalgas. Lo siento una y otra vez sin parar, agitado y erguido tras de mí, puedo sentir como observa su pene, desde arriba, ser succionado por mi vagina. Los jugos que emanan de mí gotean en

el piso y cuando pienso que no puedo más, su pene se vuelve caliente y más grueso aun,

pongo mis manos en la cama casi por instinto y me ayudan a enderezarme en parte, abro mis ojos sorprendida de lo que estoy sintiendo, y me sube la temperatura, siento que otro orgasmo se forma en mi interior y cuando exploto

en mi segundo orgasmo, sin saber que eso se podía, puedo sentir como su pene

bombea su elixir en mí, no había sentido algo igual antes, Rai presiona con todo

su cuerpo y siento que no puede estar más dentro de mí. Me envuelve en sus brazos y me deslizo con él por la cama.

No puedo oír nada, pero sé que mi respiración es fuerte y agitada. Mi cuerpo aun no vuelve a mí, pero estoy segura en sus brazos.

Caminamos por el campus de la universidad conversando de cuanto

cambiarían las cosas. En ese momento entendí lo dispuesta que estaba por esta relación, pese a que no nos tomamos de las manos para no levantar sospechas, nuestras miradas no se separaron en todo el camino.

Tan pronto como regresamos él quería contarle a Amaral. Sabía que el

momento se acercaba y demonios, me sentía terrible por no habérselo contado desde el principio. Decidimos que la mejor manera de hacerlo sería juntos, así que nos sentamos y esperamos por ella. No le tomo más de dos segundos darse

cuenta de lo que estaba sucediendo, ver que su padre estaba en la habitación, en

mi lado de la pieza, nuestras manos entrelazadas, todo. Salió furiosa de la habitación y nos dejó con una pena amarga por saber que en parte la

perdíamos.

EPILOGO

Dos meses después...

Estoy en clases de laboratorio y el formaldehído me produce un mareo que no logro superar.

“Lo siento”, le digo a mi compañera de laboratorio. “Creo que me siento un poco mareada”.

Salgo de la sala de clases directo al baño, humedezco mis manos y las pongo en mi nuca.

Me miro en el espejo y arreglo mi pelo, noto lo lindo que esta y lo bien que me veo. No puedo evitar pensar que el tono rosado en mis mejillas y el brillo en

mis ojos se lo debo a Rai. Desde que tocó la puerta de mi habitación se ha esforzado por hacerme feliz, rentó un lugar a manera de poder tener una oficina

y trabajar aquí durante la semana. Los fines de semana vamos a Sao Paulo y pasamos el tiempo ahí. Tomó en serio mi deseo de no volver a estar separados

nunca más y me encanta. Nunca olvida esa clase de detalles, y honestamente me

despierto todos los días sintiéndome feliz y afortunada de tenerlo.

En cuanto a Amaral, salió de la habitación y no hemos vuelto a hablar con ella. Según lo que escuché, rentó una casa para ella fuera del campus.

Todo marcha bien, el único detalle es que Amaral se niega a dirigirnos la palabra. Me siento triste por la pérdida de nuestra amistad, pero más allá de eso, me siento triste por Rai. Sé que toma su rol de papá muy en serio, sobre todo porque está intentando compensar esos años en los que estaba muy ocupado con

el trabajo como para hacer tiempo para Amaral. A diario veo lo mucho que le duele que su única hija no le dirija la palabra. Desearía poder hacer algo, pero cada vez que la veo se da media vuelta y se aleja. A este punto siento que sería

peor si de verdad le digo algo.

Vuelvo a abrir la llave del agua para refrescarme un poco antes de volver a la sala cuando oigo que alguien baja la cadena del inodoro y cuando sale, veo que

es Amaral. Se ve elegante y hermosa como siempre, está usando un suéter cuello

de tortuga blanco y una falda de cuero roja. Mientras se lava las manos, hacemos

contacto visual en el espejo.

“¿Tienes labial?”, pregunta

Saco de mi bolsillo el brillo labial que ella me regalo para mi cumpleaños pasado y se lo extiendo.

“No pensé que aún lo tuvieras” dice mientras lo abre y lo unta en sus labios.

“Creo que uno guarda siempre los regalos de su mejor amiga”.

“No pensé que te importara guardar nada después de follarte a mi papá”

recalca

No tengo la intención de discutir, pero reúno la fuerza ya que esta podría ser

la única oportunidad de hablar con ella.

“Lamento no haberte contado”, le digo. “Debí haberlo hecho desde el principio. Pero ¿recuerdas nuestra conversación en el auto? ¿Sobre tu papá saliendo con alguien?”

Parpadea con fuerza.

“¿Cómo te va con Sebastián?”

Baja la mirada sacudiendo su cabeza. Me detengo por un momento. Ella parece

estar dudando de algo, así que pruebo una última vez.

“Estamos felices, realmente felices juntos”, digo, usando sus propias palabras.

“Solo espero que puedas ver eso”.

Levanta su cabeza y muerde su labio.

“Yo dije eso ¿no fue así?”

“Nunca voy a reemplazarte Amaral”, le digo gentilmente. “Tu papá te quiere mucho y yo también. Eso sigue siendo verdad, incluso si tu papá y yo también nos queremos”.

Me mira y no estoy segura de lo que piensa, pero de repente estira sus brazos. Yo estiro los míos y nos damos un abrazo.

“Te he extrañado Em”, me dice. “Vivir sola apesta”.

“Nadie a quien robarle Oreos ¿huh?” Digo riéndome.

“Algo así”. Responde Amaral.

Y reímos juntas

Aún hay espacio para ti en la habitación Amaral, debes ponerme al día con todo lo de Sebastián.

Da un brinco y aplaude “Bueno” dice feliz y luego borra su gran sonrisa

“pero yo no quiero escuchar nada de lo que haces con mi papá, hiug que asco” y

una carcajada gigante sale de nuestras bocas.

Ahora si todo es perfecto.

FIN

Document Outline

- [“ROMPIENDO REGLAS: UN ROMANCE PROHIBIDO ENTRE UN PROFESOR Y SU ALUMNA](#)
- [“SECRETO: UN ROMANCE CON EL PADRE DE MI MEJOR AMIGA”](#)